



# Enciéndete para Mí

JOSÉ ANTONIO MORENO



# ENCIÉNDETE PARA MÍ

JOSÉ ANTONIO MORENO



**Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.**

*Enciéndete para mí*

©José Antonio Moreno Mena

©**De esta edición:** Red Apple Ediciones

[www.redappleediciones.com](http://www.redappleediciones.com)

info@redappleediciones.com

**Diseño de la cubierta y maquetación:** SW Design

**Imagen de la cubierta:** ©Vladimirs Poplavskis

123rf.com

**Primera edición:** Enero 2017

**ISBN:** 978-84-946621-1-9

*Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.*

# MENÚ DE NAVEGACIÓN

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)
- [34](#)
- [35](#)
- [36](#)
- [37](#)
- [38](#)
- [39](#)
- [40](#)
- [41](#)
- [42](#)
- [43](#)
- [44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[Agradecimientos](#)

*Por esos besos que despegan los pies  
del suelo y la ropa del cuerpo...*

—¿Estás libre la semana que viene?

—Sabes que no hablo del trabajo mientras estoy en la cama.

Derek McFarland fue tajante en su afirmación.

—Disculpa, creía que podría interesarte lo que te iba a proponer... —contestó Heather Rothscill con el rostro desencajado.

—Ah —dijo sin prestar atención. Se cubrió con la sábana y estiró los brazos sobre la cabeza.

—No entiendo cómo puedes ser tan insensible.

—¿Necesitas algo más? —instó pero su voz no admitía réplica, su tono era una invitación para que se retirara.

—Hace tiempo que no te conozco Derek. Ya no eres la sombra de lo que solías ser...

Derek arqueó una ceja y se encogió de hombros. Sabía que aquello había sido un ataque directo.

—Es mejor que no sigas.

Derek se acomodó contra el cabecero de la cama y encendió un cigarrillo. El humo inundó la estancia al instante, revolviéndole a ella el estómago, incluso más de lo que ya lo tenía.

—Eso va a terminar matándote —apuntó, señalando el cigarro que sostenía él entre los labios. Algo distinto había decorado su timbre de voz y no era otra cosa más que la preocupación.

—A este paso, tú también... —contestó Derek, caminando con las yemas de los dedos por su abdomen desnudo, hasta alcanzar el nacimiento rizado y oscuro que se ocultaba entre sus piernas.

—Derek... no.

—Siento haberte ofendido, cariño —le susurró al oído—. No era mi intención.

Cuando los hábiles dedos de él rozaron el botón de su entrepierna, Heather tiritó inconscientemente y buscó a tientas la sábana, con los ojos cegados por la oscuridad.

—Derek... por favor... —sus labios dibujaron una desvalida mueca de placer al experimentar el exquisito roce de los dedos de él sobre la cima enhiesta de su valle encantado.

—¿Si?

Heather hizo una mueca mientras intentaba poner el cuerpo en una posición más cómoda. Forzando a que las piernas se extendieran y presionando la maldita sábana contra los húmedos pliegues de su sexo, Derek le envolvió el cuello y apoyó su mano lánguida sobre su seno izquierdo. Lo acarició con suavidad, recorriendo con las yemas de los dedos cada rincón, cada centímetro de piel.

Luego, masajeó la suave carnosidad de su entrepierna bajo las sábanas, reajustando la posición de su miembro que comenzaba a crecer, mientras ella se limitaba a hacer una sensual caída de pestañas, un mero artificio seductor.

Finalmente, con la respiración entrecortada y manteniendo apenas un vacilante control, Derek McFarland se tendió sobre ella.

—¿Lo hacemos por última vez? —susurró, tratando de atrapar uno de sus gemidos con la boca. Su voz ronca y aterciopelada tranquilizó a Heather aunque no fue capaz de persuadir a su cuerpo febril e inquieto para que se relajara.

Heather perdió la mirada en la oscuridad. La dolorosa y lacerante necesidad que fluía como una cascada entre sus piernas no le permitía pensar con claridad.

—A veces los silencios suelen ser más difíciles que las palabras —murmuró Derek, excitado. Las palabras añadidas a su sonrisa escondían algo; sus ojos se clavaron en ella.

Sus labios aprisionaron el tenso botón rosado de uno de sus senos mientras sus dedos estrechaban la cima de su prominente carnosidad dentro de la cueva húmeda y profunda de su sexo. Su piel estaba tersa,

caliente, candente.

Heather tenía la sensación de que Derek exploraba cada parte de su cuerpo, como si sus ojos, sus manos y todo él fueran un láser que todo lo penetraba.

—Derek... no... Ah... —gimió de pura necesidad.

—Tranquila muñeca —le dijo cuando uno de sus dedos se hundió lentamente en su interior... muy lentamente.

—Derek... —le suplicó a punto de desfallecer, con la respiración entrecortada. La intensidad de la explosión descarnada y primitiva que le recorrió el cuerpo, le obligó a apretar los dientes. Con la garganta reseca, su voz sonó casi como un murmullo al decir—: Por favor... Derek... Ahora no.

Antes de que las cosas comenzaran a calentarse más, se separó de él.

—Escucha —dijo Heather a continuación, soltando un suspiro de silencioso alivio—. Los dos sabemos muy bien qué es lo que ha pasado.

—Mmm... —dio un par de caladas profundas al cigarrillo que se consumía en el cenicero—. ¿Se puede saber a qué te refieres? Yo creía que ambos lo teníamos todo muy claro.

Derek hablaba en un tono aflautado y nasal, aunque ronco, como si aún estuviera inhalando humo.

—Me parece que estás muy equivocado.

La adrenalina se disparó a través de su cuerpo y el corazón le saltó en la garganta. Lo miró fijamente. Apretó los labios y se cruzó de brazos, pero desde luego no pensaba disculparse.

—Quizás la que se equivoca eres tú, imaginándote cosas que jamás te he prometido.

Derek desvió la mirada de Heather y la dirigió hacia la oscuridad exterior. El cielo comenzaba a teñirse con los tonos dorados del alba. Su voz adquirió un tono más bajo e íntimo.

—Tengo entendido que el amor es el único deporte que no se suspende por falta de luz.

—Usa tu cinismo con otras personas.

—Odio tener la certeza de que todo está a punto de acabar. Lástima que no pueda regalarte el mundo como tú quieres.

—Esa es la peor excusa que alguien me ha dado —contestó ella, percibiendo ese sudor frío en las manos, esa sequedad en la boca, esa agonía que no sabes expresar con el enfado, esas lágrimas que no quieren salir de los ojos.... Salió furiosa de la cama, ignorando incluso la mirada ofendida de él.

—No te entiendo —expuso Derek cariacontecido.

—Te dije que no me gusta compartirte. —Heather Rothscill habló de forma lenta y calmada—. No sabes cuánto me tortura verte con otra. Saber que besas a alguien más que no sea yo, me vuelve loca. Los celos se apoderan de mí... ¿Tan difícil es comprender eso?

Alzó la voz, lo suficiente como para que Carlota, la *Bichón Frisé* de pelo blanco que dormitaba en el salón contiguo, se despertase y se acercase al dormitorio.

—A tu sitio, Carlota —ordenó Heather a la perrita de carácter extrovertido, afectuoso y juguetón—. ¡Vamos! A tu sitio.

Derek observó la escena desde su posición en la cama.

—¿Cuándo vas a dejar a tu mujer?

—Yo nunca te he dicho que fuera a hacerlo.

—Creía que me querías.

—Así es... —dijo con total convicción—. Pero eso no implica otras muchas cosas.

—¿Acaso es malo anhelar, querer, amar... a un hombre?

—No es malo, pero algunas veces hace mal.

—Entiendo... —Las lágrimas se le acumularon en los ojos.

—Muchas veces suponemos y buscamos explicaciones cuando no tenemos el suficiente carácter para responder a determinadas preguntas de una forma acertada.

—Al parecer me he dado el lujo de no pensar mucho las cosas.



—Lo sé. Quizás por miedo a equivocarnos, algunas veces decidimos ignorar que poseemos la respuesta de antemano.

—Hace meses cambiaste mis objetivos, sobrepasaste mis expectativas, me vendiste un sueño infinito que traspasaba los límites de la imaginación, una sensación de libertad y seguridad a la vez... y todo para llegar a este punto. —Heather tragó saliva, meditando lo que iba a decir a continuación—. Lo siento, Derek, pero no quiero nada de eso... Me voy.

—Por supuesto... —contestó dando una última calada al cigarrillo antes de aplastarlo contra el cenicero de marfil de la mesilla de noche.

—Mi vuelo sale en dos horas; supongo que te veré más adelante.

—Yo también he de prepararme. Tengo una vista en el juzgado dentro de hora y media y tengo que revisar todavía unos documentos.

Se levantó de la cama, presentándose ante ella en completa desnudez. Su sexo insatisfecho aún mostraba la rigidez necesaria para el acto sexual.

Haciendo acopio de valor, extasiada por la espectacular visión de aquel cuerpo escultural que se mostraba ante sus ojos, dijo con cierto aire meditabundo:

—Cuando alguien importante en tu vida está a punto de alejarse por completo de ti, ¿qué es lo último que dices?

—Adiós —contestó sin pensar mientras se colocaba la ropa interior.

—Yo preferiría buena suerte, buen viaje, *bon voyage*...

Se miraron y el tiempo se detuvo momentáneamente. Heather le acarició el pelo a la altura de la nuca y él se estremeció cómo si una serie de suaves descargas se desgranasen en sus entrañas.

—Hasta siempre —dijo él, desviando la mirada hacia el cordón de su zapato.

—Mejor me voy...

Derek se encogió de hombros, sin prestar demasiada atención a las palabras de Heather. Recogió la camisa del sillón y la sostuvo del cuello.

—Sí, quizás sea mejor así.

—Adiós, Derek —se despidió arrastrando las palabras. Recogió la chaqueta del uniforme de azafata y se atusó el cabello.

—¿Estás segura de esto? —habló en un susurro a través del reflejo del espejo donde estaba ultimando el nudo de su corbata.

—Más segura que nunca.

Al escuchar eso rio entre dientes y ajustó la seda de un rosa pálido que sostenía entre los dedos al cuello. Girando sobre sus talones, recorrió en dos zancadas la pequeña distancia que los separaba.

—Supongo que esta es la parte donde dices gracias —dijo él con la mano puesta cerca de su cintura.

La respiración de ella se aceleró cuando uno de los dedos de Derek hizo contacto con su piel a través de la tela.

—¿Por qué? —musitó—. Esperaba más bien un último beso de despedida.

Sus palabras sonaron más como una súplica que como una afirmación.

—¿Pensaste que te iba a besar? —le dijo en un tono burlón. Se encogió de hombros, restándole importancia.

La cara de Heather se puso completamente roja.

—¿No...? —dijo insegura—. Cla... Claro que noo...

—Me encanta que seas tan impredecible Heather. Ese es uno de los motivos por los que me acuesto contigo.

—Tú definitivamente tienes un serio problema —le acusó, golpeándole en el hombro.

—¿Yo soy el del problema? —inquirió Derek molesto—. Tú eres la que se muere de celos... ¿Me equivoco?

Derek la tomó de un brazo y con un movimiento limpio la tuvo de pie frente a él.

—O, ¿acaso te doy miedo? —volvió a preguntar, cambiando el registro de su voz hacia uno mucho más amenazante.

Heather intentó apartarse pero Derek se mantuvo firme en su abrazo.

—¿Te pongo nerviosa acaso? —le preguntó, acercándose a ella utilizando su tono de voz más seductor. Juntó tanto su rostro al de ella que sus respiraciones eran su único oxígeno. Le sujetó del cuello y le acarició la mejilla con los nudillos.

Heather sintió que su fuerza de voluntad se debilitaba. Sin embargo, permaneció inmóvil mientras su rostro pasaba al rojo. Lo miró confundida. Él sólo sonrió.

—Márchate McFarland... por favor —le suplicó. La voz frustrada de Heather resonaba sutilmente perdida.

—¿Estás segura? —preguntó él con voz ronca, pasándose la mano por los despeinados y negros cabellos.

Heather lo observó fijamente, muda por la impresión.

—Dudo que te gustase oír mi respuesta —contestó ella mordaz.

Él le echó pesadamente un brazo por encima del hombro y comenzó a desabrocharle la camisa, en un último intento por satisfacer su necesidad no resuelta.

—Tus pezones están duros, querida... ¿Significa eso que te estás excitando?

—No... —repuso Heather distraída, paralizada todavía por la impresión.

Derek negó con la cabeza. Luego suspiró lenta y profundamente.

—Permíteme que lo dude... Tu piel está tan caliente que podría deshacerse en este preciso instante...

La suave convicción de su voz no dejaba lugar a dudas.

No apartó los ojos de ella mientras la desvestía de cintura para arriba, soltando los tres únicos botones que mantenían la camisa en su posición correcta.

—¡Derek no! —repuso Heather, furiosa ante su insensibilidad.

—Estoy seguro de que lo deseas más que yo...

Su tono era ligero, encantadoramente seductor. Sus labios febriles absorbieron uno de sus pezones.

Heather dio un receloso paso atrás y Derek atrapó la carne rosada entre sus dientes, provocándole una descarga eléctrica que le recorrió todo el cuerpo. Sintiendo la creciente humedad entre las piernas, apretó impaciente la mandíbula y respondió de un modo desprovisto de su habitual encanto, apartando de un empujón a Derek. Luego, se abrochó lentamente la camisa, observando su reacción a través de sus largas y negras pestañas.

—Márchate.

Derek puso los ojos en blanco y analizó el semblante de Heather que, con un gesto sombrío, dejaba entrever claramente el mensaje oculto en su mirada, un firme y contundente *déjame sola*.

Dando la batalla por perdida, recogió su maletín y acto seguido, se fue.

*No voy a llorar, no voy a llorar...* —se repetía una y otra vez mientras el taxi avanzaba en dirección al aeropuerto.

—¿Quieres un poco?

—¿Qué es? —inquirió sonándose la nariz.

—Solo el mejor remedio para dejar de llorar. ¡Chocolate!

Aubrey le ofreció a Heather una de las bolitas de cacao puro con envoltorio plateado que acostumbraba a llevar siempre en el bolso.

—Veo que tienes un mal día...

—¡Déjalo! —solicitó en un tono de súplica.

—Tienes que aprender a curar tus heridas...

Aubrey sonrió, mostrando la perfección de sus dientes bajo unos labios perfilados y delineados de rosa.

—¡Ja! Mi sangre no coagula bien... —sentenció Heather con sarcasmo—. Me cuesta cicatrizar.

—Recuerda que los ojos son la ventana del alma. Te sugiero que dejes de llorar.

—No es tan fácil.

—Nada lo es, pero así no consigues nada.

—Con todas las veces que nos ponemos a llorar podríamos llenar la piscina municipal —admitió Heather, sonándose la nariz.

—¿Quieres contarme algo?

—Nada.

Heather sonrió tímidamente y miró a Aubrey durante unos segundos antes de volver a concentrarse en sus uñas. Definitivamente, necesitaba hacerse la manicura.

—Nada es siempre sinónimo de algo —terció Aubrey, mirando a través del cristal. La lluvia aumentaba su intensidad por momentos.

—¿Tienes otra bolita de estas? —preguntó levantando el envoltorio vacío.

Aubrey percibió que la pregunta de Heather no tenía otra función más que la de desviar el tema de conversación.

—Creo que sí. Déjame ver.

Aubrey revolvió en el interior de su bolso repleto de objetos: las llaves, las gafas, el monedero, un paquete de pañuelos, el móvil, la agenda, un libro, un bolígrafo, chicles, compresas, tampones, cepillo de dientes, maquillaje, máscara de pestañas, tres o cuatro lápices labiales, toallitas desmaquillantes...

—Cualquier día voy a encontrar petróleo aquí dentro —se quejó.

—No sé cómo puedes llevar tantas cosas.

—Ni yo —suspiró. Apretó los labios y siguió centrada en la búsqueda.

—Dicen que cuando una mujer lleva muchas cosas en el bolso es porque es muy estricta y compleja.

—Más bien es todo lo contrario. Sabes que tengo una personalidad descomplicada, no dependiente.

—Y con muchas expectativas, actividades e intereses pero que en realidad no le queda tiempo para ordenar el bolso —le atacó Heather.

—Ironías de la vida. Estoy tranquila sabiendo que aquí dentro hay de todo.

—Más bien tu bolso es como un tesoro de identidad, con marca propia.

—Es un arma psicológica que me da seguridad.

—Es la pura radiografía de tu identidad alocada —aseguró Heather.

—Más bien yo diría que una inseguridad y un placer refinado se ocultan sutilmente aquí dentro.

Dentro de cualquier bolso hay un disimulado secreto que llevamos encima día tras día.

—Eres una caja de sorpresas, Aubrey.

—Y tú un náufrago a la deriva que no encuentra la lancha de rescate. Estaba pensando que no me has dicho qué pasó anoche con...

Sintiendo que el corazón cada vez se le alteraba más, que su ansiedad subía desde la punta de sus dedos hasta su garganta, Heather preguntó más para sí:

—¿No lo he hecho?

—No —contestó tajante, dando por finalizada la conversación anterior. Entregándole otra bolita de chocolate, dijo—: ¡Aquí tienes! ¿Qué tal la fiesta?

—Aburrida.

—¿Bailaste mucho?

—La verdad —contestó con hastío—, cuando llegué a la fiesta me encontré con... me encontré con Derek y decidimos dar una vuelta.

—¿Así que estuviste jugando a los médicos toda la noche? —dijo Aubrey con picardía, empezando a alzar la voz.

El taxista miró a través del espejo retrovisor y sonrió sagaz.

Heather sintió cómo el calor se concentraba en sus mejillas. Suavizando el tono de voz contestó avergonzada:

—Sí. Pero no fue...

No pudo terminar.

—Las mujeres sacamos demasiados defectos a los hombres en la cama.

—Puede ser —determinó Heather mirando a través de la ventana. Los árboles pasaban a toda velocidad. La lluvia martillaba el vehículo, desdibujando la suciedad acumulada en el cristal.

—Somos perversas; estamos educadas para serlo, porque nosotras, a diferencia de ellos, no estamos obligadas a ser buenas amantes.

—Si tú lo dices...

*¡Maldición! ¿Dónde se había quedado la conversación de los bolsos?*

Heather se frotó nerviosa las manos.

—Los hombres, en cambio, deben conocer nuestro cuerpo y les exigimos que nos hagan reír.

—Yo hace tiempo que me olvidé cómo sonreír.

—Muy mal, Heatty, muy mal —le regañó y por primera vez en mucho tiempo, a Heather no le importó que Aubrey empleara el tan odiado diminutivo para referirse a ella.

—¡Qué le vamos a hacer!

—Por supuesto —continuó con la perorata—, es indispensable que sepan seducirnos y sepan comportarse con la suficiente ternura y pasión bajo las sábanas.

—O encima de ellas —apuntó Heather con cierto sarcasmo.

—Donde sea, Heather, donde sea... La cuestión es que deben conocernos perfectamente. Las mujeres somos como una radio; si no nos encienden correctamente, la señal llega con interferencias y no damos todo aquello para lo que genéticamente estamos preparadas: el más puro y excitante placer...

Lanzó un beso al aire y se humedeció el labio superior con la punta de la lengua.

—Nunca me habían comparado con una radio.

El taxista sonrió a través del espejo retrovisor. Aubrey continuó con su monólogo.

—Nosotras no tenemos dudas de nuestras habilidades como amantes. Sin embargo, encontrar a un hombre que conozca lo suficientemente bien el cuerpo de una mujer o lo que nos gusta es muy complicado.

Heather dudaba de aquello pero no se atrevió a pronunciarse.

—Nosotras conocemos perfectamente lo que les gusta a los hombres y cómo les gusta.

—Claro, claro —afirmó en voz baja.

—Estamos siempre preparadas para ellos: depilación, manicura, pedicura, peluquería, limpieza de cutis, maquillaje...

—Siempre como un pincel.

—¿Tan complicado es que ellos lo sepan también?

—¿Qué?

Heather notó que estaba perdiendo el hilo de la conversación. Aubrey no contestó y continuó hablando:

—Si no lo saben, al menos deberían intentar aprenderlo. Pero no. ¡Por supuesto que no! Ellos sólo piensan en sí mismos, en gruñir como un animal salvaje o incluso se concentran en sus propias fantasías para no venirse abajo antes de tiempo... ¿Y nosotras, qué? Definitivamente, las mujeres debemos ser un poco crueles con los hombres si queremos conseguir lo que nos proponemos.

—¿Y se puede saber qué es?

—Ay, Heather, por Dios... ¡Parece mentira! Buen sexo, mujer, buen sexo.

—Ah.

—Difícilmente exista el sexo *malo* para los hombres...

—Eso es algo que nos reservamos de calificar las mujeres —insinuó Heather.

—Por eso, cualquier faena sexual que ellos tengan significará un buen momento, aunque en realidad sea completamente diferente para nosotras.

—Aubrey, me estoy perdiendo.

—Los hombres son incapaces de expresar lo que piensan, o peor aún, de hacerse entender —se quejó—. Deberías buscarte algo mejor.

Heather se revolvió en el asiento y puso los ojos en blanco.

—La misma historia de siempre —refunfuñó entre dientes.

Se produjo una breve pausa.

—Derek podría ser tu abuelo, Heather.

—No exageres, Aubrey. Admito que es algo mayor pero...

—Está bien —interrumpió—. ¿Te parece mejor que diga que podría ser tu padre? ¿Estoy más acertada?

—¡Basta! No tengo ninguna respuesta a tu pregunta que no me ponga en un compromiso. Aun así, no voy a consentir que nadie, ni siquiera tú, diga nada que a día de hoy, aunque lo piense, ni yo he tenido el valor de decir.

—Adoro tu capacidad para aguantar dificultades y callarte todos los problemas.

Heather sintió que se estaba volviendo loca.

*¿Qué nuevo camino iba a tomar la conversación?*

—Nunca entenderás hasta qué grado la falta de comunicación me hace daño —apuntó Aubrey con determinación.

—Sabes que no tiendo a sucumbir en los complejos e intrincados devaneos mentales en los que tiendes a caer.

Heather se separó de la ventana. Se frotó las manos y comenzó a agitar los dedos para ganar el punto exacto de temperatura. Era la primera vez que sus manos se acoplaban al ambiente caldeado del interior del taxi.

—Está bien poder estar con alguien y no discutir todo el rato. Pero te ruego que me digas qué pasó anoche.

—Algunas veces eres incansable, Aubrey.

—Me sonrío la suerte.

Le guiñó el ojo y le sacó la lengua.

—Te felicito. Parece que hoy se te ha encendido el botón de la alegría.

Heather suspiró melancólicamente, dejando que el inconsciente se llevara su sufrimiento, una cura momentánea pero que resultaba ser lo que más a mano tenía.

—Prefiero estar feliz y contenta y no triste y amargada como tú.

Se encogió de hombros en señal de disculpa.

—Déjame en paz, Aubrey. No tengo ganas de tonterías.

—Cuando alguien te dice que le dejes solo, en realidad está diciendo “*Por favor ven y escúchame*”.

—Ese no es mi caso.

—Algunas personas se esfuerzan por ignorar los problemas hasta que es demasiado tarde.

Heather sintió cómo el rubor se apoderaba de sus mejillas. Definitivamente, Aubrey era infatigable.

—A veces pienso que eres de otro planeta... Siempre tan cerrada en ti misma.

—Y yo que eres una pesada —replicó, irguiendo la barbilla.

—Una pesada que sólo quiere lo mejor para ti.

—Ya... pero una pesada a fin de cuentas —afirmó con una sonrisa en los labios.

A Aubrey no se le ocurrió nada más que decir. Frunció el ceño.

Aunque se sentía en extremo reacia a exponer sus problemas con Derek, Heather comentó, mirando distraída el envoltorio vacío que sostenía en la mano:

—He roto con Derek.

—Me lo figuraba.

Sus miradas se encontraron y no se apartaron. Aubrey suspiró y luego sonrió. Apretándole la mano preguntó:

—¿Lo amas?

—En absoluto —replicó con una voz sin inflexiones, pero el dolor que reflejaban sus luminosos ojos verdes desmentía sus palabras.

—Dejarás de hacerlo, te lo aseguro.

—Comencé a olvidarlo al segundo de salir por la puerta.

—¡Mientes! —exclamó, apretando ostensiblemente la mandíbula—. Sabes que eso no es cierto.

—Lo sé. Pero quiero creer que es así.

—Haces bien.

—A veces pienso que si hay una expresión de furia, al menos sabes que algo ocurre con la relación, pero en nuestro caso, el hecho es que no ha habido relación.

Heather apartó la mirada, pensativa.

—Para algunas mujeres, el sexo es un paso importante en la relación...

El taxista desvió los ojos de la carretera y sonrió a Aubrey a través del espejo retrovisor.

—Aunque sea cosa de una noche... o no exista relación alguna.

—No voy a negar que el sexo es muy importante. Pero, más aún lo es el amor.

Tragó saliva, intentando controlar las lágrimas.

—Quizás tu exceso de sentimentalismo lo haya intimidado. Eso aterroriza a muchos hombres.

—Más bien ha sido su falta de compromiso. Jamás podré consentir que un hombre me comparta con otra mujer.

—Será...

—Déjalo, Aubrey —le interrumpió antes de que pudiera soltar un impropio—. No merece la pena perder el tiempo... Ya no.

—Habrás preparado tu examen, ¿no?

Como siempre Aubrey saltaba de un tema a otro sin que diera tiempo a organizar las ideas en la cabeza.

—No he tenido tiempo.

—¿Qué vas a hacer, entonces?

—Siempre me sonrío la suerte... Salvo en el amor.

—Menudo día llevo —se quejó Heather.

—Los habrás tenido mejores, supongo.

—Sí, eso es evidente —murmuró, frunciendo el ceño.

—¿Has visto al tipo de la quince? —le preguntó Aubrey cruzando los brazos.

—¡Aubrey!

Heather mantuvo el silencio durante unos segundos. Acto seguido, abrió los ojos de par en par, se puso firme y empezó a andar con pasos rápidos y precisión militar, hasta el *galley*<sup>[1]</sup> trasero.

—Fíjate... —le dijo, moviendo ligeramente la barbilla en dirección al joven.

—No sé de qué me hablas —admitió con impaciencia—. Céntrate, por favor.

Comenzó a quitar el plástico protector de las cajas.

—Por última vez en el día, haces de los *bricks* de zumo un auténtico juego de *Tetris* sobre el carro...

—El café ya está listo, el hielo preparado... —anunció Heather, sin prestar atención al comentario anterior—. ¿Falta algo más?

—Sólo una cosa —dijo Aubrey entre dientes, manteniendo su propia sonrisa dibujada en la cara—. Sonríe, por favor.

Heather apretó los dientes, abrió ligeramente los labios en una forzada sonrisa más parecida a una mueca y ladeó sutilmente la cabeza hacia la derecha, dotando a su pose de una naturalidad que ya de por sí era inexistente.

—¿Lista?

Heather mantuvo el silencio durante unos segundos. Acto seguido, abrió los ojos de par en par, se puso firme y empezó a andar con pasos rápidos y precisión militar, arrastrando el *trolley*<sup>[2]</sup>.

—¿Café, té, agua, refresco? —preguntó al primero de los pasajeros de cola.

—Agua, por favor —contestó el caballero, justo en el momento en el que la dulce y jovial voz de Alexía interrumpía la melodía relajante del hilo musical.

—Señores pasajeros, vamos a atravesar un área de turbulencias. Por este motivo nos vemos obligados a cancelar el servicio de *catering*. Por favor, permanezcan sentados en todo momento. Asegúrense de que su cinturón de seguridad esté abrochado. Gracias.

—¡Menudo día!

—No hay mal que por bien no venga. Heather, cúbreme... —solicitó Aubrey, terminando de colocar el *trolley* en su compartimento—. Diez minutos, no más.

Aubrey hizo un mohín, algo parecido a los pucheros de un bebé y puso cara de no haber roto nunca un plato.

—¿Se puede saber a dónde vas?

—Tengo que solucionar un tema con Drew.

Le guiñó un ojo pícaramente.

—¡Aubrey, no! Me vas a meter en un lío —le dijo, con la convicción de que realmente, y con Aubrey de por medio, aquello podía suceder.

—Serán sólo unos minutos. Uno rapidito, en la bodega...

Heather casi sonrió ante el destello de fuego que se apreciaba en los ojos grises de Aubrey.

—¿Y qué pasa con Zackary?

—¿Tú lo ves por algún lado? —preguntó con un revuelo de manos inusitado.

—Evidentemente no.

—¿Cuál es entonces el problema?



—Aubrey, te lo pido por favor.

—Heatty... —le suplicó, colocando las palmas a la altura de la boca, como si estuviera rezando una plegaria.

—Odio que me llames así —afirmó con la mandíbula en tensión y alzando ligeramente la voz.

Heather oteó a través de la cortinilla hacia el pasaje que se encontraba próximo al *galley*, implorando que el ruido de los motores hubiera anulado su tono de voz.

—Serán sólo unos minutos Heather —dijo Aubrey con determinación.

—¡Aubrey, no!

Heather abrió los ojos tanto como pudo, intentando demostrar su enfado.

—Me pregunto si alguna vez en tu vida has disfrutado de algo bueno.

—Realmente hoy no sé si estoy viva o muerta. —Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera pensar que las estaba diciendo—. ¿No eres consciente del peligro que conlleva bajar a la bodega en este momento?

Negó con la cabeza.

—La idea de lo prohibido resulta muy atractiva, Heather. Las turbulencias intensifican el momento —sonrió con picardía—. Alguna vez deberías probarlo.

Aquello había sido un dardo envenenado en toda regla.

—¿Por qué me dices eso?

La pregunta fue un susurro brusco.

—¡Porque es la verdad! —dijo, chasqueando los dedos a la altura de sus ojos—. Confía en mí.

—Si te pillan... no quiero saber nada.

—¡Mientes!

—No quiero más líos... hoy ya he tenido suficiente.

—¿Todavía sigues dándole vueltas en la cabeza a lo de esta mañana? Olvida a Derek. Eso es lo que tienes que hacer. ¿Entendido?

—Lo sé —contestó Heather con sequedad—. Sólo me preocupo por ti.

—Sí, eso es evidente —murmuró, frunciendo el ceño—. Estaría encantada de cederte a Drew, pero... es lo que hay.

Su gratitud la incomodó y bajó la mirada para decir:

—Para ti todo, Aubrey.

—Efectivamente.

—Espero que no te arrepientas de tus actos —exclamó en un tono incluso agradable.

—Es probable —asintió Aubrey a la defensiva y con la mirada extraviada—. Si se da el caso, al menos estaré satisfecha.

—Señores pasajeros —les interrumpió la voz del capitán—, nos acercamos a un área de tormenta. Por ese motivo, nos obligamos a elevar el avión hasta los 38.000 pies para evitar las malas condiciones meteorológicas. Por favor, permanezcan sentados en todo momento. Mantengan el cinturón de seguridad abrochado y comprueben que sus dispositivos móviles permanecen desconectados. Gracias.

—¡Bien! —exclamó Aubrey apretando el puño—. La excusa perfecta para desaparecer.

—Como quieras —su voz era débil pero directa—. Ten mucho cuidado.

—Drew me sostendrá entre sus brazos... —Se mordió el labio inferior. Entre risas, añadió—: Mmm... será mi guardaespaldas...

—No digas tonterías.

—No tienes ni idea de lo que soy capaz cuando estoy entre las piernas de un hombre —aseguró Aubrey, riéndose sonoramente.

Heather sintió una oleada de excitación en el cuerpo. Una descarga eléctrica le recorrió la espalda al escuchar aquella sensual, casi erótica, carcajada.

—Aubrey, sigo pensando que estás loca.

—La situación me parece increíblemente excitante. ¿De qué puedo sentir miedo?

—*Freud* definió las fantasías sexuales como representaciones no destinadas a ejecutarse.

—¡Ya! Lo que no sabía ese tipo es que los lugares estrechos, la cercanía con otras personas y la experiencia fuera de lo común son los ingredientes que ponen emoción a las fantasías de la mayoría de las personas.

—Puede ser, pero siempre queda la duda de que se pierda la magia y el efecto estimulante en caso de llevarse a la práctica.

—Lo dudo —contestó mientras se agachaba a recoger un sobre de azúcar que había en el suelo.

Quitándole el saquito de las manos, Heather le dijo:

—Los efectos de la altitud son un plus añadido.

—¡Quién sabe! —exclamó, guiñándole un ojo—. Quizás se convierta en una iniciativa empresarial de gran éxito.

—No tienes más que proponérselo a la compañía —le dijo bruscamente, dándole la espalda. Lanzándole una mirada de desaprobación por encima del hombro, añadió—: Márchate antes de que me metas en un lío. Drew tiene que estar ansioso por tanta espera...

Heather la observó alejarse por el pasillo durante unos segundos: su pelo oscuro cubriendo la mitad de su espalda y un leve mechón rodeando su oreja, sus manos nerviosas a la altura de la cintura como las de una niña que ha hecho una travesura y no quiere que su mamá se dé cuenta... Aubrey mostraba toda la intensidad y expresividad que ella había perdido.

*¿Qué sucedía?*

*¿Por qué había roto con Derek?*

*¿Estaba Aubrey en lo cierto? ¿Realmente no la amaba?*

*¿Y ella? ¿Lo amaba a él?*

Sus sentimientos se encontraban en una fase neutral, aunque iba encaminándose a la desesperación.

*¿Qué rumbo llevaba su vida?*

Él la eligió a ella y ella, aparentemente, lo había elegido a él...

*¿Qué había ocurrido entonces?*

El recuerdo de Derek, la manera al hablarle... Todo aquello le estaba destrozando por dentro.

Su corazón se negaba a aceptar que esas simples palabras que habían compartido esa misma mañana los separaban para siempre.

—¡Qué despistada es la gente! —se quejó Alexía cuando accedió al *galley* unos minutos después. Portaba un maletín en las manos.

—Me has asustado.

—Pareces nerviosa. ¿Heather, estás bien? —le preguntó preocupada con su voz musical, al verla distraída, con la tetera en la mano.

Heather ahondó en sus propios pensamientos buscando las palabras adecuadas para articular una frase coherente:

—Emm... —dudó—. Creo que es del caballero de la fila cuatro.

—Tienes una memoria prodigiosa, Heather.

La sonrisa de Alexía lucía radiante. Dedicándole una mirada curiosa, apuntó:

—Hoy estás muy misteriosa. ¿De verdad que estás bien?

*Oh... cambio de tema.*

No, realmente no estaba bien. Trató que su respuesta fuera disimulada.

—Estoy cansada. El día ha sido muy largo...

—En unos minutos llegaremos a base y afortunadamente, tendrás una semana entera para descansar.

—No veo el momento de que eso ocurra —contestó sinceramente.

—No lo dudo. No tienes muy buena cara hoy —murmuró, frunciendo el ceño—. ¿Por qué no le pediste a Melissa que te cambiara el turno?

Heather miró hacia abajo y tamborileó el metal de la encimera con nerviosismo.

*¿A qué se debía ese interrogatorio? La situación no podía ser más desconcertante.*

Intentando sofocar la mueca ridícula que amenazaba con dividir su rostro en dos, articuló con dificultad:

—No lo pensé.

—Espero que la pregunta no te haya ofendido —dijo Alexía levantando las cejas, con la cara un tanto enrojecida.

—No —resopló sorprendida.

—Por cierto, ¿dónde está Aubrey? Hace rato que no la veo.

Los ojos de Heather se nublaron de irritación. Lo que menos le apetecía era verse sometida a un nuevo interrogatorio.

—Emm... —dudó qué contestar. Parpadeó rápidamente.

*Piensa algo.*

*¡Heather, por favor, piensa algo!*

—Creo que está en el *cockpit*<sup>[3]</sup> —soltó con su capacidad de reacción bajo mínimos.

Heather miró a través del reducido perímetro de la ventanilla, disimulando su nerviosismo. Había poco que ver; la neblina que flotaba en el aire volvía invisible todo aquello que se encontraba más allá de un metro. Nunca había visto una nebulosidad como aquella.

—No —dijo Aubrey con voz intensa—. ¡Estoy aquí!

—¿Se puede saber dónde estabas? —inquirió Alexía, preguntándose qué respuesta le daría.

—En la bodega —admitió, encogiéndose de hombros.

Alexía miró a Heather un tanto sorprendida, pero no le reprochó nada.

—¿Y qué demonios hacías allí?

—Los servicios del avión son muy estrechos y las acrobacias no son mi fuerte —dijo con el rostro plagado de optimismo.

—¿Y Drew...?

Heather alzó la vista con vacilación.

—Imagínate —fue todo lo que dijo mientras se reajustaba el pañuelo en torno al cuello.

—Aubrey, eres una inconsciente —le amonestó Alexía.

Un silencio mortal se instaló entre ellas. Aubrey se miró las manos y empezó a tocarse nerviosamente las uñas.

—Tiene razón —dijo Heather colocando una cucharilla en el compartimento de los cubiertos.

—Sí, lo sé... pero al menos soy una inconsciente satisfecha.

—Aubrey, pisa el freno —sentenció Heather.

—Creo que me he perdido algo —apuntó Alexía extrañada. Manteniendo las manos sobre los hombros de Heather, preguntó—: ¿Estás bien, Heather?

—No, no estoy bien —contestó con angustia en la voz. Frunció el ceño por un momento.

*¿Cuánto más iba a durar el interrogatorio? Quería irse, alejarse y no echar la vista atrás... pero no podía.*

—El estado de ánimo de Heather hoy es peligroso —sentenció Aubrey sin poder ocultar el sarcasmo en su voz—. Parece que está involucrada en algún tipo de lucha interna. Así que ten *muuucho* cuidado Alexía.

*¡¿Eh?! —quiso gritar.*

*¿Por qué hablaba así de ella? ¿Por qué Aubrey le torturaba de aquella manera?*

Sus palabras fueron peores que un rechazazo en pleno rostro.

—Eso depende de lo que entendáis por peligroso —dijo con rigidez, encogiéndose de hombros. El pensamiento trajo consigo una sonrisa irónica a su rostro. Una montaña rusa de sentimientos se estaba apoderando de ella. Desplegó su asiento y se abrochó el cinturón de seguridad.

—¿Aubrey, te puedo dar un consejo? —inquirió Alexía con cara seria.

—Claro.

Alexía se tomó unos segundos en contestar.

—Es mejor que lo dejes estar. Algunas veces, ahondar en los problemas nos hace más daño.

—Prefiero las palabras duras —aclaró con sequedad—, que las lágrimas.

Alexía caminó rápidamente hacia la parte delantera del avión. Ambas vieron cómo se abrochaba el cinturón, junto a Drew.

—¿Por qué? —le preguntó Heather a Aubrey al cabo de unos instantes—. ¿A qué ha venido esto?

La voz de Drew se coló en la conversación a través del hilo musical.

—Señores pasajeros, bienvenidos al aeropuerto...

Sonriendo sarcásticamente, contestó:

—¿De verdad quieres saber?

—Sí —dijo con una sonrisa que no logró ocultar su inquietud.

—Por favor, permanezcan sentados, y con el cinturón de seguridad abrochado hasta que el avión haya parado completamente los motores...

—No quería hacerlo, pero no me has dejado otra opción.

—¿Así entiendes tú la amistad?

—En el amor y en la guerra todo cabe.

—No —Heather negó con la cabeza y le sonrió con indulgencia—. No para mí.

—Daría cualquier cosa por saber qué estás pensando en este mismo momento —murmuró Aubrey—. Puedo adivinar algunas cosas...

—Me alegro que no puedas leer mi mente porque de lo contrario... —suspiró Heather armándose de valor—, saldrías corriendo.

Carlota comenzó a ladrar desesperadamente cuando el timbre de la puerta sonó.

—¡Mierda! —Heather buscó a tientas las zapatillas bajo el sofá y se envolvió en la manta. Dirigiéndose a la *Bichón Frisé* de pelo blanco dijo—: Siempre nos interrumpen en lo más interesante de la película.

*Piiiiiiiiiii...*

—¡Ya voy! —gritó, alzando la voz ante la insistencia de la persona que había al otro lado de la puerta.

—¡Heatty, date prisa!

*¡Oh, no! ¡Aubrey!*

Había dos personas en el mundo a las que no quería ver. Y precisamente, una de ellas era Aubrey.

—¿Se puede saber qué narices pasa? —preguntó enfadada—. Casi haces que se me caigan las orejas con tus gritos. Has asustado a Carlota.

—¡Siempre tan exagerada! ¿Todavía no estás lista?

—¿Lista, para qué?

Aubrey no mostró signo alguno de haber oído las palabras de Heather. Entró enérgicamente en el salón y se sentó en el sofá, apartando un cojín. Tomando un pedazo de pizza de la caja que había sobre la mesa, preguntó:

—¿Qué demonios es esta porquería, Heather?

—Pizza —se justificó.

—¿Piensas pasar una semana encerrada en casa —preguntó con voz patéticamente débil—, a dieta de pan y agua?

—Me haces tantas preguntas que a veces pienso que es alguna clase de castigo —dijo Heather con ligereza.

Aubrey trató de ofrecerle una sonrisa de ánimo, pero no lo consiguió. Supo que a Heather se le acababa la paciencia cuando se agachó enérgicamente para recoger a Carlota en brazos.

—¡Márchate, Aubrey! Quiero estar sola —su angustiada expresión desmentía sus palabras—. Estoy muy cansada hoy.

—Activar el amor propio es el primer paso hacia cualquier tipo de crecimiento y mejora personal.

—Ya no sé dónde se ha escondido mi amor propio.

Caminó hacia la cocina y llenó un vaso de agua del grifo.

—Hay que desechar cualquier visión negativa que se tenga de uno mismo, Heather.

—Entiendo —dijo con ligereza. Las comisuras de su boca se torcieron hacia abajo. Se mordió el labio inferior intentando controlar las lágrimas. Luego bebió un poco de agua—. Sin embargo...

—En el amor la mala autoestima es una de las principales razones para que aparezcan problemas de dependencia —susurró Aubrey obligándole a enfrentarse a sus ojos—. Trata de no preocuparte.

—Siempre he sido demasiado insegura, Aubrey. Todavía no sé cómo esta mañana tuve fuerzas para romper con Derek.

—¿Acaso eres una bruja por haberlo hecho?

—McFarland siempre ha sido muy narcisista. Aun así...

—Recuerda que no todas las brujas llevan escoba... —advirtió.

—No seas idiota —dijo Heather con una ligera sonrisa en los labios mientras enjuagaba el vaso con cuidado.

—Probablemente esta es la primera vez que sonrías en todo el día. ¡Anda, vístete! Te vendrá bien

salir un rato.

—Aubrey... yo...

—Zack está esperando abajo —insistió—. Ya sabes lo furioso que se pone cuando no está entretenido.

—¿Zackary? —Abrió los ojos impresionada—. ¿Y qué pasa con Drew?

—¿Dónde está? ¿Acaso está aquí escondido? —preguntó con sarcasmo.

—¡Por supuesto que no! —contestó Heather ofendida.

—¿Entonces? ¿Qué problema hay?

*¡Muchos! Tal vez, demasiados. Al menos, ella arrastraba una montaña gigante de dolorosos problemas.*

—Ninguno, sólo que... me preguntaba...

—Heather, posees una gran capacidad de hablar y pensar a la vez. No deberías darle tantas vueltas a la cabeza. Vístete, por favor.

Aubrey se esforzaba por ser amable y suavizar la brusquedad de sus exigencias. Sujetando a Carlota entre sus brazos, tomó rumbo hacia el dormitorio de Heather.

—Tienes que añadir algo de vida a esta habitación —murmuró Aubrey al entrar—. No le vendría mal algo de alegría y color.

Heather se puso pálida.

—Con las prisas de esta mañana, no me paré a guardar todo como debía —intentó justificarse.

—Nuestro día a día, que va rápido y a menudo nos empuja más a reaccionar a los acontecimientos que a actuar conscientemente, hace que se acumulen cosas fuera de su sitio. Eso es algo muy normal, Heatty.

*¡Dios! Otra vez la llamaba Heatty...*

—Vamos a ver... Este no —comenzó a enumerar, revolviendo el armario de Heather—, este no, este tampoco... *¡Voilà!* Este vestido gris te sentará bien.

—¡Aubrey! —gritó Heather escandalizada—. Precisamente ese vestido...

Se quedó mirando a Aubrey cinco segundos enteros, lo que dio tiempo a ésta para esquivar la pregunta que Heather estaba fraguando.

—Es demasiado atrevido —le advirtió, tratando de aparentar naturalidad—. Pero hará que se fijen en ti.

—Deja que sea yo quien lo juzgue —dijo Zackary acercándose a las dos.

Ambas dieron un respingo.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Aubrey—. Te dije que esperaras en el coche.

—¿Desde cuándo hago caso de lo que tú me dices? —respondió con una mueca rebelde. Se acercó a ella y le envolvió la cintura con el brazo, sosteniéndole contra su pecho.

—Simplemente no entiendo por qué estás aquí.

Heather comenzó a sentirse mareada.

*¿Qué más podía suceder aquel día?*

—La puerta estaba abierta —intentó justificarse—. Me estaba quedando helado en el coche. —Besándole ligeramente en los labios, susurró—: Echaba de menos tu calor corporal...

—Relájate, Zack —le advirtió ella tratando de aparentar naturalidad.

Zackary dio un paso atrás y se sentó en el filo de la cama.

—Lo siento, Heather —se disculpó. Lanzando una mirada dolida hacia Aubrey murmuró—: No pretendía asustarte.

—¿Quieres tomar algo? —sugirió Heather.

No estaba muy segura de cuánto más podría aguantar. Oteó el reloj despertador de la mesilla de noche y comprobó que eran tan sólo las diez y diez de la noche.

*¿Por qué las manecillas del reloj se movían tan despacio?*

*¿Acaso habían hecho una conspiración contra ella?*

—No, gracias.

—Heather, tenemos que darnos prisa o llegaremos tarde —le informó Aubrey—. Nos vamos de fiesta, a mover el esqueleto.

—A un local del centro —añadió Zackary.

*¡Cielo Santo! Aquella noche no estaba de humor para fiestas.*

—Tengo toda la intención de tomarme un par de copas esta noche —admitió Aubrey.

—Yo no tengo ganas de fiesta.

—¿Estás de broma? —inquirió Zackary componiendo una mueca.

—Te doy cinco minutos para arreglarte —sentenció Aubrey, empujándola hacia el interior del cuarto de baño—. Tenemos toda la noche por delante...

*¡Toda la noche!*

*¿Qué había hecho ella para merecer aquello?*

Heather tan sólo deseaba estar en casa regodeándose en su propia miseria.

*¿Por qué había ido Aubrey a romperle todos sus esquemas?*

*No, no, no... y mil veces no* —le dijo al demonio que se apoyaba sobre uno de los hombros incitándole a salir.

—Se supone que deberíamos estar revolcándonos como locos, Aubrey, matándonos de pasión —se quejó Zackary con vehemencia cuando Heather cerró la puerta del cuarto de baño completamente.

Aubrey sintió deseos de golpearlo, pero en su lugar se apartó un mechón de los hombros y sonrió perversa.

—No pagues conmigo tu frustración sexual.

—¿Qué es tan gracioso?

—Tú dirás...

—No sé a qué te refieres.

—No tener... sexo —respondió ella sonrojándose—, te vuelve más agresivo.

—¿Qué significa eso?

—Que me atraes más...

Aubrey paseó una uña por la barbilla de Zackary, sintiendo el roce a contrapelo del vello recién afeitado. Se mordió el labio inferior y frunció el ceño como si estuviera recordando algo incómodo.

—Si estuviéramos solos... —dijo con un sonido gutural—, hace rato que te habría quitado ese vestido.

—¿Sí? —preguntó mimosa. Se sentó a horcajadas sobre las piernas de él—. ¿Tú crees que me dejaría?

Le empujó la cabeza hacia atrás y le besó la nuez.

—No me cabe la menor duda —aseguró él con la voz quebrada—. ¿Estás intentando seducirme, Aubrey?

—Creía que el que poseía las técnicas mágicas para seducir eras tú —respondió alzando una ceja, mirándole de forma profunda y tierna con sus ojos grises. Sus pupilas se dilataron ligeramente, expresando un deseo subconsciente de intimidad.

—Tu cuerpo habla por sí solo...

Sedujo con su mano el cuello de Aubrey, paseando los dedos hasta alcanzar el escote.

—¿Y se puede saber qué dice?

—Ven conmigo —susurró junto a su cara.

—¿Algo más? —preguntó ella, balanceándose sobre sus piernas.

Zackary carraspeó aclarándose la garganta antes de hablar.

—Sí. —Acoplándose a los movimientos de sus caderas, continuó—: Dice que quiere demostrarme todos tus juegos, recrearse en mi cuerpo... Mmm... Hacerme sentir tu fuego ardiente...

Lanzando una carcajada al aire, Aubrey dijo:

—No sabía que mi cuerpo fuera tan hablador.

Zackary se mordió el labio inferior ahogando un gemido y rozó la parte alta del escote de Aubrey con el mentón.

—Estar a tu lado es... hace que mi cuerpo se vuelva fuego... fuego que arde, que me quema, que me prende, que me enciende... —susurró con la garganta reseca.

Aubrey contoneó las caderas ligeramente, ajustando la posición de su cuerpo, sintiendo la creciente dureza de Zack entre sus piernas.

—Mis labios se derriten por besar tu piel...

Ella le cedió el hombro, dejando caer con sensualidad el tirante de su vestido. La lengua de Zack se deslizó suavemente por su garganta, dejando un reguero de saliva a su paso.

—¿Sigo? —La mirada de deseo adornaba sus pupilas.

—*Ahá* —respondió ella con la voz entrecortada. Agarrándole del pelo, le obligó a echar la cabeza hacia atrás y le mordió en el cuello, a la altura de la yugular.

—Vas a lograr que pierda la consciencia...

—Quizás esa sea la única opción de que te dejes de juegucitos —acertó a decir, mientras sus manos tanteaban el abdomen de él en busca del cinturón.

—No te atreverás a...

Aubrey le desabrochó la hebilla plateada. El metal estaba frío, pero la piel bronceada de Zackary irradiaba calor.

—¿Acaso no me crees capaz?

Asintió. Las manos de Zackary fueron ahora a sus caderas para apretarle contra él. Aubrey percibió cómo su miembro luchaba contra la elasticidad de su ropa interior e intentó abrirle paso a través de la cremallera del pantalón.

—Quieta pequeña... —le susurró al oído. Acto seguido le mordió la oreja—. Estás jugando con fuego...

—El mismo que hace unos segundos te quemaba por dentro —musitó, apartándose un mechón de pelo de la frente.

—Heather está a punto de salir —su voz sonó ronca.

—Mmm...

Le interrumpió con un beso. Un beso brutal y desesperado al que Zackary no se resistió. Recibió su lengua con la necesidad de un hambriento.

—Aubrey... —intentó quejarse cuando sus labios se separaron—, yo...

—¿Qué? —inquirió sugerente, apoyando las manos contra su espalda para apretarse más contra él.

—Dame un poco de tregua... —solicitó, a pesar de que su cuerpo demandaba todo lo contrario. Sintiendo el movimiento sensual de las caderas de ella contra la dureza que crecía bajo el pantalón, dijo con la respiración entrecortada—: No quiero encenderme más de la cuenta o de lo contrario no podré responder de mis actos.

—El sentimiento, sin duda, es mutuo —le susurró al oído. Mordiéndole el labio inferior, añadió—: Esto sólo ha sido una pequeña muestra de lo que te espera más tarde...

—Será un placer... —respondió, volviendo su mirada hacia la puerta del cuarto de baño.

—Heather, ¿estás bien? —vociferó Aubrey, recolocándose el vestido.

*¡Maldición! Su insistencia sólo estaba sirviendo para provocarle más estrés.*

—Sí —graznó inquieta ante el espejo mientras extendía una última capa de rímel a sus larguísimas y arreboladas pestañas. Aclarándose la garganta repitió—: ¡Sí!



Aquel *sí* había sonado más seguro.

—Tenemos que irnos ya —apuntó Zackary

—Lo sé —murmuró Heather a la imagen que se reflejaba en el cristal.

*¡Maldita sea! ¿Qué demonios estás haciendo?* —pensó.

*¿Quién te ha mandado hacer caso a esos dos inconscientes que hay al otro lado de la puerta?*

*¿Quién? ¡Quién! ¡¡QUIÉN!!*

Sintiendo cómo de pronto sus pensamientos comenzaban a gobernar y a determinar su vida, se armó de valor ante el espejo y salió del cuarto de baño.

—¿Lista para irnos? —preguntó Aubrey.

Heather asintió nerviosa, cruzando el dormitorio con celeridad. Al cabo de unos segundos, Zack preguntó con cara de asombro:

—¿Has visto lo mismo que yo?

De facciones sensibles, senos prominentes y cintura de avispa, Heather Rothscill cubría su escultural figura con un sencillo vestido gris que le quedaba como un guante. Su melena, de impresionantes bucles dorados, estaba atada en la nuca en una coleta alta.

—Sí.

—Parece una diosa —musitó él—. Un cuerpo esbelto de hermosas formas.

Percibiendo cómo la tensión sexual crecía nuevamente bajo sus pantalones, se levantó de la cama y comenzó a caminar.

—Sí —oyó que le contestaba Aubrey a su espalda. Su tono mostraba cierto cariz celoso—. Cuando se lo propone, Heather sabe sacarse muy buen partido.

—Bailar a un ritmo alegre y alocado constituye un medio excelente para derribar la tensión de la semana —apuntó Zackary mientras maniobraba para aparcar su *Bentley Continental GTC*<sup>[4]</sup>.

¡Ja!

—*Le Bain* es uno de los sitios más *cool* del momento —sentenció Aubrey, retirando la mano de la rodilla de Zack. Mirando hacia atrás, dijo—: No es precisamente barato y suele estar abarrotado de gente pero... ¡vale la pena!

*No será para tanto* —pensó Heather Rothscill analizando el perfil de sus uñas.

—Hay siempre un ambiente muy *chic* —apuntó Zackary con entusiasmo—. Heather, créeme. ¡Te va a gustar! El lugar está decorado con un gusto exquisito y rezuma clase y estilo por todas partes.

—Algo había oído... —admitió distraída.

—El ruido, el alcohol y la promiscuidad seguramente no jugarán a su favor —murmuró Aubrey acariciándole a Zackary la oreja derecha.

¿Quééééé...?

Zackary observó a través del espejo retrovisor cómo la preocupación se había hecho patente en el rostro de Heather y le guiñó un ojo.

—No le asustes, Aubrey —le regañó Zack. Miró otra vez a Heather a través del cristal.

—Heatty, lo mejor de todo son las vistas espectaculares que ofrece...

—¿Sabes qué? —inquirió él extrayendo la llave del contacto—. Tengo una intuición sobre ti, Heather.

Aubrey se tensó en el asiento, pero no dijo nada. Apretó los labios, negó con la cabeza y apoyó la mano sobre la rodilla de Zack.

—Tú dirás... —contestó haciendo una forzada mueca con los labios.

¡Maldición!

¿Por qué había sido tan estúpida de entrar en su juego?

—Este es un lugar donde el físico y la postura importan mucho...

Heather observó su espalda en silencio con sus ojos verdes, oscuros y enormes.

—Zack... —le interrumpió Aubrey, viendo la expresión en su rostro—. ¡Heather no tiene hoy uno de sus mejores días!

La tensión era obvia en sus labios.

—*Le Bain* es el lugar donde encontrar chicos deseables... —apuntó Zackary—, el terreno ideal para comenzar trepidantes historias de amor o... o para otorgarse un momento de felicidad y de delicia, donde la aventura y el erotismo son bienvenidos.

¿Qué?

Heather se sintió zarandeada por pensamientos que luchaban entre sí, tratando de determinar si había tomado la decisión correcta al aceptar la invitación —*sin posibilidad de réplica*— de Aubrey y Zack.

¡Qué!

¡Eso no podía estar sucediéndole a ella!

¡No, no y mil veces no!

¡No, no, no!

¿Por qué había sido tan tonta de aceptar?

A pesar de los altísimos tacones, Heather sintió deseos de echar a correr.

¿Por qué no pedirle a Dios, o al diablo, si hacía falta, una respuesta, una mísera respuesta del por qué ella había acabado allí, algo que con todo pronóstico, jamás hubiera imaginado?

*Aparentemente, la pregunta no era tan descabellada.*

*¿O sí...?*

Una espesa niebla les envolvió con su humedad cuando descendieron del *Bentley*. Heather se cubrió los hombros con el chal; Aubrey, con el musculado brazo de Zackary.

—Tiene que valer la pena —soltó Aubrey, marcando su territorio en torno a Zack—. Si no, ¿por qué habría tanta gente haciendo cola?

—Tienes razón —sentenció el joven—. ¡Es lo mejor de lo mejor!

—Debería salir corriendo antes de que sea tarde —insinuó Heather con una sonrisa forzada en los labios.

Definitivamente, no se sentía preparada para aquello. Respiró hondo. Tenía un nudo en el estómago y el corazón en la garganta. Tuvo que apretar los puños para disimular que le temblaban las manos. Sus ganas de huir estaban completamente fuera de control, excediendo todo lo que había sentido durante el día.

—Buenas noches. —Zackary saludó al portero, un tipo de casi dos metros de alto por dos de ancho, con músculos hasta en los párpados.

—Pasad por aquí —indicó apartando el cordón de seguridad.

—Gracias otra vez —dijo, como si entre ellos ya hubieran mantenido una conversación previa. Guiñándole el ojo añadió—: Te debo una.

Un calor pegajoso se apoderó de Heather provocándole una sensación de auténtica incomodidad cuando accedió a *Le Bain*. La música de *Abba* con su *Dancing Queen*, retumbaba en el local.

—La clave tan sólo es caerle bien al portero —apuntó Zackary alzando la voz para que las dos le pudieran oír—. ¡Nada más!

—Y a mí... —le insinuó Aubrey dándole un cachete en el culo.

Heather apartó la mirada. Su boca y sus ojos se habían suavizado ligeramente.

—Ya estás incumpliendo las normas —dijo Zack, elevando nuevamente la voz—. Otra vez...

—¿Qué normas? —preguntó Aubrey entre dientes, danzando provocativamente. Su voz sonaba temblorosa e insegura.

Hablaban como si Heather no estuviera allí presente.

—Quiero acostarme contigo... —La estrechó en sus brazos y dejó los labios casi rozando los de ella—. Estoy a cien.

—Entonces... —a Aubrey le costaba hacerse escuchar entre tanta algarabía—, estamos como al principio.

Comenzó a mover los pies al ritmo de la música.

—La diferencia es que ahora tengo más ganas que antes —vociferó Zackary acercándose íntimamente a su oreja.

Por primera vez Aubrey lo vio tal como era, sin sonrisas ni gestos seductores. Acercándose lo más posible sobre la apetitosa muestra de tentaciones que le ofrecía el cuerpo torneado de Zack, le dijo:

—Suplicarás clemencia.

—Es posible —dijo apresuradamente, dando un paso hacia atrás para mirarla—. Haré un trato contigo.

—No aceptaré condiciones en esto —gritó él por encima de la música, mirando de reojo a Heather.

—¿Cómo puedes saberlo? Aún no has oído mi oferta.

—¿Oferta? —repitió él con desdén—. ¿Qué oferta?

—Un 3x2 —dijo Aubrey, mordiéndose el labio inferior.

—Antes debemos... —titubeó Zackary—. En fin... Tres son multitud.

*¡Oh, venga!*

*¿Aquello iba en serio?*

Heather sintió que todo a su alrededor daba vueltas y más vueltas cuando Aubrey formuló la pregunta que a *priori* no le apetecía escuchar:

—¿Por qué no te das una vuelta, Heather?

Aquellas palabras la dejaron helada.

—Ah, ¿vuelves a dirigirme la palabra? —replicó con entusiasmo fingido.

Aubrey agarró a Heather del brazo y tiró de ella hacia sí.

—La violación de la intimidad tiene un precio muy alto. —Guiñándole un ojo añadió—: Resulta irónico, ¿verdad?

Heather la observó unos segundos, percibiendo cómo de golpe se le llenaban las fosas nasales, la boca, la garganta y los pulmones de rabia.

—Ya te he dicho que para mí es importante que disfrutes, no lo olvides —dijo con ironía seca. Le mostró una sonrisa tan falsa como el tono alegre de su voz.

—¡Claro! —afirmó Heather, mirando al frente con los ojos perdidos en el miedo.

—Te sugiero que te des una vuelta.

Transcurrió un largo rato durante el que se sintió atormentada por la vacilación.

—Creo que... te vendría bien una copa —anunció Zack apuntando con el dedo en dirección a la barra. Acto seguido, le hizo una mueca con la nariz y luego le sacó la lengua.

Heather miró a Zackary un momento y arqueó una ceja. Por un momento se debatió entre la ira y la risa, pero al final simplemente esbozó una sonrisa forzada. Definitivamente, Aubrey y él querían deshacerse de ella.

*¿Quién le había mandado hacer caso a Aubrey?*

*¿Y a Zack?*

*¿Qué demonios habían dicho para que ella saltara como un resorte del sofá y se vistiera de aquella manera?*

*¡Qué!*

*¿Por qué había sido tan estúpida de entrar en su juego?* —le repitió por enésima vez su conciencia encarnada en un pequeño ángel blanco que revoloteaba sobre su hombro.

Caminó por *Le Bain* tragándose el nudo de emociones que le cosquilleaba por todo el cuerpo y se miró en los grandiosos espejos que adornaban el pasillo junto a la piscina, comprobando que, a pesar de la hora, seguía siendo ella.

Sintiéndose extrañamente satisfecha tras alcanzar el mostrador y recibir su *Gin Tonic*, le sobrevino un suspiro enorme y tembloroso, con el que la furia salvaje que le había poseído fugazmente minutos antes, se resignó a esperar otro rato más.

Alzó la vista y descubrió que alguien le estaba observando a través del reflejo de uno de los espejados de la pared.

—¿Te encuentras bien?

La voz de aquel hombre le acarició la piel como el terciopelo.

—Interesante cuestión —contestó ella, mirándolo significativamente.

Él se dio cuenta de que ella estaba enfadada. Ignorando su sobresaltada resistencia, la condujo hacia un rincón más silencioso.

Un escalofrío de excitación recorrió la espalda de Heather al percibir cómo aquel hombre cautivador y desvergonzado le sujetaba del brazo.

Heather no pudo resistirse a la tentación de observarlo. Le pareció hermosa aquella masculinidad salvaje, el increíble poder de su cuerpo, su perfección esculpida a cincel.

—Da la sensación de que estás a punto de salir corriendo —dijo él con una sonrisa peligrosa en los labios.

Cuando las luces incidieron en ellos, Heather fue incapaz de apartar la mirada de aquellos ojos

azules que, enmarcados en un rostro de nariz angulosa y mentón firme, emanaban oleadas de calor erótico y oscuro.

Petrificada como una estatua, contempló embelesadamente a aquel hombre unos segundos, los suficientes para percibir la reacción de alerta en todas y cada una de las células de su cuerpo.

Se sentía llena de luz y ligera como si flotase sobre un suelo pulido. Le temblaba la mano que sostenía el *Gin Tonic*; los hielos titilaban dentro del vaso.

—¿Qué te hace pensar que...? —balbuceó sorprendida. El corazón comenzó a latirle con fuerza—. No sé de dónde sacas esa conclusión.

Contuvo la respiración mientras esperaba la respuesta de él.

—El miedo te delata.

Él le dedicó una sonrisa y fue cuando por fin Heather se relajó y le ofreció también el mismo gesto.

—El miedo siempre está ahí.

Heather volvió la mirada a la pista y observó cómo Aubrey intentaba seducir a Zackary con su contoneo sensual.

—Los amigos son como los zapatos —sentenció él observando la preocupación en sus ojos verdes.

—Lo sé —contestó ella quedamente—. Podemos tener muchos pero siempre andamos con los que nos sentimos más cómodos.

—Aunque a veces nos hagan daño...

Algo en la voz de él hizo que Heather se quedara sin aliento y no pudo evitar sentir cierta aprensión. Frunció el ceño.

—Sí —apretó frustrada los labios.

Heather dio un trago a su copa y notó el sabor amargo en su garganta. Mientras bebía por segunda vez, se fijó en que de repente aquellos ojos azules la estaban mirando de nuevo.

—La venganza es una ambición desafiante —dijo él acercándose a su oreja para hacerse oír.

Inspiró tranquila y profundamente, dejando que cada exquisito matiz aromático del perfume de él se colara hasta los más profundos vericuetos de su ser. Cada vez que aquel hombre se acercaba a ella, el aire se electrizaba con una innegable tensión sexual.

—No entiendo a qué te refieres.

—Lo sabes perfectamente... —susurró él, colocándose junto a ella. Elevando ligeramente los hombros, admitió—: Todos llevamos un espía dentro.

—Yo no estoy espionando a nadie.

Sin hablar, él la miró fijamente de arriba abajo y luego a los ojos.

—¿Quién no ha fantaseado alguna vez con instalar cámaras o grabar una conversación? —inquirió, dejando caer el peso de su cuerpo contra la pared—. ¿Lo harías?

—¿Y por qué iba a hacerlo? —contestó Heather desafiante.

—No sé. Eres tú la espía... —insinuó él. Se frotó el mentón en silenciosa deliberación y se mordió ligeramente el labio.

Rindiéndose al irresistible atractivo de aquel hombre, Heather sintió cómo su piel se derretía al igual que los hielos dentro del vaso.

De pronto notó la boca seca y las rodillas le comenzaron a temblar sin control cuando sus miradas se cruzaron de nuevo. Él seguía sereno, de pies a cabeza, con la mandíbula firme. Más que sexy...

*¿Qué estaba haciendo?*

*¿Realmente estaba flirteando con un desconocido?*

*¿Esa noche, cuando todo a su alrededor parecía haberse desmoronado como un castillo de naipes?*

*¿Y si resulta que todo en la vida tiene un sentido, aunque no lo comprendas?* —le susurró ahora el demonio rojo de su conciencia, desbancando la cordura y la sensatez a la que tendían las

recomendaciones de su angelito blanco.

Heather ajustó los labios a la pajita y succionó eróticamente del plástico, mientras agitaba sensualmente los dos abanicos de largas pestañas que decoraban sus párpados.

Fue incapaz de moverse del sitio. Pensó que, de hacerlo, sus rodillas acabarían por fallarle y caería al suelo sin remedio.

—¿No hace una noche maravillosa? —Los ojos azules de él brillaban en la oscuridad llenos de diversión.

Heather percibió cómo su cálido aliento acariciaba la piel de su rostro. Su aroma, una mezcla de jabón y *after shave* inundó sus fosas nasales. Apretó los puños, incapaz de responder nada.

—Acompáñame... —le insinuó él, acariciándole el pómulos.

Heather sintió la sangre hervir en sus venas, lo miró y mordió la pajita con una nota de desafío en los ojos.

—¿Dónde?

—Las preguntas hacen que los misterios pierdan su magia.

Rhian percibió el brillo beligerante de sus ojos. Imaginó cómo sería rozar otra vez aquella cremosa y seductora piel con la punta de sus dedos, sentir su calor en sus yemas, su aroma en sus labios...

—Soy Rhian... —bisbiseó entornando los ojos. Agarrándole de la cintura, le obligó a apoyar sus caderas contra las de él, antes de añadir—: Rhian Hoover.

Heather lo observó con los ojos abiertos como platos, pálida como la cera de una vela.

—Creo que te estás equivocando conmigo.

—¿Sí?

Entrelazó los dedos con los suyos. Una llamarada de fuego subió por el brazo de ella y recorrió todo su cuerpo.

—Has tocado en nervio —se le cascó momentáneamente la voz—. Tiene que haber un montón de mujeres que se morirían por acostarse contigo.

—Un montón de mujeres no me vale. Sólo quiero a una... —El sonido de su voz era cálido y aterciopelado—. A ti.

—¡Suéltame! —le ordenó apretando los dientes.

Su mente comenzó a girar como un torbellino mientras su cuerpo luchaba contra el escalofrío que se alojaba en su vientre. Era imposible que aquel hombre le provocara cosas que jamás había experimentado con nadie, ni tan siquiera con Derek.

—Quiero que te enciendas para mí... —susurró, acercándose íntimamente a su oído—. ¿Aceptas?

*¿Cómo había llegado tan lejos?*

*¿Cómo había permitido que sucediese aquello?*

*No estaba dispuesta a que él la arrastrase hasta su cama.*

*¿O sí?*

—Suéltame —repitió con un tono de voz debilitado. Una descarga eléctrica le recorrió la espalda.

—No creo que estés en una situación favorable para amenazar a nadie, ¿no te parece?

Sus palabras sonaron presuntuosas. Lanzó una masculina y vibrante carcajada al aire y se acercó aún más a ella. Con suavidad posó la boca en la suya y le mordisqueó eróticamente el labio inferior.

—Para... —murmuró ella contra su boca, desconcertada ante la respuesta de su propio cuerpo, azotado por una oleada de placer.

Él no hizo intención de profundizar el beso, sólo inhaló el embrujador aroma de su perfume.

—¡Vaya! —exclamó Rhian torciendo el labio. Se llevó la mano a la boca y observó una escueta mancha de sangre en las yemas de sus dedos. Le miró a los ojos con una nota de desafío, curvó los labios y sonrió con gesto burlón antes de decir—: Tienes mucho que aprender...

Heather no contestó. Lo miró con los párpados entrecerrados, sin moverse de donde estaba,

agudamente consciente de la situación. Las manos le temblaron al dejar la copa sobre la mesa.

—Te veo muy convencido. Eso no va a ocurrir... —Heather se inclinó hacia él—. ¡Jamás!

—Tu cuerpo no dice lo mismo.

Parpadeó asombrada intentando volver a la realidad.

*¿Qué le pasaba?*

Una fuerte desorientación hizo que se sintiera mareada. El rubor se apoderó de sus mejillas.

*¿Por qué no salía corriendo?*

*¿Acaso estaba perdiendo el juicio?*

Había algo en aquel hombre que le cautivaba, que le mantenía presa con su propio magnetismo; algo le seducía de tal manera que a pesar de sus miedos, le obligaba a permanecer allí a su lado.

—¿Sabes? —Se frotó el mentón en silenciosa deliberación, sus ojos azules evaluándole—. No todas las mujeres pueden hacer esto...

Rhian Hoover aferró la nuca de Heather Rothscill e hizo que casi se ahogara de placer. Ese era el momento indicado, y su lengua penetró su boca hasta el límite de lo tolerable.

—La próxima vez procura obedecerme a la primera —murmuró él una vez que sus labios se deshicieron de la ardiente necesidad que crecía en la boca de ella—; te recuerdo que es parte de nuestro trato...

—Yo no he hecho ningún trato contigo —repuso ella. Apretó los dientes, se cruzó de brazos y le mantuvo la mirada, intentando aparentar desconcierto. Nunca había experimentado nada tan exquisito y tentador como aquel beso. Ni siquiera con Derek...

—Acabas de sellarlo a fuego, preciosa —dijo él, endureciendo la mandíbula. Enfrentándose a sus ojos verdes cuando quedó claro que todavía no había terminado, añadió—: Esto sólo te beneficiará a ti...

Heather se estremeció de nuevo al sentir el deseo en su voz. Por alguna ilógica razón su interior deseaba aceptar.

—No eres un pequeño inocente que entrega su corazón de forma gratuita...

Él sonrió y puso los ojos en blanco. Paseando las yemas de los dedos por los labios hinchados de ella, inquirió:

—¿Y bien?

—¿Qué? —contestó Heather desafiante.

—Intuyo que sabes lo que te puedo ofrecer... ¿Aceptas?

Rhian aguardó en silencio a que ella se atreviera a responder. Sintió que la respiración se le aceleraba y trató de retener la oleada de calor que se deslizó por su vientre cuando ella entornó los ojos. Tragó saliva y repitió la pregunta, intentando sonar convincente:

—¿Aceptas?

Estaba tan cerca de ella que Heather podía sentir la caricia de su aliento en la mejilla.

—¿Acaso estás proponiendo que me acueste contigo?

—Yo no he dicho nada al respecto. ¿Querías? —inquirió enarcando una ceja.

De pronto, Heather comenzó a sentir un fuego abrasador que le consumía por dentro, provocando que la corriente sanguínea circulase por sus venas a trescientas millas por hora. Cerró los ojos y sintió que el corazón le golpeaba contra las costillas.

—¿Entonces?

La incertidumbre y el elevado poder de seducción de aquel hombre estaban haciéndole dudar. Otra vez...

—La decisión es tuya, princesa. —Se mordió el labio inferior y unas minúsculas gotas rojizas asomaron por el corte—. ¿A qué tienes miedo?

*A todo* —quiso gritar.

Palideció y a punto estuvo de ceder al pánico que comenzaba a apoderarse de ella. Sintió el sudor

deslizarse entre sus senos.

—¿Quieres encenderte para mí? —preguntó con su voz sensual y erótica.

La música se hizo más fuerte y la luz de los focos pasó del rosa al rojo sangre, cegándola por momentos.

Heather levantó la cabeza lentamente, descubriendo la belleza de su cuello, y echó el pelo hacia atrás. Armándose de valor, olvidando por unos segundos todos sus miedos, se dejó llevar y, apoyando su cuerpo en de él, susurró provocativa y sin pensar:

—Acepto.



—No deberías beber tan rápido —le aconsejó Rhian retorciendo entre sus dedos un mechón dorado de su coleta. Cada vez que se acercaba a ella, el aire se electrizaba con una innegable tensión sexual.

—No tendría que haber venido —contestó Heather de inmediato. El corazón le palpitaba con urgencia en el pecho.

Rhian Hoover sonrió interiormente, reconociendo que había sopesado esa posibilidad.

—Nada me hubiera dolido más.

Heather lo miró con recelo, como si desconfiara de la intención del comentario. Cerró los ojos unos segundos, inspiró por la nariz y se levantó del asiento, como si estuviera dispuesta a huir.

*¡Nada le apetecía más que hacer eso!*

*¡NADA!*

Rhian percibió la duda en los movimientos de Heather: el morbo que le causaba aquella situación era demasiado tentador para ella.

Para él también...

Debatiéndose con su propia conciencia, Heather miró en derredor y observó cómo él encendía el hilo musical. *Bill Medley* con su balada *The Time of My Life*, consiguió matizar y suavizar los gritos de la gente al otro lado de la puerta.

*Soy una imbécil. Una tonta...* —se autoflageló, sin quitar la vista del cristal que recubría una de las paredes del reservado de *Le Bain*.

*¿Por qué no sales corriendo? ¿Ahora que estás a tiempo?* —le preguntaba su conciencia personificada en un precioso angelito blanco apoyado sobre uno de sus hombros—. *¿Por qué...?*

La música envolvió la estancia al instante. Él comenzó a tararear, al compás, al tiempo que sus dedos tamborileaban sobre la mesa:

*Now I've had the time of my life  
No I never felt like this before  
Yes I swear it's the truth  
And I owe it all to you  
Because I've had the time of my life  
And I owe it all to you...*

Rhian apareció dentro del reflejo del espejo, justo detrás de Heather, cuando *Bill Medley* comenzaba a cantar el estribillo de la canción:

*This could be love because...  
I've had the time of my life  
No I never felt this way before  
Yes, I swear it's the truth  
And I owe it all to you*

—Quédate... —susurró, retirándole de las manos el vaso de *Gin Tonic*.

—Emm...

—Si te quedas, te prometo que no hay lugar más seguro que aquí conmigo. —Su voz era casi un murmullo imperceptible en medio del silencio. Un silencio roto tan sólo por las delicadas notas de *Bill Medley* y la respiración acelerada de ella. Paseando la palma de la mano por su garganta, preguntó—: ¿Querrías dejarme mostrarte cuánto aprecia un hombre una figura como esta?

Arrastrando las manos a lo largo de sus brazos, alcanzó la cintura y luego las apoyó en las caderas.

Heather se quedó helada.

—No debería haber venido.

El rostro de Heather demostraba una mezcla de asombro, temor y quizá hasta incompreensión. Comenzó a apartarse de él.

Consciente de que su calor traspasaba la delicada seda del vestido, Rhian mantuvo las manos firmemente sobre las caderas de ellas. Observando su reacción a través del espejo, susurró:

—Nada me hubiera dolido más.

Tras mirar a Rhian y contemplar su semblante ceñudo, musitó intentando sonar fría:

—Rhian, para...

El temblor de su voz arruinó el efecto. El temor que le inspiraba su mera presencia la enmudeció: se le había formado un nudo en la garganta.

—No puedo —le susurró al oído. Presionó suavemente la carne de su cintura con los dedos, haciéndole recordar que todavía estaban allí.

—Por favor... —protestó.

—Me encantaría hacerte el amor... —deslizó una mano y la extendió sobre su abdomen—, pero tengo todo el tiempo del mundo entre mis manos.

Su voz aterciopelada era salvajemente seductora.

Rhian se sintió como ese gato que juguetea con su pequeña presa, el ratoncito asustado y agotado.

—Rhian, yo...

—Shhhh... —siseó él colocándole un dedo sobre los labios. Se apartó de ella ligeramente, lo justo para que sus ojos pudieran abarcar la totalidad de su cara. Había una arruga en su entrecejo y deseó besarla para que desapareciera—. Tranquila...

—Rhian...

—Eres hermosa —afirmó él con total convicción.

Heather percibió cómo el rubor se apoderaba de sus mejillas. Parpadeó varias veces batiendo enérgicamente las pestañas como alas de mariposa.

—Creo que debería irme —susurró.

—Yo no quiero que te vayas...

Rhian dio un paso hacia delante y le rodeó la cintura con los brazos. Heather los sintió musculosos y fuertes contra sus caderas.

—Rhian... —intentó protestar.

A pesar del sin fin de palabras que se agolpaban en su cabeza, Heather era incapaz de articular un mensaje coherente.

—Shhhh... Hace días que llevo esperando este momento —dijo él con la garganta reseca.

¿Qué?

¿Había dicho días?

*Quizás, los nervios le habían jugado una mala pasada y no había entendido bien...*

Mientras se desabrochaba el nudo de la corbata, Heather percibió cómo aquellos ojos azules escudriñaban cada rincón de su cara como si estuviesen haciéndole un escáner.

El rubor se volvió a apoderar de sus mejillas.

—Rhian, yo... debería marcharme —articuló Heather con dificultad manteniendo la mirada fija en el triángulo de piel bronceada de su cuello. Una mezcla de deseo y excitación invadió todo su cuerpo. Dio un paso hacia atrás y su espalda tropezó con la pared.

—Creo que te arrepentirías de eso tarde o temprano... —contestó él mirándola con ojos ardientes y levemente nublados por el deseo. Apoyó una mano contra el empapelado, reduciendo nuevamente distancias—. ¿Qué?

Heather se mordió el labio inferior justo un segundo antes de que él le plantara un beso en la sien.

—No soy de esos hombres que besan a la chica en la primera cita —murmuró con los labios muy

cerca de los suyos. Su sonrisa de una sensualidad y un erotismo sobrenatural derritió su debilitado autocontrol, como un helado a pleno sol.

*¿En serio?* —le preguntó su ángel—. *¡Miente! A ti ya te ha besado antes...*

Heather sintió su aliento a menta en su boca.

—Deseaba hacer esto... —dijo él en un susurro besándole la punta de la nariz. Levantó una ceja, buscando aprobación para continuar. Cuando ella entornó los ojos, añadió, besándole un párpado—: Y esto...

Reduciendo al mínimo el espacio entre ambos, Rhian dirigió sus labios a los de Heather. Su beso fue apasionado, fuerte, poseedor. Sus manos le sujetaron la nuca, aguantando el beso, mientras sus dedos jugueteaban con el entresijo arrebolado de su melena dorada.

Con los brazos flácidos junto a las caderas, Heather se dejó besar. Nunca antes nadie lo había hecho con aquella sutileza, con tanta suavidad, con aquella sensibilidad plagada de erotismo y sensualidad. Sintió cómo su mente se alejaba del mundo terrenal y se adentraba en otro mucho más jugoso y placentero.

—Mmm... —se quejó cuando los labios de él se apartaron momentáneamente de los suyos para reajustar su posición.

La piel le quemaba con cada beso, con cada caricia hervía de deseo. Ardor... Excitación... Calor, mucho calor...

Los ojos de Rhian centellaban de puro placer. Los de ella se volvieron fuego incandescente cuando los febriles labios de él comenzaron una nueva incursión más profunda en su boca y sus hábiles dedos, como tentáculos de un pulpo, se adentraron en el enmarañado de su cabeza.

—Rhi... an... —gimió ella, sintiendo el latido ahogado de su corazón.

—Shhhh...

—Rhian... —logró decir su nombre con un poco más de fuerza.

—Shhhh... no te muevas —le ordenó con una voz firme y dura que le hizo estremecer—. Quiero que te enciendas... para mí.

Su voz grave y varonil la hipnotizó, nublándole los pensamientos. Sus órdenes le hacían caer rendida ante él. Su sexo palpitaba tanto que Heather Rothscill sintió que iba a explotar. Cerró los ojos demostrando lo excitante de la situación y pasó la lengua por su labio inferior.

—Oh...

Entrelazando los brazos un poco más arriba en torno a su cuello, esparciendo los dedos por la intrigante textura del ralo cabello que cubría su cráneo, gimió extasiada, ocultando la cara en la curva de su cuello mientras él le mordía la parte superior del hombro.

—No cariño; no... así no. Así no lo quiero —le dijo al oído cuando las manos de ella comenzaron a buscar los botones de la camisa. Susurrando suavemente, casi ronroneando con tono ingenuo, añadió mostrando una hilera perfecta de perlas blancas en el interior de su boca—: No seas impaciente.

Esa sonrisa cautivadora, atrayente y persuasiva hizo que el aliento de Heather se convirtiera en un nuevo gemido.

—Señorita Rothscill —le amonestó con autoritarismo. Mordisqueó su mandíbula y después le besó en los labios, con premura, con determinación, con movimientos precisos y contundentes—. Eso ha sido infernalmente sexy, pero no ha de volver a ocurrir.

Heather sintió cómo su entrepierna se humedecía bajo su ropa interior cuando Rhian le bloqueó las manos tras la espalda. Obligándola a girar el cuello hacia la izquierda su yugular quedó a merced de los labios incandescentes de él.

—Sí... —hipó, tragando con dificultad.

Rhian aprovechó el momento para succionar el nudo de su garganta.

—Tranquila —le susurró al oído ahondando con su lengua la caldeada y húmeda cavidad de su

oreja—. Llegará el momento en el que implorarás clemencia y pedirás que pare... Pero todavía no.

—¡Ah...! —balbució ella acoplando sus caderas a la abultada dureza del miembro de él.

—Quieta —le ordenó con voz firme desviando su atención momentáneamente. Ajustando la posición de sus llameantes ojos azules le dijo—: No te muevas. Quiero que te enciendas... para mí.

Acto seguido, comenzó a besarle de nuevo recorriendo con su lengua cada recoveco de su boca.

Heather Rothscill, con el movimiento de sus brazos completamente anulado por la firmeza de las manos de Rhian, se dejó llevar.

Sintió un escalofrío de deseo recorrer todo su cuerpo y cómo sus piernas se debatían en movimientos desesperadamente irregulares, evidentemente buscando el acople a ese cuerpo robusto que la mantenía oprimida... a aquel descomunal e incontrolable deseo que florecía entre sus piernas. Su cuerpo comenzó a temblar como un cervatillo asustado.

—No temas... —musitó él, besando un mechón dorado de su coleta—. Dedícate a disfrutar, pequeña...

—Rhian... —se quejó. El corazón le golpeaba furiosamente en el pecho—. Por... fav...

—Shhhh...

—¡Oh sí! —exclamó cuando la mano de él rozó muy sutilmente uno de sus senos a través de la seda del vestido.

—Veo tu mirada y siento que me deseas. Desnúdate... —gruñó como un lobo hambriento con la garganta reseca por la lujuria. Durante un par de segundos permaneció callado hasta que ya no pudo más y dijo—: Desnúdate para mí...

La miró expectante.

Y Heather lo miró a él con incredulidad. Su orden le hizo salir del limbo en el que se encontraba su propia y más personal excitación, derritiendo todos y cada uno de sus pensamientos.

Lo miró.

Y sus ojos se encendieron.

Pero esta vez ya no demostraban deseo, sino odio.

La mirada de ambos se mantuvo en un reto encarnizado que finalmente ganó él. Sus ojos azules gelificaron el cuerpo de Heather. El silencio que sobrevino después le puso la carne de gallina.

—¿Volvemos a las andadas? —inquirió él.

Aquella pregunta la desconcertó. Otra vez.

Sin apartar su ardiente mirada de ella, repitió:

—Desnúdate para mí... por favor.

*¡Maldición!*

El corazón comenzó a bombarle a mil. Estaba tan bloqueada que no sabía ni siquiera si sus pulmones seguían funcionando.

*¿Qué estaba haciendo?*

*Todo era tan excitante... y nuevo para ella... que su mente no podía negarse a tanto placer...*

—Por favor... me haría mucha ilusión que lo hicieras...

A él, la cara se le iluminó de puro deseo. Obligándola a ponerse de puntillas, le agarró la nuca y le besó, succionando su labio inferior con deleite, con pasión, con necesidad... como un auténtico depredador.

Extasiada por su cercanía, Heather cerró los ojos y asintió, aceptando su beso voraz, sintiendo cómo aquellas manos anchas le acariciaban los hombros y se apoderaban de los tirantes de su vestido.

*¿Haces bien?* —intentó cuestionarla su ángel de la guarda, mientras los ojos rojos del demonio de cola afilada que moraba sobre el hombro contrario le decía que sí.

—Tu cuerpo es hermoso —dijo Rhian con la mano firmemente apoyada en su pierna. La seda le arañaba la piel, mientras él le acariciaba por encima del vestido—. Tan suave y encantador...

Rhian Hoover se apartó de inmediato, consciente de lo que aquella mujer despertaba en él, impidiendo que el calor que le transmitía ella se acumulara en su cuerpo por más tiempo.

Se sentó en el sillón, manteniendo la espalda erguida contra el respaldo y observó con ojos incandescentes lo maravilloso de aquel cuerpo femenino.

No habló.

No se movió.

Sólo miró su cuerpo menudo pero bien contorneado, sus manos pequeñas de largos dedos, sus pies pequeños sobre unos tacones de infarto, sus labios más delgados que gruesos pero perfectamente delineados e hinchados por la presión de sus besos y deshidratados por el roce de su barba incipiente, sus ojos verde esmeralda, su perfecta nariz, su bello rostro...

Aquellas largas piernas que ocultaban un ansiado rincón dorado, aquellos senos turgentes y voluptuosos que asomaban por el escote en V de su espectacular vestido de seda gris... lo desconcertaron cuando la prenda se deslizó por ellos, serpenteando a la altura de sus pezones.

Mmm... Todo ella era puro dulce, puro néctar que libar. Escenas como aquellas eran dignas de observar...

—Demuéstrame cuánto me deseas...

Apretó los dientes, tensó los músculos y se mordió el labio inferior intentando controlar la creciente necesidad que dormitaba insatisfecha entre sus piernas. Su cara estaba enrojecida y un ligero brillo de sudor cubrió su frente cuando cogió el *Gin Tonic* inacabado de ella y lo bebió de un trago.

*¿Lo deseaba?*

Su sonrisa encantadora y endiabladamente sexy le dio la respuesta. Y ésta no podía ser otra más que un SÍ en mayúsculas. Definitivamente, lo deseaba...

Excitada por el momento, Heather Rothscill se humedeció el labio inferior.

*¿Dónde había estado aquel hombre escondido?*

*Maldita sea, ¡dónde!*

—Descálzate —le susurró tremendamente excitado acercando su boca a la de ella.

Heather sintió cómo la humedad del suelo le enfriaba las plantas de los pies. Era una sensación placentera que hacía que se sintiera relajada y que le ayudaba a alejar esos oscuros pensamientos que le asaltaban. Sin embargo, y a pesar de todo, su corazón latía acelerado.

—Ahora cierra los ojos —le ordenó cubriéndolos con la palma de su mano derecha.

Las luces dejaron de iluminarle y la oscuridad le envolvió. Su mente comenzó a trabajar enérgicamente. Todos sus sentidos se activaron de inmediato.

Rhian percibió cómo el ardor de su cuerpo crecía cada segundo que ella permanecía a sus órdenes. Sus ojos se oscurecieron de puro deseo.

—¿Puedes sentirme caminar a tu alrededor, observándote, disfrutando de tenerte indefensa para mí?

Aquellas palabras impactaron tanto en su alma que Heather no pudo evitar contestar de inmediato. Su corazón había pasado de un trote ligero al galopar más profundo en un microsegundo.

—Sí... —gimoteó, sintiendo cómo su cuerpo se encendía con el calor de la lujuria.

—Ciertas personas dirían que no tengo corazón —aseguró él. Su tono de voz era tan ligero que a Heather le costaba prestar atención a sus palabras. Rozándole el cuello, añadió—: Se equivocan.

—Rhian... por favor... —suplicó al sentir el hormigueo que le provocaban las yemas de sus dedos sobre el cuello. Se mordió el labio, creyendo desfallecer de puro placer.

—Creo que tú y yo teníamos un pacto.

—Yo nunca he negociado nada contigo —contestó ella con la garganta reseca. Nunca antes había sentido tanto placer con un hombre, ni siquiera con Derek. Se mordió el labio, ahogando un gemido.

—¿No? —La pregunta estaba cargada del mayor de los erotismos.

—¡Jamás! —exclamó, alzando ligeramente la voz.

—Veo que tu mente y tu cuerpo no funcionan al mismo compás. Me llevas al cielo y acto seguido me bajas hasta el más profundo de los infiernos. ¿Quién puede soportar eso? —preguntó, apartando las manos de su cuello.

Heather se sintió desnuda, más incluso de lo que ya estaba.

*¿Qué demonios estaba haciendo aquel hombre con ella?*

*¿Y ella?*

*¿Qué diantres estaba haciendo?*

—¿Y ahora qué? —se atrevió a preguntar cuando lo vio aproximarse a la puerta. Sintiendo cómo la fiebre que había invadido su cuerpo comenzaba a desvanecerse inquirió—: ¿Te vas?

—Debo hacerlo —musitó él.

—¿Por qué?

*Maldita sea... ¡No me dejes así...!* —quiso gritarle.

—Es por la noche cuando pasan las cosas malas... —contestó Rhian, ajustándose el nudo de la corbata.

—Nadie mejor que tú para corroborarlo —vociferó Heather, abrumada y excitada a partes iguales.

Sujetando el pomo de la puerta él dijo:

—Por cierto, acabas de abrir los ojos... —El excitante tono de voz con el que pronunció aquellas palabras la derritió por completo—. Puedes marcharte, princesa. Mañana te espero a la misma hora.

Heather sintió de repente cómo el calor abrasador que envolvía su cuerpo se disipaba y daba paso a un frío gélido, helador. Lo observó circunspecta.

—No me dediques esas extrañas miradas llenas de significado o no podré marcharme.

—Te suplico que no lo hagas... —murmuró, sintiendo cómo la necesidad palpitante de su entrepierna aún estaba latente.

Omitiendo su exigencia, él contestó:

—Las cosas no valen por el tiempo que duran sino por las huellas que dejan. Eres como una oruga convirtiéndose en una preciosa mariposa, pequeña. Estás sufriendo tu propia metamorfosis. Quiero que te enciendas... que disfrutes para mí... pero por hoy ya es suficiente —suspiró. Lanzando un beso al aire, añadió—: Nos vemos mañana a la misma hora. Espero que no incumplas nuestro contrato.

Acto seguido, abandonó la estancia.

—Siete, ocho, nueve... —apretó los dientes—, diez...

—Te machacas demasiado. ¿Preparándote para la batalla?

Rhian apoyó las pesas sobre los cabestrantes con ayuda de Jack. Respiraba con dificultad tras un duro entrenamiento vespertino.

—Necesitaba pensar.

—No sé cómo puedes aguantar tanto... ¿Desde qué hora estás aquí?

Miró el reloj y comprobó que eran las seis y media de la tarde.

—Desde la una.

—Rhian, tienes que pisar un poco el freno.

—O estás arriba de la ola o estás abajo. No hay medias tintas, Jack.

—La mala conciencia no se irá por muchas pesas que levantes.

Haciendo caso omiso al comentario dijo:

—Creo que es muy importante estar bien, al cien por cien.

Rhian Hoover se deshizo de la camiseta húmeda por el sudor descubriendo los músculos firmes y turgentes tatuados de los brazos, los hombros y el imponente torso y comenzó a levantar una mancuerna.

—La misma excusa de siempre.

—Todos no vemos las cosas de la misma manera. —Apoyó el pie sobre el banco de abdominales y comenzó a hacer varias repeticiones. Al cabo de unos segundos, redujo el ritmo y tras beber agua de la botella, añadió con la respiración entrecortada—: Yo no cuestiono tu forma de actuar. Espero que tú hagas lo mismo conmigo.

—Algunas veces no te entiendo, Rhian —dijo Jack mientras se ataba el cordón de la zapatilla.

—¿Por qué?

—Tu actitud te delata.

—¿Y qué actitud se supone que tengo?

Rhian expulsó el aire de los pulmones y se relajó. Sentado, con los brazos apoyados en el *Banco Scott*<sup>[5]</sup>, inspiró y efectuó una flexión de codos. Sus bíceps se tensionaron bajo su piel bronceada, dilatando sus tatuajes.

—Es obvio. Estás siempre a la defensiva.

—Ciertas personas dirían que no tengo corazón.

—La misma excusa de siempre.

—¿Cuál? —preguntó Rhian, secándose el sudor de la frente. Le encantaba desestabilizar a Jack.

—¡Déjalo! —contestó con decisión. Sonó frío, gélido como el hielo—. Algunas veces no te entiendo, Rhian.

—Vivo holgadamente gracias a este cuerpo que tanto criticas.

—Es obvio que es por eso. ¿Con cuántas mujeres has estado, Rhian? ¿Con mil, dos mil, tres mil...?

—Hace mucho que perdí la cuenta.

—¿Por qué lo haces entonces? ¿Por divertimento, tal vez? —Rhian sonrió ante el atrevimiento de Jack—. A día de hoy yo ya he perdido el entusiasmo con el que empecé.

—Mis gustos son caros y al nivel en el que me desenvuelvo no podría aguantar este ritmo mucho tiempo dedicándome a otra cosa. Además, me complace ser útil para los demás.

—Especialmente para las mujeres.

—Por supuesto —sentenció, con la respiración entrecortada por el esfuerzo—. La duda ofende, Jack.

—¿Qué se supone que les das, Rhian? Yo nunca he tenido tanto éxito como tú.

—En lugar de ir a un bar y conocer a un perdedor como tú —rio, mostrando la hilera de perlas blancas que tenía por dientes—, les doy todo y un poco más. Recuerda lo que decía papá: la constancia todo lo abarca.

—Por supuesto. El problema es cuando la constancia intenta abarcar más de lo debido. Tu perturbada inclinación por las mujeres bonitas acabará acarreándote serios problemas.

—Ya habló *Don Sabelotodo*. ¿Qué es la vida sin riesgo? ¿Acaso alguna vez tú te has liado con alguna bruja fea, de esas que tienen una verruga en la nariz? —preguntó con sorna.

—Sigo pensando que deberíamos plantearnos otro tipo de vida. ¿Has hablado ya con mamá?

—Tan sólo unas palabras, las suficientes para saber que todavía me sigue odiando —contestó con el rostro desencajado.

—Es normal. El pasado siempre vuelve.

—No, el pasado siempre vuelve para recordarte algo peor —sentenció Rhian—. No me apetece dedicar mi vida a apagar fuegos como pretende mamá.

—Sí, claro. Tú prefieres encenderlos... —rio.

—Cualquiera que te oiga se va a creer que soy un pirómano.

Rhian se secó el sudor de la frente con la toalla antes de comenzar una nueva repetición.

—Un pirómano sexual, diría yo.

—¿Qué hay de malo en hacer felices a las mujeres?

—Sus maridos.

—En eso te equivocas, hermanito.

—¿Por qué?

—Te queda mucho por aprender, Jack.

—Hasta el momento no he tenido muy buen maestro que digamos —se quejó.

—Escúchame bien. —Apoyó las mancuernas en el suelo y se levantó como un resorte. Acercándose a Jack, comenzó a darle golpecitos repetitivos en el hombro con el dedo, reclamando su atención—. Si quieres seguir en el negocio, tienes que ponerte las pilas.

—¿Pero...?

—¿Me estás escuchando? —preguntó martillándole el hombro con el dedo. Jack se apartó de inmediato y se sentó en la prensa de pecho—. La duda no es una buena compañera de viaje.

—¿Qué te ha hecho tan bueno?

—Tienes que ser muy organizado, Jack y estar siempre afeitado y duchado por lo que pueda pasar.

—Vamos, que hay que estar en guardia las veinticuatro horas del día.

—Prácticamente.

—Pff...

—Recuerda una cosa, Jack. No existe mujer infiel. De eso estoy totalmente seguro. Sólo existen hombres tan rutinarios que de lo único que se encargan es de hacer que ellas se desilusionen.

—Hombres que se olvidan de las cosas como los detalles —dijo con la mandíbula tensionada por el esfuerzo.

—Efectivamente. —Rhian colocó un pie sobre el banco de trabajo de Jack. Apoyando la mano sobre el bloque que estaba levantando su hermano, dejó caer el peso de todo el cuerpo, obligándole a parar—. Hacen olvidar a sus mujeres el dulce sabor de un beso sincero, pecan al no desear lo que otros sí desean en secreto... aún con dinero de por medio... En definitiva, son hombres que han olvidado que el amor es un arte que día a día hay que cultivar, conquistar y cosechar.

—Son hombres que cometen el error de dejar que sean otros hombres como nosotros quienes dibujen sonrisas en el rostro de su mujer —repitió.

*¡Había escuchado tantas veces aquellas palabras...!*

—Así es.



—¿Y no te sientes...?

—¿Mal? —le interrumpió antes de que pudiera terminar la pregunta—. No veo por qué.

Giró sobre sus talones y se sentó nuevamente en el *banco Scott*.

—Pagar por sexo suele estar considerado como la máxima expresión de la opresión que los hombres ejercen sobre las mujeres y sus cuerpos.

—Tú... —Rhian no pudo terminar; de hecho, no pudo casi empezar.

—Es... Es para muchas personas la última frontera de la humillación humana.

—Por el hecho de disponer plenamente de un cuerpo por puro capricho —afirmó Rhian preparándose para una respuesta final que desestabilizara los pensamientos de Jack.

—A fin de cuentas, pagar por sexo hace que se ignoren absolutamente el deseo y la intimidad de la otra persona.

—Se te ha olvidado una cosa muy importante, Jack.

—¿Cuál?

—Yo jamás pago por sexo —dijo con rotundidad—. ¡Jamás! Tan sólo ofrezco conocimiento, la oportunidad para experimentar sexualmente y para explorar las fantasías sin el miedo a ser juzgado por nadie; ni siquiera por quienes pagan para que sus mujeres se sientan satisfechas. Creo que tú operas de la misma manera. ¿Me equivoco?

Jack Hoover se encogió de hombros y Rhian no supo percibir si era por darle la razón o porque estaba desentumeciendo sus músculos para comenzar un nuevo asalto a la prensa de pecho.

—Nuestro trabajo supone que cada día nos tengamos que comportar como camaleones.

—¡Ja!

—Lo que hacemos es para muchas personas la última frontera de la humillación humana —afirmó Jack.

—Lo sé. Entre ellas mamá...

—¡Sí! —admitió Jack—. Disponer de un cuerpo por puro capricho, ignorando absolutamente el deseo y la intimidad de la otra persona nos vuelve despreciables.

—¿Qué? —preguntó Rhian con incredulidad—. La diferencia está en que nosotros no lo hacemos por capricho, hermanito. A mí me pagan por mantener relaciones sexuales. Y por cierto... Muy bien. Y si la memoria no me falla, creo que a ti también.

—Un verdadero hombre no es aquel que enamora a mil mujeres sino aquel que es capaz de enamorar mil veces a la misma mujer.

—Haces demasiado caso a tu conciencia. —Jack estaba atrapado en su propio dilema—. Nosotros sólo somos actores que representamos un rol. ¡Nada más!

—Cada día me resulta más difícil fingir interés sexual en mis relaciones —lanzó Jack al aire, en plan de queja.

Rhian lo observó sonriente, meditando una respuesta coherente y lo suficientemente decorada como para que Jack no se sintiese herido.

—No te voy a negar que puede llegar a ser un problema tener y mantener una erección cuando estás cansado, aburrido o preocupado. Incluso cuando la mujer con la que estás compartiendo tu tiempo no es de tu agrado.

—Veo que tú también te has topado alguna vez con la bruja del cuento... la de la verruga en la nariz... —dijo Jack con sarcasmo.

Rhian hizo caso omiso al comentario de Jack y continuó:

—El trabajo es trabajo. No podemos permitirnos buscar excusas cuando nos mantienen la cartera llena.

—Nunca podré entender tu frialdad, Rhian.

Jack acababa de acercarse a la barra de dominadas, colocada estratégicamente en un rincón de la

sala, junto al *banco Scott*.

—Sabes que yo no tengo tratos especiales con nadie —dijo Rhian haciéndole retroceder un poco—. En nuestra profesión es muy importante mantener la mente fría ya que el calor se lo tenemos que ceder completamente a las mujeres.

Rhian observó a Jack distraído en sus propios pensamientos.

—¿Qué demonios está pasando? —le preguntó con visible molestia en sus ojos.

—¿A qué te refieres? —le respondió con otra pregunta.

—No eres el mismo de siempre. De un tiempo a esta parte, parece que todo te pesa.

—La vida te da golpes. Todo comenzó como un juego tonto muy rentable, pero...

—¿Pero? —inquirió Rhian, alzando una ceja.

—A estas alturas de mi vida no estoy seguro de...

—¿De qué?

—De nada, Rhian... De nada.

—Cuando el objetivo te parezca difícil, no cambies de objetivo, Jack. Busca un nuevo camino para llegar a él.

—*Confucio*, ¿verdad?

Rhian asintió.

—Ceo que estás sufriendo tu propia metamorfosis.

—Siento un mezcla compulsiva de fama, sexo y soledad... sobre todo soledad.

Jack dio un pequeño salto y se agarró a la barra de dominadas. Cruzó los pies, flexionó las rodillas ligeramente y comenzó a subir el cuerpo, superando ligeramente la pieza metálica con la barbilla.

—No dejes que sobrepase la barrera de lo convencional y se erija cual demonio frente a tu innata capacidad de relacionarte con los demás, posicionándose en el lugar espacial y temporal que, por derecho propio, pertenece a tu forma de ser, Jack.

—Se ha convertido en mi más lúcida maldición...

Un reguero de agua sudorosa le recorrió la espalda.

—Siempre hay que ir más allá en tu propio beneficio, Jack. Desarrolla un sexto sentido que te avise, que te haga detectar instantáneamente la proximidad del peligro. De lo contrario, tu conciencia te martirizará constantemente.

—Algunas veces me siento como un pañuelo de usar y tirar —dijo entre dientes.

—Al contrario, hermanito. Para dedicarte a esta profesión debes considerarte un pañuelo muy caro al que sólo una pequeña parte —*casi minúscula*— de las mujeres puede tener acceso.

—¡Maldición! —blasfemó. Sintió cómo los dientes le chirriaban por lo mucho que los apretó durante la subida—. Siempre buscando solución a todo.

—Intento que comprendas que si de verdad quieres dedicarte a esto, debes mantener tu conciencia aislada, encerrada en la cárcel de tus propios pensamientos, ser frío, gélido como el hielo. La tentativa de la duda no ha de existir para ti, Jack. De lo contrario, terminarás volviéndote loco.

—Hay días que creo que... —protestó, sintiendo los hombros y los brazos adormecidos por el esfuerzo de levantar el peso de su propio cuerpo.

—Aféitate —le interrumpió, atajando por otro camino—, y quítate esa barba de mendigo que te has dejado.

—La barba tipo *hipster* posee un atractivo hipnotizador para las mujeres... —contestó Jack a la defensiva, masajeándose las muñecas. Esbozando una sonrisa sutil añadió—: La mayoría de ellas dicen que no hay hombre con barba que no sea irresistible. ¿A quién no le gustaría tener un bombón así en su casa dispuesto a hacerle lo que quiera y como quiera?

—No con esas pintas de macarra que tienes... —dijo, propinándole un puñetazo en el hombro. Jack se desestabilizó ligeramente.

—¡Mira tú quién fue a hablar...! ¿Acaso tú te has mirado al espejo? —inquirió señalando el conjunto de tatuajes que cubría su cuerpo—. Precisamente, estas pintas de macarra como tú las defines, atraen a más de una... y de dos... Las mujeres consideran que los hombres con barba *somos* bastante más atractivos y que nuestro aspecto es más masculino, fuerte y protector.

—Bueno, bueno, bueno... —intentó quitar importancia al comentario—. Las mujeres son muy volubles.

—Créeme, Rhian. En la sociedad actual, el pelo resurge de sus cenizas y retoma el espacio que le corresponde. No hay más que salir a la calle y observar un poco...

—Tengo cosas más importantes que hacer que ir fijándome en eso.

—La barba ha sido durante mucho tiempo símbolo de sabiduría y poder. Y como el poder genera erotismo, la barba, por extensión, es erótica. —Rhian rio abiertamente ante la afirmación de su hermano—. No sabes tú bien lo que disfrutaban las mujeres cuando estos pelillos les rozan por sus partes íntimas... Mmm... ¡Se derriten de puro placer!

—¿Acaso me estás diciendo que tienes la fuente de la nueva exaltación sexual en la cara?

—Probablemente no estés mal encaminado. A algunas mi barba les causa reparo, más aún en el momento en el que evito que me la toquen pero cuando la sienten entre sus piernas se deshacen como un helado a pleno sol... Todo depende del día.

—¡Ja! —se carcajeó Rhian—. La prohibición genera de inmediato su propia transgresión, pero esta también tiene reglas.

—Efectivamente. ¡Les encanta!

—¡Anda! ¡Déjate de tonterías! —le amonestó—. Ponte a trabajar esos músculos. Recuerda que nosotros somos, antes que nada, un objeto para quien nos desea.

—Lo sé.

Jack comenzó su tabla de abdominales.

—No olvides que el arte de nuestros cuerpos y el erotismo que ofrecemos trabajan en torno a la brecha que marca la ruptura de la necesidad y el más puro placer.

Rhian inspiró tranquilo y profundamente.

Definitivamente, a Jack le quedaba mucho por aprender, pero iba por el buen camino. Las dudas que lo atormentaban eran normales.

*¿Quién en su sano juicio no se preocuparía?*

—Un consejo —replicó Rhian recogiendo la toalla y la camiseta mojada por el sudor del suelo—. No te dejes llevar por la novedad y la incertidumbre. Son muy malas compañeras de viaje.

Rhian oyó resoplar a su hermano.

Sabiendo que la novedad y la incertidumbre que delimitan el bien y el mal adolece cualquier acto de cobardía, Jack contestó con una tranquilidad que desconcertó a Rhian, iniciando la tercera serie de abdominales:

—¡Vale!

—Nos vemos mañana —se despidió Rhian.

Esperando una respuesta que finalmente no llegó, se dirigió al cuarto de baño, maldiciendo por lo bajo.

Estaba bañado en sudor y necesitaba urgentemente una ducha.

Eran las nueve menos cuarto de la noche y el tiempo se le había echado encima.

—¿Se puede saber qué te pasa, Aubrey?

—Estoy intranquila... sólo eso.

—Relájate y déjate llevar —susurró Drew, colocándole los pies sobre sus hombros.

Comenzó a besar sus tobillos, dejando un rastro húmedo por la piel femenina. Aubrey sonrió con suficiencia y abrió aún más las rodillas, permitiéndole a los labios de él un fácil ascenso.

—¿Estás intentando seducirme? —preguntó cuando Drew le acarició el dorso de la mano.

—La seducción es una pérdida de tiempo, en mi opinión —murmuró él, concentrado en las líneas de su palma.

—¿Tú crees? —siseó frunciendo los ojos.

—Si un hombre desea a una mujer y ella también lo quiere, no veo nada malo en pasar a la parte física. Pero... —tragó saliva con dificultad— a su debido tiempo...

Escucharlo decir aquello la excitó.

Aún más...

—¿Cuánto tiempo hace que no lo hacemos?

—Un día...

Aubrey se mordió el labio inferior y le acarició el pecho.

—Mmm... —protestó él cuando las uñas de ella jugaron con uno de sus pezones. Exponiendo ante ella una serie de maravillosos músculos bronceados por el sol balbució—: La espera ha sido demasiado larga.

—Lo sé.

Drew esbozó una sonrisa irresistible, implacablemente seductora, que hizo que a Aubrey se le acelerara el corazón.

—¿Qué piensas? —le preguntó él al observar cómo le miraba.

—No todo el mundo puede decir que ha hecho el amor en un avión...

—Nosotros tampoco —dijo con una sonrisa dibujada en su cara.

Aubrey le propinó un puñetazo en el hombro que él sintió como una ligera caricia.

—No sé de qué te extrañas —comentó, plantando un beso sobre su perfectamente depilado Monte de Venus—. Lo que hicimos ayer durante el vuelo no se puede definir como hacer el amor.

Abrió los pliegues de su hendidura y la volvió a besar. Esta vez más profundamente, sintiendo el aroma de su propia femineidad colarse por sus fosas nasales.

—Oh...

—Tienes una piel muy suave —dijo con la garganta reseca. Al percibir la calidad humedad de su femineidad rezumando a través de su hendidura, susurró—: Separa las piernas.

—¿Así...? —preguntó a la vez que Drew se le acercaba.

Él compuso una expresión sugerente y bajó el tono de voz al decir:

—Sí.

—Mmm... Eso me gusta —indicó ella cuando las yemas de sus dedos hormiguearon en el interior de sus muslos.

—Sí, pequeña... un poco más... —sugirió, haciendo presión con los hombros en el interior de sus rodillas—. Así está bien.

Un grito escapó de la boca de Aubrey al sentir cómo aquellas palabras la avivaban.

Se mordió el labio inferior y se volvió loca...

Loca del más ardoroso y puro placer.

—Quiero... quiero que...

A pesar de que la mente de Aubrey funcionaba a una velocidad desbordante, no pudo expresar lo que su cuerpo necesitaba.

—Shhhh... ¿Quieres que continúe? ¿Quieres sentir cómo te hago verdaderamente el amor?

Deseosa de más, estiró sus manos y le agarró del pelo.

Aubrey arqueó la espalda con un movimiento de caderas juguetón, reduciendo mínimamente el espacio que separaba su sexo ardiente de los labios febriles y sedientos de él.

—Mírame, pequeña... —exigió Drew, al ver que ella cerraba los ojos, extasiada por la humedad de sus besos—. No quiero que te pierdas ni un segundo todo lo que hago con tu cuerpo.

—Síiiiií...

Excitada, gritó al sentir nuevamente cómo la lengua de él se deslizaba por los pliegues de su mojada hendidura como si fuera un helado.

Una y otra vez....

Una y otra vez... Y otra vez...

Jadeó.

—Necesito que experimentes el placer como nunca antes en tu vida lo has hecho —murmuró Drew, excitado—. ¿Entendido?

Aubrey contrajo ligeramente la pelvis.

—Sólo relájate y déjate llevar —le dijo, absorbiéndole el clítoris con los labios—. Siente todo el placer que tengo guardado para ti, preciosa... Sólo para ti...

Aubrey sacudió las caderas con vigorosidad cuando la rugosa y húmeda lengua de Drew se introdujo un poco más en su cueva. Gritó a medida que los sugerentes y sensuales movimientos de él continuaban el saqueo implacable e incrementaban el ritmo en torno a la hinchida sima de su propio placer.

—¿Te gusta, Aubrey?

Drew le dio un cachete en el culo al ver que ella no respondía. Introduciéndose más en ella, avivando la velocidad de su lengua, acelerando y profundizando más, consiguió que ella se retorciera de necesidad.

—Sí... Oh... —balbució, apretando entre sus dedos uno de sus pezones para soportar el embate de la lengua de Drew.

Su pecho subió y bajó con inquietud. Abrió un poco más las piernas, para sentir aún más la perforación de su sexo.

El calor tomó su cuerpo y comenzó a arder cuando las embestidas se hicieron a cada segundo más lentas, aunque no menos profundas.

Aubrey se movió nerviosa, percibiendo cómo su cuerpo vibraba y su piel se le erizaba de placer, intentando no perder ni un ápice de su propia y más personal excitación.

Percibiendo el brillo de la lujuria en su mirada, Drew prosiguió con su saqueo particular, barriendo con la lengua la humedad de sus pliegues y jugueteó con sus dedos, introduciendo primero uno, luego dos... más tarde tres, hasta que las paredes de la vagina de Aubrey se acoplaron sin problemas a él.

Aubrey se revolvió.

Una, dos... tres veces...

¡Otra vez más!

Cuando los dientes de Drew mordisquearon sin piedad la sensibilidad de su entrepierna, Aubrey gritó ahogadamente al percibir cómo el fuego del orgasmo crecía en su interior.

Devorando los últimos rescoldos de su llameante necesidad, Aubrey se dejó llevar y gritó cuando el orgasmo se apoderó de todo su cuerpo.

Extasiada, se desplomó sobre los almohadones, sintiendo, en la lejanía que te proporciona el más placentero de los sueños, cómo los besos de Drew le recorrían el cuerpo entero.

Despacio...

Despacio...

Muy despacio...

Respiraba muy lentamente, degustando el más exquisito orgasmo que por nada del mundo quería dejar escapar.

—¿Quieres más?

La pregunta era más una afirmación que una sugerencia.

*Por descontado que quería más.*

*¡Sí!*

*Necesitaba más... mucho más...*

Mirándolo con ojos golosos, dijo:

—Te quiero a ti...

Tenía la garganta reseca.

—Lo sé —aseguró Drew, acariciando su Monte de Venus con el mentón. Obsequiándola con una sonrisa que estaba destinada a derretir a toda mujer que cayera bajo su hechizo, susurró, mordiéndole sutilmente la parte baja del ombligo—: No veo el momento de estar dentro de ti.

Aubrey sintió que le explotaban las sienes cuando él extendió su juego y su sexo notó la humedad caliente de su boca.

Otra...

Otra vez...

Con Zackary cada sensación era nueva... distinta...

En cambio, con Drew, gloriosas... ¡Sublimes!

El teléfono interrumpió lo que a duras penas ya nada podía parar.

—No lo cojas —gruñó Drew al percibir cómo la humedad de su vagina se separaba ligeramente de sus labios.

—He de hacerlo... Mmm... Eso me gusta... —gimoteó cuando la lengua de Drew comenzó a jugar más fuerte con los pliegues de su sexo, intentando recuperar toda su atención.

Aubrey arqueó la espalda, haciéndole ver la necesidad de tenerlo entre sus piernas, acarició los poderosos hombros de Drew y cogió el auricular.

—¿Síííí...? —aulló a través del micrófono, al sentir los mordisquitos de Drew en el interior de su hendidura.

La manera exigente que Drew demostraba al tocarle y chuparle volvió a excitar a Aubrey. Su cuerpo, electrizado y poseído por él, se movió exacerbado.

—¡Aubrey! ¿Estás bien? —preguntó Heather con preocupación al otro lado de la línea—. Te noto rara... Vamos, tú ya eres rara de por sí, pero...

Mordiéndole en pequeños y delicados bocados, la boca de Drew comenzó a subir enloquecedoramente por el abdomen de Aubrey.

—¿Estás ahí?

—¡Oh... oh...! Síííí... —gritó descontrolada al sentir cómo aquellos dedos anchos le apretaban un pezón.

Aubrey contrajo el abdomen al tiempo que el centro de su deseo era empalado por el miembro henchido y erecto de Drew.

—Shhhh... —le susurró al oído—. Tranquila, pequeña...

Aubrey gimió descontrolada cuando los labios febriles de él le succionaron el lóbulo de la oreja en la que tenía apoyado el auricular.

Excitada, arqueó la espalda, permitiendo un mejor acople de sus cuerpos.

Drew comenzó su particular baile dentro de ella.

Uno..., dos..., tres...

Siete..., ocho... nueve...

Aubrey se entregó al disfrute.

Cada embestida de él profundizaba un poco más, lo suficiente como para sentir el aleteo cimbreado de su miembro rozándole el útero, y le transportaba a una nueva dimensión, más dulce, más sublime, más exquisita...

—¡Síííí...! —gritó exacerbada al sentir las palpitations de él en su interior.

Cuando las yemas de los dedos de Drew rozaron la cara interna de sus muslos y le abrieron un poco más los pliegues, buscando el tenso botón que creía entre ellos, Aubrey percibió cómo la sangre se le concentraba en las sienes y se disparaban los latidos de su corazón.

—¡Oh... Drew! —intuyó escuchar Heather a través del auricular.

—¡Aubrey, me estás preocupando! —le regañó—. ¿Seguro que estás bien?

—¡Síííí...! —gimoteó mordiéndole el hombro, cuando las embestidas de él aumentaron de ritmo.

Su cuerpo temblaba, vibraba, se convulsionaba ante las certeras y profundas embestidas de Drew, su *Dios del Aire...*

—Mmm...

—¡Aubrey! ¡Aubrey! —gritó Heather con preocupación. Carlota comenzó a ladrar dando saltitos en torno a sus pies—. ¡Aubrey!

Con la respiración entrecortada y un sudor tórrido e insoportable en el pecho, Aubrey suplicó, percibiendo la cercanía del orgasmo:

—¡Oh, Drew...! Siii... gue... —Empotrando el auricular contra su base, jadeó, retorciéndose de placer—: Mmm... Oh... Sííí... No pares.

*Piiiiiiiiiiiiiiiiiii...*

*Piiiiiiiiiiiiiiiiiii...*

*Piiiiiiiiiiiiiiiiiii... Piiiiiiiiiiiiiiiiiii...*

—¡Ahhhh! —gritó Heather al oír la señal típica que indica que la llamada se ha cortado.

Carlota saltó asustada y se ocultó tras la almohada. Lanzó un par de ladridos de protesta, estiró su menudo cuerpo y levantó el rabo en señal de alerta.

—¡Maldita seas, Aubrey!

Carlota volvió a ladrar y mostró sus minúsculos dientes.

Heather se acercó a ella y le acarició el lomo para tranquilizarla.

—Esta me la pagas... —maldijo, mordiéndose el labio inferior. Al percibir cómo la sangre luchaba por salir a través de su piel, sentenció—: ¡Vamos que sí me la pagas!

—Te amo... —susurró Francisco Javier Heredia Salazar—, porque yo me enamoré de tu alma. Y eso nunca antes me había pasado...

—¿Me deseas?

Analía San Román paseó la lengua sugerentemente por el carmín, humedeciéndose los labios.

—Oh —dijo el protagonista masculino de *Tu sonrisa perfecta* con una voz increíblemente profunda, fuerte y varonil, retirándole un mechón de pelo cobrizo de la frente. Luego, antes de que Analía San Román pudiera pensar en algo para responderle, se acercó a ella y agarrándole por la nuca, respondió con un hilillo de voz, mirándole profundamente a sus ojos verdes—: Te deseo...

Arrinconándola contra la pared del establo le besó. Su beso fue exigente, loco, asolador.

Analía San Román respondió al beso, embriagada por la locura que Francisco Javier Heredia Salazar le demostraba, cuando la banda sonora que marcaba el final del capítulo doscientos cuarenta y nueve de la telenovela *Tu sonrisa perfecta* comenzó a sonar.

¡Maldición!

—¿Qué tiene el amor que nos vuelve tan estúpidos?

La pregunta iba dirigida a Carlota, la perrita que dormitaba sobre sus tobillos.

Heather le acarició la cabeza. La *Bichón Frisé* levantó las orejas alertada y comenzó a gruñir.

Rrrrrr...

—Estoy en una etapa de mi vida que no preciso impresionar a nadie, Carlota —suspiró Heather Rothscill—. Ni siquiera Aubrey me hace caso...

Carlota estiró las patas delanteras y se puso en alerta.

—Sólo quedamos tú y yo para... En fin —suspiró de nuevo, y al expirar sintió cómo sus pulmones se quedaban totalmente vacíos de aire. Sacándole la lengua, añadió—: Si te agrada como soy, perfecto; si no, problema tuyo.

Apagó el televisor y se envolvió en la manta. Carlota correteó por el salón y se acercó a la cocina a beber agua.

—Siento que me tengas que aguantar —le dijo a la perrita cuando la vio entrar nuevamente en el salón—, pero es lo que hay.

Se encogió de hombros y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá sintiendo cómo los ojos se le llenaban de lágrimas.

Paralizada por sus propios pensamientos, añadió al cabo de un par de minutos:

—Los treinta son una edad difícil, sobre todo para una mujer. O al menos eso dicen y creo que tienen razón.

Carlota buscó nuevamente su rinconcito sobre el sofá, en torno a los pies de Heather.

—Creo que tú y yo teníamos un pacto —le regañó acercando la cara hasta su hocico. Se secó las lágrimas de un manotazo y con los dedos, le revolvió el pelaje de la frente. Con gesto serio, golpeando ligeramente su pequeña naricilla con el dedo, le dijo—: Sabes que no me gusta que te subas al sofá.

Heather percibió cómo la tensión regresaba a la mandíbula de Carlota antes de comenzar a gruñir.

Rrrrrr...

Una vez.

Rrrrrr...

Y después una segunda, en señal de protesta.

—¡Guau! —ladró.

Bloqueada por su conformidad, con el dolor y la rabia en sus ojos, Heather se dirigió a la cocina.



Bebió un vaso de agua y puso la cafetera.

Nada como la cafeína para activar su cuerpo.

Sin saber qué hacer, salvo pensar, se sentó en un taburete de la cocina para mirar cómo, gota a gota, caía el espumoso café en la jarra de cristal.

Carlota no tardó en sentarse a sus pies.

Había pasado la mañana y prácticamente toda la tarde maldiciendo su comportamiento de la noche anterior.

*¿Qué había hecho?*

*¿Cómo había sido capaz de ser tan estúpida?*

*¿Por qué... por qué su vida se estaba desmoronando como las migajas de una magdalena reseca?*

*¡Dioss!*

*¡Había terminado desnuda ante un desconocido, cuando ni siquiera con Derek, con el que había pasado tanto tiempo, era capaz de...!*

Necesitaba olvidar.

¡Cuanto antes!

Y para eso no había nada mejor que hacer algo.

Pero... ¡¿Qué?!

Pensó y pensó, pero nada de lo que le venía a la cabeza era lo suficientemente atractivo como para olvidar todo lo vivido el día anterior.

Terminó de hacerse el café, se sirvió una taza y le echó dos cucharadas de azúcar. Aunque fuera a través del café, necesitaba endulzar su ya de por sí amargada existencia.

Lo bebió y volvió a tirarse encima del sofá.

Derek regresó a su cabeza...

Luego Rhian...

¿Cuál era su apellido?

¿Cooper?

¡No!

—¡Vamos, Heather! ¡Piensa!

¿Hooper?

¡No!

—Hoover. ¡Eso es! —Sonrió y dio un bote en el sillón—. ¡Rhian Hoover!

*¡No, no, no...! ¡Y mil veces no! No pienses en él... —le recriminó su ángel de la guarda.*

*—Tengo que hacer algo... tengo que hacer algo... —repitió nerviosa cuando aquellos ojos azules, profundos e intensos se dibujaron por tercera vez en su mente—. Heather, piensa... ¡Piensa!*

Ese tonto idiota con el que su propia conciencia le estaba retando le estaba volviendo loca.

Se levantó del sofá como un resorte y regresó a la cocina.

Volvió a servirse un café. Otro chute de cafeína no le vendría mal para reactivar el cuerpo. Luego, puso dos lavadoras y fregó toda la cristalería.

¡Sí!

Esa que tan sólo utilizaba por Navidad y en Acción de Gracias. Sus dedos perfilaron con delicadeza cada uno de los bordes del cristal, cuidando no romper ninguna copa.

Media hora más tarde, con toda la cristalería brillante y reluciente, el dilema volvió a asolarle como un tsunami los pensamientos.

Esta vez fue la sonrisa de Rhian Hoover, y no sus ojos, la que se dibujó en su mente.

*¡Dioss!*

*Adoraba su risa... era tan excitante... tan exigente...*

Heather sintió cómo su cuerpo se tensaba y su sexo se estremecía al recordar cómo la mirada de

Rhian Hoover se había clavado en ella la noche anterior y le había traspasado el alma mientras sus manos recorrían con sensualidad todas y cada una de las curvas de su cuerpo, invitándola a encenderse para él.

*¿Por qué le había hecho aquello?*

La respuesta de su propio cuerpo volvió a desconcertarle.

Recordó cómo le susurraba: *Enciéndete para mí...*

*¿A qué estaba jugando?*

Y lo que era peor...

*¿A qué estaba jugando ella?*

*¿Acaso se estaba volviendo loca?*

Intentando pensar y meditar bien todas sus respuestas, la imagen de Derek se coló en sus pensamientos, desbancando aquellos dientes blancos, brillantes e impolutos de su mente, aquella sonrisa sensual, aquel cuerpo de escándalo de músculos pronunciados, aquella mirada profunda y sumamente excitante...

*¿Por qué lo había dejado con Derek?*

—Carlota, ¿no merecemos todos una segunda oportunidad?

La contestación que le envió el ángel blanco que se apoyaba sobre su hombro derecho no la convenció.

Tras un incómodo silencio, en el que ni la televisión ni Carlota —que permanecía acurrucada entre los pliegues de la manta del sofá—, se hicieron notar, sonó el timbre de la puerta.

El corazón de Heather comenzó a martillar con fuerza, golpeándole las costillas.

Abrió.

Y casi sin pestañear, Zackary, con su porte intimidatorio y varonil, accedió al apartamento.

*Pff...* —se quejó el demonio rojo de cola larga y orejas puntiagudas que se apoyaba en su hombro izquierdo—. *¡El que faltaba!*

—Buenas noches —le saludó con una suave y sensual voz que le hizo reaccionar—. ¿Estáis listas?

—¿Listas para qué? Aquí sólo vivimos Carlota y yo. No sé a qué te refieres, Zack.

—¿No te ha avisado Aubrey?

Heather hizo rápidamente balance de todas y cada una de las conversaciones mantenidas con Aubrey el día anterior.

—No —contestó con seguridad, reafirmando en la idea de que la llamada telefónica que le había hecho a Aubrey no entraba dentro de la categoría de conversación—. ¿Qué se supone que debería saber? ¿Te apetece un café?

—No me vendría mal... —agradeció con una sonrisa sincera en los labios—. Imaginaba que ya estaríais preparadas para salir de fiesta otra vez...

Heather lo observó en silencio, con la sensación de estar a punto de explotar.

—No he vuelto a saber nada de Aubrey —mintió.

Recordó la llamada que le había hecho dos horas antes y recuperó el nivel de enfado que había alcanzado en su momento.

Zackary asintió.

Antes de que se instalara un incómodo silencio entre ellos, añadió:

—Tengo entendido que anoche lo pasaste genial.

*¡¿Qué?!*

El rubor se apoderó de la cara de Heather, de su cuello y de todo su cuerpo. Las sienes comenzaron a palparle con insistencia.

*¿Qué demonios sabía Zackary de «su noche»?*

—¿Qué estás queriendo decir? —inquirió sonriendo con amargura.

—Tú eres una buena chica que se merece a alguien mejor.

—¿A alguien mejor?

—Sí.

Heather revolvió inquieta las manos.

—Cuando te refieres a alguien es...

—Pues eso.... alguien.

Su tajante respuesta cortó a Heather la respiración. Sonriendo forzosamente, dijo:

—Ah, me quedo más tranquila.

—Heather, Aubrey me dijo que entre McFarland y tú ya no hay química.

Aquellas palabras le tocaron la fibra sensible. Se le contrajo el estómago.

—Cuando me encuentre con ella, voy a decirle cuatro cosas...

—Sé realista —dijo Zackary endureciendo la voz—. McFarland no te convenía.

*Oh, no.*

*¡Oh, no...!*

*¿Por qué me haces esto Zack?*

*No vayas por ahí, Zack... Ahora no, por favor...*

—Hace tiempo que lo vuestro no funcionaba —afirmó con contundencia.

*¿Quién era él para decir aquello?*

Por mucho que le doliera admitirlo, Heather sabía que Zackary tenía razón.

*Volvía a tener razón...*

*Otra vez.*

—¡Tú qué sabrás, Zack!

Un silencio pertinaz los envolvió.

Heather dio la espalda a Zackary, ocultando las lágrimas que comenzaban a acumularse en sus ojos,

y buscó a Carlota. Observando que la *Bichón Frisé* dormitaba acurrucada en el sofá, sugirió:

—Zack, hazme un favor: márchate.

—¿Estás bien?

—Lo estaré. Pero necesito tiempo... un poco más de tiempo...

—¿Segura?

—Ya ves que Aubrey no está aquí, Zackary —le cortó tajante. Miró el reloj. Las ocho y treinta y siete. El poderoso latido de su corazón le golpeó las costillas antes de decir—: Necesito estar sola.

—¡Vaya! ¡Qué idea más buena para pasar la noche!

Aquellas palabras la entristecieron aún más. Apurando el tercer café en menos de una hora, y sin ganas de dar muchas explicaciones, musitó:

—No creo que hoy sea una buena compañ...

Su desesperación era máxima. Respiró hondo y se inclinó para recoger un juguete de Carlota del suelo, ocultando las lágrimas.

—Llorar no es de débiles, Heather —le interrumpió.

*¡Genial!*

*Lo que le faltaba... el típico sermón conciliador de Zack.*

—Nacimos llorando porque llorar es tomar aire, sacar lo que nos duele y seguir adelante.

Regodearse en los problemas nos convierte en débiles.

*Márchate Zack... márchate... ¡YA!*

—Zackary... te lo pido por favor —dijo ella con un suspiro entrecortado—. Necesito estar sola.

Heather lo miró algo nerviosa. C cogió a Carlota en brazos y le acarició el suave pelaje del lomo. La perrita emitió un ronroneo silencioso, agradeciendo las caricias de Heather.

—Eh...

—No insistas, por favor —le interrumpió antes de que él pudiera ordenar las palabras para componer una frase.

—¡Qué demonios! —resopló. Acercándose al pomo de la puerta añadió antes de salir—: Tú te lo pierdes.

Todos los músculos del cuerpo de Heather se relajaron cuando el timbre que indicaba la llegada del ascensor se oyó con su sonido, extrañamente fuerte, en el vestíbulo vacío.

Afortunadamente, Zackary se había marchado.

El zumbido del timbre despertó a Heather de un placentero y reparador duermevelas.

Carlota correteó nerviosa por el salón y comenzó a ladrar enérgicamente, demandando su atención. Colocándose en estado de alerta junto a la puerta, comenzó a menear la cola.

Heather permaneció enroscada en la manta sin ganas de levantarse. Miró el reloj. Las nueve y cincuenta y tres. A través del cristal, observó que la noche ya se había apoderado de la ciudad, dejándola en la más profunda de las oscuridades.

Cabreada ante la insistencia y sintiendo que el timbre podía llegar a quemarse, se levantó y, arrastrando los pies como si de un fantasma se tratara, se acercó y abrió la puerta.

—Si no recuerdo mal, creo que tú y yo teníamos una cita a las nueve...

Heather sintió cómo se le formaba un nudo en la garganta cuando se encontró con la potente mirada de Rhian Hoover al otro lado del umbral.

*¡Wow!*

Tragó saliva.

*Pum, pum...*

*Pum, pum... pum, pum...*

El corazón comenzó a golpearle las costillas, con energía, con determinación.

—¿Puedo pasar? —preguntó con una suave y sensual voz. Elevó una ceja, pensativo. Sus fosas nasales se ensancharon, atrapando la esencia a lavanda y el aroma a jazmín de su perfume.

*¿Podía?*

La cabeza de Heather comenzó a dar vueltas otra vez, como un torbellino, buscando una respuesta lógica a la pregunta.

*Pum, pum...*

*Pum, pum...*

—¡¿Qué haces aquí?!

La pregunta había adquirido un tono desafiante nada premeditado cuando Heather colocó, inconscientemente, el brazo en jarras.

—Mmm... Adoro cuando te pones así de dura —rio, sintiendo cómo su cuerpo se sacudía excitado. Observándole con una sensual sonrisa, se mordió el labio inferior, antes de añadir—: Cuando te enfadas tus ojos se ven más oscuros.

Rhian Hoover introdujo las manos ligeramente en los bolsillos.

Heather observó que estaba impresionante con aquel pantalón vaquero de cintura baja y aquella camiseta negra de manga larga ceñida perfectamente al cuerpo, convertida en una segunda piel para sus músculos torneados de gimnasio.

Nada que envidiar a la exquisita elegancia de la noche anterior.

*¡Nada!*

Desprendía sensualidad por los poros. Sus ojos, cierta autoridad...

*Mmm... ¡Se veía de muerte!*

Las luces del vestíbulo parpadearon, se atenuaron y finalmente se apagaron por completo, creando una atmósfera mucho más íntima.

Asustada por tenerlo tan cerca, Heather entornó la puerta y cogió a Carlota en brazos.

—Pasaría una noche entera observándote desde el umbral —dijo él con la voz cargada de sensualidad—, pero no creo que tus vecinos aprueben que cada cinco minutos encienda el interruptor.

Sonrió y se mordió el labio inferior.

Algo que a Heather le derritió completamente.

*¡No, por favor! ¡No!*

*Otra vez aquel gesto tan sutil... tan condenadamente caliente...*

*Aquellos labios eran como una droga y arrasaban toda su voluntad de resistencia.*

—Márchate —dijo con la voz ahogada y tensa—. Ya conoces el camino.

—Mañana —respondió él, reprimiendo el torrente de palabras que se le habían arremolinado en la lengua.

*¡Ja! ¿Había dicho mañana?*

—¿Qué pasa? —preguntó enfurecida. Dejando a Carlota en el suelo, añadió—: ¿Acaso llevo un cartel encima de la cabeza que diga: por favor, ven a rescatarme?

—Mmm... buena pregunta.

Alzó la ceja, se humedeció el labio superior y se mordió el inferior.

*¡No! Otra vez... ¡No!*

—Siento que esta vez tu plan no va a salir como pretendes —musitó Heather con vehemencia, ensayando una mirada fría, gélida como el hielo.

La influencia de aquel hombre y el magnetismo que desprendía la intensidad de aquellos ojos azules debilitaron al momento el poco autocontrol que le quedaba.

Dio un paso hacia atrás y le permitió entrar. Sólo un momento...

—No siempre necesitas un plan, a veces solo necesitas respirar, confiar, dejarte ir y ver qué pasa. Sólo tienes que relajarte y dejarte llevar... —Se encogió de hombros. Con una sensualidad que la enloqueció, repitió acercándose a su oreja—: Relajarte y dejarte llevar.

El excitante tono de voz con el que pronunció aquellas palabras la derritió por completo.

—Cuando te obsesionas con un tema eres infinito —articuló con dificultad, percibiendo como un calor abrasador crecía entre sus piernas y le recorría todo el cuerpo. Sintiendo cómo la necesidad latía acelerada entre sus pliegues, murmuró cuando él dio un paso al frente—: Te suplico que no te acerques...

—Mmm... ¿Qué temas, Heather? —musitó acariciándole el cuello.

—Rhian... por favor... —suplicó al sentir el hormigueo que le provocaban las yemas de sus dedos sobre el cuello. Se mordió el labio, creyendo desfallecer de puro placer.

—Creo que tú y yo teníamos un pacto. ¿Lo recuerdas?

—Yo nunca he negociado nada contigo —contestó, recordando que esas mismas palabras las había pronunciado la noche anterior.

—¿No? —Alzó una ceja, pensativo—. Veo que tu memoria tiene algunas lagunas.

Rhian sujetó el rostro de Heather con ambas manos y acercó su frente a la de ella, hasta que sus ojos se encontraron y pudo observarla con el azul incandescente de su mirada.

—¡Jamás! —exclamó ella con la respiración entrecortada.

—Admiro a toda aquella mujer que con el corazón roto y lleno de problemas, puede levantar su mirada, sonreír y decir: estoy bien, y la tormenta pasará... Pero... ese no es tu caso, Heather. —Mordiéndose el labio inferior, preguntó divertido—: ¿Me equivoco?

*¡No!*

*No se equivocaba...*

*¡En absoluto!*

*Por mucho que quisiera negarlo, Rhian había dado en la diana. ¡En pleno centro!*

—Necesito que experimentes el placer como nunca antes en tu vida lo has hecho, pequeña —murmuró, rozándole con el pulgar su labio inferior—. ¿Entendido?

Heather contrajo ligeramente la pelvis, conteniendo el volcán de sensaciones que se arremolinaban allí abajo.

—¿Y permitir que luego me dejes tirada como... como....?

—¿Cómo qué, Heather? —preguntó y alzó una ceja pensativo—. Siento que no has comprendido bien las cláusulas de nuestro contrato.

*¡Maldita sea! Otra vez el dichoso contrato.*

—Me gusta cuando te pones arisca —le dijo, sujetándole de la barbilla para mirarle a los ojos. Rozando ligeramente los de ella, susurró a la altura de sus labios—: Me gusta tu reticencia.

Ella esbozó una sonrisa sutil.

—Casi me convences de que soy una mala persona.

—Lo eres.

Él cerró los párpados en dos delgadas líneas y apretó los dientes. Luego, comentó:

—Tienes que resolver algo que la mayoría de las mujeres no tiene que plantearse nunca. Debes pensar qué quieres hacer... No te lo voy a preguntar otra vez. ¿Entendido? —Ella asintió. Dándole un tierno y casto beso en los labios, repitió—: ¿Entendido?

Heather entornó los ojos y asintió otra vez, moviendo ligeramente la cabeza que permanecía sujeta, como un casco, entre las anchas y fuertes manos de él.

—Por desgracia para los dos... voy a ser lo mejor de tu vida... y también... y también lo peor —carraspeó. Deteniendo el jugueteo del pulgar que acariciaba los labios entreabiertos de ella, añadió—: Enciéndete, Heather... Enciéndete para mí...

A ella la saliva se le estranguló en la garganta.

*¿Todavía no se había dado cuenta él del influjo que provocaba en ella aquellas palabras?*

—¿Quién eres? —preguntó con una voz que sonó convincentemente firme, sobre todo teniendo en cuenta la velocidad a la que le palpitaba el corazón.

—¿Quién quieres que sea?

Heather sostuvo la mirada ansiosa y ardiente de él durante unos segundos, hasta que aquellos ojos azules le desnudaron el alma.

*¡Wow!*

*Era tan guapo... que su belleza hacía que le dolieran los ojos al mirarlo.*

—Sólo tú.

*¡Dioss!*

*¿Cómo había sido capaz de decir eso?*

*¿Se había vuelto loca?*

—Entonces, ¿qué importa todo lo demás?

Rhian paseó el pulgar por la garganta Heather y le presionó la yugular, hasta que ella pudo sentir el palpitante burbujeo de su propia sangre.

—Rhian... —suplicó, con los ojos ligeramente nublados, cuando él ejerció algo más de presión.

El tono ahogado de ella encendió aún más a Rhian.

—Shhhh... no te muevas —susurró él acariciándole la parte alta de la garganta con los labios. Cargando sus palabras del mayor de los erotismos, bisbiseó—: Enciéndete... enciéndete para mí...

No hacía falta que se lo pidiera. Hacía rato que la fiebre se había apoderado de ella.

—Rhian, por favor... —gimió anhelando que él paseara las manos por cada rincón de su cuerpo.

—Enciéndete... quémame con tu calor.

La voz acompasada, febril y seductora de Rhian parecía un mantra.

—¿Por qué susurras?

La adrenalina se le disparó a través del cuerpo; el corazón comenzó a saltarle a la altura de la garganta. Fabricar aquella pregunta le había supuesto un duro esfuerzo de concentración.

—No susurro, sólo estoy concentrado en ti —dijo, mordiéndole el labio inferior—. ¿Puedes sentir lo que yo siento? Es alta intensidad...

—No puedo respirar —se quejó ella ahogadamente, sintiendo el sabor embriagador y dulzón de su

propia sangre.

—Mientes... —susurró, ahondando con su lengua en la cavidad húmeda de su paladar. Cuando ella gimió, añadió excitado—: Esto realmente es vitalizante... para los dos...

Heather se dejó hacer, percibiendo cómo el fuego incandescente bajo su piel deshacía cualquier pensamiento racional.

De vez en cuando, oía a Carlota corretear por el salón.

Muy de vez en cuando...

—¿Por qué lo haces? —balbució.

—Porque hice una promesa y pienso cumplirla.

Una descarga eléctrica le recorrió la espalda cuando él paseó la humedad de su lengua por el perfil de su labio inferior.

—Sí... —exhaló cuando el pulgar de él rozó uno de sus pezones a través del algodón de su camisa.

Una oleada de puro éxtasis electrizante le recorrió la espalda. ¡Otra vez! Una humedad sofocante bañó su entrepierna.

—Eso es... vente para mí... —murmuró Rhian, en un fútil intento de distraer sus pensamientos—. Quiero sentir todo tu placer...

Heather se estremeció.

—Rhian... te lo suplico.

—¿Qué, princesa?

Le acarició levemente la mejilla con los nudillos.

—Hazme el amor... —le imploró, olvidándose de todos sus miedos.

*¡Lo deseaba!*

Necesitaba calmar esas ansias, esa angustia arrebatadoramente sexy que había permanecido aletargada en su cuerpo y que en tan pocos segundos él había conseguido despertar.

—Todavía no estás... —tenía la garganta reseca y la respiración agitada. Paseando la lengua por su cuello, dejando una línea fina de humedad a su paso, protestó—: Todavía no estás... preparada... para mí.

Rhian le ayudó a subir los brazos por encima de la cabeza.

—Ahh... —suspiró cuando la mano de él se deslizó tentadoramente por debajo de su camisa y acarició las crestas doradas de sus senos, duras como el hielo y candentes como el fuego.

Acalorada e indefensa, Heather Rothscill cerró los ojos hasta que sus párpados dibujaron dos delgadas líneas y se dejó acariciar, disfrutando de las reacciones de su propio cuerpo.

El desmayo era la opción más acertada para soportar las caricias de él.

—Ohh —gimió cuando los labios febriles, casi agrietados, de aquel hombre succionaron con gusto uno de los tensos botones de piel acaramelada y sus dientes afilados mordisquearon la punta.

—Eso es...

—Siiii... gue... —gritó cuando las perlas blancas de su boca se clavaron nuevamente en el pezón adolorido—. ¡Ahh...!

En ese momento desaparecieron todos sus miedos...

El cuerpo de Heather vibró, danzó como la gelatina en un plato y se excitó cuando la rugosa lengua de él salivó la sima dorada de su seno. Aquella viscosa humedad envolvió su pezón y se convirtió en un más que agradecido y balsámico calmante.

Rhian percibió cómo su cuerpo estaba en puro éxtasis.

—Rhi... Rhian... —suplicó cuando por tercera vez se apoderó de su pezón sin tanta condescendencia.

Lo succionó, lo absorbió, lo libó como una abeja liba la miel. Lo devoró entre sus labios mientras sostenía su cuerpo frágil y menudo contra la pared.



Desmadejada, flácida, sin aliento... Así se quedó Heather al cabo de unos minutos. Percibiendo en ella signos de flaqueza, Rhian introdujo su rodilla entre las piernas de Heather aportándole el apoyo suficiente para no caer.

—Tranquila, princesa... —le susurró, liberando la tensión de su pecho—. El placer es mucho más dulce si se disfruta con todos los sentidos.

Sus tímpanos vibraron excitados al captar las ondas de su voz.

—Sí —convino ella en voz baja y desolada.

—Mírame mientras disfruto de tu cuerpo y siente cómo la pasión crece dentro de ti... Enciéndete para mí, pequeña... sólo para mí...

*Mmm...*

*Otra vez aquellas palabras...*

Ella asintió con la garganta ardiendo.

—Todavía no estás lo suficientemente caliente... para mí... —tragó saliva y la suave nuez que se dibujaba en su cuello hercúleo ascendió y descendió rápidamente—. Quiero que supliques clemencia cuando sientas que tu hermoso cuerpo no puede soportar más el placentero fuego que bulle en tu interior...

Las palabras de Rhian sonaban lejanas en su cabeza.

—¿Entendido? —preguntó impaciente cuando Heather no contestó.

Rhian le sujetó de la barbilla, obligándole a enfocar la mirada con la suya.

Sus profundos ojos azules brillaron cuando ella hizo una sensual caída de pestañas afirmativamente, cubriendo la centelleante luminosidad de sus ojos verdes.

Lanzando un gruñido casi animal, Rhian comenzó una incursión algo más agresiva y profunda en su boca.

Heather respondió de inmediato.

Sus lenguas jugaron entrelazando su rugosidad, fusionando sus propios jugos.

Manteniendo el febril azote de su boca, Rhian aprisionó otra vez el doliente pezón entre el índice y el pulgar, clavándole ligeramente las uñas y mantuvo la presión contra el duro y enrojecido botón, hasta que ella se retorció de gusto.

—¡Ohh! —gimió cuando él apretó la dureza que crecía bajo el vaquero contra la húmeda y abierta entrepierna de ella.

—¿Suplicas?

Su tono aterciopelado, dulce y goloso le produjo escalofríos en la columna.

Heather negó con la cabeza, sin separar sus labios de los de él.

—Lo harás —afirmó, retorciendo otra vez la delicada piel enhiesta de su seno.

Heather sintió pequeñas descargas eléctricas en torno al ombligo cuando los pliegues de su hendidura comenzaron a humedecer la cara interna de sus muslos.

Ansiaba tener a Rhian entre sus piernas, ahondando en su interior, llenándola con su propio placer, devorándole todo el cuerpo...

—Ahh... —gimió y esta vez su grito fue más profundo y retumbó en las paredes.

Temeroso por su integridad, Rhian redujo la intensidad de su pasional necesidad. Liberándole las muñecas, permitió que ella descansara los brazos sobre sus hombros.

—¿Mejor?

Una sutil caída de pestañas fue lo único que recibió por respuesta.

—Esto no significa que haya terminado —dijo guturalmente, reajustando la posición de su cuerpo—. Te avisé que me suplicarías...

—Sólo si no me da lo que tanta falta me hace, señor Hoover —se atrevió a decir, acariciándole la cabeza a la altura de la nuca.

Rhian se mordió el labio inferior ahogando un gruñido.

Nunca antes una mujer lo había encendido tanto como la que dormitaba de pie entre sus brazos.

Le acarició el seno con el dorso de la mano y vio como el pezón se ponía duro como un diamante.

Otra vez...

Su sexo palpitaba, luchando con la elasticidad de sus *Calvin Klein* y la tela vaquera.

Anhelaba devorar cada uno de los pliegues de aquel cuerpo menudo. Lo ansiaba... Lo deseaba... Lo haría a su debido tiempo... a pesar de que resistirse a hacerlo en aquel momento constituía para él su propia inmólación.

*Pero... ¿qué era la vida sin sacrificio?*

Torturó una vez más sus senos con la rugosidad de su lengua y utilizó la parte incisiva de sus dientes para martirizar el botón adolorido que tantas veces había mordisqueado.

Ella arqueó la espalda agradecida, exigiéndole más...

La carne trémula y parduzca de la aureola se erizó cuando su lengua extendió una delicada película de saliva y se endureció al instante cuando a través de sus labios expulsó aire en un prolongado y profundo suspiro.

—¿Duele? —inquirió alzando una ceja cuando Heather intentó separarse unos centímetros.

—Nooo —gimió, solícita, acercándose otra vez a él—. Sigueee...

Aquellas palabras descontrolaron la necesidad más varonil de Rhian.

Sus dientes comenzaron una incursión más profunda, casi animal, devorando sin piedad las abotonaduras dolientes que encumbraban la turgencia de las dos simas rosadas femeninas.

Su barba incipiente arañaba la trémula piel por la fuerza con la que sus labios succionaban tan exquisito manjar.

Heather se atrevió a levantar la rodilla, acoplando la seda humedecida de su femineidad a la abultada erección de la que él no le permitía disfrutar.

—Síííí... —gritó cuando los dientes de él le mordieron detrás de la oreja.

Embriagada por la zozobra de la pasión Heather permitió que su cuerpo tomara la senda del disfrute y se dejó llevar.

Una hora después, cuando su cuerpo se había relajado un poco, oyó a Rhian decir:

—Pasaría una noche entera saboreando este pezón.

Le besó la aureola y una descarga eléctrica —*otra de tantas*— le recorrió todo el cuerpo.

—¿Tanto?

—Más, mucho más... —murmuró Rhian con la voz reducida a un ronco susurro.

—¿Te parece poco el tiempo que le has dedicado? —logró preguntar.

Heather apretó un muslo contra otro graduando la intensidad que comenzaba a crecer en su interior.

—Eso ha sido una simple caricia en comparación con lo que me gustaría hacerle...

Se mordió el labio inferior y la miró con los ojos encendidos de deseo.

Heather sintió una punzada de excitación en el bajo vientre y cómo las crestas de sus senos se convertían, por enésima vez, en piedras cuando Rhian comenzó a regarla con maravillosos besos.

Aquellos labios eran como una droga y arrasaban toda su voluntad de resistencia.

*¿Dónde había estado escondido aquel maestro del placer?*

*¿Dónde?*

Se movió ligeramente, acercándose aún más a su cuerpo, hasta que sus células sintieron el embriagador aroma de la humedad creciendo entre sus piernas.

Sus paredes internas se sacudieron, anhelando más... mucho más... deseando sentirlo dentro de ella...

Rhian sintió cómo el suave olor de la femineidad y su propia excitación comenzaban a volverle loco.

¡Estaba tan condenadamente caliente!

Y lo que sentía él era puro fuego incandescente...

¡Diosss! Nunca antes le había resultado tan complicado controlarse... ¡No tanto como aquel día!

Emitiendo un sonido ronco, al tiempo que degustaba aquella piel rosada tan exquisita y controlaba su propia y más que creciente necesidad, entornó ligeramente los párpados, se humedeció los labios y entonó:

—Intuyo que estás preparada, pequeña. Otra vez...

—Umm...

—Es un placer... hacerle disfrutar, señorita Rothscill —respondió, volviendo su mirada hacia ella, haciéndole sonrojar otra vez. Retirándole el pelo de la cara con mimo, susurró con sensualidad—: Enciéndete para mí...

Él sonrió al comprobar cómo aquellas palabras hacían que el vello se le pusiera de punta. Disfrutaba viéndola tan tensa, tan indecisa... tan excitada al mismo tiempo.

Rendida a sus exigencias, a todo lo que él le ofrecía, Heather se apretó contra él.

—Pequeña, abre tu mente y déjame traspasar tus límites prohibidos... Enciéndete para mí... —repitió.

El influjo de las palabras y los besos de Rhian y de sus eróticas y sensuales caricias llevaron a Heather al orgasmo, y después a otro, y a otro...

Así disfrutó durante varias horas, seducida exclusivamente por las manos y la boca de él, disfrutando de sus propias sensaciones, hasta que finalmente, extasiada de tanto placer, se quedó dormida.

Rhian retiró la horquilla de su *Harley Davidson CVO Softail Deluxe* y se secó el sudor de la frente con el antebrazo antes de colocarse el casco.

Los siete radios cromados a espejo de las ruedas comenzaron a girar enérgicamente a medida que la moto tomaba velocidad.

Le envolvía un sutil, aunque muy dañino, sentimiento de culpa.

Acababa de dejar a Heather Rothscill dormida plácidamente en su apartamento, extasiada después de una fructífera sesión del más puro y excitante placer.

Placer que sólo había disfrutado ella...

Y sólo por el simple motivo de que así debía ser.

Haciendo un esfuerzo por concentrarse en algo, cualquier cosa, para no pensar en su propia y más que creciente necesidad, apretó el acelerador haciendo que la *Harley Davidson CVO Softail Deluxe* rugiera en el silencio de la noche.

Deseaba llegar a casa lo antes posible para darse una ducha de agua fría y controlar su propia excitación.

Lo necesitaba.

Y con urgencia...

Más, inclusive, de la que necesita un accidentado de tráfico cuya vida pende de un hilo para llegar al hospital.

Estaba excitado. Seriamente excitado. Eso, y sólo eso, eran las consecuencias de tontear con una mujer... Una mujer tan exquisita y tan hermosa como Heather Rothscill.

En circunstancias normales, habría estado más que interesado en descubrir la satisfacción mutua; en disfrutar y compartir uno, dos, tres... cuatro orgasmos con ella.

Pero aquéllas, desafortunadamente para él, no eran circunstancias normales.

Abrió gas, acelerando la *Harley* un poco más.

Un frío terrible le asaltó de repente. Controlando la moto con una mano, se levantó la visera y se masajeó la frente como para contener el dolor que crecía allí, agudo, punzante, helado.

Contuvo el aliento y le embargó una oleada de pánico. Hacía días que no le dolía la cabeza tanto... tanto como en ese momento.

Cerró instintivamente los ojos, tan sólo unos segundos, y su mente se envolvió en una oscuridad profunda, más incluso que la de la propia noche ausente de estrellas, mientras la *Harley Davidson* continuaba su marcha a toda velocidad recortando el aire.

—¿Se puede saber qué te pasa, Rhian? —le preguntó Jack una hora después. Eran las cuatro y tres de la madrugada—. Hace más de media hora que he llegado y sigues ahí sentado como un pasmarote mirando la pantalla apagada del televisor.

—Necesito pensar.

—Tus preocupaciones no son más que el reflejo de la culpa —sentenció Jack, mientras se desabrochaba el nudo de la corbata.

Rhian lanzó una mirada furibunda a Jack durante unas milésimas de segundo, las suficientes para comprobar que su hermano se había afeitado la barba.

*¡Aleluya!*

—Ya te he dicho que necesito pensar. —Su voz adquirió cierto tono de enfado—. Hoy he tenido un día complicado. Otro de tantos.

Le quemaba el cerebro tan sólo de recordar aquella blusa casi transparente que envolvía las dos

turgencias de piel arrebolada que había tenido entre sus labios.

Su pulso le martilló las sienas y sus entrañas se volvieron pesadas de necesidad al recordar los gemidos de ahogado y satisfecho placer que habían brotado de la garganta de Heather Rothscill.

¡Dioss!

*Adoraba su cuerpo, su efervescencia...*

*Su piel era tan exquisita...que sólo pensar en ella castigaba su autocontrol.*

Una oleada de excitación tentadora se apoderó nuevamente de su entrepierna, haciendo que se encumbrase otra vez en busca del orgasmo que a duras penas iba a disfrutar. Al menos esa noche...

—¿Y se puede saber en qué piensas a estas horas?

Rhian arrugó el ceño, elucubrando una respuesta coherente cuyas palabras no terminaban de encajar.

—En todo y en nada... Tengo muchos problemas en mi vida.

—Uy, uy, uy... hermanito. Siento que tu conciencia no ha de estar muy limpia.

—Jack, por favor... Te ruego que dejes a mi conciencia en paz.

—Te recuerdo que tú siempre me has dicho que debemos dejar de lado el sentimiento de culpa. —Se sentó en el sofá, se descalzó, puso los pies sobre el filo de la mesa y encendió el televisor—. Al parecer, ahora eres tú el que no cumple con sus propios consejos.

—¿Y quién te dice a ti que yo me siento culpable por algo? —preguntó a la defensiva.

—No hay más que verte, Rhian. Tu cara lo dice todo.

—Mis puños sí que te van a decir cómo me siento como no me dejes tranquilo —resolvió. Propinándole un manotazo en la rodilla, le ordenó—: ¡Aparta tus sucios pies de la mesa!

Jack hizo lo que le exigía su hermano y entornó los ojos. Unos segundos después, estaba completamente relajado. A diferencia de Rhian.

—Esta tarde he hablado con el arquitecto.

—¿Y?

—Hay un problema con el certificado final de obra.

—¡Maldita sea! —dijo entre dientes.

—Al parecer el Ayuntamiento le exige el certificado con firma legitimada ante un notario.

—¿Y qué problema hay? Que lo entregue como se lo piden y se soluciona todo, ¿no?

—No es tan fácil, Jack. El arquitecto se niega a realizar el trámite por el tiempo que acarrea y los gastos. Dice que es la primera vez que le piden algo así y que no está dispuesto a perder más tiempo. Hasta ahora, con la fotocopia del documento de identidad era suficiente.

—Intuyo que esto retrasará la inauguración del nuevo local.

—Espero que no. —Se pasó los dedos por los ojos, intentando relajarlos un poco, y añadió—: Después de mucho insistirle me ha asegurado que prevé solucionarlo a lo largo de la mañana.

—Más le vale. Ese tipo no me ha gustado nunca.

Rhian hizo caso omiso al comentario de Jack y continuó hablando:

—Creo que si no hay ningún contratiempo más, podremos inaugurar en dos días. La cartelería está en marcha y dentro de unas horas colocarán el logotipo en la fachada.

—Sabes que no suelo juzgarte, Rhian, pero... ¿No tienes suficiente con *Le Bain*? ¿Para qué tantas complicaciones? El nuevo local implicará más dedicación, más dinero y muchos problemas. Creo que en su momento no valoramos bien todo el esfuerzo que implicaría poner en marcha otro negocio.

—¿Y?

—Ni lo que nos supondrá sacarlo adelante.

—Pero... ¿de qué tienes miedo, Jack?

—*Gloss* es el triple de grande que *Le Bain*.

—Lo sé, pero... sabes que me gusta el riesgo.

—Y a mí, Rhian, pero hay veces que me surge la duda de si estamos haciendo lo correcto.

—No podemos estancarnos, hermano. La vida da muchas vueltas y cuanto más atado y seguro tengamos nuestro futuro, mejor.

—Eres un seductor nato, Rhian, y ganas muchísimo dinero con ello. Y... y además tenemos *Le Bain*. ¿Para qué más?

—No creo que me dedique a la seducción durante mucho más tiempo.

—Eso no te lo crees ni tú, Rhian —se carcajeó—. Cambias de parecer como yo de camisa. Esta mañana no decías lo mismo.

—Quizás mi mente estaba algo más lúcida que ahora... —dijo, recostando la cabeza sobre un cojín.

—Tú serás un seductor toda tu vida. ¡Lo llevas en la sangre! A nadie como a ti se le hubiera ocurrido dedicarse a esta profesión tan criticada y denostada por la mayoría. Escúchame bien: A-NA-DIE.

—No te digo que no, pero...

—¿Qué?

—Algún día tendré que reducir el ritmo. ¿No crees?

—Si lo haces, te volverás loco, hermanito. —Volvió a poner los pies sobre la mesa y nuevamente Rhian le dio un manotazo para que los bajara al suelo—. Te lo aseguro. No eres un hombre capaz de estar mucho tiempo sin sentir la excitante adrenalina de la seducción bullir por tus venas.

—Tendré que acostumbrarme como cualquier persona.

Se masajeó ligeramente las sienes. El dolor de cabeza había desaparecido por completo, pero seguía excitado... y furioso.

—Serán momentos de duro entrenamiento.

—Estoy más que acostumbrado al alto nivel, Jack.

—¡Ja! No de ese tipo...

Rhian masculló algo ininteligible y Jack se preguntó si habría ido demasiado lejos cuando lo vio alejarse en dirección a la cocina.

Se desabrochó un par de botones de la camisa y se quitó los calcetines. Acto seguido, volvió a estirarse en el sofá, colocando nuevamente los pies en el frío mármol italiano.

—Baja los pies de la mesa —bramó Rhian cuando dos minutos después volvió a aparecer saboreando una cucharada de helado de vainilla.

—Ya voooooy... —contestó Jack alargando las palabras. Arrugó ligeramente la nariz y levantó los brazos para estirarse—. Espero que hayas traído una cuchara para mí también.

—Ya sabes dónde están.

Disfrutando del frío helado de vainilla, percibiendo cómo la humedad de la tarrina se filtraba a través de la palma de la mano, Rhian saboreó cucharada tras cucharada bajo la atenta mirada de Jack.

—¡Ten hermanos para esto! —sentenció. Tratando de distraer su atención de la tarrina, susurró—: Parece mentira que sólo le quieran a uno para trabajar...

—¡Quieto! —le regañó Rhian cuando en un intento fallido por arrebatarse el helado, el recipiente a punto estuvo de caerse al suelo. Apretó los dientes y se le tensionó la mandíbula sólo de pensar en la vainilla derramada por el suelo. No había nada que le apeteciera menos que aquello—. Hay más en la nevera.

—Pff... —resopló.

—Más te vale que te pongas las pilas, Jack... —sugirió.

—¿Acaso vas a comerte todo el helado? —inquirió creyendo que las palabras de Rhian se referían a la escasa prisa que se estaba dando para ir en busca de una cuchara.

—Hablo muy en serio, Jack —aseguró antes de saborear una nueva porción de helado—. Te necesito al cien por cien. No puedo encargarme yo de todo.

—Lo sé —farfulló.

Hizo un intento de colocar otra vez los pies sobre la mesa, pero se quedó sólo en eso: en un intento.

La mirada incisiva de su hermano provocó que sus piernas no terminaran apoyadas sobre el carísimo mármol.

—Como no te espabiles, te aseguro que no vas a catar el helado...

—En eso estoy —contestó, levantándose de mala gana.

Rhian aprovechó para cambiar de canal.

—Necesito que el día de la inauguración te pasees por *Gloss* y captas el mayor número de clientes —dijo con la cuchara en la boca. El helado se deshizo al instante, inundando su paladar del más exquisito y puro sabor a vainilla.

—Dirás clientas... —sugirió Jack, destapando una tarrina de helado de chocolate. Su perdición...

—Me da igual. La cuestión es que, independientemente de que sea hombre o mujer, tengan la intención de abrir la cartera para nosotros.

—¿Sabes?

—¿Mmm...?

Tenía la boca llena. Otra vez.

—Nunca me ha gustado eso.

—¿Qué?

—Buscar clientes.

—Es necesario hacerlo.

—Cierto, pero... —el chocolate estaba tan congelado que sintió cómo el frío se colaba a través de sus encías—. Lo que pasa es que yo soy más persona de ir a la acción.

—¡Claro! A mí también me gusta el trabajo fácil. ¿A quién no?

—No considero que la seducción sea un trabajo fácil.

—No lo es.

—Entonces no sé a qué viene que me digas eso —protestó Rhian, apuntándole con la cuchara vacía.

—La seducción no solo consiste en encender a la mujer y hacerla disfrutar hasta que te grite basta, hermanito.

—No empieces con tus sermones de siempre, Rhian.

—Lo haré tantas veces como sea necesario, Jack. Parece mentira que después de tantos años no te hayas dado cuenta de la importancia de lo que hacemos. Y sobre todo... por qué lo hacemos.

Jack Hoover suspiró y prefirió engullir una, dos y hasta tres cucharadas de chocolate para calmar sus nervios.

Rhian puso en estado *mute* el sonido de la televisión.

—Como bien sabes, la seducción también implica cautivar a los hombres para que se den cuenta de la importantísima labor que hacemos —aseguró, devolviendo una cuchara repleta de vainilla a la tarrina antes de que el helado se derritiera por completo y terminara manchando la tapicería del sofá.

—Más bien yo diría que lo que hacemos es atemorizarlos. Pensar que sus mujeres pueden sucumbir a nuestros encantos tiene que ponerlos nerviosos.

—Aunque no lo parezca, muchos se sienten subliminalmente identificados en nosotros. —Respiró hondo antes de proseguir—: En la gran mayoría de las ocasiones, yo diría que en un noventa por ciento, son ellos los que encargan nuestros servicios cuando perciben que sus mujeres no están satisfechas o cuando sienten que su vida se está desmoronando y nos exigen hacer aquello para lo que inconscientemente no están preparados. Recuerda que nosotros somos el caramelo dulce que se deshace en la boca... Cuanto más mujeres nos saborean... sean sus maridos conscientes o no de ello... nuestro *caché* aumenta... Mucho más...

—Siempre pensando en el dinero...

—Alguno de los dos tiene que hacerlo. ¿O acaso el dinero que cuesta ese *Aston Martin Vanquish* descapotable que conduces o ese traje de *Dior* que llevas puesto sale de una maceta? Hasta ahora, nunca

has puesto objeción a comprarte algo porque sea muy caro. ¿Me equivoco?

Jack negó con la cabeza. La boca la tenía repleta de chocolate helado.

—¿Sientes el chocolate fundirse en tu paladar? —La pregunta descolocó a Jack—. Lo disfrutas justo cuando la cuchara entra en tu boca y lo echas de menos cuando se ha fundido, cuando el calor de tu boca ha derretido la frialdad que lo envuelve.

—¿No estarás sugiriendo que ahora piense que soy como un helado, no?

—Prácticamente.

—Cada vez entiendo menos tus comparaciones, Rhian. Antes un caramelo, ahora un helado... ¿Qué será dentro de un rato? ¿Un plátano tal vez?

Rhian comenzó a reírse descontroladamente.

Jack tardó en reaccionar, pero cuando su mente acusada por la falta de sueño procesó toda la información, se rio a carcajada limpia.

*¿Un plátano?*

*¿Había dicho plátano?*

—Como te decía, Jack, no hacemos el mal a nadie. —Rhian reanudó la conversación cuando ambos consiguieron controlar su agitación—. ¡Todo lo contrario!

—Ya.

—Actuamos por el bien de todas aquellas mujeres insatisfechas que sienten la necesidad de afrontar nuevos retos, que desean un aliciente extra en sus vidas. —Antes de continuar con su exposición, rebañó cada uno de los rincones de la, hasta hacía unos minutos, tarrina de litro—. También le hacemos el bien a los hombres, a todos aquellos que nos ofrecen a sus esposas para que les mostremos todo aquello para lo que ellos no se sienten preparados.

—Sólo te falta decir que somos como una O.N.G.

—¡Jack! ¡Todos salimos ganando! ¿Acaso no lo ves? —inquirió un tanto ofendido—. Las mujeres aprenden a afrontar nuevos retos en el ámbito sexual, los hombres se sienten satisfechos por la felicidad de sus mujeres...

—O bien tienen que salir con el rabo entre las piernas si sus mujeres les dan una patada en el culo cuando no alcanzan sus expectativas... o si nosotros calamos muy, muy hondo y sus mujeres no se conforman con menos.

—Todo puede darse, Jack. Dentro de la extensísima lista de mujeres que han disfrutado de mis servicios, te podría enumerar cientos de casos en los que ha sucedido eso. Pero... así es la vida.

—Siempre no se puede ganar.

—¡Efectivamente! —Bostezó—. Y... y ahora... si me disculpas, me voy a acostar. Como siga aquí... termino empalmando un día con otro y necesito dormir algo.

Miró el reloj. Las seis y trece minutos de la madrugada.

—Buenas noches, Rhian —se despidió Jack, atacando nuevamente su tarrina de helado de chocolate—. Gracias por la lección.



Amaneció.

De nuevo la luz del día deshizo el encanto de la noche anterior. De esa noche espectacular, maravillosa, sublime... exquisita... y delirante...

Heather miró bajo las sábanas y se descubrió completamente desnuda.

Se le erizó la piel.

Cada célula, cada poro de piel recordaba los sensuales y eróticos besos de Rhian Hoover.

Aquellos labios carnosos excitaban cada uno de sus pliegues, cada arruga, cada lunar... arrastrándola hacia el más placentero de los delirios.

Lo odiaba; nadie sabía eso más que ella. Odiaba ese espíritu de indecencia que exprimía todo lo que permanecía latente dentro de ella hasta el desmayo...

Pero a la vez lo deseaba.

Anhelaba sus caricias arreboladas, su eroticidad esculpida a cincel, su mirada penetrante y profunda, la rugosidad de su lengua que recorría el lienzo delicado y excitado de su propia piel y dibujaba escalofríos por todo su cuerpo.

Una oleada de exaltación le recorrió el abdomen y se centró en su sexo. Instintivamente, contrajo la pelvis percibiendo cómo la humedad se apoderaba de su hendidura y lubricaba sus pliegues.

*Por favor, Heather, contrólate* —le exigió su ángel de la guarda—. *No permitas que el espíritu de la indecencia se apodere de ti otra vez...*

Heather se estiró para desentumecer los músculos.

Se sentía agotada.

Y tranquila; muy tranquila.

Excesivamente tranquila, a pesar de todo...

Su cuerpo todavía estaba en plena efervescencia, cuando la imagen de Rhian Hoover se dibujó en su mente.

Otra vez.

Y después otra.

Y otra...

*¿Qué tenía aquel hombre que hacía que el más mínimo roce se convirtiera al cabo de unos segundos en un más que anhelante y desenfrenado deseo carnal?*

*¿Cuál era la pócima que utilizaba para que ella terminara volviéndose loca?*

*¿Qué poder de seducción tenía su tono de voz que hacía que ella cayera rendida a sus exigencias?*

Atormentada por sus propios pensamientos, salió de la cama muy despacio, como una furtiva, sin apenas hacer ruido.

Carlota dormitaba junto a la ventana, con la respiración acompasada en una sucesión de ronquidos sutiles.

Se acercó a ella y le acarició la frente.

*¡Cuánta compañía le hacía!*

Heather sintió la necesidad de salir de casa. Siempre le había gustado el aire libre y se negaba a permitir que la amargura inundara otra vez su día.

Cogió el teléfono y marcó el número de su madre. Fuera cual fuera el problema, estar con su madre siempre le ayudaba a despejar la cabeza.

—¿Qué buscas en una relación? —le preguntó Helen McLaferti horas más tarde, retomando la conversación que había mantenido con su hija durante la comida. Ambas tomaban café en *La Kokette*.

Heather percibió un ligero tembleque en las manos. La cucharilla del café titiló al golpear con la porcelana.

—Quiero una relación de años y no de daños —suspiró—. Sí, eso quiero.

—Cariño, me da la sensación de que buscas imposibles. Tenemos la mala costumbre de no apreciar lo que de verdad importa.

Heather giró la cucharilla del café una y otra vez, una y otra vez... y otra, antes de hablar:

—Yo no quiero un caballero con armadura de hierro que venga a entregarme la cruz que lleva colgada del cuello para que se la guarde antes de enfrentarse en el campo de batalla. Tan sólo quiero que venga y me entregue su corazón; sin pedir nada a cambio, salvo amor.

—Los cuentos de hadas no existen, cariño. —Estiró la mano y le acarició la mejilla. Heather agradeció el gesto e inclinó la cabeza, apoyando la cara sobre la palma de la mano de Helen—. Las historias de caballeros corriendo a lomos de su corcel, desesperados por liberar a la bella princesa encerrada en un altísimo torreón por la malvada madrastra, son sólo eso: cuentos; historias que nos alegran las noches de insomnio cuando somos niñas, pero ya está.

—Sólo cuentos... —murmuró, entornando los ojos.

—Así es, cariño. Hoy en día es muy complicado encontrar a un hombre que te prometa amor eterno. Es más, puede que encuentres a algún inconsciente por ahí que sí lo haga, pero te aseguro que con el paso del tiempo te arrepentirás de haber creído sus palabras. Es una ecuación complicada, que trae muchas lágrimas de por medio. —Respiró hondo antes de decir—: Al final, todos los hombres son iguales. Sólo tienes que recordar la actitud que mostraba tu padre meses antes de separarnos...

—Tengo un vago recuerdo. Es triste ver cómo la gente que alguna vez estuvo tan cerca de ti puede llegar a convertirse en un extraño.

—Al hombre sólo le preocupa una cosa, pequeña, y no es ni la falta de amor ni de compromiso, sino perder su independencia y convertirse no en nuestro marido, sino en nuestra necesidad de cada día. Eso sí que es un verdadero problema para ellos.

—Yo ya sabía que con Derek el matrimonio era algo muy complicado... —Se le encogió el corazón al recordar los buenos momentos que habían pasado juntos—. Aun así, siempre he estado dispuesta a aceptar sus condiciones... pero hasta un límite.

—Como debe ser, pequeña... como debe ser.

Le acarició la frente y aprovechó para apartarle unos pelillos que se le habían quedado adheridos al rímel.

—Siempre que me he enamorado al final me han hecho daño.

Helen McLaferti pudo ver fugazmente la preocupación en los ojos de su hija. Le temblaban las manos. La angustia y la desesperación fluctuaban y oscilaban en torno a ella.

—No siempre tiene por qué ser así, pequeña. Los hombres de por sí son complicados. En su mente sólo anidan cosas muy primitivas: la sed, el hambre, el... ¡El sexo!

—Será eso... —musitó distraída.

—Son sólo eso: ¡Hombres! —sentenció Helen encogiéndose de hombros.

Aunque a Heather no le gustase admitirlo, sabía que su madre tenía razón.

Un diminuto haz de luz proveniente del exterior se coló a través de la cristalera e iluminó el interior del café cuando Aubrey apareció. Como siempre, llegaba tarde.

—Heather, llega un momento en la vida en el que debes alejarte del drama sin motivo y de la gente que lo provoca —afirmó la señora McLaferti antes de que el explosivo huracán de jovialidad y nerviosismo de Aubrey las alcanzara—. Tienes que...

Dejando el bolso sobre la mesa mientras se quitaba el abrigo, Aubrey sentenció:

—Helen, lo que tiene que hacer tu hija es rodearse de personas que le hagan reír y que le ayuden a olvidar todo lo malo.

—Personas como tú —atacó Heather lanzándole una mirada furibunda.

—¡Exacto! —exclamó Helen, observando su cara de desconcierto—. Personas que te obliguen a enfocarte sólo en lo bueno, que te traten bien porque te quieren...

—Estoy harta de decirle eso todos los días —dijo Aubrey sacándole la lengua.

—¿Desea algo para tomar? —preguntó el camarero.

—Un café solo, por favor, con doble de azúcar.

—Hija tienes que...

—¡Helen! —le interrumpió Aubrey—. ¿Te has fijado cómo está el camarero?

La pregunta no estaba exenta de la picardía tan característica de Aubrey.

Se mordió el labio inferior y se encogió de hombros con naturalidad, como si nunca hubiera roto un plato.

—¡Aubrey! —le regañó Heather—. Tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—Llevo gafas, querida —sonrió Helen, ajustándose las sobre el puente de la nariz—, pero eso no significa que esté ciega.

—¡¡¡Mamáááá!!!

—¿Qué ocurre, pequeña? —Apuró el café y esperó a que el camarero colocara una taza sobre la mesa para Aubrey antes de continuar—: Hay que ser muy tonta y estar muy ciega para no darse cuenta.

—Compórtate, por favor —exigió Heather.

—Helen, creo que tu hija no es de este planeta —admitió Aubrey entre risas—. El noventa y cinco por ciento de las mujeres que estamos aquí piensan seguramente lo mismo que nosotras. Pero claro... a Heatty le gusta ser siempre el garbanzo negro de la olla, la que rompe la norma.

*No, por favor...*

*No quiero que me llames así —quiso gritar.*

*¿Qué había hecho ella para merecer eso?*

*Correr, eso es lo que tenía que hacer...*

*Correr y no parar hasta que tuviera los pies destrozados y todos sus problemas se hubieran marchitado como los pétalos de una flor.*

*¿Por qué su madre y Aubrey —sí, esa amiga que siempre la dejaba sola en los peores momentos—le atacaban de aquella forma?*

*¿Por qué?*

*¡¡¡¿POR QUÉ?!!!*

—Hija, la vida es demasiado corta para ser otra cosa que no sea ser feliz —dijo la señora McLaferti—. Y no puedes malgastar tus días atormentándote por lo que pudo ser con Derek y no va a ser. ¡Olvídalo!

—¿Qué tiene el amor que nos vuelve tan estúpidos? —Aubrey lanzó la pregunta al aire.

—Nada —sentenció Helen—. Llega un momento en la vida en el que no precisas impresionar a nadie.

—Habló la voz de la experiencia —dijo Heather abrumada.

—Cariño, a estas alturas de mi vida ya no hay nada que me moleste. Después de tres maridos, ya he comprendido la lección muy bien. —Se encogió de hombros—. El amor es muy bonito al principio, cuando la pasión hace de hilo conductor. Cuando te acostumbras a la otra persona, la chispa se va perdiendo y sólo queda el cariño. Nada más.

Se encogió de hombros. Otra vez.

—Tu madre tiene razón, Heather.

*No por favor... Más ataques, ¡NO!*

Un incontenible bostezo le recordó lo poco que había dormido.

—Al final, cuando el amor ha desaparecido, el matrimonio se convierte en una relación de

conveniencia en la que cada miembro de la pareja se ve abocado a soportar lo que el otro no puede.

Heather dio un sorbito a su café antes de decir:

—Mamá, tú puedes afirmar todo eso porque lo has experimentado.

—Efectivamente.

—Pero,... ¿cuántas relaciones tengo que tener para encontrar al hombre de mi vida? —inquirió

Heather retorciendo el dobladillo de la servilleta. Su voz sonó inquieta al afirmar—: Creo que alguna vez merezco ser feliz, mamá, aunque sea un poquito.

Helen observó la cara de desconcierto de su hija. Se miró las manos al tiempo que sus dedos se crispaban un par de veces y tamborileaban sobre la mesa. Luego enunció:

—Las suficientes como para que dejes de cuestionarte a ti misma sobre las ventajas que tiene el amor. Cuando conozcas a la persona ideal en tu vida comenzará a perfilarse un nuevo horizonte. Puede que sólo sea placer... incluso puedes sentir el amor, pero lo más importante de todo, pequeña —anunció acariciándole la mejilla con los nudillos—, es que tú, y sólo tú, seas feliz.

Había cierta decepción en su voz, aunque la desilusión pronto se transformó en algo más al ver la expresión de Heather.

—La palabra *ideal* no existe en el diccionario de Heatty —cuestionó Aubrey con voz seria. Dio un sorbito al café y observando el odio dibujado en la mirada de Heather, añadió—: Hace tiempo que se ha olvidado lo que significa disfrutar del día a día.

—Me agotas, Aubrey. —Heather puso los ojos en blanco y se frotó las manos—. ¡No lo sabes tú bien!

Sin prestar atención a las palabras de Heather, Aubrey añadió, dirigiéndose a Helen:

—Tiene que aprender a vivir la vida loca.

Heather tuvo la sensación de haber oído antes esas palabras.

—¿Y qué os hace pensar que no disfruto de esa vida loca, como tú la llamas?

—Sólo hay que verte —atacó Aubrey estirando el hilo un poco más.

Apuró el café y pidió otro.

—¿Ver el qué?

—La cara de mojugata que tienes, Heather. Vas dándote topetazos contra las esquinas porque Derek te ha dejado.

—Te recuerdo que la que quiso dejarlo con él fui yo.

—¡Da igual! La cuestión es que no puedes estar así.

—La vida continúa, cariño —dijo Helen interrumpiendo la pequeña contienda que se estaba levantando entre las dos amigas.

—La otra noche desperdiciaste una muy buena oportunidad para conocer a alguien —sentenció Aubrey recordando la visita a *Le Bain*.

—¡Tú que sabrás! —gritó Heather a la defensiva.

Varias personas volvieron la cabeza y comenzaron a cuchichear.

—Hablad más bajito —les ordenó la señora McLaferti—. Nos están mirando y no tengo ganas de que nos echen a patadas.

—¿Estás diciendo que conociste a alguien? —inquirió Aubrey mostrando una sonrisa maliciosa.

—¡Pues sí! —susurró dubitativa, mirando a una y a otra.

Heather se arrepintió al instante de haber pronunciado aquellas palabras. Agarró el pico de la servilleta con fuerza y dejó caer el brazo. Le temblaba la mano.

*¿Cómo podía haber sido tan estúpida?*

Aubrey volvió los ojos impresionada.

—Vaya con la mosquita muerta... —murmuró Aubrey.

—¿Qué?! ¿Y te has acostado con él?

—¡¡¡Mamáááá!!! —gritó avergonzada. Las mejillas se le encendieron.

Varias personas volvieron a darse la vuelta en sus asientos.

—Sí —sentenció Aubrey—. Tu mirada habla por ti.

—Heather, recuerda lo que decía tu abuela: los besos, la confianza y las explicaciones no se le dan a cualquiera.

—¿Y qué pasaría si lo he hecho?

—Absolutamente nada —terció Aubrey ultimando su café.

Los ojos de su madre no decían lo mismo.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó—. Te ha cambiado el rictus de repente.

—Simplemente... Bueno yo... Emm... No te creía tan adelantada...

—Me he quedado de piedra, Heatty.

—Te he repetido hasta la saciedad que no quiero que me llames así, Aubrey —se atrevió por fin a decir.

—Espero que...

—¡¿Qué?!

—Opsss... Menudos humos tiene... —dijo Aubrey dirigiéndose a Helen—. Parece que la noche no debió terminar muy bien.

Helen McLafertti sonrió, aunque sus ojos mostraban cierta preocupación.

—Tú haces que mi mecha esté encendida constantemente. Me sacas de quicio...

—Lo que te digo, Helen. Hoy tu hija se ha levantado con el pie izquierdo y ha visto en mí el saco de patatas al que darle todos los golpes.

—Hija... por favor, contrólate. La gente nos está mirando.

—Mamá, te lo pido por favor. Ya no soy una niña.

—A veces te comportas como tal, Heather.

—Quizás porque necesito comprensión y no que me ataquen a dos bandas como lo estáis haciendo.

—Nadie te está atacando, Heather —reveló Aubrey entre sorbo y sorbo—. Eres tú la que está siempre a la defensiva.

Heather meditó un par de segundos las palabras de su amiga.

—¡No! Eres tú la que has estado en el ojo del huracán desde el primer momento, metiendo constantemente el dedo en la llaga.

Consciente de la expectación que estaban creando, Helen McLafertti miró el reloj y, tratando de sonar convincente, dijo:

—Deberíamos ir pidiendo la cuenta. No me puedo entretener más. Greg se estará preguntando dónde me he metido.

—¡Sí! —exclamó Aubrey con cierta tensión—. Yo también he quedado con...

—¿Con Zackary? ¿O quizás es con Drew, Aubrey?

¡Eso es! ¡Atácala! —insinuó el demonio rojo de cola larga dando un empujón al ángel blanco que se apoyaba sobre su hombro—. ¡Defiéndete, Heather! ¡Defiéndete!

—Chicaaaass, por favor —suplicó la señora McLafertti cuando el camarero recogió el billete—.

¡Ya está bien! Parecéis dos mojigatas de guardería.

Heather respiró aliviada cuando un cuarto de hora más tarde, se despidió de Aubrey y de su madre.

Caminó hasta casa, acarició a Carlota, se recostó en el sofá y cedió al cansancio.

—¿Has averiguado ya algo sobre tu admirador secreto? —preguntó Aubrey con su voz vocinglera al otro lado del auricular.

—Aubrey, te voy a colgar —le amenazó dejando en el plato el sándwich vegetal que se había preparado para cenar.

—Heatty, no, por favor...

—Adiós.

—Heatherrrrr, lo siento. Perdóname —suplicó—. Lo he dicho sin querer.

—Como siempre —contestó a la defensiva.

—No, esta vez va en serio. Siento mucho lo de antes.

Su disculpa parecía sincera.

—Necesito que me apoyes, Aubrey. Te lo digo en serio —suspiró—. Ahora más que nunca. Y en cambio, lo único que sabes hacer es atacarme constantemente.

—Lo sé. Creía que así te olvidarías antes de...

—¡Si estás recordándomelo a todas horas no lo voy a conseguir! —contestó alzando ligeramente la voz.

—Lo siento. —Sus disculpas parecían sinceras—. No he sabido ayudarte como es debido.

—Tú mejor que nadie sabe lo que duele una ruptura; más aún si has estado enamorada como yo lo estaba.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Acarició la frente de Carlota que, junto a la puerta de la habitación, movía el rabo en posición de alerta.

—Sé lo que es eso.

—¿Sí?

—No a tu nivel, pero de alguna manera, yo también sé lo que es pasar por una desilusión.

*¿Aubrey?*

*¡Imposible!*

*No se lo podía creer.*

—¡Ya será para menos! Tú siempre has estado bien nutrida de pretendientes.

—¡Ja! —rio con desgana—. Eso es lo que todo el mundo piensa.

—Quizás sea porque tú misma te encargas de dar a entender eso, Aubrey —le recriminó inconscientemente.

Sin prestar atención al comentario de Heather, Aubrey añadió descargando ligeramente el saco de sus más que banales preocupaciones:

—Anoche Drew me preguntó con cuántos tíos lo he hecho.

—¿Qué?!

—Lo que oyes.

—Pero, ... ¿a qué clase de hombre le importa con cuántos tíos te has acostado?

—Según él, a los tíos decentes.

—¿Drew? ¿Un tío decente? —A Heather le entró la risa floja. Sujetándose la tripa, le preguntó—: ¿Por qué no buscas algo nuevo? Algo de verdad.

—No estoy preparada para algo serio, Heather. Drew es un hombre con grandes capacidades en la cama.

—Esta vida no se compone sólo de sexo.

—¡Ya! Pero un hombre con la capacidad de dar placer extremo es la fantasía de cualquier mujer moderna, Heatty... y... y... yo soy muy moderna.

—¡Aubrey! Como sigas llamándome así te cuelgo.

—Perdón, perdón... Heather —se disculpó y respiró hondo antes de continuar—: Drew es muy atractivo, tú lo sabes, y un fiero en la cama. Mi cuerpo vibra excitado cada vez que estoy con él y me quedo ronca de tanto gritar cada vez que me hace el amor.

—Preferiría que no entraras en detalles.

¡Cuelga, Heather! ¡Cuelga! —le insistió su ángel de la guarda.

—Y Zackary... —suspiró—. Zack tiene...

—Sólo fachada.

—Es rudo, fuerte, varonil... como Drew. Pero hay algo en él que... Mmm... No sé, Heather. Zackary es, al igual que Drew, como una droga para mí...

¡Heather! —le gritó su angelito pataleando sobre su hombro—. ¡Cuelga de una vez!

—Deberías decantarte por uno de los dos.

—Lo he intentado, Heather, sabe Dios que lo he intentado. Pero no puedo. Los quiero a los dos, a mi manera, sí, lo reconozco, pero en estos momentos no podría vivir sin ellos. Cada uno me regala momentos de pasión muy distintos... a cada cuál más placentero. Mi cuerpo vibra cuando los tengo entre mis piernas o cuando sus labios devoran cada uno de los rincones de mi cuerpo...

¡Basta!

¡Basta!

¡BASTA! ¡Cuelga ya, Heather!

¡¡¡YA!!!

—Tengo que dejarte, Aubrey —atajó haciendo caso a los consejos de su ángel de la guarda. Buscando una excusa coherente, dijo—: Carlota no para de ladrar y no sé qué le pasa.

—Como quieras.

—Nos vemos mañana.

—Ya veremos...

—¡Eh! De eso nada —insistió—. Tengo invitaciones *vip* para un nuevo local y tenemos que aprovecharlas.

—Tengo que colgar, Aubrey —le anunció agotada—. Carlota está muy nerviosa y tengo que averiguar qué le pasa. ¡Adiós!

Colgó el auricular y respiró profundamente.

Aubrey era excesiva en todos los sentidos. Tenía la capacidad de agotarla mentalmente, incluso más de lo que lo hacían sus propias preocupaciones.

—Lo siento, pequeña —le dijo a Carlota acariciándole el lomo cuando su mente pudo reaccionar—. Necesitaba una excusa convincente, o de lo contrario todavía estaría pegada al teléfono.

Heather se encogió de hombros.

—Guau... Guau —ladró la perrita como si estuviera replicándole.

—A veces, Aubrey se pone muy pesada.

Se incorporó y se acercó al comedor.

Las cortinas estaban abiertas y la ventana entreabierta dejaba pasar una brisa suave que le refrescó la piel.

—Carlota, ¿sabes una cosa?

—Guau... Rrrrrr... ¡Guau!

—No tendría que haber cogido vacaciones —murmuró cerrando la ventana.

La *Bichón Frisé* le miró con ojos revoltosos, se acercó a ella, situándose junto a sus pies, se sentó sobre sus patas traseras y comenzó a menear la cola.

—Rrrrrr...

Carlota permaneció quieta junto a la ventana. Heather recorrió el pasillo y accedió al cuarto de baño.

—Ven, pequeña... ¡Ven! ¡Vamos, pequeña! —le instó, dándose unos golpecitos en la espinilla para llamar su atención—. Así me gusta.

Heather cerró los ojos y dejó que el agua tibia y el exquisito aroma a lavanda de la espuma recorriera sus músculos cuando se hundió en la bañera.

Carlota permaneció recostada sobre el pijama sucio que acababa de dejar en el suelo mientras su dueña yacía inmóvil, bajo el agua, tratando de poner en orden sus pensamientos.

*Tic, tac... Tic, tac...*

El reloj del pasillo marcaba los segundos al otro lado de la pared, consumiendo el tiempo, sin que su mente lograra ordenar nada.

¡NADA!

*Tic, tac... Tic, tac...*

Heather se inclinó hacia delante, colocó los codos en las rodillas y apoyó la cabeza en las manos al cabo de media hora.

*Nunca antes su vida le había causado tanto terror...*

*¿Qué había hecho mal?*

*Es más; ¿qué estaba haciendo mal?*

Amaba a Derek, aunque también sabía que esa afirmación era muy dudosa.

*¿Y Rhian?*

*¿Dónde quedaba Rhian Hoover en toda la historia?*

*¿Cómo había sido capaz de caer en sus redes?*

*¿Cómo se habían conocido? Por más que lo intentaba, era incapaz de ordenar sus recuerdos más recientes. Los acontecimientos de los últimos días no tenían una lógica coherente.*

*¿Por qué?*

Sueños calientes, llenos de lujuria, se dibujaron en su mente, provocando una contracción en su suelo pélvico, a medida que la imagen de Rhian comenzaba a trazarse más visiblemente en su cabeza.

Algo explotó en su interior... Anheló, hambre... una necesidad que no había conocido nunca...

*¡Todo a la vez!*

Se quedó dormida.

El agua estaba fría cuando los ladridos de Carlota le devolvieron a la realidad. El timbre de la puerta zumbaba insistentemente.

—¡Maldita sea! ¿Quién será a estas horas?

*Piiiiiiiiiiiiiiiiiiii... Piiiiiiiiiiiiiiiiiiii...*

Heather se envolvió en una toalla y salió con cuidado de la bañera. Por nada del mundo le apetecía resbalar.

—¡Voy! —gritó, reajustando el nudo de la toalla a la altura del pecho.

*Piiiiiiiiiiiiiiiiiiii... Piiiiiiiiiiiiiiiiiiii...*

—¡Voy! —volvió a gritar enfadada, observando cómo sus pies dejaban un reguero de agua en el suelo.

—Rrrrrr —rugió Carlota cruzándose nerviosa en su camino.

—¡Ay! —gritó Heather al sentir cómo se le clavaba el filo de latón del paragüero en la pantorrilla. Un dolor punzante se apoderó de su pierna—. ¡Carlota!

La *Bichón Frisé* se colocó delante de la puerta. Abrió la boca, mostró los dientes y rugió otra vez:

—Rrrrrr...

—¡Tranquila, pequeña! —Le acarició la cabeza y abrió la puerta—. Es sólo el timbre.



—¿Vainilla o chocolate?

Heather sintió cómo se le paralizaba la respiración y el corazón se saltaba unos pulsos cuando vio a Rhian apoyado en la pared con dos tarrinas de helado en las manos.

*¡¡¡Dios!!!*

*¿Qué demonios hacía él allí?*

Se quedó paralizada, en estado catatónico. Sus ojos buscaron la hipnotizadora intensidad azulada de los de él, intentando mostrar la frialdad y el odio que, ni en siglos, conseguiría aparentar.

*¡¡¡Dios!!!*

*¡No!*

*No vuelvas a levantar la ceja... No así como tú lo haces* —le exigió con la mirada.

Percibiendo cómo él levantaba por segunda vez la ceja a la espera de una respuesta por su parte que no terminaba de llegar, Heather sintió la saliva acumulada en su paladar.

—¿Y bien?

—¿Qué haces aquí? —inquirió, pálida como la cera.

Los chispeantes ojos azules de Rhian cambiaron de color.

La observó detenidamente. Con aquella toalla tan sugerente, y con la humedad recorriendo cada pliegue, cada poro de su piel, Heather estaba tremendamente sexy.

Su pene vibró excitado dentro del vaquero.

*Mmm... ¡Quién fuera gota de agua!*

Se mordió el labio inferior, se aclaró la garganta y preguntó:

—¿No te gusta el helado, Heather?

Ella frunció el ceño y respondió:

—Sí. —Su respuesta fue escueta y sutil.

*Nooooo... otra vez esa maldita ceja que tanto la excitaba...*

*Estaba guapísimo con aquella camiseta oscura y aquellos pantalones vaqueros de cintura baja...*

*Mmm...*

—¿Sí, qué? —preguntó exigente, curvando la comisura de los labios.

*¡Ahh...! Ese tono de voz le ponía cardíaca. Le provocaba. Le excitaba.*

El silencio se impuso entre los dos durante unos segundos, hasta que Rhian lo rompió de nuevo.

—¿Entonces?

Levantó las manos, mostrándole las dos tarrinas.

—Chocolate —balbució atragantándose otra vez.

—Mmm... chocolate... Buena elección. —Apretó los labios antes de humedecerlos ligeramente con la lengua, como si estuviera saboreando los restos de helado. Sonriente, admitió—: Yo soy más de vainilla.

Heather sintió cómo sus piernas se volvían gelatina y su corazón volvía a saltarse unos pulsos cuando él levantó el labio superior dibujando una sonrisa sensual.

*Aquella boca perfecta le volvía loca.*

*¡Oh, síííí...!*

*Rhian era tan sexy... tan tremendamente sexy... que no mirarlo constituía un gravísimo delito penado con la cárcel.*

Rhian sondeó todo el cuerpo de Heather ayudándose de una sensual y erótica caída de pestañas y respiró hondo, inhalando el perfume a lavanda impregnado en su piel.

Sus ojos azules recorrieron todo el cuerpo menudo de ella con picardía, centrándose en la turgencia de sus senos y en la delicada piel que asomaba a través de la toalla entreabierta, a la altura de sus muslos.

—Esto se va a derretir como sigamos así.

*¿Así cómo?*

*Yo sí que me voy a derretir como no dejes de mirarme así...* —pensó Heather sintiendo un calor febril concentrado entre sus piernas.

—Emm... pasa —lo invitó apartando a Carlota de su pierna.

La perrita saltó varias veces sobre el pie de Rhian demandando una caricia.

*¡No era lista Carlota...!*

—Creía que no me lo ibas a pedir nunca —susurró, acercándose a ella por detrás, hasta que sus labios estuvieron a la altura de su oreja.

*¡Diosss!*

*¡Pero si no había otra cosa que deseara másssss!*

Heather suspiró excitada, emitiendo un sonido ligero más parecido a un gemido que a otra cosa.

—¿Qué tal el día?

—Complicado, ¿y el tuyo? —se atrevió a preguntar mientras cerraba la puerta con el pie.

Sentía los penetrantes ojos azules de Rhian fijos en su espalda, como si estuvieran analizando cada uno de sus movimientos.

—Espero que ahora empiece lo bueno —insinuó con su poderosa voz, bajando sus manos posesivamente hacia su trasero.

La frialdad concentrada en las manos de Rhian suavizó la quemazón que comenzaba a apoderarse de la piel desnuda de Heather.

Rhian acercó sus caderas a las de ella, mostrándole la dureza creciente que luchaba contra su vaquero.

Heather lo excitaba sin remedio. Y no sabía por qué.

—Cogeré unas cucharillas —balbució Heather.

—No creo que las necesitemos —dijo con la garganta reseca.

Un escalofrío recorrió la espalda de Heather cuando las manos de él comenzaron a recorrer su cuerpo bajo la toalla.

*¿Qué tenía él que su simple presencia tanto la excitaba?*

—Esta noche dejaré que hablen mis manos... seré directo y sincero pequeña.

—Rhian... espera —suplicó acalorada cuando las frías manos de él se colocaron sobre sus senos endureciendo hasta el extremo sus pezones y sus labios caldeados se apretaron contra los suyos, ávidos por sus besos. Sintiendo que sus pulmones no eran capaces de funcionar, aclaró—: Necesito ir más despacio.

—De acuerdo. Pero voy a seguir besándote. Esta noche tu piel será mi lienzo... dibujaré escalofríos con mi lengua...

—¿Sí?

—Por supuesto. Sólo un loco dejaría de hacerlo.

—Mmm...

—¿Preparada?

Rozó su nariz con la de ella y respiró su fresco aroma a lavanda. La envolvió entre sus brazos, sujetándola a la altura de la cabeza.

—Creo que no.

—Sabes que eso es mentira, pequeña —murmuró a la altura de su boca. Después le mordió el labio inferior antes de decir—: Hace mucho que tu cuerpo se ha encendido para mí...

Sentada sobre sus muslos, unos muslos durísimos, Heather apoyó la cabeza sobre sus bíceps sólidos como piedras y permitió que las frías manos de él recorrieran todo su cuerpo desnudo arrastrándola hacia un nuevo nivel.

Percibiendo cómo la excitación de Heather crecía entre sus piernas, Rhian alzó una ceja y añadió:

—En este momento sólo sé una cosa, pequeña. Me deseas...  
*¡Cuánta razón tenía!*

Heather se derritió ante las caricias de Rhian y se dejó llevar.

—Tumbate y ábrete para mí... —le exigió—. Déjate seducir por el nuevo placer...

*¡Diosss!*

Su mano estaba helada cuando rozó la sedosa piel entre sus piernas. Asustada, Heather intentó cerrarlas, pero la fría y poderosa intensidad de aquellas manos no se lo permitió.

Utilizando los labios como arma distractora, Rhian comenzó a recorrer con su lengua las líneas del perfil de la boca de Heather. Mordió su labio inferior y lo estiró un poco.

Heather le correspondió en el beso, e incluso le rodeó el cuello con los brazos.

Necesitaba tocar aquella piel bronceada, sentir la tibieza de aquellos músculos perfectos sobre las palmas de las manos, percibir el flagrante deseo filtrarse a través de sus poros...

—Pequeña estás hirviendo —suspiró cuando sus dedos ahondaron un poco en su interior, buscando el botón oculto entre sus pliegues.

Heather sintió la presión de su mano helada entre los muslos y emitió un suspiro muy, muy, muy profundo. Se le erizó la piel.

—¿Lo sientes, pequeña? ¿Sientes cómo te enciendes para mí cada vez que estoy cerca? —le preguntó, absorbiendo su labio inferior otra vez. Su respiración era agitada.

—Sí... —musitó contrayendo las paredes del suelo pélvico.

Frío... calor... Frío... calor...

*¡Qué sensación!*

Heather estiró la mano para acariciarle la nuca otra vez y rozó la piel de su cuello con las yemas de los dedos.

*Rhian estaba tan caliente... tan... tan caliente... Todo en él era puro fuego.*

*Y sus manos... tan... tan frías...*

Atrapada en los mares abisales de la pasión, Heather percibió en la letanía de su deseo más febril, cómo él le separaba las piernas con delicadeza, reajustando la posición de su mano.

Rhian comenzó a besarle las rodillas ascendiendo poco a poco, muy poco a poco, beso a beso, hasta alcanzar su tierno sexo. Lo lamió muy suavemente, lo libó,... lo saboreó deleitándose en el tenso botón acanelado que se escondía entre sus pliegues.

—Oh... —gimió descargando la tensión acumulada en el vientre.

—El helado sabe más sabroso si se saborea sobre el cuerpo de una mujer... —musitó él entre sus muslos.

El cuerpo de Heather convulsionó excitada cuando Rhian depositó la fría, casi glacial vainilla sobre su hendidura. Al percibir cómo el helado se derretía y chorreaba a través de sus pliegues, gimió descontrolada:

—¡Ah...!

—Tranquila, pequeña... —sopló entre sus piernas—. Límitate a disfrutar.

Rhian entró muy cariñoso, ronroneando y restregando la rugosidad de su lengua por la parte interna de sus muslos, lamiendo como un gatito la vainilla derretida.

Su lengua rasposa recorrió sus pliegues de una manera extremadamente dulce... sensual... exquisita...

—Síííí —gritó acalorada cuando una nueva porción de helado fue colocada en su centro del deseo.

El frescor de la vainilla apaciguó un poco el calor que empezaba a sentir.

—Shhhh...

—¡Ohhh...! —gimoteó, cuando él se coló entre sus piernas. Su lujuriosa lengua hacía estragos en ella. Los pelillos de su barba eran alfileres contra su delicada piel recién depilada—. Mmm...

*Nunca había sentido tanto placer...*

¡NUNCA!

Calor, frío...

Frío, calor...

Excitación en su estado más puro.

El salto de temperatura al que estaba sometido su cuerpo hacía estallar todos sus sentidos. La lengua juguetona de Rhian y sus poderosas manos hacían el resto.

—Shhhh... —siseó él otra vez reduciendo momentáneamente el ritmo—. Déjate llevar.

Heather arqueó la espalda y gimió de nuevo.

—No te muevas pequeña —le ordenó. Sus palabras sonaron rudas, potentes, exigentes. Su lengua volvió a su quehacer.

Desoyendo las exigencias de Rhian, Heather volvió a gemir cuando aquella lengua juguetona le hizo perder toda su voluntad.

—No te muevas Heather —exigió nuevamente con voz firme ajustando la posición de sus llameantes ojos azules. Lamió sugerentemente la vainilla de sus labios, haciendo que el corazón se le saltara unos pulsos—: No quiero... no quiero perder ni un ápice de tu intensidad.

Sujetó sus manos y las colocó sobre su cabeza, obligándola a estirarse completamente en el sofá.

Heather se agarró enérgicamente a un cojín, controlando el volcán en erupción que crecía flagrante entre sus piernas.

Rhian absorbió, succionó, se deleitó en el exquisito sabor de su cuerpo mezclado con la dulce vainilla, transportándola a un nuevo nivel, más oscuro, más profundo, más exquisito y delirante.

—¡Ahh!

Heather arqueó la espalda, reduciendo mínimamente el espacio que separaba su sexo ardiente de los labios febriles y hambrientos de él.

*No podía más...*

¡No!

*No sabía hasta cuánto más iba a poder aguantar aquellas exquisitas y más que deliciosas torturas culinarias sobre su tierna humedad.*

—¡Quieta! —rugió él, apoyando su fría mano sobre el abdomen de Heather, reduciendo su más que descontrolado temblar.

Heather Rothscill percibió cómo una descarga eléctrica le recorría el cuerpo y le erizaba la piel cuando aquellos hipnóticos e intensos ojos azules volvieron a centrarse en su sexo.

Excitada, se mordió el labio inferior cuando él comenzó a lamer sus pliegues húmedos, degustando el helado derretido que se había colado allí dentro.

—Ahh... —Su gemido fue contenido, sutil cuando en un golpe de efecto inesperado, Rhian deslizó una mano y extendió parte del helado sobre su abdomen.

Estaba a punto de desfallecer, de alcanzar el orgasmo.

Lo sentía...

Lo sentía muy cerca.

¡TAN CERCA!

Un placer intenso, muy, muy intenso hizo que Heather volviera a convulsionar. Su cuerpo pedía más, mucho más...

—Ahh... —gimió controlando sus emociones, haciendo lo que él le había pedido a pesar de que aquellos mordiscos sobre su clítoris la estaban volviendo loca.

Nunca antes ningún hombre había conseguido arrastrarla hasta el límite del placer como hacía aquel

desvergonzado que degustaba sus jugos mezclados con fría vainilla. Ni siquiera Derek McFarland, ni Paul, ni...

—Oh... Sí... Sí... ¡Sigueeeeeeeeeee! —imploró cuando los fríos dedos de Rhian comenzaron a abrirse paso en su interior. Contrajo la pelvis cuando tras el primer dedo, Rhian introdujo el segundo, después el tercero...

—En... —carraspeó él con las pulsaciones a mil—, enciéndete para mí...

—¡Rhian! —gritó descontrolada percibiendo cómo los cuatro dedos de la mano derecha de él se ajustaban en su interior y el pulgar excitaba su clítoris aprovechando la viscosa y fría humedad de la vainilla derretida—. ¡Sííí!

Los dedos de Rhian no paraban de moverse en su interior, hacia un lado, hacia otro, hacia fuera, hacia dentro, acariciando sus paredes. Encendida como una llama, contrajo las caderas en un último estremecimiento, cuando Rhian profundizó un poco más, acelerando y decelerando sus movimientos cada poco tiempo.

Controlando la oleada de sensaciones que recorrió, como la lava de un volcán en erupción, todo su cuerpo, él mantuvo el ritmo.

Estaba completamente excitado...

Y extasiado...

Más incluso de lo que lo estaba Heather Rothscill en esos momentos.

La sangre le hervía en las venas. Su miembro, a punto de estallar, luchaba por salir del vaquero.

Adoraba a aquella bella mujer que se encendía como la candela para él.

*¡Diosss! Nadie sabía cuánto.*

Muchas mujeres habían pasado por sus manos pero ninguna había sucumbido tan febrilmente a sus encantos como aquella.

*¡Cuánto desearía tenerla entre sus piernas y penetrarla con toda su intensidad, haciendo que el cuerpo de ambos cimbreara al compás de sus embestidas profundas!*

*¡Cuánto!*

*Ni él mismo sabía cuánto.*

Ahogó su propia insatisfacción acelerando el ritmo de sus dedos, absorbiendo con sus labios primero uno, luego otro tenso botón dorado que, como diamantes, encumbraban la delirante turgencia de aquellos senos.

Mordiéndolo en pequeños y suaves bocados aquellas dos simas florecientes al tiempo que sus dedos perforaban delicadamente la hendidura allá abajo, entre sus piernas, Rhian dejó volar su imaginación.

Su propia excitación le humedeció la entrepierna cuando su pene comenzó a agitarse bajo la cremallera del pantalón, dando rienda suelta a su contención.

Rugió extasiado, con la insatisfacción ahogándole en el pecho.

—¡Rhian! —gritó Heather cuando en un providencial golpe de efecto los dedos de él ahondaron un poco más en su interior.

—Noto cómo te viene... —le susurró al oído al percibir cómo las paredes internas de ella se contraían bruscamente, absorbiendo un poco más sus dedos.

Él movió las puntas, rascando con las uñas en su interior.

—¡Oh...! —jadeó fatigada al sentir cómo el aire no le llegaba a los pulmones—. ¡Ahh...!

—Ahora, pequeña... Estás hirviendo, como un caldero. Déjate ir... Sí, eso es, pequeña... —le exigió, mientras sus dedos horadaban su ser y martirizaban exquisitamente el botón dorado entre sus piernas.

—¡Rhi... Rhian! —jadeó suplicante.

—No ahogues más tu necesidad... —Heather se estremeció de nuevo al sentir el deseo en la voz aterciopelada y varonil de Rhian—. Deja que fluya hacia afuera y disfruta.

—¡AHHHH!

—¡Sí! Eso es, pequeña... libera toda esta ansiedad acumulada. Siente cómo tus paredes se acoplan a mí, como tu piel se derrite para mí... y para ti... ¡Vamos! —exigió—. Grita. Ahora es el momento, pequeña. ¡Ahora!

—¡AHHHH!

—Grita, Heather. ¡Grita! Inúdame con tu placer y... —insistió, atrapando sus gemidos con un profundo beso, mientras el cuerpo de Heather se agitaba histérico. Arrastrándola seguidamente al orgasmo, ordenó—: ¡Déjate llevar, pequeña!

Heather se abandonó, se extasió de su propio placer y se relajó totalmente cuando su vagina y su abdomen se contrajeron dando los últimos coletazos al orgasmo más exquisito y placentero de toda su vida.

Con la respiración aún un poco acelerada y los músculos en tensión, se dejó llevar por el río de sensaciones que surcaba todo su cuerpo.

Morfeo sucumbió a sus deseos y se quedó plácidamente dormida.

Rhian la observó detenidamente durante unos minutos. Heather Rothscill era fuego incandescente y lo encendía como ninguna otra mujer lo había logrado.

—Nunca antes un helado de vainilla me había sabido tan bueno... —susurró besándole los párpados—. Dulces sueños, princesa. Te prometo que esto no ha sido nada en comparación con lo que tengo pensado para los dos...

—Mmm... —ronroneó Heather entre sueños, como si estuviera dándole réplica.

—Shhhh... pequeña. Tranquila...

—Mmm... —gimoteó cuando una oleada de excitación tardía le recorrió todo el cuerpo.

—Shhhh... Duerme...

Observó su cuerpo desnudo por última vez antes de envolverla con una manta.

—No quiero que coja una pulmonía —le dijo a Carlota.

La *Bichón Frisé* se encontraba en posición de defensa, y lo observaba con los ojos muy abiertos, meneando el rabo.

Rhian accedió al cuarto de baño, se miró en el espejo, observó el azul de sus ojos perfilado en unas profundas ojeras marrones y la sombra del nacimiento de la barba sobre el mentón. Inspiró. Después, abrió el grifo y se refrescó la cara.

El corazón todavía le latía enérgicamente y una profunda sensación de insatisfacción se dibujaba en su cuerpo cuando cinco minutos más tarde su *Harley Davidson CVO Softail Deluxe* rugió en el silencio de la noche.

—Eso no es desayunar, Jack.

—Estoy hambriento —dijo con la boca llena. Le entregó un sobre con la recaudación de la noche anterior y el estado de cuentas de *Le Bain* y añadió—: El aporte calórico del chocolate me ayudará a recuperar rápidamente la energía perdida.

—¿No comiste nada anoche?

—Lo que la mayoría entiende por comer, no —contestó engullendo un par de onzas a la vez. Colocando la mano sobre el pantalón a la altura de la entrepierna, sonrió al decir—: Mi clienta fue la única que se dedicó a comer y no precisamente una lubina al horno o un bistec.

—¡¡¡Jack!!!

—¿Qué?!

Lamió la yema de su pulgar.

—Ahórrame los detalles, por favor.

Abrió un cajón y cogió un lápiz. Acto seguido, comenzó un exhaustivo análisis del documento.

—¿Quién es ella, Rhian? —inquirió Jack una vez que sus labios repasaron el chocolate derretido de todos sus dedos.

—¿Quién es *quién*? —respondió Rhian con otra pregunta. Repasó por segunda vez el estado de cuentas de *Le Bain* y después añadió—: No sé a qué te refieres, Jack.

Jack Hoover se sentó en un sillón y comenzó a mover la pierna distraídamente, centrado en su particular saqueo a la tableta de chocolate.

—No me vengas con tonterías a estas alturas, hermanito —sonrió con acidez—. Sabes de sobra de qué estoy hablando. Hace media hora que has llegado y no precisamente de *Le Bain*. ¿Dónde has estado?

Rhian observó el reloj y comprobó que las manecillas marcaban las ocho y cuarto de la mañana.

—Lárgate de una vez, Jack. —Se masajeó los párpados, aliviando ligeramente el escozor de sus ojos. Una punzada terrible se apoderó de sus sienas.

—Necesitas dormir.

—Tengo muchos papeles que revisar antes de las diez.

—¿Rhian! —insistió, lanzándole la pelotita que acababa de fabricar con el envoltorio vacío.

—¿Qué?! —bramó cuando el papel plateado le impactó en la frente. El azul de sus ojos destilaba odio. Apretó los puños y todos sus músculos se pusieron en tensión—. ¿Qué demonios haces, Jack?!

—Llamar tu atención —soltó arrepentido. Encogiéndose de hombros, apostilló—: Simple y llanamente.

—Necesito estar sólo, Jack —anunció Rhian con los dientes apretados—. Acuéstate un rato. Tenemos que estar a las tres en *Gloss* para ultimar todos los detalles de la inauguración.

—A sus órdenes, mi capitán —dijo con sorna, cuadrándose como un grumete.

Rhian suspiró aliviado cuando vio desaparecer a Jack.

Tardó cinco minutos en concentrarse otra vez en los documentos. El dolor le martillaba con fuerza las sienas, nublándole la vista.

Rhian comprobó que *Le Bain* había cumplido con éxito las expectativas. ¡Otra vez!

¡Wow! Se habían consumido la nada despreciable cantidad de trescientas cincuenta y siete botellas de ginebra en menos de tres horas.

¡En menos de tres horas!

—¡Sí! —gritó apretando el puño en señal de victoria.

Se acercó a la ventana y observó el horizonte. El sol comenzaba a brillar, pasando del naranja



parduzco del amanecer al amarillo más deslumbrante de primeras horas de la mañana.

No había nada más en el mundo que le hiciera sentirse mejor que observar el sol.

Y a Heather.

Mmm...

Su entrepierna se endureció de nuevo, deleitándose en el recuerdo de aquel cuerpo menudo arrebolado de excitación.

Centrado en sus propios pensamientos, no se percató de la presencia de Jack hasta que éste se acercó y le tocó el hombro.

—¡Rhian!

—¿Se puede saber qué quieres ahora? —preguntó.

—Toma. —Le entregó una carpeta roja con la palabra *Felton* manuscrita en letras azules y añadió—: Yo también sé hacer bien mi trabajo.

—¿Qué se supone que es esto, Jack?

—Lo mínimo que tendrías que hacer es abrir las solapas de la carpeta.

—Luego —refunfuñó, centrándose en cómo los rayos de sol matizaban los colores verdosos del jardín.

—Unos cincuenta y cinco años, rubia platino, teñida, eso sí —matizó—, con el pecho operado... intuyo que en los labios se ha hecho algo también...

Rhian sonrió, dulcificando la expresión de su cara.

—Hacía mucho tiempo que no tenía en mis manos un *dossier* tan completo como este, Jack —aseguró mientras paseaba la vista por las fotografías de una más que impresionante mujer rubia.

—Soy bueno en mi trabajo.

—¡Ja!

Jack se sintió ofendido.

—Internet es la ventana que nos abre al mundo.

—Me hago a la idea.

—Rhian, puede que haya algo que no se ajuste a la realidad, pero eso tendrás que averiguarlo tú mismo.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Para cuándo es el servicio, Jack?

—Para dentro de tres horas.

Jack se miró las manos con incredulidad y sonrió divertido.

—¡Estás loco!

—Mira Rhian, sólo te pido una cosa —exigió Jack exasperado—. No dejes escapar esta oportunidad. ¿No te has dado cuenta de quién es?

Rhian se encogió de hombros.

—Dímelo tú.

—Nada más y nada menos que la senadora Felton, hermanito —sonrió dándole unas palmaditas en el hombro—. Su marido quiere obsequiarla con un regalito especial por su reelección.

—¡Estás loco, Jack! ¡De remate! —apostilló.

—Tienes oro en tus manos, hermanito. —Jack paseó distraídamente por la habitación, mientras Rhian repasaba detenidamente toda la información—. ¿Qué me dices?

—Sigo pensando que no estás bien de la cabeza.

—Lo sé, Rhian, lo sé. Pero, si lo piensas bien... ejem —carraspeó—. En fin, no me negarás que he tenido un gran maestro.

Rhian apretó la mandíbula y levantó una ceja en señal de protesta.

—¡No te pases, Jack!

—No pretendía —contestó con una sonrisa en los labios—. Aunque no me negarás que esta es una oportunidad que no se presenta todos los días.

—En eso, mal que me pese, tienes razón. Estoy nervioso sólo de pensar cómo será tener a una senadora entre mis piernas.

—No deja de ser una mujer como cualquier otra, con las mismas necesidades. Límitate a complacerla y todo irá bien.

—Lo de siempre.

—Exacto, salvo por el hecho de que si queda satisfecha nos puede abrir mercado a un público mucho más selecto.

—¿Más?

—No lo dudes, Rhian. La senadora Felton tiene mucha influencia en todos los círculos de la sociedad.

—Y... ¿por qué yo?

—Eres el mejor, Rhian —afirmó dibujando una espectacular sonrisa en sus labios—. Me voy.

—¿A dónde?

—Tengo un servicio dentro de una hora —dijo sentándose en una de las sillas que había junto a la mesa.

—Si es así, vas a llegar tarde —comentó Rhian observando la esfera de su reloj.

—Lo tengo todo controlado, Rhian —contestó Jack—. ¡Parece mentira que no me conozcas! Te preocupas demasiado.

—¡Claro que lo hago, Jack! ¡Cómo no voy a hacerlo! Es mi obligación.

—Quizás llevas a tu espalda demasiadas obligaciones. ¿No has barajado la posibilidad de buscar nuevos apoyos?

—¡No digas tonterías! —bufó. Cerró los ojos y se masajeó las sienes. Tenía un tremendísimo dolor de cabeza—. Parece mentira que no me conozcas, Jack.

—¡Ja! Ahora eres tú el que me lo echas en cara.

—Déjalo estar, Jack. No tengo ganas de tonterías en este momento. Me duele muchísimo la cabeza.

Jack Hoover apretó los labios en señal de preocupación.

—Llegará el día en el que tu cuerpo va a decir basta y no te va a quedar más remedio que parar.

—Observó detenidamente a Rhian debatiéndose con el dolor—. *Le Bain*, ahora *Gloss*, las clientas... ¡Uff! ¿No te das cuenta que no podemos seguir con este ritmo?

—No seas exagerado, Jack —resopló mientras se pasaba la mano por la cara despejando el cansancio acumulado por la falta de sueño—. ¡Tenemos que aprovechar el momento y jugar bien nuestras cartas!

Jack observó a Rhian con detenimiento. Sus ojos azules se mostraban apagados. Esa combinación de profundidad, falta de miedo, inocencia, sinceridad y juego que hacían de él una persona tremendamente magnética para las mujeres, carecía en esos momentos de vida propia.

—Se puede estar jugando toda la vida si a uno le apetece, Rhian. Pero jugar es lo contrario de obsesionarse, de sufrir, de estar necesitado de muchas otras cosas, de sentirse mal...

—Vivimos en una constante y más que absurda competición, hermanito.

—¿Y para qué?

—Cuando una persona quiere jugar bien las cartas que la vida le pone en su camino, ha de darle exactamente igual el resultado.

—Hasta cierto punto, Rhian. Tú juegas con más de una baraja a la vez.

—Te equivocas, Jack. Yo vivo sólo y exclusivamente para el juego de la seducción, porque me divierto haciéndolo.

—Permíteme que lo dude, Rhian. *Le Bain* no te deja vivir. Y... y a partir de esta noche, *Gloss* te consumirá el poco tiempo libre del que dispones.

—Jack, necesito que comprendas que lo que yo quiero es divertirme con lo que hago, disfrutar de los placeres que me da la vida, que me da *mi vida*. —Lo miró fijamente durante unos segundos, profundizando en sus ojos—. Sí; esa que he forjado con tanto esfuerzo y sudor y de la que tú afortunadamente, participas desde hace años. ¿Entiendes?

*¡Claro que lo entendía!*

*¿Cómo no iba a hacerlo si precisamente para él, el juego se había convertido también en su modo de vida?*

—¿Entiendes? —preguntó Rhian por segunda vez.

—Emm... Por supuesto.

—Muy bien —suspiró aliviado—. Te aconsejo que te des prisa si no quieres llegar tarde.

—¡Sí!

Se levantó como un resorte del sillón.

—Ya sabes que si de verdad quieres jugar esta mano de cartas, tienes que ser siempre muy puntual. Las mujeres se enfrían si las haces esperar.

—La señora Stockton no es precisamente una mujer fría...

—Entonces... —sonrió, mostrando las perlas blancas de sus dientes—, la diversión la tienes asegurada.

Jack puso los ojos en blanco y con una pícara e infantil sonrisa en los labios, dijo:

—Nos vemos a las diez.

—Se puntual.

—Suerte con la senadora Felton. Recuerda que cada interacción con una mujer es como una pequeña obra de arte, Rhian.

—Tendré que sacar entonces punta al lápiz... —rio.

—Si mis informaciones son ciertas, la senadora Felton hará que saques punta a *tu* lápiz más de una vez... —se carcajeó.

—Gracias por avisar —contestó Rhian exaltado antes de que Jack cerrara la puerta.

Siete unidades móviles y varias decenas de periodistas habían hecho guardia durante toda la tarde esperando la llegada de los famosos.

Un par de reporteros gráficos comenzaron a disparar sus cámaras cuando vieron aparecer a Rhian Hoover conduciendo su *Bugatti Veyron Grand Sport Vitesse Rembrandt*<sup>[6]</sup>.

Cegado por la intensidad lumínica de los *flashes*, pisó a fondo el acelerador en un fútil intento por ocultarse de los periodistas y accedió al inmueble por la puerta de atrás, sorteando cientos de cajas de bebida.

Rhian observó todo el esfuerzo, toda la inversión, toda aquella ilusión depositada en cada rincón, y los nervios se apoderaron momentáneamente de él.

El corazón le martilló en el pecho y se le formó un nudo en el estómago.

El mismo que minutos antes había conseguido olvidar gracias al despliegue de energía del que había tenido que echar mano para dilatar las sensibles y estrechas paredes del trasero de la senadora Felton hasta conseguir que se acoplaran a una más que maravillosa, intensa, posesiva y demoledora virilidad que había comenzado a crecer enérgicamente entre sus piernas desde que, los carnosos y sensuales labios de aquella gata en celo, besaran la punta de su hombría.

Rhian sonrió satisfecho al recordar cómo había gritado la senadora Felton cuando empaló su henchida masculinidad entre sus piernas y comenzó a cimbraer en su interior hasta inundar la profundidad de su cueva.

—Señor Hoover —le llamó alguien, distrayéndolo de sus propios pensamientos—. ¡Señor Hoover! ¡Señor Hoover!

Rhian se masajeó la frente, haciendo círculos sobre sus cejas cuando vio aparecer al arquitecto.

—¡Señor Bruckner! —lo saludó y le extendió la mano. Ambos midieron sus fuerzas con el apretón—. ¿Qué hace aquí?

—No podía abandonarle en un momento como este, señor Hoover —admitió—. Tengo que reconocer que no creía en usted, pero ahora... ¡Fíjese! Esto es increíble.

—He de reconocer que tuve mis miedos, señor Bruckner. Cuando adquirí este inmueble y asumí la dirección y la gestión de esta sala, sabía que la apuesta era fuerte.

—Desarrollar todas las posibilidades técnicas del local y actualizar su capacidad no ha sido fácil.

—Ya le dije que no hay nada que me asuste, señor Bruckner. Ni siquiera la falta de confianza que usted demostró desde el principio.

Aquello había sido un dardo envenenado en toda regla.

—Lo sé —reconoció el arquitecto con gesto serio—. Le pido disculpas por no haber creído en usted desde el principio. Ahora que todo ha terminado veo las cosas desde otro punto de vista.

—Me alegro que así sea. ¿Le apetece tomar algo? —inquirió, sirviéndose un agua con gas.

—Mmm... ¿Por qué no? Un *whisky* —sonrió, disimulando su malestar—. Con agua y mucho hielo, por favor. Un día es un día.

—*Gloss* es un local que podrá albergar espectáculos de gran formato —dijo Rhian—. Sin su esfuerzo, señor Bruckner, no habríamos podido inaugurar a tiempo. Aquí tiene.

—Agg... —carraspeó el arquitecto cuando la galena recorrió su garganta—. ¡Espectacular!

Alzó el vaso y lo miró al trasluz.

—¿Escocés?

—Así es.

—Lo suponía.

—Reconozco que me asusté cuando me enteré que habían aparecido algunos problemas.

—No ha sido fácil convencer a los de la *Administración*. —Bebió un trago largo de *whisky* antes de añadir—: Afortunadamente, me debían algunos favores.

—Le agradezco su esfuerzo. Sin usted todo esto no hubiera sido posible.

Rhian Hoover sonrió y apuró su agua con gas.

—Señor Bruckner, si me disculpa... —comenzó a decir tratando de componer una disculpa convincente que le permitiera deshacerse de una conversación carente de sentido—. Tengo que atender unos asuntos...

—¡Por supuesto! —le interrumpió—. ¡No se preocupe por mí!

—Pff... —resopló Rhian una vez que se hubo alejado del señor Bruckner, deshinchando el pecho como un globo.

Rhian frunció el ceño y el azul de sus ojos adquirió una tonalidad más oscura cuando un grupo de espectaculares bailarinas con los senos al descubierto observaron su reacción y comenzaron a cuchichear.

Su sexo comenzó a palpar dentro de su pantalón cuando la más joven de todas ellas comenzó a pellizcarse los pezones, obligándolos a crecer.

Eran las nueve y media de la noche cuando por fin, tras una incesante llovizna que había mojado la gran alfombra roja que se había desplegado ante la puerta de *Gloss*, los invitados comenzaron a llegar.

Varios reporteros gráficos llevaban horas haciendo guardia, nutriéndose de información, entrevistando a los curiosos, buscando el hilo conductor para todos los vídeos que, sin lugar a dudas, compondrían la escaleta de muchos programas de televisión del día siguiente. Nunca antes la inauguración de un nuevo local ni la historia de un antiguo teatro había adquirido tanto protagonismo como la de *Gloss*.

—¡Heather! ¿Dónde estás? —inquirió Aubrey a través del auricular, haciendo cola para entrar al local.

—Estoy cerrando la puerta del coche.

—¡No te puedes imaginar cómo está esto! La cola da dos vueltas a la manzana.

—Dame un par de minutos.

—¡Date prisa, por favor!

Heather correteó bajo una sutil y casi imperceptible llovizna, controlando la posición de sus altísimos tacones. Por nada del mundo le apetecía tropezar y acabar con las rodillas magulladas.

—¡Por fin! —protestó Aubrey mirando la esfera de su reloj. Eran las diez y treinta y siete minutos de la noche. Tal y como Heather le había prometido, había tardado tan solo dos minutos. Aun así, exclamó acaloradamente—: ¡Llevo más de tres cuartos de hora aquí plantada como un pasmarote! ¡Fíjate qué pelos se me han puesto con esta humedad!

—Lo siento, Aubrey —se disculpó, arrepentida de haber aceptado la invitación de Aubrey—. El tráfico está imposible esta noche.

—Deberíamos haber venido juntas —protestó—. ¡Ah! Se me va a rizar el pelo.

—¡Nunca imaginé que pudiera haber tanta gente aquí concentrada! —exclamó Heather sin hacer caso al comentario de Aubrey. Respiraba con dificultad. El corazón le saltaba en el pecho, como el de un caballo desbocado—. ¡Wow!

*Gloss* todavía guardaba la estética barroca y la majestuosidad del teatro que había albergado durante décadas.

Durante toda la tarde se habían probado todos los focos y todas las pistas de la mesa de mezcla. Se habían hecho funcionar una y otra vez todos los micrófonos. Las mesas, la mecánica de los escenarios móviles y su tramoya, e incluso la cristalería, habían sido repasadas.

—¡Esto es lo más! —vociferó Aubrey cuando el portero las dejó entrar, haciéndose notar por encima

de la música—. ¿Recuerdas la última vez que estuvimos aquí?

—Éramos unas niñas cuando vinimos con el colegio a ver *Alicia en el País de las Maravillas*.

—La profesora Rusk se puso histérica cuando la reina de Corazones le apuntó con su lanza —rio bailoteando cuando la música del *DJ* cambió a un ritmo más profundo y ruidoso—. Todavía tengo pesadillas cada vez que recuerdo cómo paladeaba todas y cada una de las palabras.

—¡Ayyyy! ¡Aubrey, por favooooor...! —le regañó Heather recordando el sonido estridente y sibilante tan característico de la profesora Rusk—. Te lo suplico. ¡No me lo recuerdes!

Ambas rieron y se abrieron camino entre la multitud. Habían retirado todas las butacas de la platea y, tras una poderosísima labor de ingeniería y diseño, el espacio albergaba la pista central.

El *DJ* ocupaba el espacio donde antes había estado el escenario bajo un millar de focos de colores y protegido espacialmente por el mostrador blanco que formaba la barra principal.

—¡¡¡Síiiiiiiii...!!! —gritó Aubrey a pulmón cuando el *DJ* colocó el disco de Cher y la canción *Believe* inundó la sala. Comenzó a canturrear, alzando los brazos, como si estuviera poseída por el mismísimo demonio:

*No matter how hard I try  
You keep pushing me aside  
And I can't break through  
There's no talking to you  
It's so sad that you're leaving  
It takes time to believe it  
But after all said and done  
You're gonna be the lonely one, ooh*

Heather imitó a Aubrey cuando llegó el estribillo y simulando un micrófono, apretó el puño y lo colocó a la altura de los labios.

—¡Wow!

*Do you believe in love after love?  
I can feel something inside me say  
I really don't think you're strong enough, no  
Do you believe in love after love?  
I can feel something inside me say  
I really don't think you're strong enough, no*

—¿Qué van a tomar? —les preguntó el camarero cuando la canción alcanzó un tono más suave.

—Dos *Gyn Tonic*, por favor.

—¿Has visto eso? —inquirió Aubrey haciendo un gesto con la cabeza cuando el camarero se dio la vuelta para coger los vasos y les mostró la musculada espalda desnuda—. ¡Ese culito respingón me vuelve loca!

—¡Aubrey!

—¡¿Qué?! —gritó, abriendo los ojos de par en par.

—¡Eres incorregible!

—Preciosa, no creo que le hayan puesto ahí sólo por ser camarero —vociferó, haciéndose escuchar por encima de la música—. Si de mí dependiera...

Se mordió el labio inferior.

—Si de ti dependiera, hace rato que te lo habrías tirado —se mofó.

—Eso que no te quepa la menor duda, Heather. Ya sabes lo necesitada que estoy... —se carcajeó—. Por cierto, ¿se puede saber qué te has hecho en la cara?

—¿Por qué?

Bebió un trago de su *Gyn Tonic* y continuó moviéndose al son de la música, observando cómo los

ojos de Aubrey se derretían por el camarero.

—¡Luces radiante! —exclamó Aubrey. Envolvió eróticamente con los labios el borde del plástico y miró sensualmente al camarero antes de decir—: Algo me dice que ayer hiciste algo que no me has contado...

—¿Qué?!

*Do you believe in life after love?  
I can feel something inside me say  
I really don't think you're strong enough, no*

—¡Ese cutis no se consigue sólo durmiendo!!! —vociferó. Luego saltó, poseída por la canción—. ¡Ahhhhhhhh!

*Do you believe in life after love?  
I can feel something inside me say  
I really don't think you're strong enough, no*

—¡Estás loca, Aubrey!

—¡Sí! ¡Loca de remate! ¿Quién te lo iba a decir, verdad? —saltó y gritó desahogada, completamente entregada a la canción—. ¡AHHHHHHH!

—¡AHHHHHHH...! —le copió Heather, liberando todas sus preocupaciones.

—¡No hay nada grandioso sin... sin... SIN PASIÓN, Heather! Gran parte de mi éxito se debe a mi capacidad para convencerme de que puedo hacer todo lo que me proponga.

—Y por lo que veo... ahora te has propuesto volverme loca a mí también —dijo encaminándose a un reservado.

—Sólo si es preciso. ¿Lo es? ¿Qué te pasa? —le preguntó Aubrey, advirtiéndole cómo la tensión se había apoderado de su rostro en un momento. Unas arrugas profundas, casi como surcos, se le habían formado en el entrecejo—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —dijo sintiendo cómo sus energías se derrumbaban hasta alcanzar el subsuelo cuando vio a Derek aparecer del brazo de una espectacular y provocativa mujer rubia platino. Se le dispararon los celos—. ¡Estupendamente!

Todo su cuerpo comenzó a destilar odio. Esa clase de odio que hace que una persona sea incapaz de soportarse a sí misma.

*¿Quién demonios era aquella muñeca hinchable?*

Los quince metros de altura y los cinco anfiteatros que volaban sobre el espacio central, hacían que *Gloss* fuera la discoteca más grande de toda la ciudad.

*¿Por qué se había tenido que tropezar precisamente con él?*

*¡Maldita sea! ¿Por qué?*

*¡¡¿POR QUÉ?!!*

Los celos le bombardearon a toda velocidad, presionándole el pecho.

—Vámonos —sugirió Aubrey al ver a Heather paralizada, alzando la voz por encima de la música—. ¡Vamos a bailar!

Heather bebió un sorbo de *Gyn Tonic*, lo justo para humedecerse los labios y se dejó arrastrar hacia el centro de la pista donde la mayoría brincaba al ritmo de la música.

A pesar del inconmensurable esfuerzo que hizo Aubrey durante más de una hora por animarla, finalmente, a la una y media de la madrugada, Heather abandonó el local, sabiendo que Aubrey terminaría la noche entre los brazos del camarero al que no dejaba de sondear.

—No puedo hacer otra cosa más que felicitarle, señor Hoover. Todo el mundo lleva semanas hablando de usted.

—No será para tanto.

Rhian bebió un sorbo de agua con gas y las burbujas le hicieron cosquillas en la garganta.

—¡Créame! Se lo aseguro. Nadie en su sano juicio debería perderse algo así.

—Pasarán años hasta que vuelva a haber una fiesta de este calibre —añadió la sonriente señora Glissom.

—Espero que no, querida —indicó el señor Glissom—. Supongo que la idea del señor Hoover es que esto pueda hacerse realidad todos los días. ¿Me equivoco?

—En absoluto, señor. Cuando alguien se embarca en un negocio tan complicado como el de dirigir un local de esta envergadura, lo que pretende es sacarle la mayor rentabilidad.

—Le envidio, señor Hoover —apuntó la señora Glissom—. Ojalá mi marido hubiera tenido la picardía que tiene usted para los negocios. Murray ha preferido ser siempre un ratoncillo de despacho, ¿verdad, querido?

—He de reconocer que hasta la fecha no me ha ido mal, ¿no?

Rhian percibió cómo ella hacía una sutil caída de pestañas. Apoyando ligeramente el hombro sobre la pared, afirmó:

—Señora, cada persona es un mundo.

—¡Cierto! Y ahora que lo menciona —tosió el señor Glissom, aclarándose la garganta—, me gustaría saber si mi mujer podría acceder al suyo. Usted ya me entiende...

Rhian Hoover sujetó el vaso de agua con las dos manos, haciendo que el frío del hielo se colara a través de sus palmas, y alzó una ceja. Cruzando la mirada con la de la señora Glissom, contestó:

—No ciertamente.

La respuesta no tardó en llegar.

—Ejem... —carraspeó el señor Glissom, aclarándose la garganta—. Seguro que tiene un rinconcito privado por ahí escondido donde mi mujer pueda hacer realidad sus fantasías...

La falta de luz en el reservado no impidió a Rhian observar cómo el rubor se apoderaba de los mofletudos carrillos del señor Glissom.

—¡Ah! Era eso...

La señora Glissom se humedeció los labios y movió la cabeza afirmativamente.

—¡Por supuesto! Ya sabe que mi mujer siente debilidad por usted... —Esbozó una sonrisa sutil y apuró su copa de un trago—. Y como supondrá... a Irene no le puedo negar todo lo que me pida... aunque crea que tan solo soy un ratoncillo de despacho.

—Hace usted bien. Todas las personas tenemos unas necesidades particulares.

—Espero que pueda entender que...

—Sabe usted de sobra que nunca cuestiono los gustos de nadie —le interrumpió Rhian con seriedad—. En una pareja tanto el hombre como la mujer otorga a la relación aquello que necesita o lo que piensa que necesita el otro.

—Así es —se relamió ella.

—Intuyo que esta noche no es el momento más apropiado, señor Hoover, pero...

—Desde que nacemos nos configuran en un entramado complejo y rico de necesidades... Murray —gimoteó Irene Glissom—, ya sabes cómo me pongo si no consigo aliviarlas...

El señor Glissom se secó el sudor de la frente con el pañuelo antes de decir:



—Le agradecería mucho que pudiera hacer una excepción... Sólo por esta vez.

—Entiendo —admitió Rhian con seriedad—. Ya sabe que por mí no hay problema siempre y cuando pueda garantizar el pago de mis servicios.

—Te lo dije, Murray —decretó la señora Glissom con felicidad. Una sonrisa infantil se le dibujó en los labios—. Tenía la certeza de que el señor Hoover no nos iba a fallar.

—¿Entonces? ¿No le import...?

Murray Glissom parecía impaciente.

—Ya sabe las condiciones —le interrumpió Rhian cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro. Luego alzó una ceja, esperando una respuesta rápida.

—Perfectamente —aseguró—. Mi mujer lleva días reclamando sus servicios. No podía dejar nada a la improvisación, así que hace unos minutos me aventuré y le transferí el dinero. Intuyo que en unos momentos llegará a su móvil el aviso de la transferencia, señor Hoover.

—¡Sí! —palmoteó ella como si acabara de recibir el regalo de sus sueños.

Rhian bebió un sorbo de agua con gas y se aclaró la garganta.

—Si es tan amable, le ruego que me acompañe —sugirió ofreciéndole gentilmente el brazo cuando el teléfono comenzó a moverse con su vibración característica dentro del bolsillo delantero de su pantalón—. Señor Glissom, disfrute de la velada...

—Mi obligación como buen esposo que soy es pedirle que cuide bien de Irene —exigió, despidiéndose de su mujer con un profundo beso en los labios.

—Le garantizo que estará en buenas manos.

—No lo dudo.

—Señora Glissom, ¿se siente preparada? —susurró Rhian con su característico y sensual tono de voz.

La señora Glissom le apretó el antebrazo y le acarició el hombro con la barbilla. Una ligera capa de maquillaje se quedó impregnada sobre la manga del traje de Rhian.

Murray Glissom observó cómo Rhian Hoover caminaba junto a su mujer. Una oleada de excitación le recorrió el cuerpo entero cuando los vio desaparecer por un pasillo en penumbra.

—¿Nerviosa, señora Glissom? —inquirió al observar cómo ella apretaba su antebrazo.

—Excitada, más bien —indicó cuando accedieron al despacho privado de Rhian, una estancia sin vida, limpia, pulcra, aséptica como un quirófano, decorada completamente en color blanco y con las estanterías aún vacías.

—No lo dudo... —susurró Rhian pulsando el ON del mando a distancia del hilo musical. La cadencia de la voz de *Michael Bublé* y su canción *Feeling Good* los envolvió, creando un nivel más emocional, profundo e íntimo.

—Mmm... Piensa usted en todos los detalles.

La señora Glissom se sentó sobre la mesa y cruzó las piernas.

—La música estimulará sus sentidos —insinuó, separándole las rodillas.

Irene Glissom le bajó la cremallera, le desabrochó el cinturón, luego el botón, y dejó que el pantalón de Rhian cayera al suelo.

—Rhian, ¿verdad? —susurró con suavidad, modulando la voz en una pregunta—. ¿Puedo llamarle Rhian?

Él movió la cabeza afirmativamente mientras desabrochaba los botones de su camisa.

—Acérquese un poco más. He deseado cada uno de estos músculos desde hace mucho tiempo —gimió cuando Rhian le separó otra vez las piernas—. Estos tatuajes me vuelven loca.

—Se está usted volviendo cada día más exigente —afirmó Rhian. Se mordió el labio inferior desplegando su poder de seducción.

La señora Glissom paseó sus largas uñas de porcelana por cada uno de los pliegues de su cuerpo,

recorriendo el perfil de tinta de cada uno de sus tatuajes.

—Tuvo que dolerle mucho... —murmuró cuando alcanzó el minúsculo *piercing* dorado que perforaba su pezón izquierdo.

Arqueó una ceja.

—Un poco —susurró con voz modulada.

—Adoro la fuerza de su voz, Rhian. —Suspiró, percibiendo cómo la excitación le ahogaba en la garganta—. Hace que todo mi cuerpo vibre de excitación.

—Mmm...

Su risa sin aliento se convirtió en gemido cuando él metió la cara en la curva de su cuello y le mordió el hombro.

—Es tremendamente sexy... y tentador. ¿Cómo se le ocurrió ponerse algo así?

—Me recuerda lo dolorosa que puede ser la vida a veces.

—Señor Hoover, es usted un hombre muy misterioso.

—Albert Einstein dijo una vez que «*el misterio es la cosa más bonita que podemos experimentar. Es la fuente de todo arte y ciencia verdaderos*».

—Sabias palabras. Su cuerpo es puro arte... —Paseó la lengua por sus labios y le acarició el hombro, perfilando las líneas de sus tatuajes—. Sin embargo, creo que... si no me equivoco... mmm... no estamos aquí para charlar.

—Efectivamente, señora Glissom. ¿Qué le apetece hacer?

—Umm... Es la primera vez que tengo las cosas claras con usted.

Le acarició el pómulo con los nudillos y después, bajó los dedos hasta sus labios.

—No me sorprende —contestó Rhian permitiendo que uno de sus dedos accediera al interior de su boca. Una vez hidratado con su propia saliva, añadió sonriente—: Usted es una mujer que conoce todos mis trucos.

—Seguro que guarda más de uno en la recámara, señor Hoover. Túmbese sobre la mesa, por favor —le exigió, relamiendo las palabras—. Quiero disfrutar de ese caramelito que tiene entre las piernas.

¿Así? ¿Sin preámbulos?

Rhian sintió el estómago revuelto y cómo se le formaba una arcada en la garganta.

—¿Está segura?

—Eso es lo que me pide mi mente y mi cuerpo en este momento. Luego ya se verá.

—Sabia decisión —se atrevió a decir sabiendo que aquello iba a suponer un gran esfuerzo de concentración, algo para lo que, precisamente esa noche, no se sentía preparado—. Sus deseos son órdenes para mí.

—El dinero de mi marido hace el resto, ¿verdad?

Irene Glissom arqueó una ceja y se humedeció los labios.

—He de reconocer que ayuda —aseguró él apoyándose en la mesa.

—Túmbese por favor —solicitó acariciándole el pecho. Sus uñas postizas jugaron con el *piercing* de su pezón. Agarrando con las dos manos la base de su nada despreciable semierección, añadió—: Hace falta mucho trabajo para levantar esta cosita que tiene usted aquí.

Rhian hizo lo que le pedía y cerró los ojos. Se apoyó en los codos manteniendo la espalda en tensión, con el fin de controlar la corriente de excitación que bullía entre sus piernas.

La señora Glissom acercó sus labios al miembro enhiesto de él y besó la punta con mucha suavidad.

Unos segundos después Rhian se sintió completamente relajado cuando la lengua de ella descendió con dulzura por el tronco y se centró en la base de su pene haciendo que su virilidad se prolongara más, más... mucho más.

—Es usted muy exquisito, señor Hoover —susurró besándole el glande.

Rhian gruñó y cerró los ojos extasiado.

La imagen de Heather se coló de repente en sus pensamientos y volvió a gruñir. No podía permitir que el recuerdo de aquella hermosa mujer le desconcentrara.

—Veo que está disfrutando —admitió excitada, libando cada una de las gotitas blanquecinas que comenzaban a brotar en su glande. Succionando toda su longitud, preguntó al cabo de unos minutos—: ¿Le gusta así?

Rhian aprovechó su carcajada para hacerla rodar por la mesa y aprisionarla bajo su cuerpo. Su autocontrol comenzaba a fallar. Colocándose sobre ella, la empaló con su más que exuberante erección, sintiendo cómo los pequeños pliegues hinchados de ella se abrían como los pétalos de una flor. Rápidamente, su hendidura se acopló a su más que poderosa y vibrante excitación.

La señora Glissom tembló cuando Rhian profundizó lenta y cadenciosamente. También jadeó cuando sus dedos apretaron un pezón por encima del encaje del sujetador.

—Síiiiiii... —gimió descontrolada.

Rhian comenzó una sucesión de embestidas certeras y profundas cuando ella apretó las caderas en torno a las suyas exigiendo más... más... mucho más...

Un, dos, tres...

*Contrólate Rhian* —le exigió su conciencia.

*¡Contrólate!*

Apretó los dientes y volvió a empujar, profundizando otra vez.

La señora Glissom gritó extasiada. Él gruñó y aceleró el ritmo hasta alcanzar su propia satisfacción.

Viéndose como el demonio encarnado, se apuntaló con las manos y salió completamente de ella.

La sangre bombardeaba a toda velocidad en su pene derramando el elixir de su propia excitación.

Irene Glissom paseó la lengua por su abdomen y se centró en cada uno de los pliegues tatuados entre los que se habían extendido algunas gotas. Envolvió con saliva el hueco, profundo y perfecto de su ombligo y masajeó la base de su miembro intentando exprimirlo más, más... un poco más...

Una oleada de excitación, algo más intensa que la anterior, obligó a Rhian a contraer la pelvis. Se le erizó la piel de los testículos. Un nuevo torrente blanquecino comenzó a brotar como una fuente cuando ella comenzó a jugar con su dardo y sus dientes mordisquearon la hendidura de su glande.

—Arggg... —gruñó, intentando soportar las asoladoras embestidas bucales de la señora Glissom.

Rhian intentó pensar en algo excitante, en algo que le permitiera prolongar unos minutos más la dureza de su erección. La mañana había sido complicada. La tarde, difícil, muy difícil... La senadora Felton no se lo había puesto fácil. ¡En absoluto! Y la noche... el final de la noche podría haber sido la más grandiosa, excitante y apasionante de las torturas, si aquellos labios fueran los de Heather Rothscill y no los de la señora Glissom.

*¡Cuánto daría por tener a Heather entre sus piernas!*

*¡Cuánto!*

Rhian percibió como su hombría se prolongaba aún más, un poco más, y golpeaba la glotis de su cliente, cuando la imagen de Heather Rothscill se coló entre sus pensamientos otra vez.

—Le envidio, señor Hoover —susurró alguien entre las sombras—. Usted consigue que mi mujer haga cosas impensables para mí.

—¿Qué haces aquí, Murray? —inquirió la señora Glissom ruborizada manteniendo con su mano derecha la poderosa erección de Rhian mientras con la otra se limpiaba los restos de su blanco elixir.

—No podía abandonarte en un momento como este.

—El *voyerismo* no está incluido en el precio, señor Glissom —gruñó Rhian con la cara desencajada, obligando a Irene a apartar la mano de su miembro. Rodó por la mesa y dirigiéndose hacia un rincón donde la luz suave disimulaba su desnudez, cogió un pañuelo de papel y limpió los restos de semen esparcidos por su vientre.

—Lo sé. Lo sé —se disculpó—. Ese tipo de prácticas tiene un precio más elevado.

—Así es —masculló colocándose sus *Calvin Klein*.

Rhian caminó con dificultad, sintiendo cómo el roce del algodón le arañaba la debilitada piel entre sus piernas.

—¡Murray, eres odioso! —bufó la señora Glissom ajustándose los tirantes del sujetador—. ¡Cómo has podido!

Viendo la desilusión en el rostro de su mujer, Murray Glissom añadió:

—Me ha podido la curiosidad, querida. —Dirigiéndose a Rhian, añadió—: Le pido disculpas, señor Hoover. Debería haber esperado fuera. Le abonaré la diferencia, si es preciso.

—¡Vaya! —dijo sorprendido, apretando los dientes.

Todo su cuerpo se puso en tensión, aunque aquella tensión, esta vez no era producto de la enfermiza excitación sexual, sino producto de la vergüenza.

—Señor Hoover, necesitaba ver... —Murray Glissom tragó saliva y se secó el sudor de la frente, buscando las palabras exactas—. Necesitaba ver, al menos una vez, cómo se maneja mi mujer con usted.

—Como puede ver, ya estábamos terminando —afirmó con seriedad.

—Nooo... —se quejó la señora Glissom arrugando los labios.

—Es usted un instrumento de placer muy valioso para mi mujer, señor Hoover.

—Soy consciente de ello —afirmó abrochándose los botones de la camisa.

—No quisiera que por esta estupidez... Deseo que Irene pueda disfrutar de sus servicios próximamente. ¿Lo entiende, señor Hoover?

—Lo tendré en cuenta.

—Siento que mi esposa está en buenas manos cuando está con usted. De lo contrario no permitiría...

—Lo estoy, querido. —Habló con muchísima displicencia. Le acarició la cara con los nudillos. Puso los ojos en blanco y reafirmando, repitió—: Lo estoy. Te ruego que seas paciente la próxima vez, Murray.

—Lo intentaré.

Rhian compuso una forzada sonrisa en los labios.

—Vamos, querida. Se hace tarde —dijo el señor Glissom abrochándole la cremallera del vestido—. Seguro que el señor Hoover tiene mucho que hacer. Es muy tarde...

—Mmm... —protestó.

—Hasta pronto —se despidió Rhian.

—Hasta muy pronto —contestó la señora Glissom echando la vista hacia atrás. Con la lujuria dibujada en sus ojos, relamió sus propios pensamientos antes de añadir—: Espero que no pase mucho tiempo.

—Buenos días, princesa —saludó Rhian sugerentemente cuando Heather abrió la puerta del apartamento.

Estaba preciosa, con el pelo revuelto y la cara sonrosada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó secamente cruzando los brazos a la altura del pecho.

Se colocó frente a él, impidiéndole mirar nada que no fuera ella. Carlota se revolvió agitada y saltó un par de veces sobre el pie derecho de Rhian, buscando la caricia que no terminaba de llegar.

—¡Vaya! —dijo completamente anonadado. Alzó la ceja y dio un paso hacia adelante, reduciendo el espacio entre ambos—. ¿Se puede saber qué te pasa hoy? Un poco de orientación no me vendría mal.

—Últimamente estoy descontrolada...

—Eso te pasa por no hacerme caso.

Poco a poco, la cara de Heather fue cambiando de expresión: angustia, desconcierto... deseo... puro deseo.

—Me preguntaba... —A media frase se quedó en silencio. Alzó otra vez la ceja con sugerencia y le acarició el hombro, retirándole el tirante. Con la voz áspera, preguntó—: ¿Me invitas a pasar?

¡Vamos, Heather! —le gritó el demonio de cola larga y orejas puntiagudas que saltaba sobre su hombro.

*¡Déjalo pasar! ¡YA!*

*Piensa lo que vas a hacer* —sugirió el angelito en el hombro contrario, cruzando las manos a la altura de la barbilla. Y a modo de súplica, añadió—: *¡No lo dejes pasar!*

Heather luchó contra sus propios pensamientos durante un momento, unos segundos valiosos que a Rhian se le hicieron eternos.

—El momento se pone divertido, ¿no crees? —sugirió, aliviándola de su contacto.

Ella sonrió. De alguna manera, encontraba graciosa la situación.

*Tic, tac...*

*Tic, tac...*

La mente de Heather se movió con la velocidad de un torbellino cuando él la miró con las pupilas cada vez más llenas de deseo.

*Tic, tac...*

*Tic, tac...*

—No me gusta hacer la misma pregunta dos veces, Heather...

Utilizó un tono de voz aterciopelado, que a ella se le antojó entre espeluznante y sexy. Se le erizó la piel, tanto como para que la sensación le resultara un poco dolorosa.

—Mmm... —es lo único que logró decir, ya que se sintió atrapada por un deseo aplastante. Tragó saliva y sintió cómo ésta se le espesaba en la garganta. Como buenamente pudo, suplicó torpemente, sintiendo cómo sus pezones se ponían duros como piedras y se dibujaban bajo el algodón de la camiseta—: No hagas eso...

—¿Qué? —inquirió dubitativo.

Echó un vistazo a su reloj. El sudor le resbaló por la frente y le recorrió el mentón, humedeciéndole el cuello.

Estaba cansado, asfixiado, sudoroso... y febril... intensamente excitado por cómo aquella mujer le rebatía. Tomándole el pulso en el cuello, afirmó:

—Debes estar siempre preparada para lo que pueda venir.

Heather mordió su labio inferior, escondiéndolo por completo detrás de sus dientes.

El corazón comenzó a latirle a mil por hora y un calor súbito la invadió.

*¿Por qué su cuerpo reaccionaba de aquella forma tan extraña?*

Aquel hombre la ponía cardiaca.

Si no se sujetaba era capaz de desplomarse. Sólo con verlo, sus piernas perdían toda la capacidad de sustento.

Humedeció el labio inferior, después lo mordió, y casi con un gemido, contestó:

—Sí.

—Son las once y media. No he dormido en toda la noche y todavía no he desayunado... así que... preciosa... necesito... —tragó saliva y la nuez se dibujó en su cuello. Sujetándola con fuerza contra el quicio de la puerta, asolando su boca con un beso profundo y certero que convirtió todo su cuerpo en pura gelatina, le ordenó—: Necesito que te enciendas para mí de una vez.

Heather fue a hablar, pero Rhian se le adelantó:

—No me subestimes, Heather. —Acarició su barbilla con el pulgar y se recreó en el perfil de su labio inferior. Con la suficiente seriedad como para que en los ojos de ella se reflejara el miedo, afirmó—: No me gusta que me lleven la contraria.

—Te sugiero que bajes de tu nube particular —articuló con torpeza.

—Lo siento, pequeña. Pero tengo mis propios planes. ¿Por qué te pones a la defensiva?

—No todo gira en torno a tu persona, Rhian.

—No tengo ganas de discutir —anunció apartándose unos pasos de ella—. Ayer fue un día muy complicado.

—El mío tampoco fue de color de rosa.

—Eso lo podemos solucionar, pequeña —susurró emocionado—. Si tú quieres... y que conste que sé que quieres... podemos conseguir cosas increíbles.

Sus chispeantes ojos azules cambiaron a una tonalidad más oscura.

Otra vez.

—¿Preparada?

Con los pelos de punta y el corazón latiéndole a mil, Heather se atrevió a formular una pregunta para la que su mente ya había hilvanado una respuesta:

—¿Para qué?

—Para disfrutar de tu propio placer —le susurró al oído—. Enciéndete... Enciéndete para mí, pequeña.

Heather sintió cómo su vagina se convulsionaba y se hidrataba con su propia humedad. Su respiración se aceleró a medida que él iba reduciendo nuevamente la distancia que los separaba.

—El olor de tu excitación inunda el ambiente —dijo él, percibiendo el delicado aroma en sus fosas nasales.

—¿Qué quieres que haga?

—Todo lo absolutamente necesario para que te desee.

Heather tragó saliva cuando aquellos impresionantes ojos azules se clavaron en ella, obligándola a retroceder. La presencia de aquel hombre demolidor hacía que se sintiera torpe... y excesivamente nerviosa... muy nerviosa.

Pero por alguna inexplicable razón, necesitaba que él la arrastrara hasta el limbo del placer... del más exquisito, puro y excitante placer.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

Boquiabierto, Rhian replicó con voz melosa, apartando sus labios del hombro izquierdo de ella:

—Más tarde.

Rhian sonrió como un lobo hambriento. Aquella sensual sonrisa hizo que a Heather se le secara la boca y las piernas le volvieran a temblar.

Una hora más tarde, mientras la lengua de él jugueteaba con su ombligo haciendo que todo su cuerpo temblara excitado, Heather acarició el cuello de Rhian. La sangre le palpitaba con fuerza en torno a la yugular. Aquel hombre rezumaba poder, sensualidad y deseo por todos y cada uno de los poros de su piel.

A la una, Rhian mantenía intacto su imparables, insondable e incansable poder de seducción. Estaba agotado, pero el ansia por disfrutar de aquel menudo cuerpo que tan gentilmente se encendía, como una llama, para él, mantenía viva su energía.

—Rhian —protestó Heather, no dispuesta a seguirle el juego cuando él le colocó un almohadón en los riñones y le obligó a abrir un poco más las piernas—. ¿Qué estás haciendo?

—Shhhh... princesa. Relájate y... déjate llevar.

Él cada vez estaba más sorprendido por cómo ella se dejaba excitar.

Heather frunció el ceño, ahogó un gemido y decidió no abrir la boca.

—Relájate —le exigió por segunda vez. Besó el tierno botón entre sus piernas—. Contrólate, princesa, si no quieres que tus vecinos se asusten y comiencen a aporrear la puerta. Nada me dolería más que interrumpir este momento...

Heather gimoteó, acercando un poco más su cuerpo a los tiernos y febriles labios de él, ansiando los asoladores ataques de su juguetona lengua. Sus movimientos se hicieron más intensos.

—Sería injusto por tu parte exigir tanto poder, pequeña, cuando tu misión es realmente abandonarte al exquisito poder de mis encantos —dijo con voz apocada, mínima y temblorosa por la excitación. Al percibir la presión que las manos de ella ejercían sobre su cabeza, obligándole a incrementar el ritmo de sus labios, añadió con sensualidad—: Déjate arrastrar por el placer, princesa. Disfruta.

—¡Ohh...!

—Enciéndete para mí... otra vez —le exigió succionando los pliegues en torno a su hendidura.

Sorprendida por aquellas hermosas palabras que tanto le volvían loca, Heather se dejó llevar.

Finalmente, extasiada tras alcanzar uno, dos... y hasta tres orgasmos, se durmió con el magnífico poder sedante de los besos de él en torno a su pecho.

Exhausto, complacido y satisfecho. Así fue como se sintió Rhian cuando la respiración acompasada de Heather le indicó que ella se había dormido.

Lamió la cumbre de su seno una vez más, hidratándola con su saliva, antes de entrar en el cuarto de baño.

Se miró en el espejo y el reflejo le mostró a un hombre cansado, con un brillante color azul en los ojos, el ceño fruncido y el rostro serio. Paseó el pulgar por el perfil de sus labios, extendiendo los restos de humedad femenina acumulados en ellos, mientras la excitación entre sus piernas cimbrea dentro del pantalón y el elixir de su simiente inundaba su ropa interior.

Gruñó. Y se dejó llevar por su propio placer.

Resopló extasiado por segunda vez cuando la necesidad creció nuevamente entre sus piernas y se alivió en la intimidad de aquellas cuatro paredes.

*¡Cuánto tiempo más iba a poder soportar aquello!*

*¡Cuánto más!*

Disfrutar de una noche de sexo caliente para un hombre como él era lo más fácil del mundo. Sexo por sexo. Sexo por dinero. Sólo sexo... Y nada más que eso.

Sin embargo, con Heather todo era diferente, excitante, maravilloso, placentero... Aquella mujer se encendía para él como una candela, como ninguna otra sabía hacer.

Mmm... sólo ella sabía disfrutar del exquisito placer que él le ofrecía haciendo que su mente olvidara por completo el deseo implacable que crecía en su interior y que hacía que cada vez que estaba con ella un dolor ahogado y punzante asolara todo su cuerpo.

A Rhian Hoover le encantaba jugar. ¡Siempre! Todos los días... a todas horas... Jugar calientemente con una mujer constituía para él un medio de vida que otros hubieran tachado de indecente.

Temblaba sólo de pensar en el placer que su cuerpo, con sus habilidades innatas y el aprendizaje de años, transmitía a las mujeres.

Apreciar la inflamación agitada de su exacerbación cuando una hermosa mujer estaba entre sus piernas, hacía que el sexo se convirtiera para él en una más que exquisita, placentera e interesante labor.

Rhian intentó sonreír pero el espejo se negaba a dejarle ver sus emociones y le devolvió una mueca marchita y sin vida.

Estaba destrozado, agotado, muy, muy, pero que muy cansado. Pero a la vez ansioso por Heather.

Aquel juego peligroso, tan caliente y morbosos, que existía entre ambos, no podría durar mucho más tiempo o de lo contrario, terminaría matándolo...

Matándolo de excitación... Del más puro, dulce y agradable placer no consumido...

Consciente del magnetismo que siempre despertaba en él el recuerdo de aquellos juegos, Rhian bajó su mano lentamente hasta meterla entre sus piernas y comprobó que su miembro estaba duro, muy, muy duro, apretado contra el bóxer.

El influjo hipnotizador de aquel menudo cuerpo femenino que tan fácilmente se entregaba a él, aceptando todas y cada una de sus exigencias, lo encendió de nuevo.

Durante unos minutos, Rhian paseó una y otra vez sus dedos por la vibrante y estimulada longitud entre sus piernas. Con los ojos velados por la imaginación, se dejó llevar por la necesidad.

*¿Cuánto más tardaría Heather en reclamar que aquella virilidad profundizara la húmeda y exquisita hendidura que ocultaba entre sus piernas?*

*¡Cuánto!*

Sin demora, abrió la puerta del cuarto de baño, accedió a la habitación donde Heather dormitaba plácidamente con una sonrisa en los labios y se sentó en un sillón, a los pies de la cama.

Sus ojos devoraron el turgente y tonificado cuerpo desnudo de aquella mujer. La observó con deleite, mientras notaba cómo su erección comenzaba a crecer otra vez.

Sin apartar los ojos de ella, el cansancio lo fue consumiendo, hasta que finalmente, se quedó dormido.

Habían pasado más de treinta y nueve horas desde la última vez que había cerrado los ojos. Treinta y nueve horas...



Heather abrió los ojos y estiró los brazos con lentitud, desperezando sus músculos aletargados. Con la respiración acelerada y el corazón latiéndole a mil, buscó a Rhian entre las sombras. Carlota, como siempre, hacía guardia sobre la mesilla de noche, con los ojos entornados y las orejas hacia arriba, en posición de alerta.

El hombre que tanto la agotaba, que tanto le hacía disfrutar de su propia sexualidad, permanecía dormido como un bebé, recostado en un sillón a los pies de la cama.

Lo miró.

Lo miró y observó lo hermoso que era.

Aquella nariz le volvía loca, la sensualidad de aquellos labios apretados derretían toda su cordura.

El mentón firme, aquellos hombros anchos ceñidos al algodón de su camiseta de manga larga... Mmm... Aquel hombre la ponía cardiaca y provocaba que su cuerpo y su mente reaccionaran de una manera extraña.

*¿Qué tenía él?*

*¿Qué tenía la voz de aquel individuo que tanto le provocaba?*

Era verlo, y si no se sujetaba, era capaz de desplomarse.

*¿Por qué su cuerpo se encendía como la hojarasca seca cada vez que él pronunciaba aquellas palabras mágicas?*

*Enciéndete para mí...*

*¿Qué mágico poder tenían para provocar que ella vibrara excitada y decidiera abandonarse al placer tan exquisito con el que él regaba todo su cuerpo?*

Heather hizo un balance de todos los momentos que habían pasado juntos.

Durante varios minutos, cerró los ojos y dejó volar la imaginación, recordando cómo las manos de aquel hombre habían recorrido su cintura, sus pechos, su trasero..., la húmeda y profunda cueva entre sus piernas...

Excitada por el momento y a oscuras, percibió cómo el ardor recorría nuevamente todo su cuerpo. Los pezones se le pusieron duros.

Heather no dudó. Estaba claro que aquella iba a ser su oportunidad. La única oportunidad para tomar las riendas del juego...

Aquella era su casa, aquel su sillón... y él, en ese preciso instante, con aquella sensual manera de mostrarse ante ella, se convertía en su presa.

Estaba claro que a Rhian Hoover nadie le había dicho nunca lo que tenía que hacer... Afortunadamente, había llegado el día en el que eso iba a cambiar.

*¡Adelante!* —le exigió el pícaro demonio rojo clavándole las púas de su tridente en el cuello—. *¡¿A qué esperas?! ¡Vamos!*

Excitada, abrió las piernas y se sentó sobre los fornidos muslos de Rhian.

Lo observó, estudiando la angulosidad de su rostro, la majestuosidad de sus músculos, el poder de su cuello... y comenzó a besarlo. Con ternura. Con dulzura... Con pasión.

Primero la nariz, en la punta, luego un párpado, después otro... tan sutil y cariñosamente que nadie en su sano juicio podría afirmar que aquellas eran las caricias de unos labios.

—Hola, preciosa —dijo él con tono meloso al instante. Abrió los párpados muy despacio, lenta... muy lentamente, acomodando sus pupilas a la tenue luz de la estancia—. Justamente pensaba en ti.

Heather, al oírlo, respondió con un tono de voz íntimo y sensual:

—Mmm... Interesante.

Le besó la punta de la nariz y arrastró el pulgar por su labio inferior.

Recién levantada, con el pelo revuelto y unas ligeras sombras doradas bajo los párpados Rhian Hoover percibió que ella se mostraba bella, exquisita, seductora.

—Sabes a sal —susurró saboreando la mejilla de Rhian.

—Estoy sudando, pequeña. Y... tengo hambre.

Mordisqueó su hombro desnudo y continuó hasta la curva donde comienza el cuello.

—¿De mí?

—Precisamente, en estos momentos mi estómago reclama otro tipo de alimento, pequeña.

Heather hizo una mueca con los labios que a él no le pasó inadvertida.

—¿Molesta? —sonrió y alzó una ceja expectante—. Princesa, necesito recuperar energías por lo que pueda pasar. Hace siglos que no pruebo bocado... Vamos, de ese tipo del que la mayoría de los mortales necesita para mantenerse en pie.

—Tendrás que esperar —susurró melosa y le mordió el lóbulo.

—Pequeña, tengo hambre.

Apoyando el índice en su labio inferior, siseó:

—Shhhh...

Los ojos azules de Rhian comenzaron a brillar en la oscuridad.

—Sube —exigió, obligándole a levantar los brazos a la altura de la cabeza para quitarle la camiseta.

Rhian entrecerró los ojos al sentir las manos temblorosas de Heather sobre la caldeada y tersa musculatura tatuada de su pecho.

—¿Sorprendida?

—Un poco —afirmó, recorriendo con las yemas de los dedos el perfil de sus tatuajes. Eran tremendamente sexys y proferían a su cuerpo de una masculinidad y una fuerza arrolladoras.

Una oleada de excitación recorrió la espalda de Heather. Su corazón dio un vuelco cuando la temperatura abrasadora de aquella piel decorada se coló a través de sus poros.

—Suele pasar —musitó él al sentir cómo una de sus uñas paseaban justo donde el *piercing* perforaba su pezón.

—Tuvo que dolerte mucho...

—El dolor pierde toda su intensidad si se obtiene con gusto.

Heather retiró inmediatamente la mano y tragó saliva con dificultad.

¿Quién en su sano juicio querría sufrir de aquella manera?

—¿Qué piensas? —inquirió él, dibujando el perfil de sus caderas con los nudillos.

Desconcertada ante la respuesta de su propio cuerpo, Heather no contestó de inmediato.

Asustada, acercó su boca a los deliciosos botones almendrados que coronaban los pectorales de él y, con ansia, los deleitó.

—Rhian, tienes el corazón desbocado —dijo al sentir el nervioso y galopante palpitar en su pecho. Rozó el *piercing* dorado de su pezón y, sujetándolo entre los dientes, lo estiró un poco.

¡Oh, sí! Aquello era maravilloso...

Encantado con aquella entrega, Rhian colocó sus manos sobre las caderas de Heather, obligándola a apretarse contra el bulto que crecía entre sus piernas.

Su mente comenzó a girar como un torbellino, mientras su cuerpo luchaba contra el escalofrío que se alojaba en su vientre.

Después, el frío se convirtió en calor, y una llamarada de fuego le subió por el abdomen y recorrió todo su cuerpo.

—Nunca imaginé que un cuerpo tan pequeño como el tuyo fuera tan exquisito, pequeña. A pesar de tener tanto placer acumulado, no es suficiente para el hambre que me provocas...

Heather se acercó un poco más a él y le acarició el mentón con la frente. Aquel pectoral perfecto con

aquellos dibujos tribales era una auténtica obra de arte... El *piercing* que perforaba su pezón, con aquellas dos bolitas doradas sujetando lateralmente la pieza metálica, maravilloso y tentador...

—Yo siempre cumplo mis contratos —aseguró con la voz quebrada.

Rhian se mantuvo en silencio, observando el juego de Heather durante unos segundos. Se le antojaba delicioso y apetecible.

—¿Siii? —preguntó con insinuación, entrando en su juego.

—A estas alturas de la película... ¿Todavía lo dudas?

Rhian no contestó. Permaneció pensativo unos segundos, hasta que las palabras tomaron sentido en su cabeza y dijo:

—Si estuviéramos en una película de las que a mí me gustan hace mucho que estarías suplicando por mis besos...

—Si esto fuera una película realmente, hace rato que te tendría entre mis piernas...

—Mmm... Permítame que lo dude, señorita Rothscill —susurró enredando su lengua en el tenso pezón que apeteciblemente se encontraba próximo a su boca.

Enloquecida por el placer que él le provocaba, Heather se incorporó ligeramente sobre él. Tomando las riendas del momento, exigió:

—¡Quieto!

Los chispeantes ojos azules de Rhian cambiaron de color.

Otra vez.

—¿Preparado?

—¿Para qué?

—Para disfrutar de tu propio placer —le susurró al oído. Excitada, movió las caderas—. Enciéndete... Enciéndete para mí, pequeño.

—¡Para! —gruñó Rhian al percibir un dolor profundo entre sus piernas, que no era otra cosa más que producto de la excitación.

Su voz grave y varonil la hipnotizó, nublándole los pensamientos. Sus órdenes le hacían caer rendida ante él.

Acercándose un poco más, Heather susurró:

—Recuerda que si el plan A no funciona, el abecedario tiene 26 letras más.

Él hizo un gesto afirmativo y, antes de que ella pudiera replicar, atrapó su labio inferior con los dientes y cuchicheó:

—El olor de tu excitación inunda el ambiente, pequeña.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó ella, levantándole el mentón para que la mirara—. Cuéntamelo.

Heather sintió cómo su vagina se convulsionaba y se hidrataba con su propia humedad. Su respiración se aceleró a medida que él iba reduciendo nuevamente la distancia que los separaba.

—Todo lo absolutamente necesario para que te desee.

—Justo ahora que te quiero cerca... mmm... sabes que todo podría pasar.

—Sí...

Presionando sus caderas contra los húmedos pliegues de su sexo, Rhian Hoover paseó sus manos por el cuerpo desnudo de Heather, centrándose en las turgentes y tentadoras cimas rosadas de sus senos, duras como diamantes.

Tensándose, ella apretó los músculos internos de sus piernas, esperando sentir cada pedazo de fricción. La tela vaquera que envolvía las piernas de Rhian hacía estragos contra la sensible y palpitante piel desflorada de su hendidura.

Rhian ardía. La calidez de las manos de Heather lo estaban perturbando. Ahuecó la espalda, profundizando el contacto entre ambos, cuando ella le mordisqueó la mandíbula y después la parte baja

del cuello.

—Esta noche voy a jugar con tu cuerpo, quiero despertar tus ansias... —susurró ella obligándolo a apoyar la cabeza sobre el alto respaldo.

Rhian tensó y destensó los músculos controlando el deseo implacable y hambriento que crecía y crecía entre sus piernas.

—Vaya —musitó él sintiendo que se le resecaba hasta el alma cuando los febriles labios de Heather absorbieron su nuez justo en el momento en el que se disponía a tragar. Gimió al sentir el beso profundo ahogado contra su garganta.

—Mmm...

—Esto es juego sucio, princesa —gruñó cuando ella pellizcó un tierno pezón. Un fuego abrasador recorrió todo su cuerpo—. Sólo te diré que me estás volviendo loco, Heather... No sé cuánto tiempo más voy a poder soportar este juegucito.

Heather se encogió de hombros, y antes de pasear la rugosidad de su lengua por la suave y apetitosa superficie almendrada de su pectoral, respondió:

—No sólo tú sabes jugar, muñeco... —susurró, dibujando el perfil de su labio inferior con la lengua. Ansioso, Rhian atrapó su boca y mordisqueó sus labios.

—¿Puedo? —solicitó con la respiración entrecortada, acercando una mano a su dura excitación.

—No, pequeña... Debes —exigió ahogadamente cuando, sin esperar una respuesta, ella comenzó a bajar la cremallera de su pantalón.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio. Aquí me tienes, princesa... sólo para ti... para ti...

Heather asintió, atizada por el deseo.

—Mis manos quisieran recorrer tu cuerpo como suaves alas de ángel, para que sientas la suavidad de mis caricias en cada poro de tu piel —susurró ella.

Alucinado por aquellas palabras, Rhian la miró, y parpadeando un par de veces, gruñó completamente excitado:

—Hazlo...

Sin moverse, la observó y vio cómo ella, con suma delicadeza, liberaba su portentosa virilidad. Cerró los ojos, acalorado.

—Quiero besarte con calma hasta morder tus sentimientos, hacerte sentir mi fuego ardiente...

Sus palabras eran como un bálsamo para él. Aquel instinto de posesión le volvía loco. La calidez de las manos de ella hacía que su miembro cimbreara, prolongándose cada vez un poco más... más... mucho más.

El corazón comenzó a latirle con fuerza, golpeándole en el pecho, saltándose dos pulsos, quizás tres, cuando los candorosos y febriles labios de ella succionaron la punta de su dardo.

Rhian cerró los ojos y, controlando sus instintos más primitivos, echó la cabeza hacia atrás y se abandonó al placer.

Heather sintió un regusto salado, exquisito y tentador, al pasar la lengua por aquella pequeña hendidura que se abría en torno a la punta. Extasiada por el placer que despertaba en él aquel simple beso tierno y pasional, descendió por toda la longitud, hasta alcanzar la base.

Rhian se agarró a los brazos del sillón sintiendo cómo se nublaban todos sus pensamientos.

Su respiración se volvió lenta, muy lenta... cuando Heather profundizó más, más, más... un poco más...

—¡Suéltame! —graznó atizado por el deseo, percibiendo cómo el glande le golpeaba a ella espasmódicamente en la glotis.

Heather observó sus facciones tensas, pero no cedió.

—¡Heather! ¡Ahh! —gimió sobrecoigido cuando ella colocó la mano sobre su abdomen y comenzó a

excitarlo otra vez—. ¡No!

Rhian resopló, profunda y prolongadamente. Aquella mujer le volvía loco. Tremendamente loco...

Apretó con fuerza los dientes y se dejó arrastrar por aquella tortura tan deliciosa, tan exquisita, tan placentera y abrumadora que anulaba completamente su más que trabajado autocontrol.

—¡Hea... theeeeeer! —gruñó—. ¡Ahhh!

Rhian sintió que comenzaba a hiperventilar peligrosamente. Su corazón se saltó un latido. Ya nunca lo podría recuperar. Tragó saliva intentado ordenar sus ideas.

El deseo, la excitación, la lujuria y sobre todo la seducción, una femenina seducción, hacía que sus pensamientos se ocultaran tras una finísima película blanquecina similar a la niebla.

—¡Hea... theeeeeeeeeeeeeeeeeer! —gruñó otra vez, sintiéndose libre, completamente libre, maravillosamente libre—. ¡Ahhh!

Todas sus células nerviosas se desactivaron por completo.

*¡Aire! ¡Aire...! Necesitas aire...* —le exigía la única neurona que parecía quedar viva en algún rincón de su cabeza.

—¡Dioss! —aulló boqueando como un pez asustado cuando un nuevo calambre hizo que su miembro se abandonara al placer una vez más y los espasmos del orgasmo abandonaron su cuerpo.

Rhian tuvo la sensación de que su cuerpo flotaba en el aire. Su mente, trabajaba a toda velocidad, tratando de atesorar en la memoria el recuerdo de aquel momento.

Aquella mujer rompía todo lo que le hacía fuerte: sus principios, su confianza, su seguridad...

—¿Todo bien? —inquirió Heather con sugerencia cuando con un gran esfuerzo él pudo abrir los ojos.

Rhian la observó exhausto a través de las dos rendijas que se dibujaron con dificultad en sus ojos. Sonrió afirmativamente y después se quedó dormido.

—Despierta dormilón.

Heather besó los jugosos y tiernos labios de Rhian.

—Mmm... —protesto él. Envolviéndola con sus brazos, rodó sobre el colchón y se posicionó sobre ella—. ¿Qué hora es?

Hambriento de su cuerpo, comenzó a besarle en el cuello, justo detrás de la oreja. Heather se apartó un mechón de pelo, facilitándole el acceso.

—Son casi las siete —dijo apreciativamente observando las agujas del reloj reflejadas en el espejo—. Así que...

—¿Las siete?

—Casi.

—¡Vaya! —masculló separándose ligeramente de ella—. Tendremos que dejar esto para otro momento, princesa.

—Si no fuera tan tarde te pediría... no, te suplicaría que no dejaras de hacer eso —susurró ella sintiendo las caricias de él en torno a su cuello. Tras morderle el labio inferior y estirarlo un poco, añadió—: Sin embargo, es demasiado tarde.

—Cierto —afirmó él apoyando el codo sobre un almohadón.

—Mi madre me espera para cenar.

—Mmm... —Besó tiernamente los labios de ella y se relamió—. Comerte a ti es lo que yo quisiera, princesa. Llámale y dile que no puedes ir. Quiero hacer cosas contigo esta noche...

El corazón de Heather se saltó dos pulsos.

*Acalorada y excitada...*

*Acalorada y excitada...*

*¡Así es cómo se encontraba!*

Aunque la propuesta era mucho más que apetecible, contestó:

—Es demasiado tarde...

—Permíteme ser un chico malo —susurró él con picardía. Los ojos se le iluminaron y comenzaron a emitir esa clase de destellos que no son más que el producto de la lujuria—. ¿Me dejas?

—Ahora no —dijo ella en un vano intento por zafarse de él.

—¿Por qué no? Puedo ser muy malo contigo... —Comenzó a besar su cuello, dejando un rastro húmedo por la piel femenina—. Contigo me he vuelto un experto en geografía.

Le besó la punta de la nariz y arrastró el pulgar por su labio inferior.

—Creo que eres un chico bueno que pretende ser malo —susurró acariciando los tatuajes de sus bíceps—. No sabía que tengo dotes de maestra...

Rhian alzó una ceja sugerente. Heather se derritió ante aquel gesto tan sexy y tan sutil. Un calor abrasador le azotó el cuerpo entero, obligándola a reajustar la posición.

—También puedo ser un chico malo con cara de bueno —dijo meloso suavizando la voz hasta convertirla en un susurro—. Y... ¡Sí! —ronroneó en su oído, dirigiendo su mano bajo la sábana hacia los pliegues de su sexo—. Tu cuerpo es el mapa que más conozco de memoria. ¿No sientes el calor que en mí provocas?

—Tal vez.

—¿Ese tal vez es un tal vez sí o un tal vez no?

Heather estiró los brazos y los colocó sobre su cabeza. Él aprovechó el momento y le besó el seno derecho.

—Un tal vez —aseguró juguetona arrastrando las palabras y adaptándose al calor sofocante y abrasador que se había apoderado de su cuerpo—. Simple y llanamente.

—¿Sólo tal vez? —preguntó atrapando el tierno pezón con los labios.

—Rhian, es tarde.

—Enciéndete... Enciéndete para mí, pequeña —sugirió una vez que su lengua excitó el delicado botón rosado.

—Ahora no. —Heather tragó saliva con dificultad. Obligando a su cerebro a componer una frase coherente, finalmente, justo en el momento en el que los perfilados dientes de él mordisqueaban sugerentemente la parte alta de la cresta dorada, afirmó—: Está más cerca de un... de un tal vez sí.

Heather se mordió el labio inferior y reajustó la posición de su cuerpo. Necesitaba con urgencia ser penetrada por aquel miembro que sobre ella parecía que iba a explotar.

*¡¿Cuánto más debía esperar?!*

Estaba excitada, acalorada, como la lava hirviendo...

Percibiendo la susceptibilidad de su cuerpo, Rhian rodó sobre la cama y se colocó de costado.

—Estás caliente... —dijo rompiendo el silencio, percibiendo cómo las palabras se atragantaban en su garganta cuando sus dedos se dirigieron por debajo de la sábana hacia el tesoro que ella escondía entre sus piernas—. Me gusta cuando te enciendes para mí.

—Tendré que tener más cuidado la próxima vez —suspiró Heather apoyándose en la solidez de su pecho.

Rhian aguantó la respiración unos segundos, los suficientes como para controlar el nudo que aquel gesto tan sutil le había provocado en la garganta. Un torrente de excitación le recorrió como una alferecía, el cuerpo entero.

—¿Por qué?

—Porque no puedo consentir que salgas a la calle sin haber satisfecho tus necesidades, princesa.

Sin apartar sus ojos azules de ella, le acarició el pelo y los labios. Aquella mujer le volvía loco. Por ello, tras besarla posesivamente hasta la extenuación, murmuró cerca de su boca:

—Princesa, recuerda que lo bueno, cuando se hace esperar... es dos veces bueno.

Enloquecida por todo lo que aquel hombre le hacía sentir, Heather asintió.

Aquella noche, cuando Rhian apagó el motor de su *Harley Davidson CVO Softail Deluxe*, nada le hizo presagiar lo que estaba a punto de suceder.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así? —Rhian se sentó en un taburete de la cocina, cogió un plátano del frutero que había sobre la isla y se lo lanzó a Jack. Éste atrapó la pieza en el aire.

—Son las ocho y media, Rhian. ¡Maldita sea! ¿Dónde te habías metido?

Rhian puso los ojos en blanco. Lo último que quería en esos momentos era discutir con Jack. ¿Qué podía responder ante aquella pregunta?

—*Touchdown*<sup>[7]</sup>. Seguí tu consejo y... por una vez... he comenzado a vivir.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, por supuesto —asintió—. Estupendamente.

—La senadora Felton quiere verte otra vez —apuntó Jack abriendo la nevera—. Al parecer lo de ayer no fue suficiente.

Rhian, sin cambiar el gesto, endureció la voz, respiró hondo e inquirió:

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Llevo toda la tarde intentándolo. Te habré llamado unas veinte veces. ¿Dónde estabas? ¡Maldita sea, Rhian! ¿Qué le pasa a tu móvil?

Jack cogió otro plátano y se sentó junto a la isla en un taburete alto.

Tras meditarlo unos segundos, Rhian sacó un cartón de leche, relleno una jarra y tras programar el tiempo, la metió en el microondas. Después se sirvió un bol de cereales.

—¡Wow! Canasta deeeee... ¡Canasta de treeeeessss puntos! —aplaudió cuando consiguió encestar la cáscara de plátano que Jack había dejado sobre la encimera en el cubo de basura. Centrándose nuevamente en la conversación que había iniciado Jack, preguntó—: ¿Cuándo?

Jack se tomó su tiempo en contestar:

—Dentro de dos horas.

—¡Imposible! Tendrás que posponerlo para otro momento.

Apoyó los codos en la isla y comenzó a revisar el móvil. Tenía veintitrés llamadas perdidas. Diecinueve eran de Jack.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Ese no es mi problema.

—Vete a...

—No te pases, Jack —le interrumpió Rhian—. No me cabrees, por lo que más quieras. Ya he tenido suficiente en las últimas cuarenta y ocho horas.

—Es ridículo perder el tiempo hablando contigo —se quejó Jack.

—Tengo mucho trabajo que gestionar esta noche.

—Al parecer, el estudio de viabilidad que encargamos el mes pasado concluye que *Gloss* no puede alcanzar la previsión inicial.

—¡Tonterías! *Gloss* ofrece al cliente un servicio con clase, buena música y... y un producto que difícilmente podría encontrar en otro local de la ciudad. Salvo en *Le Bain*, por supuesto —apostilló desconcertado y furioso con Jack—. Te puedo asegurar que anoche hicimos historia.

—Una noche no es tiempo suficiente para saber si un negocio va bien.

—Eso mismo dijiste en su momento de *Le Bain*.

Jack apretó los dientes, cogió una tarrina de helado de chocolate del congelador y tras buscar su cuchara favorita en el cajón, se dirigió al salón. Rhian lo siguió, se dejó caer en el sofá y encendió el televisor.

—Sólo tienes que analizar los resultados de las últimas semanas para darte cuenta de que no estás en lo cierto —apuntó Rhian. Cruzó las piernas y dejó caer la cabeza hacia atrás—. Conocer los estándares del sector y las tendencias de otros locales de similares características nos ha beneficiado. Afortunadamente, nosotros ofrecemos algo que todo el mundo quiere y nadie, hasta la fecha, tiene. En la innovación está... Estoy planteándome la posibilidad de...

—No, no, no. Te repito, Rhian: ¡NO! —vociferó Jack golpeando varias veces el respaldo del sofá—. ¡Te temo! Me estás asustando. ¡Ya tenemos suficiente!

—Podemos tener más.

—¿Para qué? —le preguntó a modo de reto—. Me aterra el nivel que está alcanzando tu ambición. ¡Estás loco!

—¡Mira Jack! ¡Basta! —lo cortó—. No me vengas a dar lecciones de cordura cuando lo que necesito es tu apoyo.

Durante unos segundos ambos se miraron, hasta que Jack, encolerizado y con el estómago contraído, sentenció:

—Has perdido el juicio, hermano. No te reconozco. Tu ambición nos va a llevar a la ruina.

—Eso es algo habitual en ti. Generalmente, eres tú el que sueles perder el juicio porque vives en tu mundo particular.

—Me sorprendes, Rhian. Es duro cuando tu propio hermano comienza a ignorarte, pero es más difícil cuando tienes que fingir que no te importa que lo haga.

—Pobrecito... Siempre tan preocupado por todo.

—¡Más de lo que te imaginas! —respondió Jack con gesto serio—. Soy de los que piensan que las mejores cosas, momentos y personas, llegan por sí solos y cuando menos se planea.



—Por fin, después de mucho tiempo, podemos hacer historia, Jack. ¿No te das cuenta?

—Tengo suficiente. ¡Para qué quiero más! ¿Para qué queremos más? ¡¿No te das cuenta de lo que supondrá todo eso?!

—Hay que mover el dinero, Jack. Eso es todo. El sector de la hostería está en auge y puede reportarnos muchos beneficios.

—Rhian, antes de que te vuelvas a enfadar, escúchame. ¿Acaso no tenemos suficiente con *Le Bain* y con *Gloss*? —preguntó con gesto inflexible. Rhian fue a decir algo, pero Jack le señaló con el dedo y, levantando la cabeza, fijó sus ojos en él—: ¡Maldita sea, Rhian! ¡Que *Gloss* se inauguró anoche! ¿Lo recuerdas? ¡A-NO-CHE!

—¿Por qué eres tan cabezota? —contestó secamente, intentando concentrar su atención en la escena que la actriz *Jordana Brewster* interpreta junto a *Paul Walker* en la película *The Fast and The Furious V*—. ¿Acaso no te das cuenta de...? ¡Déjalo, Jack! Es ridículo perder el tiempo hablando contigo. Algún día me agradecerás todo lo que estoy haciendo por ti.

—¿Por mí? —preguntó, apagando el televisor justo en el momento en el que el actor *Vin Diesel*, interpretando a *Dom Toretto*, conseguía huir de la cárcel—. Si se puede saber, ¿qué estás haciendo por mí?

—¡¿Qué haces?! Enciende la televisión inmediatamente —exigió entre dientes—. ¡Ya te he dicho que no tengo ganas de discutir!

—¡Ya habló el hermano mayor! —se quejó acalorado, colocando los pies sobre la mesa—. No empieces otra vez con tus malditas lecciones. ¡No seas pesado, Rhian!

—¡Mira quién fue a hablar! —voceó, golpeándole en la rodilla con un cojín—. ¡Baja los pies de la mesa!

Jack no le hizo caso. Con una amarga sonrisa, cargó la cuchara, se la introdujo en la boca y revisando el móvil que acababa de pitar, dijo:

—¿Qué hago entonces con lo de la senadora Felton? Su secretaria acaba de enviarme otro mensaje.

Rhian le dio un manotazo en los pies y Jack los bajó al suelo. Luego, encendió otra vez la televisión.

—¿Qué quiere ahora?

—¿Tú qué crees? —suspiró Jack tocándose la cabeza y en sus ojos se dibujó la excitación en el estado más puro. Colocando nuevamente los pies sobre la mesa, prosiguió—: Al parecer, *tu* senadora ha tenido que posponer una reunión que tenía prevista para mañana con todas las cabezas de partido y está atacada de los nervios.

—Pobrecilla —se mofó Rhian percibiendo, a través de la pantalla plana, la adrenalina de los protagonistas de *The Fast and The Furious V*.

—Está desquiciada y... y necesita urgentemente que la calmes... Ya me entiendes.

—Perfectamente. —Sus labios dibujaron una sonrisa forzada—. Algo muy común en el día a día de un político. Pero sintiéndolo mucho...

—Tendrás que ir, Rhian, lo sientas o no —insistió Jack ofuscado, revisando el móvil por tercera vez—. Al parecer *tu* senadora está ansiosa.

—Entonces ya tiene dos problemas. Y por cierto, te recuerdo que también te representa a ti.

—¡No te entiendo! Me impones que participe en otro de tus proyectos sin hablarlo ni siquiera conmigo y yo tengo que mantenerme al margen de cualquier opinión, porque *Don Perfecto* ya ha tomado una decisión —gritó exacerbado y le apuntó con el dedo elevando la voz por encima del sonido envolvente de su *Home Cinema*—. Y... Y cuando me preocupo por algo y te aviso de que una de *tus* clientas necesita un servicio que nos puede reportar beneficios muy suculentos, tú lo rechazas por estar un poco cansado.

—Muy cansado —puntualizó Rhian con seriedad—. Desafortunadamente para ti, todavía no tengo el don de la ubicuidad. Todo hombre necesita un período de recuperación.

—Allá tú.

—¡Jack! No quiero discutir —sugirió. Luego, arrepentido por su actitud, preguntó—: ¿Ha pagado?

—Por supuesto. *Tu* senadora... Bueno, la senadora Felton tiene una secretaria muy eficiente. ¿Te he dicho que...?

Jack cambió de canal.

—¿Cuánto? —le interrumpió, sintiendo cómo la tensión volvía a apoderarse de él.

¡Maldita sea!

*¿Dónde se había marchado aquella sensación tan placentera que había experimentado con Heather Rothscill horas antes?*

*Al parecer, aquel sentimiento había decidido abandonarle, sin pedirle tan siquiera una explicación.*

Volvió a preguntar:

—¿Cuánto? —preguntó propinándole un golpe con un cojín.

—¡Ah! —se quejó Jack—. El doble de lo estipulado. Así que tendrás que esforzarte un poquito más.

—¡Vete al cuerno, Jack! Y por lo que más quieras. ¡Baja los pies de la mesa! No te lo vuelvo a repetir.

—Te sugiero que no malgastes tus energías conmigo, Rhian. Las vas a necesitar dentro de poco.

—Te recuerdo que tengo energías para discutir contigo y para mucho más. Así que, por favor, no me tientes si no quieres salir escaldado esta noche.

Jack observó la mirada pensativa de Rhian. Sus ojos azules se habían oscurecido ligeramente.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada ni se movió, hasta que el sonido del móvil de Rhian rompió el silencio.

—Voy a cambiarme.

A diferencia de lo que ocurría en *The Fast and The Furious V*, él no tenía posibilidades de escapar como *Dom Toretto*. Desafortunadamente para él.

—Buena suerte, Rhian.

—La voy a necesitar —suspiró mientras subía los peldaños de las escaleras de tres en tres—: ¡Hoover!

—¡Rhian!

Al oír la voz de su madre, Rhian frunció el ceño y decidió no abrir la boca.

—Sé que estás ahí, Rhian. ¿Cómo estás?

—Bien... ehm... —balbució cerrando la puerta de la habitación de un empujón. Intentando componer unas palabras, las mínimas como para dar por zanjada la conversación, dijo—: Hola mamá. Ahora no puedo habl...

—Rhian, por favor... Te lo suplico, no me cuelgues.

—¿Cuánto quieres esta vez? —preguntó glacial. Se quitó el jersey y lo tiró sobre la cama.

—¿Eso es lo único que te preocupa?

—Nunca llamas para otra cosa que no sea para *eso* a lo que tú te refieres —sentenció.

—Rhian, *eso* es lo que mueve el mundo hoy en día.

—¿Cuánto necesitas? —volvió a preguntar crispado.

Sorprendida por aquella pregunta, respondió:

—Tengo algunas facturas que pagar.

Esa respuesta era la que él esperaba escuchar.

—¡Qué ironía! —Rhian sonrió, se pasó la mano por el pelo y encendió el grifo de la ducha—. ¡¿Cuánto?!

—Diez de los grandes —musitó al otro lado del teléfono—. Hijo, te quiero...

—En estos momentos no puedo decir lo mismo, madre. A estas alturas de mi vida he decidido dar la

misma cantidad de cariño y atención que me dan. No por orgullo y mucho menos por vanidad, sino porque por amor propio debo aprender a identificar cuando doy más de la cuenta y a cambio obtengo nada. Ahora, si me disculpas, tengo que colgar.

—Rhian... —suplicó con fingido disimulo ante la frialdad de su hijo.

—He decidido depurarme de lo que me hace daño, madre... y sobre todo, de personas nocivas como tú.

—He cambiado... Te aseguro que todo ha cambiado, Rhian.

—Por supuesto. Todo ha cambiado para mejor.

—Lo digo en serio. Créeme, hijo, yo ya no soy la que era —lloriqueó—. He aprendido a conocerme a mí misma. Me ha costado mucho, Rhian, pero he conseguido rescatar mi esencia, construir nuevamente mi propia felicidad para poder compartirla con Jack... y contigo.

—Es suficiente. Adiós, madre. Tengo prisa.

—No, por favor, por favor —le volvió a suplicar—. ¡No me cuelgues!

Rhian observó cómo el espejo le devolvía la tensión de su cara. Sus ojos azules habían adquirido una tonalidad más oscura, casi rozando el negro.

—No me trates como si estuviera loca. Hijo, te aseguro que no lo estoy.

Tras unos segundos de silencio por parte de ambos, Rhian, haciendo acopio de las últimas fuerzas, soltó:

—No pretendo. —Sonó frío, gélido como el hielo—. En ese particular, puedes estar tranquila.

—Sigo sin entender entonces por qué...

—Si te sirve de consuelo, te diré que no te guardo ningún rencor.

—Mientes y lo sabes, Rhian.

—Adiós madre.

—Rhian... No, no, no... Lo siento... No me cuelgues.

—Adiós, madre —dijo con los puños apretados. Se mordió los nudillos de la mano derecha controlando la inseguridad que aquella mujer le provocaba y conteniendo la respiración unos segundos, dijo antes de cortar la comunicación—: No te preocupes. En un par de horas tendrás el dinero en tu cuenta.

Zackary encendió un cigarro y absorbió la nicotina con impaciencia. Después de dos cigarros más, Aubrey dobló la esquina y caminando más despacio de lo habitual, se acercó a él.

—Hola —le saludó ella acariciándole el brazo justo a la altura de la muñeca—. Siento el retraso, Zack.

—¿Las llevas? —preguntó expectante.

—¡Como para no hacerlo! —dijo con su característica jovialidad, guiñándole un ojo pícaramente—. Llevas todo el día llamándome para que me las ponga.

Aubrey sonrió ruborizada al recordar cómo había entrado decididamente en un *sex shop* el mes anterior abriéndose paso entre pasillos repletos de vitrinas con vídeos porno y objetos sexuales. Desde entonces, había guardado aquella cajita de plástico transparente en el fondo del armario, oculta entre algunos jerséis de invierno.

—¿Cuánto hace que te las has puesto? —inquirió Zackary iniciando el paso.

—Justo antes de salir. Mmm... más o menos... —revisó la esfera del reloj—, más o menos hace un cuarto de hora. Por cierto, muchas gracias por acompañarme. No he podido rechazar la invitación de Helen.

—¿Helen?

—La madre de Heather.

Zackary levantó una ceja y le acarició el mentón con los nudillos. Retomando la conversación anterior, preguntó:

—Ahm... ¿Y?

—Están bien —sentenció Aubrey percibiendo la excitación en sus ojos.

—¿Sólo bien?

—Dan gustito al andar —dijo ella deteniendo el ritmo momentáneamente. Cerró las piernas y sacudió un poco la pelvis, sintiendo una ligera vibración.

—¿Te sientes excitada? —le susurró él agarrándola por detrás, besándola en el cuello, justo detrás de la oreja—. Yo lo estoy mucho...

—Es evidente —dijo Aubrey percibiendo cómo el pronunciado bulto que cargaba entre las piernas se clavaba en su cadera.

—Estoy como una moto, Aubrey. Saber que las llevas ahí metidas, con toda esta gente que nos rodea ignorantes de nuestro secreto me pone a cien... —murmuró Zack mordisqueándole el lóbulo de la oreja—. Mmm... hueles maravillosamente.

Aubrey miró en derredor. Nadie parecía darse cuenta, pero se sentía señalada y con todos los ojos puestos en su sexo. Sentía el golpeteo y el peso del látex de aquellas dos suaves y pesadas esferas de color carne del tamaño de una pelota de pin pon vibrando en su interior cada vez que lanzaba un pie hacia adelante para dar el paso.

—Yo también estoy a cien —admitió ella entre susurros.

—De eso se trata, preciosa.

Zackary pasó un brazo alrededor de su cintura y aceleró sus pasos.

Sólo ella notaba el cosquilleo.

Sólo ella notaba cómo iba humedeciéndose a medida que Zack aumentaba el ritmo.

Más...

Más...

Un poco más...

A medida que avanzaban Aubrey comenzó a tener la sensación de que las bolitas descendían pesadamente y resbalaban por su estrecha vagina. Las sentía deslizarse con lentitud. Con deliciosa y extrema lentitud... Contrajo las nalgas y la pelvis apretando el útero. Un ligero gemido brotó de su garganta.

—¿Estás bien? —le preguntó Zackary con una sonrisa de satisfacción en los labios deteniéndose ante un semáforo en rojo para los peatones.

—Perfectamente —aclaró cuando instantáneamente la sensación cesó.

—Sigamos.

—¡Para Zack! —le susurró acariciándole la mejilla cuando las esferas descendieron de nuevo y la obligaron a detenerse otra vez en mitad del paso de cebra—. ¡Uff! Estoy a mil....

—De eso se trata —dijo él absorbiendo sus labios tentadores con los suyos, obligándola a caminar—. Veo que estás sacando rendimiento a tu juguetito... ¡Hace un momento estabas a cien! Espero que reserves algo para mí.

—En cuanto terminemos de cenar nos vamos a casa. Estoy tan excitada que... ¡Oh, sí! —se atragantó con un nuevo gemido.

—Hacía tiempo que no te veía tan dispuesta.

—Esto es nuevo para mí —aclaró ella desacelerando el paso una vez que llegaron al otro lado de la calle—, y la novedad siempre es... ¡ah!, excitante...

—Me alegro de que te gusten de verdad. De haberlo sabido, te hubiera propuesto esto antes. ¡Oye! ¿Qué te parece si nos olvidamos de la cena y nos vamos directamente a la cama?

La sutileza con la que dijo aquellas palabras hizo que a Aubrey se le saltaran dos pulsos.

—Yo estaba pensando lo mismo, Zack —dijo con un mohín en la cara, azotada por un ligero e inesperado temblor—. Pero... Sintiéndolo mucho, no va a poder ser. No tengo ganas de aguantar a Heather enfadada por haber dejado plantada a su madre. Habrá que esperar un ratito... pequeñito, pequeñito, pequeñito...

En su interior crecía el calor y la presión de las esferas que rozaban apretando sus puntos más sensibles le pusieron al borde del orgasmo.

—¿Qué te ocurre ahora? —preguntó él al ver que se detenía otra vez.

—No sé cuánto tiempo voy a soportar esto, Zack —gimoteó cruzando las piernas. Una descarga placentera y profunda le recorrió el vientre—. Quedan todavía dos calles para llegar al hogar de los McLaferti.

Inclinándose detrás de ella, Zackary besó su hombro, antes de decir:

—Aguanta, pequeña...

Aubrey percibió cómo el tono de Zackary era más ligero. Un rastro de admiración se dibujaba en sus ojos.

—Sí —susurró aturdida por la intensidad de su apasionada orden.

Diez minutos después, cuando en otras circunstancias no hubieran necesitado más de tres minutos para recorrer los escasos setecientos metros que les separaban del hogar de los McLaferti, Zackary pulsó el timbre de la puerta.

—¡Heatty! —exclamó Aubrey extendiendo los brazos para saludarla como si hiciera siglos que no se veían.

Todo tenía un por qué y una explicación.

—¡Aubreeeeeyyyy! —resopló Heather siguiéndole el juego. Acercándose a ella, preguntó—: ¿Se puede saber qué narices te pasa esta noche?

—¡Nada! Lo siento —se disculpó al observar el enfado dibujado en su cara. Sonrió y tras apartarse el flequillo de la frente en un acto reflejo, dijo—: Es la costumbre.

—Muy mala, por cierto. Ya sabes lo mucho que se enfada mi hija cuando le llamas así —apreció

Helen acercándose para saludar a Zack—. Zackary...

—Hola.

—Bienvenidos. Os estábamos esperando —le saludó Greg aplastando el cigarro en el macetero de la entrada antes de estrecharle la mano.

—Buenas noches, señor McLafertti —saludó Aubrey nerviosa.

—Parece mentira que después de tantos años todavía no te hayas dado cuenta de lo mucho que le afecta a Heather que le llames así —le reprendió Helen otra vez, arrastrándolas hacia la cocina.

—Sé defenderme yo sola, mamá.

—¿Te apetece un vino? ¿Blanco, tal vez?

—Mejor agua. Con un hielo o dos, a ser posible. —Necesitaba urgentemente bajar la temperatura de su cuerpo—. Ya sabe que no podemos beber alcohol veinticuatro horas antes de volar.

—¿Cómo te va todo? —preguntó Helen ajustando la posición de sus gafas. Luego, se colocó un guante y abrió la puerta del horno para revisar el estado de los panecillos.

—Mmm... ¡Qué bien huele!

—Todavía les falta un poco —comentó Helen McLafertti en alto. Dirigiéndose nuevamente a Aubrey, comentó—: ¿Estás bien? Te noto intranquila esta noche.

—Envidio su habilidad en la cocina, señora McLafertti. Y... y en lo que a mí respecta... Mmm... Estoy bien.

—No sé por qué has hecho tanta comida, mamá —se quejó Heather ordenando los cubiertos en un cestillo de mimbre—. Se suponía que íbamos a tener una cena informal.

—No todos los días se tienen invitados, Heather —le regañó tratando de desempañar los cristales de sus lentes con una servilleta—. Toma asiento, Aubrey. A la cena todavía le faltan unos diez minutos.

—Estoy bien así, Helen —apuntó conteniendo el aliento cuando una de las esferas de látex se deslizó por la humedad caliente de su sexo y el clítoris le respondió con un latido, vibrando ante tan delicioso roce.

—¿Seguro? —preguntó Heather tocándole la frente—. Te noto acalorada.

—Espero que no estés incubando nada.

—Helen, estoy bien —balbució Aubrey—. Sólo un poco cansada y... Bueno...

—Querida, ¿dónde está el abridor? —preguntó Greg desde el salón revolviendo el cajón de los cubiertos.

—¡Hombres! Qué harían sin nosotras —se quejó la señora McLafertti—: Creo que está en el segundo cajón del aparador, Greg.

—¡Heather! —suplicó Aubrey abriendo los ojos de par en par—. Necesito ir urgentemente al baño.

—Ya sabes dónde está. Segunda puerta a la derecha.

Aubrey salió de la cocina y se tropezó con un jarrón del recibidor que a punto estuvo de perecer contra el suelo. Aceleró el paso cuanto pudo y se encerró en el cuarto de baño.

Liberando una de sus piernas, deslizó el pantalón y el tanga hasta que éstos quedaron enrollados en el suelo y apoyó el pie en el inodoro. El sexo húmedo y resbaloso se abría ante sus ojos en el espejo, devolviéndole una imagen fascinante, exquisita y perturbadora.

Contrajo la pelvis.

Las bolitas entraban y salían rítmicamente cada vez más húmedas rozando su clítoris turgente, encendiéndola hasta la locura. Sus pezones casi oscuros se transparentaban a través de su camisa.

Comenzó a temblar. Supo que definitivamente el orgasmo le había llegado cuando las esferas descendieron por su vagina y abrieron los pétalos de su hendidura. Un movimiento telúrico comenzó a asaltar su vientre y se concentró en torno a su clítoris, haciéndolo estallar en mil latidos.

Aquel orgasmo inesperado, ansiado a la vez, se repartió por todo su cuerpo cálidamente.

Aubrey respiró hondamente cuando recuperó el aliento. Sus ojos brillaban cuando se sentó a la mesa.

Estaba tibia y relajada a la vez.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Helen.

Se retiró el pelo del hombro con un gracioso movimiento y pellizcando un trozo de pan, respondió:

—Perfectamente. Tan sólo estoy... cómo lo diría yo... un poco acalorada.

Aquel comentario hizo sonreír a Zackary. Consciente de la cantidad de veces que había oído aquello en la última hora, sonrió y en un tono divertido, reforzó el argumento de Aubrey.

—Esta noche, realmente hace una temperatura espectacular.

—Sí —consiguió responder ella y dándole un manotazo por debajo de la mesa, consiguió que él apartara la mano con la que comenzaba a acariciar pícaramente la parte alta de su muslo.

Poco después, cuando ambos se quedaron solos durante unos minutos en el comedor, Aubrey se aproximó a Zack y mordiéndole sugerentemente en el mentón, le dijo:

—Deja de ser malo... que te conozco.

—No veo el momento de marcharme de aquí y... —Rozándole el hombro, finalmente sugirió—: ¡Vámonos!

Aubrey puso los ojos en blanco y se retiró el flequillo de la cara. Después cogió el vaso vacío y se sirvió un poco más de agua.

—Marchémonos —insistió Zack—, si no quieres que te tumbe sobre la mesa.

Hechizada por el encanto de aquellas palabras, Aubrey susurró:

—De acuerdo. Déjame que me despida de Helen.

—¡Despedirse de quién! —protestó Greg con una sonrisa dibujada en los labios. Portaba una cafetera humeante. Heather le seguía los pasos, con una bandeja con cinco tazas—. El café ya está listo.

—¿Ocurre algo? —inquirió Heather mirándola.

Aubrey quiso decirle que no, pero sin saber por qué, prefirió decir un sí.

—¿Podemos hablar?

—Claro.

El lugar elegido no pudo ser más inocente. Ambas terminaron en el cuarto de baño.

—¿Se puede saber qué te ocurre esta noche?

Heather apoyó el pie sobre el pedal y dejó caer la toallita de papel cuando se abrió la papelera.

Desde el interior del compartimento que separaba el inodoro de la zona del lavabo, Aubrey contestó mientras comenzaba a desabrocharse los pantalones:

—Estoy muy excitada.

—¡Aubreeeyyyyyy! —exclamó Heather alarmada.

Al ver su cara de incredulidad, Aubrey dijo con una sonrisa:

—Si tienes oportunidad, te sugiero que compres unas bolitas de esas... Tú ya me entiendes.

Temblaba mientras pensaba en el placer que había experimentado pocas horas antes.

—Eso está por ver.

Aubrey se encogió de hombros y se lavó las manos.

—No seas tonta, Heather. No te puedes hacer una idea lo estimulantes que son... Yo nunca las había probado pero te aseguro que hoy no será la última vez.

—¿Me estás diciendo que tú... ahora...?

—Nooo, ahora no. Pero no te voy a negar que cuando llegué... ¡Uff! Su efecto aún perdura dentro de mi cuerpo.

Heather entendió a la perfección.

—Hay días que a una le llega un momento tonto y acepta la invitación de un extraño que al final acaba convirtiéndose en un gran amigo —sonrió, guiñándole un ojo—. De esos que se pueden clasificar como íntimos.

Ambas sonrieron.

—Siempre recurres a juegos muy peligrosos.

Aubrey aceptó.

—En el sexo y en el placer nada lo es —dijo apuntándole con su *eyeliner*.

Heather soltó una carcajada y cuchicheo:

—Definitivamente te has vuelto loca.

—Soy muy exigente. ¡Sí! Lo reconozco. Pero, ¿a quién en su sano juicio no le gusta disfrutar? Lo bueno se acaba pronto.

—Desafortunadamente —resopló Heather—. Mañana otra vez comienza la rutina.

—No te quejes tanto. Al menos tú no tienes que estar en el aeropuerto hasta las siete de la tarde. A mí me han citado a las once de la mañana. ¿Te lo puedes creer? ¡A las once! —se quejó delineando el perfil de su ojo izquierdo—. A esa hora tendría que estar todavía durmiendo, recuperándome de la noche tórrida que me espera.

Al oírla, Heather cerró los ojos, y sentándose en el filo de la bañera, afirmó:

—Te quejas de puro vicio, Aubrey.

Molesta por la misma cantinela de siempre, Aubrey miró a Heather y apuntándola nuevamente con su *eyeliner*, replicó dándole la razón:

—Y que lo digas...

—El Reglamento Aeronáutico prohíbe trabajar más de ochenta horas mensuales y nosotras trabajamos treinta horas cada quince días.

—A veces menos —murmuró aplicándose el rímel en las pestañas.

—¡Efectivamente! A veces no llegamos ni a veinte. Incluso hay semanas que si hacemos diez nos podemos dar con un canto en los dientes. Entonces, ¿de qué te quejas?

Aubrey sonrió.

—Tú lo has dicho antes... de vicio.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo, Heather.

Un extraño silencio se hizo entre ellas y Aubrey inquirió:

—¿Qué tal todo con...? Tú ya me entiendes.

—No, no te entiendo.

—¿Lo has pasado bien esta tarde?

—¿A qué te refieres?

—Esta tarde he pasado con el coche cerca de tu edificio y he visto luz en tu dormitorio...  
Interesante, ¿no te parece? ¿No tienes nada que contarme?

Tras maldecir por lo bajo, Heather sentenció, intentando cortar de raíz la conversación:

—¡No!

—Ya —sonrió. Como si estuviera hablando sola, añadió—: Deberías atraparlo bien antes de que otra con más picardía lo seduzca antes que tú.

—¿De qué hablas? —resopló.

—¡Es obvio! El brillo de tus ojos te delata, Heatty. ¿Cómo es él?

—No tengo intención de emparejarme con nadie.

—¿Quién está hablando de eso? —respondió con sinceridad y tras revisar en el interior de su bolso y extraer el rizador, se aplicó por segunda vez la máscara de pestañas—. Yo soy la primera que no necesita a un hombre pegado a mi trasero las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

—Ya somos dos —dijo Heather perfilándose los labios ante el espejo.

—Desde luego, qué básica eres a veces, Heather. Soy atractiva, soy sensual... Y ante todo soy mujer. Y... Y por supuesto, tengo mis necesidades, al igual que tú.

Durante varios segundos, Heather no se atrevió a decir nada. Simplemente se limitó a sonreír.



—Lo mejor que le puede pasar a una mujer es que un hombre la desee... ¡Sí! Eso es..., que le haga el amor y ella se deje arrastrar por el placer, hasta que se le debiliten los pulmones y la garganta se le reseque y la mente se le vuelva oscura, incapaz de ordenar las tres letras de la palabra MÁS con las que todas suplicamos cuando un hombre nos eleva y nos calienta justo cuando sentimos el orgasmo cerca...

Heather apretó las piernas, sintiendo cómo su cuerpo reaccionaba y se acaloraba con la descripción tan precisa que Aubrey acababa de formular.

—Uff... —resopló Aubrey abriendo el grifo para refrescarse ligeramente la nuca—. Como siga así...

—¡Eres única! —sonrió Heather avergonzada, tomando una profunda bocanada de aire.

En ese momento se oyó un ruido de cristales estrellándose contra el suelo en el exterior y Heather abrió la puerta. A Greg se le había caído un vaso al retirarlo de la mesa y su madre estaba recogiendo el líquido del suelo.

—Tranquilas. ¡No pasa nada! Ha sido un descuido. —Y dirigiéndose a Zackary, que esperaba impaciente junto a la puerta, sugirió la señora McLafertti—: Ten cuidado, muchacho.

—No se preocupe, Helen —indicó Aubrey pestañeando con gracia y tras cogerlo del brazo, añadió—: Siento dejarles con todo este jaleo, pero Zack y yo tenemos que marcharnos. Se ha hecho muy tarde y mañana me toca madrugar.

Él sonrió y ella, acercándose sugerentemente a él, le pellizcó la nalga derecha.

Heather cogió una servilleta y ayudó a Greg a recoger algunas esquiras de debajo de una silla.

—Gracias por la cena.

—Siento que la velada haya tenido que terminar de esta manera —se disculpó Greg algo enfadado y extendiendo la mano, mantuvo el apretón de Zack unos segundos—. Gracias a ti por venir, Zackary. Ha sido un placer volver a verte.

Aubrey se acercó a Heather y en un susurro, le dijo:

—Me voy. El primer acto de mi noche de sexo loco terminó hace dos horas y el segundo está a punto de comenzar... No seas tonta, Heatty, ¡disfruta de tu hombre!

—Mira, listilla...

—Lo siento —contestó divertida. Le encantaba sacar de quicio a Heather—. Piensa en lo que te he dicho...

Heather se encogió de hombros y Aubrey soltó una carcajada sin poder remediarlo. Ambas se miraron con complicidad. Inconscientemente, Aubrey volvió a sonreír.

—¿Qué?

Sin querer desvelar su secreto a los demás, Aubrey la miró con exigencia y musitó, antes de que ambas se deshicieran de su abrazo:

—Las bolas...

Aquella noche, cuando Aubrey regresó a casa con Zack, ambos jugaron con la sexualidad de sus cuerpos hasta el empacho.

Esa noche, Heather echó de menos la visita de Rhian.

*¿Dónde se había metido?*

*¿Por qué no había aparecido aquella divina distracción que tanto placer le ofrecía?*

Intentó no pensar en él, pero por alguna extraña razón, la intensidad de aquellos ojos azules traspasaba sus recuerdos, anulando el resto de sus pensamientos.

*No puedo pensar en él, no puedo pensar en él...*

*¡Definitivamente has sido una inocente y una crédula!* —le dijo la voz de la conciencia, dejándole un sabor amargo en el estómago.

Heather reprimió una sonrisa de suficiencia. Resultaba vergonzoso darse cuenta de la facilidad con la que había sido engañada.

*¿Lo había sido realmente?*

*No puedo pensar en él... ¡No puedo!*

Pero el demonio rojo de orejas puntiagudas y cola larga que se sentaba sobre uno de sus hombros la miró con humor e inclinándose ligeramente hacia adelante, le exigió:

*¡Debes!*

La vida le daba una segunda oportunidad. Una oportunidad que, esa noche, lamentablemente, no contemplaba convertirse en realidad.

Heather volvió la cabeza para fijarse en Carlota. La *Bichón Frisé* correteaba por la habitación tras un improvisado juguete, una pequeña pelusa, que hizo que ella olvidara provisionalmente sus problemas, hasta que, de manera inconsciente, su ángel de la guarda le golpeó el hombro contrario y le dijo:

*¿Cómo vas a hacer eso? Ni siquiera le has hablado a Aubrey de él. Olvídalo de una vez. Rápido.*

*¡Olvídale!*

*No, no, no. ¡NO! Mira hacia delante, Heather* —le exigió la voz de su conciencia materializada en aquel personajillo rojo que saltaba sobre su hombro—. *El horizonte del pasado es muy oscuro y si sigues así, pasarás el resto de tu vida en una jaula de cristal, recordando lo que pudo ser con Derek y no fue. Rhian te ha dado a probar unos bocados de libertad que nunca antes pensaste en saborear...*

Heather se puso de pie y comenzó a deambular por el apartamento con la mirada perdida en sus propios miedos. Su incertidumbre debió hacerse patente, porque Carlota, colocada estratégicamente a su espalda con las orejas levantadas en estado de alerta, comenzó a perseguirla.

Era la una y media de la madrugada, y por alguna extraña razón, ninguna de las dos había conseguido todavía pegar ojo.

Se sentó lánguidamente en un taburete de la cocina y cerró los ojos, inclinando la cabeza hacia atrás mientras una sensación de anhelo y desesperación luchaban encarnizadamente contra sus propios deseos.

Recuerdos calientes destellaron a través de su mente, excitándola, haciendo que una pícara y genuina sonrisa se dibujara en sus labios.

A las dos y cuarto de la madrugada volvió a tumbarse en la cama, en un infructuoso intento por quedarse dormida.

Eran las cuatro y veintitrés cuando, tras un tercer intento por mantener controlados los nervios que le atenazaban y que se centraban en torno a su pelvis, abrazó la almohada.

*¿Qué le pasaba? ¿Por qué se sentía así?*

*¿Tenía él algo que ver con su frustración?*

—¡Maldita sea, Rhian! Esto no se hace —gritó golpeando la almohada sintiendo cómo los remordimientos barrían su subconsciente.

La noche avanzaba lenta, muy lentamente. Y sus pensamientos con ella.

Al alba, a las cinco y treinta y siete minutos, cuando el sol comenzaba a entretejer el horizonte con tonalidades anaranjadas y los primeros rayos traspasaron los finísimos visillos blancos de las ventanas, cayó en un agitado sueño.

A esa misma hora, en la carísima *suite* presidencial del *Hotel Hilton*, ubicada en la planta veintinueve, Rhian Hoover hacía un verdadero esfuerzo de contención.

—¡Oh...! Sí... —gimoteó Kirsten cuando él se ensartó de nuevo en ella—. Siga... Siga...

Rhian gruñó cuando los húmedos y caldeados pliegues femeninos se dilataron y contrajeron, succionando su virilidad. Luego, al percibir cómo él disminuía ligeramente el ritmo, la senadora Felton apretó los muslos en torno a sus caderas y exigió:

—¡Másss! Más rápido... Más rápido, por favor...

¿Más?

Si aumentaba el ritmo lo iba a destrozar.

—¡Oh...! ¡Sí! —Rhian sacudió la cabeza lentamente y tragó saliva intentando no derrumbarse ante ella... Ante ella no—. No se resista, por favor.

Lanzando un gruñido casi animal al sentir los húmedos y caldeados pliegues femeninos acoplándose en torno a su miembro, Rhian Hoover aumentó la profundidad de sus embestidas.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó él cuando todo terminó. Suspiraba profunda y acaloradamente.

—Sí, sí, estoy bien. Gracias —contestó Kirsten Felton hiperventilando peligrosamente mientras saboreaba los restos de placer que aún se concentraban en torno a sus pliegues—. Si mis caderas fueran el manillar de una moto, podría asegurar que es usted un gran piloto. El mejor de todos...

—¿Seguro?

—¡Oh, Señor! —exclamó sin poder evitarlo mientras se tapaba la cara con las manos cuando una nueva descarga eléctrica se concentró en su clítoris—. Síííí...

—Shhhh... Relájese —musitó él con un sensual, atrayente y varonil tono de voz—. Disfrute del placer que todavía riega su cuerpo.

Acariciándole el vientre y recorriendo con sus uñas el perfil de los tatuajes que se concentraban allí abajo, la senadora Felton sugirió cuando él cerró los ojos con somnolencia:

—Trate de dormir un poco.

Rhian entrelazó los dedos a la altura de la nuca y cambió de posición. Despertó unos minutos después de las once. Tuvo que obligar a sus ojos a acomodarse a la penumbra de la habitación.

—¿Está usted bien? —preguntó Rhian con la boca seca mientras ella se retiraba su ondulada melena rubia de la cara. Después se levantó de la cama.

—Sí... Sí... sí... Tengo un terrible dolor de cabeza —balbució la senadora Felton aspirando nerviosa el humo de un cigarro. Estudiando con detenimiento las arrugas de su entrecejo le preguntó—: ¿Arrepentido?

—¿Por qué?

Alzó una ceja y se acercó unos pasos a la cama con una toalla blanca alrededor de la cintura.

Ella lo observó inquieta, obnubilada por aquellos succulentos y masculinos tatuajes. Todo su cuerpo era puro músculo y fibra, una escultura en toda regla.

—La respuesta es obvia. —Se hizo el silencio. Momentáneamente. Después de unos segundos, ella añadió—: Es usted un hombre muy exquisito, señor Hoover, y... y yo no soy su tipo de mujer.

Rhian sonrió desplegando su más que estudiada sonrisa sensual. Sin apenas tener tiempo para fabricar una respuesta adecuada, ella continuó hablando:

—No se lo tome a mal, señor Hoover, pero... siento... —balbució—, siento que todo haya terminado tan rápido.

Sin poder evitarlo Rhian le tomó la barbilla y le obligó a enfrentarse a sus ojos azules.

—No tiene más que avisarme cuando necesite tranquilizarse otra vez... —susurró con sugerencia rozándole el óvalo de la cara con los nudillos.

—He de reconocer que usted —murmuró clavando sus inquietantes ojos en él—, con su fogosidad y ese don que tiene, amansa toda mi intranquilidad.

Interponiendo un poco de distancia física entre ambos, él apuntó con voz inexpresiva:

—Es un placer.

—Me gustaría proponerle algo —tartamudeó.

—Usted dirá.

—Acérquese más a la luz para que pueda observarlo con detenimiento, joven. Quiero asegurarme de que mis palabras no le comprometen a nada. Si no está de acuerdo en algo, si le resulta violenta mi propuesta... —aspiró profundamente el humo de su cigarro antes de continuar—, le ruego me lo haga saber.

Clavando sus cansados ojos azules en la mujer rubia de mirada oscura y profunda, Rhian Hoover apuntó:

—Ya sabe usted que mi misión es complacerla en todo lo respecto a...

—Lo sé —le interrumpió ella, cariacontecida—. Y se lo agradezco una y mil veces. Su esfuerzo no está recompensado con nada. Ni siquiera con el dinero que recibe. La debilidad femenina es muchas veces insana y las mujeres nos volvemos cada día más exigentes, más posesivas y... Quiero pedirle disculpas.

Rhian sonrió ligeramente.

—No tiene por qué.

—Lamento haberle puesto entre las cuerdas, pero necesitaba sentir sus poderosos brazos en torno a mi cuerpo. El poder que usted ejerce sobre mí no se parece lo más mínimo a las caricias sutiles que me ofrece mi marido.

—Le agradezco el cumplido.

—Señor Hoover —atajó—. Escúcheme con atención.

—Soy todo oídos, senadora.

—Kirsten. Entre nosotros hay suficiente confianza como para que pueda llamarme Kirsten. —Dio una profunda bocanada al cigarro y, aguantando el humo en los pulmones, lo expulsó lentamente. Después, continuó con su exposición—: Rhian. ¿Le puedo llamar Rhian, verdad?

Él asintió.

—Voy a hacer un viaje a *Rusia*, concretamente a la ciudad de *San Petersburgo*.

—Bonita ciudad —afirmó apreciativamente. Caminó pesadamente por la habitación y se sentó en un sillón.

—Sólo tres días. Cuatro a lo sumo. En plena campaña no puedo ausentarme mucho más. ¿Le gustaría acompañarme? —Rhian elevó una ceja con incredulidad—. Como comprenderá, lo de hoy ha sido un aperitivo en comparación con lo que me gustaría hacer con usted, joven.

Rhian apretó los labios y después sonrió mostrando una hilera de dientes perfectos.

—No veo la necesidad de ir tan lejos.

—La hay, querido, la hay.

Rhian quiso decirle que él no era el querido de nadie, pero finalmente, prefirió omitir la apreciación.

—Hay un local allí al que me gustaría asistir —dijo ocultando el labio superior detrás de los dientes—, y me encantaría ir con usted.

—Mmm... ¿Qué le hace pensar que yo...?

—Algo me dice que no le agrada mi propuesta —convino ella apreciando la tensión de su rostro—. Sabe que por el dinero no hay problema.

Rhian trató de medir sus palabras.

—Ciertamente lo que me ofrece es poco habitual.

—Lo sé. Y también sé que la última decisión es suya. Pero si hay algo que yo pueda hacer para garantizarme un sí... —Rhian tensó los músculos cuando ella se acercó y le besó melosa en el hombro—, no dude en pedírmelo. Si a las tres de la tarde no he obtenido respuesta, entenderé que la propuesta no ha sido de su agrado y tendré que marcharme sola. Y... Y créame cuando le digo que es lo último que me apetecería hacer.

Rhian estudió el rostro de la mujer.

—No me deja usted mucho margen de maniobra. Una buena decisión ha de madurarse mínimamente.

—En política, tres minutos son una eternidad. Si pasas más de cuatro meditando algo, seguro que la decisión final no va a ser buena.

—¿Y qué hay de su marido?

—Desde que accedí al cargo, el mayor problema al que me he tenido que enfrentar no tiene nada que ver con coaliciones, ni siquiera con las pugnas en mi partido que como usted habrá oído, son abundantes, sino que todas tienen que ver con mi matrimonio. ¿Me sigue?

—Lo intento.

—A pesar de que hace unos días anuncié a través de un escueto comunicado de prensa mi intención de divorciarme de mi marido, la polémica me persigue. Al parecer, según algunos, en ese comunicado se dejaba poco claro el motivo de mi ruptura, por lo que la imaginación ha hecho que volara en torno a posibles terceras personas involucradas.

—Los rumores sobre su separación se han elevado en numerosas ocasiones —contestó Rhian percibiendo cómo ella deshacía el nudo de su toalla.

—Cierto. La última alarma sobre una posible ruptura surgió las Navidades pasadas. Presenté la demanda de divorcio, pero me sentí miserable y aguanté hasta que finalmente no pude soportarlo más. Pese a que siempre he querido a mi marido, no he sido capaz de aguantar más su personalidad controladora y posesiva, su gasto irresponsable, sus deudas sucesivas... y... y lo que es peor, sus infidelidades.

—La fidelidad es un invento de la evolución humana, señora.

—Kirsten —dijo ella mordiénole el labio inferior—. Desde un punto de vista biológico, la fidelidad está prácticamente asegurada cuando se está enamorado, Rhian. Pero... —suspiró y acto seguido comenzó a besar su torso desnudo dejando un pequeño reguero de saliva en torno a su *piercing*—, cuando el enganche hormonal se termina, como es mi caso, aunque queramos profundamente a esa persona, necesitamos de otros valores y sobre todo de voluntad para continuar siendo fieles. Mi marido, para mí, ya no es una inversión de futuro... En cambio, usted...

—Señora, yo...

—Shhhh... —le ordenó tajante con la respiración entrecortada y el corazón desbocado, sintiendo cómo la sangre se concentraba provocativamente en el centro de su deseo. Le miró a los ojos con una nota de desafío, curvó los labios y sonrió con gesto burlón antes de decir—: Prometo pagarte las horas extras muy bien...

Mirando su propio reflejo en el espejo, Rhian suspiró y tras entender que era mejor no llevar la contraria a la senadora Felton, asintió.

Una hora y media después, cansado, deshidratado y hambriento entró en el aparcamiento subterráneo del hotel y encendió el motor de su *Bugatti Veyron Grand Sport Vitesse Rembrandt*. De inmediato se encendieron los faros y las puertas quedaron bloqueadas. Las ruedas rechinaron en el hormigón impreso y en un instante, sujetando con firmeza el volante, se dirigió a la salida.

El estribillo de la canción *I Don't Want To Miss A Thing*<sup>[8]</sup> interpretado por *Aerosmith* inundó la cabina del vehículo y le hizo recordar lo que precisamente en ese momento no quería: a Heather.

*Don't want to close my eyes*

*I don't want to fall asleep  
Cause I'd miss you baby  
And I don't want to miss a thing  
Cause even when I dream of you  
The sweetest dream will never do  
I'd still miss you baby  
And I don't want to miss a thing*

Unos minutos después, Rhian apreció cómo se encendía un piloto rojo sobre el salpicadero avisándole de la entrada de una llamada. Inmediatamente, tras apretar un botón del volante, se activó el altavoz.

—¿Dónde demonios estás metido?

—¿Qué quieres, Jack? Llego enseguida —le anunció maniobrando para adelantar a un camión—. Estoy conduciendo.

—Acabo de recibir una llamada del hospital.

Rhian apretó los dientes y blasfemó en silencio imaginándose lo peor.

—¿Sigues ahí? —Jack sólo escuchaba el rugido del motor a través del auricular. Al no recibir respuesta de Rhian, soltó la bomba informativa—: Adrien está en cuidados intensivos.

—¡Maldita sea, Jack! —exclamó perplejo, con las pulsaciones a mil—. ¡¿Por qué no me has avisado antes?! ¡En una hora y media salgo de viaje! ¿Qué ha pasado?

—Tres tipos han permanecido en actitud desafiante toda la noche a las puertas de *Gloss* hasta que Justin y Adrien han terminado su turno.

Rhian apretó los puños y golpeó varias veces el volante.

—Al parecer uno de los tres agresores rompió un vaso contra el suelo e intentó clavárselo a Justin en la cara cuando estaba abriendo la puerta del coche. ¿Me sigues?

—Necesito que llames urgentemente a McFarland y que...

Adelantándose a sus pensamientos, Jack contestó:

—Le he dejado un mensaje en el contestador.

—Perfecto —suspiró aliviado intentando corregir la dirección del *Bugatti Veyron Grand Sport Vitesse Rembrandt*—. Avísame en cuanto sepas algo. En menos de dos horas me marchó a *San Petersburgo* y no regresaré hasta dentro de tres días.

—¿Felton? —El silencio de Rhian le confirmó sus sospechas. Antes de colgar, sugirió—: Ten cuidado Rhian.

Rhian recorrió en diez minutos una distancia que, en otras circunstancias, le hubiera supuesto más de veinte.

Aparcó, se duchó y comió en siete minutos y sólo cuando se observó en el espejo para ver que estaba listo, se dio cuenta de lo cansado que estaba.

*¿Por qué todo tenía que complicarse tanto?*

*¿Por qué, maldita sea?*

*¿Por qué?*

Miró el reloj. Las manecillas doradas de su *Rolex* le indicaron que faltaban veinticinco minutos para las tres cuando accedió a uno de los reservados de la sala *vip*, arrastrando una pequeña maleta *Louis Vuitton*.

Horrorizado como pocas veces en su vida, hojeó las páginas del periódico con desesperación mientras su cabeza meditaba cuán óptima era la decisión que, sin pensarlo, ya había dado por buena.

—He de reconocer que no contaba con su presencia —le susurró la senadora Felton abrazándolo por detrás. Recorriendo su mentón con la uña de su índice, añadió—: Aunque vestido es usted un hombre muy atractivo, señor Hoover, he de reconocer que lo prefiero desnudo

Rhian percibió cómo se le tensaban todos los músculos del cuerpo. Sin dar crédito a sus palabras y sin responder a la avalancha de preguntas que paralizaban su razón, tragó saliva y se pasó la mano por el pelo.

Luego, dio un trago a su copa de champán y tras colocarse correctamente el faldón de la chaqueta sastre de su traje, cogió la maleta y, como el patito recién nacido que persigue con torpeza a mamá pata, recorrió los laberínticos pasillos privados del aeropuerto, dos pasos por detrás de la senadora Felton.

Diez minutos después, un elegante jet privado rasgaba el aire y se adentraba en el cielo plomizo que cubría la ciudad.

Ya no había vuelta atrás.

Kirsten Felton estaba cansada. Odiaba los viajes tan largos. Tenía las piernas hinchadas y una fuerte quemazón en la boca del estómago.

La lectura le había dado varias horas de disfrute, pero después de acabar la revista, de releerla una y otra vez, nada le quedaba más por hacer que...

Sus ojos brillaron expectantes al observar a Rhian Hoover.

Estaba dormido. Incluso así, se le veía atractivo. Llevaba un traje gris marengo y el botón del cuello de su camisa blanca desabrochado. La corbata floja, con el nudo a mitad del pecho.

Rendida ante el aburrimiento, Kirsten aspiró su perfume y comenzó a acariciarle los muslos, incitándole a que abriera las piernas para tocarle en un punto más íntimo.

Rhian abrió ligeramente los ojos y observó que a su alrededor las luces estaban apagadas.

—Ponte cómodo, querido —le susurró ella echándole el aliento en la oreja—. Enseguida vamos a aterrizar y...

Rhian no necesitó saber nada más.

Oleadas de placer recorrieron su cuerpo cuando los atrevidos y sugerentes dedos de la senadora Felton le bajaron la cremallera y atraparon la turgencia que comenzaba a palpitar impaciente entre sus piernas.

—Relájese, Rhian —sugirió—. Dicen que todo lo bueno se acaba pronto y, muy a mi pesar, he de reconocer que es cierto.

—Estar ausente no anula el recuerdo, ni compra el olvido.

—Tampoco nos borra del mapa, querido. Espero que no se olvide nunca de esta experiencia.

—Será difícil de olvidar —suspiró.

—Rhian, es usted un gran hombre, con una mente abierta y sin restricciones para comprender a las mujeres —admitió. Luego, se mordió el labio inferior y le acarició el mentón con el perfil de sus uñas antes de decir—: Solo puedo estar agradecida con usted.

Rhian miró por la ventanilla intentando ver algo que le distrajera en plena noche. En el exterior, las estrellas perlaban el cielo nocturno mientras que en el interior de la cabina del avión la tentación pendía como una espesa niebla.

—¿Se encuentra bien?

—Un poco cansado. Nada más.

—¿Está seguro? —inquirió ella, acomodando su mano en torno al miembro que aleteaba en su interior.

—No —se atrevió a decir, echando la cabeza hacia atrás. Su corazón comenzó a latir más deprisa—. No...

—Lo suponía —dijo cruzando una pierna sobre la otra. Después, bebió un poco de agua antes de señalar—: Tiene sentimientos y todo esto le desestabiliza, ¿me equivoco?

Rhian no contestó. Tomó una revista y se concentró en pasar las páginas.

—El silencio es el más potente de los sonidos —convino. El entusiasmo llameó en sus ojos. Acomodándose sobre sus piernas, musitó—: El sexo es el consuelo para los que como nosotros ya no tienen amor. Permítame que disfrute de su cuerpo una última vez. Relájese.

Desesperado, y con el humor cada vez más negro, Rhian apretó la mandíbula, cerró los ojos y abrió las piernas, permitiendo que ella se arrodillara frente al asiento.

—Tranquilo... —sugirió, perfilando una maquiavélica sonrisa en los labios cuando él dejó caer los brazos y apoyó la cabeza en el asiento—. Sé que está agotado, pero ya falta poco. El recuerdo de este



momento excitará mis ideas, desvelará mis noches e iluminará mis mañanas. Se lo aseguro.

Rhian se sintió aliviado cuando, media hora después, el tren de aterrizaje del avión rasgó la pista y las luces de la cabina se encendieron.

Aspiró hondo, miró el reloj —*eran las diez menos cuarto*— y, despidiéndose con un escueto «Adiós», se enfundó el abrigo y comenzó a descender la escalerilla del avión con una pesada cargazón entre las piernas.

Minutos después, telefoneó a Jack.

—¡Rhian, por fin! ¿Se puede saber dónde narices te has metido?

—Acabo de aterrizar. —La voz de Rhian se redujo a un susurro—. Al final el servicio se ha prolongado más de la cuenta.

—Estaba preocupado —suspiró Jack, aliviado—. ¡Hace cuatro días que tenías que haber regresado!

—Lo sé —contestó enfadado, liberando esa parte de conciencia que lo perseguía. Apretó la mandíbula y se frotó la oreja contra el hombro—. Para mí tampoco ha sido nada fácil, Jack.

Vergüenza, furia e impotencia inundaban a Rhian Hoover.

—¿Estás bien?

—Cansado —dijo observando las maniobras de aproximación a pista de un *Jumbo Jet Boeing 747* de fuselaje ancho que sobrevolaba las inmediaciones del aeropuerto.

Precisamente, en el interior de aquel avión, viajaba Heather Rothscill.

—Lo siento.

—No te lles mal rato, Sarah —sugirió Heather a la auxiliar de vuelo en prácticas. Tras comprobar las pestañas de anclaje del *trolley* y tomar un poco de agua, añadió al percibir la cara desencajada de la joven—: Con los años y la experiencia aprenderás a reconocer a los pasajeros sin necesidad de conocerlos.

—Eso espero.

Sarah se mordió el labio, intentando no dejarse vencer por la frustración

—Hazme caso. Tienes que aprender a darle la importancia justa a lo que te digan. Nosotras estamos aquí para garantizar su seguridad tanto en un procedimiento normal como en caso de emergencia. ¡Nada más! —Sarah asintió, pero en su rostro se seguían observando signos de preocupación—. Nos cruzamos a diario con cientos de pasajeros. A la mayoría no los vas a volver a ver en tu vida, así que tranquilízate.

—Como tripulación auxiliar tenemos que tener una buena disciplina mental para tratar con el público y estar muy concienciados de nuestras funciones y responsabilidades para que el vuelo se desarrolle de forma segura y cómoda para todos —apuntó afirmativamente Craig, el sobrecargo.

—Todos hemos pasado por situaciones parecidas —comentó Heather tras beber un poco más de agua. Abriendo ligeramente la cortinilla que separaba el *galley* trasero del resto de la cabina, añadió—: Fíjate. ¿Ves a aquel hombre de allí?

—Emm... déjame ver. —Craig se apartó ligeramente cediéndole algo más de espacio a Sarah—. ¡Sí!

—Aquel es el típico nervioso —señaló Heather.

—Y aquella la que intenta hacerse la simpática —indicó Craig con una sonrisa de oreja a oreja—. Sólo tienes que fijarte cómo le agarra a Paul del brazo.

—Sí.

—Yo sé de una que, de estar aquí presente, ya le hubiera cortado la mano —apuntó Craig recordando a Darlene, la celosa novia de Paul, justo antes de comenzar con el discurso previo al aterrizaje—. Señores pasajeros, en breves momentos...

—Te puedo asegurar que a estas alturas del vuelo, ya no quedaría de ella más que la ropa —apostilló Heather con una sonrisa.

—De eso estoy seguro —afirmó Craig interrumpiendo momentáneamente la alocución. Después de guiñarles un ojo a ambas, continuó—: Asegúrense que el respaldo de su asiento está en posición vertical,

el cinturón abrochado y su mesa sujeta. El comandante y toda la tripulación esperan que hayan tenido un vuelo agradable y confían en verles nuevamente a bordo.

A las diez y treinta y siete, cuarenta y tres minutos antes de la hora prevista, el *Jumbo Jet Boeing 747* tomó tierra.

Heather suspiró feliz, agradecida por haber terminado la jornada.

A pesar de que ese día había sobrevolado siete países y aterrizado en cinco, su mente había permanecido donde lo había estado durante toda la semana: en casa, junto a Rhian.

Por mucho que se había esforzado, aquella jornada había sido como la anterior... y la anterior... y la anterior...

Tras una semana de ausencias intentando recordar aquella voz seductora y varonil susurrando con ternura «*Enciéndete para mí...*», anhelando el roce de aquellas anchas manos de largos dedos en cada pliegue, en cada poro de piel arrebolada por el deseo, por *su deseo*, Heather no había sido capaz de controlar aquella febril excitación que le recorría todo el cuerpo entero.

—Gracias por tus consejos.

Heather no pudo evitar esbozar una tierna sonrisa. Sarah era vivaz, alegre... en líneas generales, una buena auxiliar de vuelo.

—Aprenderás a dar la importancia justa que tienen las cosas en cada momento. Te lo aseguro —le dijo Heather colocándose los guantes de piel. Después, saludó al auxiliar de tierra que esperaba con una silla de ruedas en el *finger*<sup>[9]</sup> para recoger a una pasajera con problemas de movilidad—. Buenas noches.

—Hola. Mmm... Parece que va a llover.

Desesperada suspiró y, retirándose el flequillo de la cara, comentó:

—Sí. Eso parece.

En ese momento Craig se acercó. Con su buen humor habitual, cabeceó, le guiñó un ojo y siseó mirándola:

—Ya tenemos autorización. Comenzamos a desembarcar.

—Perfecto.

A las once menos veinte, el servicio de limpieza accedía a la cabina para su puesta a punto para el vuelo de las seis y media de la mañana.

Heather arrastró su pequeño *trolley* y tomó un taxi.

Media hora después, tras apreciar que el conserje había sustituido el plafón fundido del vestíbulo y que el característico chirriar de la puerta del ascensor había desaparecido, pulsó el botón de la octava planta, ansiosa por llegar a casa.

Necesitaba quitarse los zapatos urgentemente. Tenía los tobillos hinchados y la rozadura del talón la estaba matando.

Rhian observó cómo ella se quitaba la chaqueta y buscaba algo en el interior de su bolso, mientras sujetaba la puerta del ascensor con la redondeada punta de su zapato de tacón.

Llevaba más de tres horas sentado en la escalera de emergencia, junto a su pequeña maleta *Louis Vuitton*. El olor a humedad y basura mojada del callejón inundaba sus fosas nasales. Sus pensamientos no se habían desviado ni un segundo de ella.

Inhalando la sutil fragancia almizclada del perfume de Heather, Rhian consiguió decir con voz temblorosa:

—No recordaba lo hermosa que eres...

Al escuchar aquel tono de voz, Heather Rothscill se paró en seco. El corazón comenzó a palparle con insistencia. Las llaves se le cayeron de las manos y golpearon el suelo. Después de recogerlas, susurró incrédula, sorprendiéndose a sí misma por su reacción:

—¡Vaya! —Las palabras se le atascaron en la garganta al preguntar—: ¿Qué haces ahí?

Una oleada de insatisfacción le recorrió a él la espina dorsal.

—Sí... vaya —repitió Rhian acercándose a ella hasta absorber el olor de su piel y desnudándola con su particular juego de azuladas miradas insinuantes.

*Su cercanía...*

*Mmm... ¡Sí! El calor que irradiaba su cuerpo le volvía loco.*

*Aquella mujer era su locura particular: su vicio.*

Después de tomarla por la cintura y besarle el hombro por encima de la seda de su camisa, musitó:

—Te echaba de menos...

Inmovilizada por aquel hombre que le sacaba apenas una cabeza, Heather se sintió asustada y nerviosa. Y salvajemente excitada cuando aquellos ojos azules buscaron los suyos. Un calor terrible se apoderó de su cuerpo y sin poder evitarlo, se apartó de él y le ordenó:

—¡Márchate!

Al ver el brillo beligerante en los ojos de ella, Rhian sintió una punzada de deseo. Aquella mujer, sus ojos, su boca, su piel... ella en sí misma era una morbosa tentación. Con gesto indescifrable, se mordió el labio inferior, la miró y comentó:

—¡Genial! —Torció la boca en una débil sonrisa y arrugó la nariz—. ¿Me has echado de menos?

Aquellas palabras y, en especial el sugerente tono de su voz, hicieron que a Heather se le erizara el vello de la nuca.

—Tomaré eso como un sí —dijo él cuando ella no respondió, obligándola a enfrentarse a sus ojos.

—Márchate, Rhian —dijo retirándose el flequillo de la cara—. ¡Eres un ser despreciable!

—¡Fíjate! —Alzó la ceja con sugerencia y reduciendo un poco más el espacio que había entre ellos, deliberadamente, le sujetó la mandíbula y le obligó a enfrentarse a sus ojos—: Tú a mí me pareces una bellísima persona, pero es muy posible que los dos estemos absolutamente equivocados.

Aquel tono de voz cautivador volvió a ponerla en tensión. Intentando tragar las palabras que se agolpaban en su mente, Heather respondió:

—El corazón humano es muy complejo pero la intuición femenina no suele fallar.

Rhian apretó los dientes forzando una sonrisa y rodeó a Heather con un brazo. Rozó la cremosa piel de su cuello y el calor corporal femenino lo atravesó. Un fuego incontrolable se prendió en su interior. Un fuego que debía extinguir o de lo contrario, ardería como una tea.

Heather se excitó todavía más cuando él puso la mano sobre su pecho y su pezón reaccionó, apretándose contra su palma. Nunca antes lo había visto tan sexy, tan varonil... Su piel irradiaba frescura, a pesar de que una suave sombra marrón rodeaba sus ojos cansados. Con aquel traje oscuro y los botones superiores de la camisa abiertos, aquel hombre estaba arrebatador. Al trasluz, parecía que sus tatuajes querían cobrar vida y traspasar el suave algodón blanco inmaculado de su camisa.

—No tengo ganas de discutir —anunció él. Le miró y levantó una ceja. El desconcierto cruzó por su cara al ver la reacción de ella—. He tenido un día muy complicado.

Incapaz de continuar un segundo más callada, Heather se giró e interponiendo el bolso entre ambos, se enfrentó a su mirada.

Casi no podía respirar, ni mucho menos hablar. La tensión y la excitación del momento impedían a sus cuerdas vocales la articulación de sonido.

—¿A qué estás jugando, Heather? —inquirió Rhian metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

Heather sintió el ardor en sus mejillas y evitó momentáneamente su mirada. Se giró, dándole la espalda.

—Eso mismo me pregunto yo —musitó tratando de controlar el temblor de sus manos. Nunca antes le había costado tanto introducir la llave en la cerradura. Balbuceando a duras penas, preguntó—: ¿Tú y yo qué somos?

*Oh, no. Oh, no...*

La cabeza de Rhian daba vueltas sin parar.

*No vayas por ahí, princesa...*

*Ahora no, por favor...*

Rhian todavía no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿De verdad necesitas ponerle nombre a lo nuestro? —preguntó finalmente. Todo aquello parecía una pesadilla—. Si he hecho o dicho algo que te hiciera pensar que... ¡Uff! No sé en qué pensar.

—¡Claro! Claro que lo entiendo —balbuceó—. Eres un gran actor. Te mereces una estatuilla.

*¿A qué se refería?*

Alzó la ceja inquisitivamente.

Haciendo caso omiso a aquel gesto tan varonil y tan sexy, ella prosiguió:

—Me tratas como un pañuelo de usar y tirar. Eres un maldito... un maldito...

Sin perder un ápice de su humor, la miró, rozó su labio inferior con el pulgar y dijo:

—Dilo, pequeña... Puedo oír tus pensamientos.

—¿En serio? —se le escapó.

—Así es —afirmó él acariciándole el óvalo de la cara con los nudillos hasta alcanzar el mentón.

Sintiendo cómo se le calentaba hasta el alma, Heather contrajo los ojos y, haciendo acopio de los últimos pedazos de su desarmada valentía, afirmó:

—Eres... eres un maldito depravado que solo sabe aprovecharse de mí sin pensar en mis sentimientos.

*¡Bravo! ¡Bravo!* —gritó su angelito blanco saltando sobre su hombro derecho aplaudiendo el comentario.

*¡No! ¡No! ¡No!* —vociferó su demonio sobre el hombro contrario, alzando amenazadoramente el tridente de tres púas.

—En absoluto —negó Rhian con un tono frívolo antes de besarle en la sien—. Si fuera cierto no estarías tan tranquila. ¿Algo más?

El gesto de desaprobación de su boca bastó para indicarle que a Heather no le había gustado la pregunta.

—¡No! —gritó olvidándose de aquellos dos personajes que materializaba la parte buena y la parte mala de su conciencia. Deshaciéndose de su abrazo, apostilló—: ¡Por ahora...!

—Tú y yo hacemos un buen equipo, Heather —le susurró desde atrás, cuando ella intentaba introducir infructuosamente otra vez la llave en la cerradura—. Cada uno soporta lo que el otro no puede.

—Y... ¿Y qué se supone que es? —preguntó entrando sin querer en su juego.

—Placer, Heather. El más exquisito y dulce placer —dijo aspirando su aroma—. Llevas una semana esperando a que te acaricie...

Eso era cierto. No había otra cosa que deseara más...

—Estoy cansado y tengo hambre de ti. —Se mordió el labio y alzó las cejas de un modo tan sugerente que a Heather se le contrajo el estómago—. He tenido una semana horrible.

—Rhian, por favor...

Empezaba el mismo juego de siempre.

—Eres como una droga para mí y... nublas mi mente, princesa. Me anulas cuando estás cerca.

—Rhian...

—Shhhh... —siseó acariciándole los labios con el pulgar—. No puedo pensar en otra cosa más que en adorarte, pequeña. He tenido una semana horrible. Estar alejado de ti ha sido la peor tortura a la que me he tenido que enfrentar en la vida.

Sus manos cobraron vida y recorrieron su espalda y después sus caderas.

—Por favor... —suplicó por tercera vez acalorada por su propia excitación.

Posando posesivamente el dedo índice sobre aquellos carnosos labios desmaquillados, exigió

silencio:

—Shhhh... princesa... —Y reclamando fervientemente lo que el cuerpo de ambos necesitaba, solicitó—: ¿A qué esperas para encenderte para mí?

*¡Oh, las maravillosas palabras!*

Heather se sintió embriagada por la sensualidad de aquellas palabras. Su centro del placer comenzó a palpar impaciente mientras su mente se dejaba llevar por la exquisita humedad que la lengua de él iba dejando al incursionar en su boca.

Una vez que él le despojó de todas sus ropas y ella le mostró la febril turgencia acalorada de sus carnes húmedas y excitadas, Rhian devoró pasionalmente cada uno de los pliegues acaramelados de su cuerpo mientras ella se dejaba arrastrar hasta el limbo una y otra vez, una y otra vez...

Una y otra vez...

—Eres mi nuevo vicio, Heather —gruñó besándole el clítoris por tercera vez cuando tras dos horas de relax él comenzó de nuevo a saborear la humedad de sus pliegues.

Ella pestañeó rápidamente y cambió la expresión de su rostro volviéndolo serio y amenazante.

Rhian carraspeó, absorbiendo la turgencia rosada e inflamada mientras su mano hacía un recorrido ascendente desde el tobillo, lento y progresivo, antes de decir:

—Te deseo tanto...

El cuerpo de Heather, electrizado y poseído por él, se movió ante un nuevo embiste más profundo de su lengua.

—¿Qué pasa, Heather? —Después de un silencio incómodo, Rhian levantó la cabeza y apoyó la barbilla en el abdomen de ella, fijando su implacable mirada azul en los chispeantes y excitados ojos verdes de ella—. ¿Y bien? ¿Algo que decir?

Heather movió la cabeza negativamente y tras abrir un poco más las piernas y colocarse un cojín en la espalda, a la altura de los riñones, se ofreció a él. Rhian casi se ahoga cuando ella aferró su nuca y lo dirigió hacia el centro de su deseo.

De mala gana, él se centró nuevamente en el botón rosado oculto entre sus pliegues, con la imagen reciente de los picos endurecidos de sus pezones grabada en su mente, y se abandonó al disfrute.

—¿Has desayunado bien? —preguntó Heather la mañana siguiente mientras abría la ventana y se recogía el pelo en una coleta alta.

Rhian se rascó la nuca y, desplegando una de sus sensuales sonrisas, contestó:

—He de reconocer que estaba famélico.

Con la luz de la mañana, Heather observó el poder de su cuerpo. Estaba arrebatador, incluso con la suave sombra de barba que le había crecido durante la noche.

—¿Quieres un café? —le invitó levantando la taza.

Intentando no ser sugestiva, sorbió ligeramente el líquido.

—Preferiría un poco de helado.

El recuerdo repentino de cómo solía extender la vainilla helada por sus pechos para lamerlos después hizo que a ella se le saltaran dos pulsos.

Saboreando con la mirada el precioso cuerpo duro y trabajado de Rhian, Heather llenó la cuchara con café y, antes de sorber el líquido, dijo:

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

—¡Lástima! —sonrió él y después paseó sugerentemente la lengua por el labio superior. Dio un paso hacia adelante y ella respondió con un paso a su vez, levantando los brazos para rodearle el cuello—. No hay otra cosa que me guste más que la vainilla sobre...

—¿Cuándo tú y yo...? —le interrumpió.

—¿Tú y yo, qué?

—Todavía no hemos hecho el amor...

Se giró entre sus brazos y un gruñido sexy le llegó por detrás de la oreja.

Ella le besó el bíceps cuando los labios de él rozaron su cuello. Después, sin pensar, retiró el nudo de la toalla y ésta se deslizó, liberando la turgencia endurecida de su miembro.

—Lo sé —gruñó cuando ella le rozó con la cadera.

—Lo digo en serio... Hay otras cosas más importantes que la satisfacción unipersonal en una pareja —dijo echándose hacia atrás y descansando algo de su peso en su fuerte pecho.

Rhian tragó saliva.

—No te preocupes, pequeña... —Un abrazo se deslizó alrededor de su cintura. Tragando saliva con dificultad, dijo—: Todo llegará... A su debido tiempo.

Sus propias palabras le hicieron sonreír y sacudieron de sus hombros la tensión que no sabía que tenía.

—¿Entonces? ¿Lo haremos?

Él se tensó un poco.

—Sí, a su debido tiempo —repitió.

—Suena como si tuvieras un plan.

—Siempre lo tengo, princesa —dijo acariciando sus labios con movimientos lánguidos y amorosos.

Una pequeña y sexy sonrisa se dibujó en los suyos.

Heather miró hacia abajo, a la generosa y palpitante masculinidad y, extendiendo sus dedos para cubrir todo lo que pudo de su longitud, se inclinó para besarlo.

—¡Jesús! Heather, por favorrrr —suspiró, dejando escapar un gemido cuando ella rodeó con firmeza la gruesa anchura de su dardo.

Sus caderas temblaron cuando Heather comenzó a realizar un movimiento rítmico y sugerente.

—¡Para! —exigió con rotundidad al percibir la creciente excitación concentrada allí abajo. El calor que se condensaba en su pecho lo asfixiaba.

Heather se echó hacia atrás y, reacia, levantó las manos de su cálida y sedosa piel.

Cuando sus yemas pasaron otra vez por la masculinidad salvaje de él, por sus abdominales duros como piedras y después por el *piercing* de su pecho, emocionada por su audacia y concentrándose en su erección, se atrevió a decir:

—Relájate.

—Mmm... —ronroneó él sintiendo cómo el latido de su corazón se hacía más lento.

—Relájate...

—¡Para! —gritó al comprender que no era capaz de soportar mucho más aquella lujuriosa y tentadora situación sin que sus ansias por ella le obligaran a sucumbir a su deseo de hacerle el amor—.

¡Para!

Cuando los turgentes labios de aquella hermosa mujer succionaron la cabeza rosada y palpitante de su longitud, jadeó agónico:

—Diossssss...

¡Oh, Dios!

Con un suspiro agitado, se hundió en su propio placer. Su corazón se calentó, y sintió como si se agrandara en su pecho. Su respiración, atrapada en la garganta, le obligaba a morder el aire, entre fuertes y temblorosos jadeos.

Retirándose en el momento preciso, Rhian rodó sobre su cuerpo, esforzándose por acelerar su recuperación y la sostuvo firmemente contra su pecho mientras besaba su sien.

Heather ronroneó como una gatita en celo, emitiendo pequeños sonidos que a él le resultaron muy sexys y tentadores. Ella no había vacilado en complacerlo.

—¿Todo bien? —dijo ella letárgicamente, entrelazando sus dedos a través de los suyos, y sosteniéndolos juntos sobre su esternón.

—Mmm...

—Ahora me toca a mí —sugirió—. Otra vez...

Rhian abrió la boca sorprendido cuando, con un movimiento lento y deliberado, ella se separó de él y abrió sus caderas.

—Será un placer —dijo él con la garganta reseca.

Rhian besó cada rincón de su cuerpo, un pezón, luego otro, después el botón entre sus piernas, acariciándola, excitándola, obligándola a viajar al último confín de su placer oculto.

Tras devorar su cuerpo y disfrutar de la caldeada humedad femenina una vez más, ella se quedó dormida, sintiendo las caricias lejanas de los labios de él.

Rhian saboreó el botón rosado de su seno izquierdo durante unos minutos, hasta que la excitación que crecía entre sus piernas comenzó a doler, indicándole que debía parar.

Cada vez le resultaba más difícil estar cerca de ella sin que un remolino de energía estrechara el vórtice de su propia y más que poderosa necesidad.

Necesitaba trabajar y despejarse; alejarse de allí, de ella, de aquella habitación que olía a melocotón y a limón... y a sexo, al más puro y excitante placer carnal.

*Huir.*

*¡Necesitaba huir!*

Los ojos de Carlota aletearon cuando él le acarició el lomo alertándola de su partida.

A las nueve menos diez, un taxi le dejó junto a la puerta de *Le Bain*. Encontró a Jack en el despacho.

—¿Dónde has estado? —inquirió Jack preocupado—. Anoche estuve esperándote hasta las once.

—Tenía algunos asuntos que resolver.

Rhian se pasó la mano por los ojos y después por el cabello ralo.

—Maldita sea, Rhian —espetó Jack, apretando los dientes—. ¡Las cosas no se hacen así!

Rhian exhaló cansado y se pasó nuevamente la mano por el pelo. Después sonrió y se dejó caer en el sofá.

—No tengo ganas de discutir, Jack. Ahora no, precisamente. Así que te lo repetiré solo una vez más: tenía asuntos que resolver. ¡Tema zanjado!

Jack miró a Rhian con una ceja levantada, apretó los puños y repitió:

—Las cosas no se hacen así.

—¿Lo has entendido bien o tengo que dártelo por escrito, Jack?

Jack sonrió a regañadientes y negó categóricamente.

—Gracias. Agradezco que de vez en cuando me hagas caso.

Jack lo miró a los ojos con dureza pero Rhian no se inmutó. La cabeza no paraba de darle vueltas.

—El jueves Tyler me entregó esto para ti —dijo refiriéndose al socio de McFarland. Deslizó un sobre marrón por la tapicería del sofá hasta colocarlo junto a su rodilla—. Parece ser que al final, el señor DuCarter ha aceptado las condiciones y está dispuesto a vender el hotel.

—Estupendo —dijo Rhian intentando aparentar naturalidad.

—Rhian, no te voy a negar que al principio consideraba todo esto una locura, pero después de haber estudiado toda la documentación —Jack entrecerró los ojos al ver la expresión de Rhian—, he de reconocer que tenías razón.

—Me alegra saberlo.

—He de reconocer que tenía mis dudas, Rhian, pero...

—¡Las tenías!

—Lo sé. Afortunadamente he comprendido que adquirir activos inmobiliarios a un promotor que está a punto de suspender pagos a cambio de cancelar la deuda pendiente que tiene con el banco, tiene sus ventajas.

—Así es, Jack. No se necesita mucha experiencia para darse cuenta que las perspectivas de inversión en el sector inmobiliario durante los próximos años seguirán siendo positivas. Te han hecho falta tan sólo tres minutos para darte cuenta de...

—Tal vez un poco más —sonrió.

—Cada día hay más inversores interesados en adquirir edificios de oficinas, locales comerciales e incluso hoteles que sean eficientes y sostenibles. Y... —lo miró y asintió en silencio—, el hotel *OuterKnown* lo es, Jack. ¡Créeme!

—Rhian, sólo te voy a pedir una cosa.



—¿Qué?

—Prudencia.

—No estamos en el instituto, Jack —refunfuñó—. Deja que me ocupe yo de todo y tú límitate a hacer lo que debes.

—¿Qué?

—¡Trabajar! —Inspiró con fuerza y apretó los puños hasta que crujieron los nudillos—. Algunas veces las obviedades caen por su propio peso, hermanito.

Jack miró la esfera de su reloj.

—Precisamente tengo una teleconferencia dentro de unos minutos. Mañana es el cumpleaños de la señora Gibbons y su marido quiere hacerle un regalo especial.

—Perfecto —reconoció Rhian—. Puedo imaginar cuál va a ser el regalo.

Con la espalda apoyada en la pared, los pies cruzados y las manos en los bolsillos, Rhian esperó a que Jack terminara de hablar por teléfono.

—¿Y bien? —inquirió justo cuando Jack arrancaba la página del periódico en el que había apuntado la dirección de un hotel—. ¿Qué te pasa? Parece que has visto un fantasma.

—Vámonos —contestó mirando el reloj.

—¿A dónde?

—A casa —sonrió sin ganas—. Intuyo que querrás dormir algo. El personal no llegará hasta dentro de un par de horas.

—Lo cierto es que no me vendría nada mal. ¿Dónde tienes el coche?

—En el sótano.

Pasaban quince minutos de las tres cuando Rhian despertó. Apenas había dormido un par de horas, pero se sentía con más fuerzas que nunca. Heather se había entregado al juego con él. Y eso le encantaba, hacía realidad sus sueños, satisfacía su necesidad, aliviaba el fuego que crecía flagrante por dentro, muy dentro...

Él marcaba las reglas del juego.

*¡Siempre lo hacía!*

Y ella las aceptaba encantada.

Y se entregaba... Y se excitaba...

*¡Claro que se excitaba!*

Aquella hermosa mujer se encendía para él como la hojarasca reseca junto a una llama, permitiéndole a sus ansiosos labios saborear la suave piel femenina, besar la tierna boca por donde escapaban aquellos exquisitos y seductores gemidos, cubrir su cuerpo desnudo con caricias febriles y arrebolaras, libar —cual abeja en un panal— la caldeada humedad de sus jugos...

Rhian suspiró y paseó la mano por su frente. Olvidándose de sus temores y celos, cerró los ojos de nuevo y recordando aquellos ahogados gemidos temblorosos con los que Heather Rothscill satisfacía sus exigencias, se durmió otra vez.

Confundido, abrió los ojos horas después, al sentir cómo una mano se apoyaba en su hombro izquierdo.

—No pretendía asustarte, Rhian.

—Me he quedado dormido —dijo estirando la pierna derecha hacia el borde inferior de la cama. Después, apoyó el antebrazo sobre la almohada y tensó todos los músculos del brazo antes de apoyar la cabeza sobre aquél.

—Eso parece —carraspeó Jack algo incómodo. Rhian se sentó en el borde del colchón, entornó los ojos y se cubrió la ingle con el pico de la sábana—. Lo siento. No pretendía asustarte.

—¿Qué hora es? —Una pesada sensación de cansancio mantenía dormidos todavía todos sus músculos—. Ufff...

—Casi las siete. Toma, te vendrá bien —dijo entregándole una humeante taza de café—. Bienvenido al mundo de los vivos.

Sonrió y Rhian asintió.

—Necesitaba dormir —aseguró bebiendo un poco de café—. Ahora soy consciente de lo cansado que estaba. ¡No te imaginas cuánto!

Después de unos minutos en el cuarto de baño, Rhian sintió la cabeza despejada.

Jack permanecía sentado a los pies de la cama, revisando en el móvil varios mensajes.

—¿Todavía sigues así? —se quejó apartando ligeramente los ojos de la pantalla.

—Tengo cosas que hacer, Jack.

Rhian sonrió y empujó la puerta del vestidor.

—No eres el único, hermanito —zanjó Jack cruzando los brazos con firmeza. Rhian lo miró por encima del hombro y vio la tensión dibujada en su rostro.

Como si notara la atención puesta en él, Rhian ladeó la cabeza mientras abrochaba los últimos botones de su camisa y dijo:

—Suéltalo, Jack.

—¿Qué?

—Eso que te pica tanto en la boca y que no sabes cómo afrontar. A estas alturas de la vida, te conozco muy bien —sonrió—. Afortunadamente.

—Nos parecemos más de lo que te imaginas.

—¡Ya quisieras tú!

—Creía que cuidar de una mujer no formaba parte de nuestra lista de tareas —soltó, haciendo referencia a una conversación que ambos habían mantenido horas antes—. La señora Hawthorne no es el tipo de mujer que nos conviene.

—Mira Jack. A los políticos se los odia tanto como a los abogados.

—Soy de los que llaman a las cosas por su nombre.

—No hay *tipos* de mujeres, Jack. Toda mujer merece un trato excelente y nuestra plena dedicación, sea cual sea su físico, su estatus, raza o creencia.

—Sigo pensando que no deberíamos aceptar...

—¡Basta, Jack! La señora Hawthorne es una persona educada que cumple con los protocolos, que no pretende estar por encima de nadie ni ser más que nadie, que sabe cuándo tiene que hablar y cuándo tiene que ceder la palabra. Lo que hace perfecta esta cita es que tú decides qué, cuándo, cómo y dónde.

—Rhian... la señora Hawthorne no es mi perfil de mujer —se quejó Jack.

—Tampoco es el mío el de la senadora Felton y he pasado una semana a su servicio —aseguró, ajustándose el nudo de la corbata—. El sexo es así, Jack. El que no es deseado pone las reglas y el que es deseado se busca las habichuelas como puede.

—Rhian, tiene cerca de setenta años...

—Puedes tener la máxima seguridad de que todo transcurrirá siempre a un ritmo relajado. La señora Hawthorne no es exigente. Te lo aseguro, Jack. Cuando una mujer llega a esa edad en la que se hace invisible y no tiene pareja y, por tanto, ni sexo ni compañía de un hombre, tiene que pagarlo. Y ahí es donde entramos nosotros.

—Creo que no me merezco esto.

Jack negó con la cabeza y sintió cómo Rhian se tensaba ante su negación.

—Hay muchas cosas que yo tampoco me merezco y sin embargo, no me quejo por ello, Jack. Algunas mujeres, con la edad, se ven en esa posición de mendigos sexuales en la que viven la mayoría de los hombres toda su vida. Nosotros, a fin de cuenta, tenemos que agradecer que contraten nuestros servicios.

—Dinero... Dinero... Dinero...

—Interpreto que no te alegras de todo lo que tienes.

—A veces me cuesta comprender todo lo que dejamos atrás para conseguirlo.

—No seas patético, Jack. ¡Qué tozudo eres! Vives entre algodones.

Jack vaciló, pero sólo un segundo antes de preguntar:

—¿Hasta qué punto llega tu ambición?

Rhian palideció. Se pasó la mano por el pelo y se miró en el espejo de cuerpo entero antes de contestar:

—Vaya... La próxima vez que quiera que describas cómo soy, házmelo saber y te daré algunas ideas más ajustadas a la realidad.

Jack tragó saliva en un intento por atenazar el nerviosismo creciente que estrujaba sus entrañas. Luego dio media vuelta y, antes de bajar las escaleras a toda velocidad, se despidió lacónicamente de su hermano y cerró la puerta de golpe. El motor de su *Aston Martin Vanquish* descapotable rugió al cabo de unos segundos en el exterior.

Rhian Hoover tomó la carretera a toda velocidad con su *Bugatti Veyron Grand Sport Vitesse* cinco minutos más tarde. Tras adelantar a un par de camiones, activó el auricular de su teléfono móvil al percibir el sonido de una llamada entrante.

—Hijo. ¿Cómo estás?

Los músculos de la cara se le tensaron al escuchar el saludo de aquella mujer.

—¿Qué quieres? —preguntó con autoritarismo. Su voz sonó exigente.

—Te echo de menos, Rhian.

—No puedo decir lo mismo. —Pisó a fondo el acelerador, revolucionando el motor—. ¿Qué quieres?

—Hablar contigo un momento.

—No tengo tiempo en este momento.

Percibió cómo el sudor le perlaba la frente. Su torso agitado subía y bajaba; sus pulmones no conseguían el aire suficiente como para seguir respirando.

—Rhian, por favor... —Aquella mujer apenas conseguía hilar las palabras—. ¿Qué pasa? No me cuelgues.

—¿Qué quieres? —preguntó con una dureza que indicaba que no estaba de humor para responder a sus preguntas—. Lo de siempre, ¿verdad?

La pregunta había escapado de sus labios antes de poder contenerla.

—Rhian... yo... ¡Qué vergüenza! —Aun sonando sincera, el alcohol que llevaba metido en el cuerpo era realmente lo que hablaba por ella—. Prometo que esta será la última vez.

Sus recuerdos volaron a las noches que permaneció sentado en el suelo, frente a ella: su madre acurrucada en el sillón del comedor, hablando sola junto a una botella de *whisky* con las pestañas oscurecidas por espesas ojeras y con el brillo de la embriaguez acumulado en sus pupilas, bufando enfadada cuando Jack y él la levantaban y la arrastraban tambaleando hasta la cama atravesando el largo salón.

—No prometas nada que no puedes cumplir.

—Hijo yo... Lo siento.

Rhian apretó los dientes y golpeó el volante con el puño cerrado. El desprecio se instaló en su mente al escuchar las palabras insinceras de su madre.

—En unos minutos recibirás el dinero. —Su única venganza hacia ella era la indiferencia que le demostraba—. ¿Algo más?

Una extraña sensación de ahogo se apoderó de sus pulmones. La indignación se había hecho presa de él.

—No —susurró sutilmente su madre al otro lado de la línea, antes de colgar.

A eso de las once y veinte, cuando Heather descendió del taxi, Rhian exclamó exigente, saliendo de la penumbra que lo había mantenido oculto durante más de una hora:

—Llegas tarde.

—¿Tarde? —susurró con nerviosismo, echándose el bolso al hombro y rodeando el coche por la parte delantera. Su corazón se saltó dos pulsos. Su ingle comenzó a palpar con urgencia humedeciendo sus pliegues—. ¿Tú crees?

Aquellos ojos azules, fríos, poderosos, penetrantes siempre despertaban en ella pensamientos pecaminosos, especialmente cuando él levantaba la ceja de aquel modo.

Heather cerró los ojos para no verlo, pero resultó que ya tenía la imagen de su rostro y de su cuerpo perfecto grabada a fuego en su cerebro.

El taxista observó la escena y después de unos segundos, se incorporó al tráfico.

—¿Cuántas horas has dormido?

Parecía algo más descansado que la noche anterior, aunque no mucho.

—Unas cuantas —aseguró enarcando una ceja. Reduciendo el espacio que los separaba con un solo movimiento que hizo que a ella se le disparara el pulso de nuevo, completó—: De todas formas... Eso ahora no importa.

El peligro brillaba con fuerza en sus ojos.

Heather Rothscill hizo verdaderos esfuerzos por no hacer caso a todos aquellos estímulos que le enviaban mensajes conflictivos a su cerebro.

—¿Me has echado de menos?

Rhian la miró a los ojos con la profundidad azulada de los suyos.

—Un poco. —Respiró hondo percibiendo un nuevo estremecimiento en el estómago, un hormigueo en los muslos y la excitación disparando la tensión de sus pezones. Trató de hablar pero el cerebro no le respondía—: Iba a...

Él asintió y después, sonrió, mordiéndose ligeramente el labio superior.

—Ibas a... —repitió él apoyando la mano en su vientre, sujetándola contra sí. Un par de segundos después, se apartó bruscamente de ella. Si seguía tocándola, si continuaba hablando en aquel tono grave y seductor, seguramente ella se excitaría más y su pene se elevaría enfadado por el abandono al que estaba sometido—. Vamos, pequeña. Esta noche tengo algo especial preparado para ti.

Rhian echó a andar de nuevo hacia el edificio y ella lo siguió.

Esperaron en silencio el ascensor. La hirviente quemazón que bullía en su interior subió varios grados cuando él le miró con aquellos ojos fríos como el hielo y ardientes como el fuego y le rozó sugerente los pómulos con los nudillos.

—Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que tú y yo... —le susurró al oído apretando el botón del STOP.

El aparato renqueó y se detuvo a una velocidad sospechosamente pastosa hasta que finalmente paró y quedó suspendido y en silencio entre la planta cinco y la seis.

—¿Qué haces?

Heather se plantó frente a él, con los brazos en jarras.

—No, no, no... No me hables así —le exigió dando un paso intimidatorio al frente, hasta que la espalda de ella tropezó con el frío espejo de la parte trasera del habitáculo.

Durante unos segundos, lo único que hicieron ambos fue mirar al otro, observar, estudiar, leer la tensión del contrario y la descuidada precisión de sus posturas, y vislumbrar la picardía en sus miradas

para comprobar hasta dónde podía llegar cada uno.

Porque allí, en aquel limitado espacio, todo podía ocurrir...

—Rhian... por favor... —suplicó Heather con la respiración acelerada por su propio deseo, percibiendo el aliento de él contra su nuca. Podía oír su respiración masculina cada vez más fuerte, excitada, agitada, espoleada por su propia necesidad.

—Te prometí momentos inolvidables, princesa... —Heather se estremeció al escuchar aquella palabra. No pudo reaccionar hasta que el demonio rojo de cola larga que materializaba la parte mala de su conciencia le clavó el tridente en la yugular—. Sólo hay dos reglas esta vez.

Ella asintió. Al cabo de unos segundos de silencio, se atrevió a preguntar:

—¿Cuáles?

—¿Estás segura de querer saberlas? —inquirió meloso, acariciándole el pómulos con los nudillos.

—Sí —suspiró acalorada.

—¿Hasta qué punto estarías dispuesta a... mmm... obedecerme?

—¿Obedecerte?

—No te muevas, princesa —exigió, guiándole el ojo con picardía mientras su pulgar comenzaba a descender peligrosamente por su cuello—. ¿Entendido?

Heather giró la cara y rozó sugerentemente la mejilla con la suya, aceptando el trato.

Poco después, en menos de lo que se tarda en dar un suspiro, los labios carnosos de él deshicieron la trabazón de sus labios accediendo a la humedad y caldeada cavidad de su paladar mientras su mano libre le subía la falda, lentamente, muy lentamente y comenzaba a tocarle, cada vez con más intensidad, entre los muslos.

—Te aseguro que el juego acabará aquí y ahora si rompes las reglas, pequeña —dijo sin inflexión cuando ella arqueó ligeramente la espalda para facilitarle el acceso detrás de su oreja—. ¿Deseas que ocurra eso, princesa?

Mientras sus anchas manos le sujetaban la cara por el mentón y sus pulgares jugueteaban con el perfil de su labio inferior, ella balbució:

—N... N... No...

Sus caricias eran perturbadoras y excitantes al mismo tiempo.

Rhian sonrió divertido y clavó sus ojos azules en los de ella.

—Entonces... ya sabes lo que tienes que hacer, pequeña: Enciéndete para mí...

Heather se sintió mareada cuando aquella lucha encarnizada de lenguas comenzó a robarle el poco aliento que tenía. Dentro del ascensor, el calor era cada vez más intenso.

*¿O acaso era el suyo propio?*

Los ojos se le nublaron cuando Rhian la levantó hasta sentarla sobre sus hombros.

Una parte de sí misma, la racional, la que se materializaba con aquella cara angelical en un diminuto cuerpecito con esponjosas alas en la espalda, le decía que debía parar.

En cambio, el demonio rojo de cola larga y orejas puntiagudas que no paraba de saltar sobre su hombro izquierdo, la incitaba al placer clavándole el tridente allí donde Rhian posaba sus labios tiernos, erizándole la piel y estremeciéndola con su poder de seducción.

Cuando los arrebatadores labios de él recorrieron su hendidura y succionaron febrilmente, con una insistencia apasionada, el botón oculto entre sus piernas, no pudo reprimir ahogar un gemido.

Con el corazón desbocado, Heather se dio cuenta rápidamente de que lo que estaba viviendo era, definitivamente, una auténtica escena de placer.

El ritmo constante de la lengua de él moviéndose en torno a su clítoris, los gemidos descontrolados de su garganta y el brillo del sudor en la frente de Rhian reflejaban en el espejo una escena de puro éxtasis.

Rhian le agarró por las caderas y la obligó a moverse, imprimiendo cada vez un ritmo más rápido,

más salvaje...

Como si su cuerpo le traicionara con un ardiente destello de excitación, Heather sintió cómo se le paralizaba la respiración cuando aquella lengua rugosa taladró el tesoro escondido entre sus piernas, robándole un prolongado y sonoro gemido.

—Shhhh —siseó, absorbiendo nuevamente el suave botón dorado, caldeado y enhiesto de su femineidad.

Heather gimió acelerada y se sujetó como pudo a la pared, con las palmas abiertas apoyadas en los espejos.

Con los ojos entornados, observó a través de las lunas acristaladas cómo aquel hombre hundía la cabeza entre sus piernas otra vez.

—¡Ahh...! —jadeó acalorada cuando él mordisqueó su clítoris, con el borde afilado de sus dientes, y tiró de él un poco—. ¡Ahh...!

Era tal el placer que sentía, que allí, sobre los hombros de él, casi rozando el techo del ascensor, no era dueña de sí misma.

La piel le ardía encarnada por el deseo, por la necesidad. El sudor le cubría la frente, el pecho, la espalda...

Los gemidos que ambos emitían se alternaban con las respiraciones ahogadas y entrecortadas de sus gargantas.

Rhian se sintió al borde de la muerte cuando ella se encendió para él por tercera vez, abriéndose por completo a sus deseos... abandonándose al exquisito placer que él le proporcionaba. Su pene latía enfadado, luchando con la delicada tela del pantalón de su traje sastre.

Hurgando un poco más en el interior de ella percibió cómo se derretía su subconsciente y el corazón le bombardeaba bajo las costillas, ahogándole con su propia necesidad.

Aturdido, buscó con manos temblorosas el poderoso miembro, duro como el mármol que crecía entre sus piernas, y bajando a Heather de sus hombros, se ensartó en ella extendiendo toda su longitud en la estrecha y profunda humedad femenina.

Alto voltaje recorrió cada nervio, cada fibra, cada poro de su piel cuando, tras un certero movimiento de caderas, consiguió encajarse completamente ella y aleteó en su interior.

El cuerpo de Heather cimbrió al recibir su estocada terrenal... certera... pasional...

—¡Ahh...! —gimió.

Aquel duro, suave y erecto pene había entrado totalmente en ella y su húmeda vagina lo apretaba satisfecha, lo succionaba, lo besaba, lo humedecía gustosa de recibirlo...

El aire estaba cada vez más pesado.

Al principio, él imprimió un ritmo lento... muy lento... tan lento que los segundos se convirtieron en horas y los minutos una eternidad.

Siguió así, sin prisa, como si su propio placer no le importase, como si su cuerpo no precisara la erótica fricción que aquellas paredes húmedas y caldeadas ejercían sobre su masculinidad, succionando gustosas toda su longitud.

Pero entonces, cuando el placer se había apoderado de todo su cuerpo obligándole a cerrar los ojos, ella posó su mano allí donde más la necesitaba, junto a su corazón.

Por primera vez en su vida, una mujer, una sola mujer, ocupaba las veinticuatro horas del día sus pensamientos, sus deseos, su necesidad...

Comenzó a sudar. La humedad comenzaba a empapar su espalda, su frente, sus brazos, su cuello...

Obligando a sus caderas a imprimir un ritmo más acelerado, Rhian se empaló otra vez en ella.

Heather arqueó la espalda para recibir su estocada y gritó de deleite cuando los sedientos labios de él succionaron la cumbre del tenso botón almendrado de uno de sus senos.

—¿Sabes? —farfulló absorbiéndole el gemido que estalló en su garganta mientras sus caderas

cimbreadan mecánicamente—. Me vuelves loco, princesa.

—Síííí... —suspiró ella por segunda vez enloqueciéndolo más.

—Eso es... Enciéndete más... —le exigió cuando ella contrajo la pelvis y se acercó un poco más a él—. Enciéndete para mí...

¡Oh, sí!

¡Aquellas palabras le volvían loca!

—Rhian... ¡Ohhh...!

—¿Quieres que pare? —inquirió ahogadamente deseando que ella le dijera que no.

El aire le llegaba con dificultad a los pulmones. El sudor resbalaba por su frente, por su espalda, incluso por sus piernas y se mezclaba con los jugos libidinosos de ella.

—Nooooo... —exigió ella al percibir las caricias electrizantes que su miembro le hacían en torno al cuello del útero. Clavó profundamente las uñas en sus omóplatos, la señal precisa para que acelerara un poco más el ritmo y la profundidad de sus embestidas—. ¡Ohhh!

Percibiendo cómo los músculos de ella aferraban su miembro, Rhian reactivó el ritmo.

*Un, dos, tres...*

Sus caderas cimbreadan sin parar.

*Siete, ocho, nueve...*

Apretó los dientes, tratando de aguantar un poco más. Una vez perdido el control, explotó inundando con la humedad de su propio orgasmo la estrecha y lubricada cavidad femenina.

A eso de las dos de la madrugada, tras un segundo, y después un tercer *round* en la intimidad de la habitación, Heather miró por la ventana intentando ver algo que la distrajera en plena noche y pronto sintió cómo él se movía dormido, girándose hacia ella, echándole el brazo por encima hasta alojarse entre sus piernas.

Aspiró con sorpresa y lo miró intentando retirar el brazo de ese lugar, perdiéndose en las exquisitas sensaciones cuando él, controlado por su propio sueño, comenzó a acariciarle los muslos incitándole a que abriera las piernas para tocarla en un punto más íntimo.

A su alrededor, las luces estaban apagadas y sólo las pequeñas lenguas de fuego que ondeaban flagrantemente alrededor del demonio rojo de orejas puntiagudas y cola larga que materializaba la parte lujuriosa de su existencia iluminaban el estado letárgico en el que se encontraban sus pensamientos.

Los dedos mágicos de Rhian se movieron una y otra vez, una y otra vez... y otra vez... provocándole oleadas de placer, colándose hasta un punto más caliente... proporcionándole un momento único... robándole un prolongado y desesperado gemido.

A punto estuvo de gritar en el momento en el que le llegó el orgasmo. Ansiaba más, mucho más... Aquello había sido toda una experiencia que esperaba que se repitiera pronto... muy pronto...

—¿Estás bien?

—Mmm... Perfectamente —contestó ella somnolienta. Después, rodó en la cama y ajustándose a la curva que le ofrecían los torneados muslos de él, apoyó la espalda en la dureza tatuada de sus pectorales.

—Duerme, princesa... Duerme... —le susurró al oído—. Debes estar agotada.

—Mmm... —protestó vencida por el sueño.

Percibiendo cómo el interior de sus ajetreados muslos volvían a humedecerse con su propio jugo cuando los hábiles dedos de Rhian comenzaron a moverse de nuevo, Heather se quedó dormida.

Horas después, poco antes del amanecer, Heather despertó sobresaltada. El sol incidía subrepticamente sobre su pecho desnudo. Estaba amaneciendo. Parpadeó varias veces para espantar el sueño.

Carlota, como siempre, dormitaba enroscada en torno al pie de la lámpara, sobre la mesilla de noche.

Todavía se percibía el colchón hundido allí donde Rhian había estado tumbado. Su calor aún

impregnaba el ambiente, matizado con el aroma del sexo.

Encontró a Rhian en la cocina, bebiendo café.

La rigidez de su espalda y el volumen aterciopelado de aquellos músculos perfectos de piel tostada envueltos en dolorosa tinta tatuada, contradecían la belleza de su corazón y reforzaban aquel sensual y singular poder de seducción con el que Heather había soñado durante tantos días.

—¿Sabes? —murmuró con voz ronca apoyando los codos sobre la encimera para acercarse a ella. Después, alzó sugerentemente una ceja y desatando libidinosamente el nudo de la sábana con la que ella cubría su cuerpo, apuntó—: En este instante te relataría punto por punto todo, absolutamente todo lo que me gustaría hacer contigo... —Tras sentarla en la encimera, la besó, clavó sus ojos azules en ella y con voz ronca, murmuró—: ¿Se puede saber qué has hecho conmigo?

Heather percibió cómo su corazón se contraía cuando él se acercó un poco más.

El aura poderosa y sensual de Rhian la envolvió de inmediato. La calidez de su piel, la belleza de su cuerpo desnudo, la sensualidad de su mirada...

Todo el conjunto era una estampa perfecta digna de recordar.

Mmm...

Y de saborear...

Heather se rebulló en su asiento. Un intenso calor le recorrió el cuero cabelludo.

—No sé... —respondió vagamente retirándose el flequillo de los ojos. Poco después, cuando los dedos de él comenzaron a jugar con su labio inferior, comenzó a sentir un hormigueo en el estómago que nada tenía que ver con el hambre.

Tensando el botón almendrado de su pecho, preguntó:

—¿Puedo?

Sin que ella tuviera tiempo a contestar, se lo llevó a la boca y comenzó a acariciarlo con la lengua, mientras le hacía círculos con las yemas de los dedos a la altura de los riñones.

—Estaría saboreando tu cuerpo toda la eternidad, pequeña.

Heather adoraba cada vez que se refería a ella de aquella manera. Acarició su pecho a la altura del *piercing*.

—Siento que en cualquier momento me voy a despertar de un sueño —musitó ella enroscando las piernas en torno a las caderas de él. Después, arqueó la espalda, facilitándole el acceso a su cuello.

—No pienses en eso ahora, princesa —susurró con la garganta reseca besándole en el hombro—. Disfruta del presente y no pienses en el mañana. La vida es demasiado corta como para planteársela de otra manera.

—Precisamente ahora no hay otra cosa que me apetezca más que...

—Encenderte para mí —le cortó y tras aspirar con indulgencia su yugular y abrirle las piernas con la determinación que marcaba su propia y más que angustiosa necesidad, se ensartó febrilmente en su sexo, imprimiendo un ritmo lento al principio hasta que ella apoyó su espalda en el frío mármol y, abriéndose aún más ante él, lubricó la dureza de su longitud y le permitió profundizar más, robándole los gemidos ahogados que se concentraban, deseando salir, en su garganta—. Eso es...

—Ahh... —gimoteó clavándole las uñas en las caderas cuando él aceleró el ritmo de sus embestidas.

—Así me gusta, pequeña... Sigue así... —rugió él sin aliento profundizando un poco más, deslizando la mano fugazmente sobre el pezón que instantes antes había recubierto con su propia saliva.

Luego recorrió con los labios la delicada clavícula femenina raspándola con su incipiente barba y, reconociendo la creciente excitación que aquel movimiento tan sutil provocaba en ella, le susurró con voz enronquecida:

—Enciéndete para mí... Eso es, pequeña —le ordenó, sintiendo cómo el pecho le subía y bajaba al ritmo de su respiración errática, ansiando el placer que estaba a punto de llegar mientras ella se aferraba a



sus hombros con dedos temblorosos—. ¡Así! ¡Otra vez más!

Heather se tumbó boca arriba, desesperada por dormirse de nuevo cuando, tras mantenerse en alerta durante unos minutos, descubrió que el sonido ronco que le había hecho pensar que alguien estaba entrando a la fuerza en el apartamento, sólo había sido un maldito sueño.

La sábana se le había enroscado en la cintura; los pliegues algodónados comenzaban a clavarse allí donde la piel era más débil y delicada, allí donde la incipiente barba de Rhian había profundizado un poco.

No había dormido más de tres horas seguidas y, aunque se encontraba relajada, muy, muy relajada, sus ojos necesitaban descansar un poquito más.

Heather observó detenidamente el espectáculo que se mostraba frente a ella cuando minutos después se miró en el espejo.

Tenía los labios hinchados, las mejillas sonrosadas y el cabello revuelto; su cuerpo arrebolado mostraba una belleza que desconocía poseer; sus ojos, un brillo especial.

Un aura celestial parecía envolver toda su piel, rosada e hinchada allí donde el placer había sido más intenso, dorada allí donde los besos de Rhian habían extendido todo su ardiente poder...

Las rodillas le temblaron ligeramente al recordar cómo se había entregado a aquel desconocido tan seguro e irresistible. Perdida en el recuerdo del sabor de su piel, de su tacto, de su calor, de su aroma... percibió cómo se le endurecían los pezones.

Inspiró profundamente y se metió en la ducha.

—Rrrr... —gruñó Carlota, con las orejas en alerta, apostada junto al mueble del lavabo.

El humeante calor del agua desentumeció sutilmente las agujetas de sus músculos. Aunque el aroma del jabón era estimulante, más aún lo era el aroma del sexo que impregnaba cada centímetro de su piel.

Las piernas le volvieron a temblar y sus pulmones se quedaron sin aire cuando paseó lentamente la suave y delicada esponja por sus senos y después por su estómago, recordando el camino que los febriles labios de Rhian habían surcado a lo largo de toda su anatomía.

Se mordió los labios disgustada por el rumbo de sus pensamientos.

Definitivamente, necesitaba hacer algo para tener la mente ocupada. La marcha de Rhian había mellado nuevamente su corazón, aunque estaba convencida que tarde o temprano volvería a recuperarse.

*¿Lo haría?*

*¿Qué debía hacer?*

Esa, quizás, no era la pregunta adecuada.

*¿Qué quería hacer?*

*¿Quién era aquel hombre que tanto la excitaba, que tanto la atraía?*

Todas las personas tienen una cara oculta, una cara que tan sólo muestran en ciertos momentos. Y eso, al parecer, era lo que ocurría con Rhian. Su vida era sólo juego, excitante, prohibido, al fin de cuentas, juego, juego, juego...

Heather estaba segura de que conocía bien a los hombres, pero aquel era diferente. Se moría de angustia cada vez que su rostro aparecía en sus recuerdos.

*¡Ay, Dios!*

*¡Cuánto lo echaba de menos!*

A eso de las doce y cuarto, cuando todo el apartamento estaba revuelto tras una intensa hora de limpieza general con la que había intentado calmar sus nervios, Heather recibió la visita inesperada de su madre.

—¿Qué pasa aquí?

Había descolgado las cortinas, desenfundado los cojines del sofá y colocado todas las prendas que tenía para planchar sobre la mesa del comedor, organizadas con aparente desorden, pero en montones estratégicamente colocados.

Helen McLaferti cogió a Carlota en brazos y besó a su hija con ternura.

—Es evidente, mamá.

—Mmm...

Helen apoyó la cadera contra el borde de la mesa y adoptó una actitud de observador inocente mientras Heather golpeaba enérgicamente con la plancha las arrugas del uniforme, en una forzada, a la vez que aparente, tranquilidad.

—Estoy haciendo limpieza general. ¿Todo bien? —le preguntó, sorprendida por su repentina visita.

—Sinceramente no logro entender qué bicho te ha picado, Heather —expuso la señora McLaferti con una oscura mirada tras los cristales de sus gafas.

Meditándolo en profundidad, Heather tampoco lo sabía.

*¿Por qué se sentía tan insegura?*

—Detesto esta chaqueta —se quejó. Arrugó las cejas y mirándola entre sus densas pestañas, preguntó—: Por cierto, ¿cómo está Greg?

—Mejor que esa pobre chaqueta —reconoció con un toque áspero en su voz.

Golpeando el cuello con la base de la plancha, Heather se quejó con desesperación:

—¡Dios! No hay forma de quitar las arrugas. El uniforme del año pasado era *mucho* más cómodo y sobre todo, *mucho* más fácil de planchar.

—Heather, deja eso un momento por favor. Me preguntaba si...

—Argg —gruñó al percibir un latido punzante en la pierna, justo donde se la había golpeado con la mesa—. ¿Ocurre algo?

—Siéntate —determinó Helen colocando a Carlota sobre el brazo del sofá—, y cuéntame de una vez qué te pasa.

Heather parpadeó un par de veces, apretó los dientes forzando una sonrisa y rodeó a su madre con un brazo.

—Estoy bien, mamá. Te preocupas demasiado.

Se sentía presa del pánico. Por nada en el mundo le apetecía ser sometida al tercer grado de su madre.

—¿Por qué no lo llamas? —le preguntó Helen mientras se volvía a mirarla enigmáticamente.

—¿Llamar a quién?

Se miró en el espejo. Parecía la misma, pero, al mismo tiempo, era diferente. Una expresión salvaje se había apoderado de sus ojos.

Necesitaba controlarse... respirar... Tranquilizarse...

Heather se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja y comenzó a planchar por enésima vez el cuello de la chaqueta.

—Intuyo que estás así por...

—¿Por qué? —resopló.

—Por un hombre. ¿Me equivoco?

Al cien por cien, quiso gritar. Sin embargo, su madre había dado en el clavo.

—¿Tú? ¿Equivocarte? —Sonrió y después se tocó nerviosa la pequeña bolita perlada que adornaba el lóbulo de su oreja—. ¿A qué has venido, mamá? Es evidente que tengo muchas cosas que hacer.

—Heather, por favor. —Helen entrelazó las manos sobre las rodillas. Después de un momento de consideración, suspiró y asintió—: ¡Mírate! ¡Mira a tu alrededor y dime si todo esto es normal!

Un suave *runrún* interrumpió momentáneamente la conversación.

Heather rebuscó detrás de los cojines y bajo la ropa recién planchada. Finalmente, bajo una pila de

toallas, encontró el móvil y antes de contestar, dijo:

—Mamá, ahora no tengo ganas de hablar.

El grito de Aubrey le obligó a separar durante unos segundos el auricular de la oreja.

—¡Heattyyyyyyyy!

—¿Quién es? —le preguntó Helen desde el sofá.

—Aubrey —dijo volteando los ojos. Después se apretó la frente con los dedos y saludándola irónicamente, afirmó—: Te oigo fatal, Aubrey. ¿Dónde estás?

—En *El Cairo*. Hace un calor horroroso, pero por lo demás, esto es maravilloso. Te echo de menos, Heather.

—¿Cuándo vuelves?

—Salimos dentro de un par de horas.

Heather contabilizó con los dedos. Antes de que le diera tiempo a determinar cuándo tomaría tierra el *Boeing 747* en el que viajaba Aubrey, ésta afirmó:

—Llegaré mañana a eso de las siete.

Permanecieron en línea durante tres minutos más.

Heather se sintió atraída por la animosidad de Aubrey y cambió el carácter avinagrado con el que había recibido a su madre cuando ésta, aburrida, le abrazó y se despidió de ella.

—Adiós, pequeña. ¡Cuídate!

—Adiós, mamá. Lo siento —se disculpó con un beso—. Hoy no tengo un buen día.

—No hace falta que lo jures —contestó tapando con el bolso el delgadísimo rayo rojizo de la cédula fotoeléctrica del ascensor para evitar el cierre de la puerta automática.

A Heather le tembló el labio inferior, pero al notar que no le salían las palabras, se dio por vencida y, abrazándola fuertemente hasta escuchar el estallido de su corazón repicando incansable en el centro del pecho, le susurró al oído:

—Gracias por... Gracias por la visita... mamá... Lo siento.

Cinco minutos después, algo más tranquila, se mesó el cabello y planchó la chaqueta otra vez, sintiendo trepidar la fuerza que se agazapaba inactiva dentro de sus músculos.

Definitivamente, necesitaba con urgencia que Rhian le hiciera el amor otra vez, que extendiera las ondas de su virilidad por todo su cuerpo, que sus músculos le cubrieran como una gran ola hirviente y sus dedos le acariciaran, le quemaran, le arrastraran desfallecida al exquisito placer del sexo robándole misteriosamente con su preciosa y erótica masculinidad todas y cada una de las frágiles sensaciones que se escondían entre sus muslos.

Sólo recordar las horas pasadas hacía que la agazapada e inactiva sangre de sus venas fluyera a toda velocidad, hidratando y humedeciendo los pliegues ocultos entre sus piernas.

Un gemido acalorado se le escapó de la garganta cuando, sin esperarlo, una descarga eléctrica le recorrió el abdomen y se concentró en el centro de su deseo.

De él lo quería todo...

¡TODO!

Su cuerpo, su mente, su ardiente sonrisa, esa mirada territorial... cada fragmento de su tibia piel...

Y sobre todo, su posesividad, su hermosa y esquiva sensualidad, la silenciosa alegría con la que le exigía que se encendiera para él sabiendo que ella sucumbiría a sus deseos...

En definitiva: T-O-D-O.

Esa tarde, a las seis, cuando el sol comenzaba a desaparecer en el horizonte, Rhian bajó al sótano y comenzó a golpear enérgicamente el saco de boxeo.

Terminando la segunda serie de dominadas, Jack se descolgó de la barra y, después de secarse el sudor con una toalla, sujetó el saco, aguantando los rechazos de Rhian.

—Siento haberme puesto así contigo.

La discusión que habían mantenido esa tarde había hecho mella en el ánimo de ambos.

—¡Déjalo, Jack!

Rhian comenzó a saltar sobre sus largas y fuertes piernas.

Jack sintió el ruidoso y entusiasmado galope del corazón dentro de su caja torácica. Suspiró hinchando el pecho como un pez globo, dobló ligeramente las rodillas y reafirmando su posición detrás del saco de cuero, controló la inercia del asalto de Rhian.

El aire, cargado de emoción y aromatizado con sudor, crujía cada vez que los bíceps de Rhian se abultaban y golpeaban el saco repetidamente. En su mente sólo había cabida para la encendida silueta del cuerpo de Heather disfrutando de sus caricias.

—Comprenderás que no es lógico que descuides tus obligaciones.

—Yo lo llevo todo bajo control—contestó castigando el saco de boxeo con un improvisado e inesperado zurdazo que desestabilizó a Jack. Después, desaceleró la danza de sus piernas, se quitó los guantes, se secó el sudor del cuello con la toalla, bebió agua y dijo en tono amenazador—: No lo olvides.

—¡Tú y tu testaruda forma de ver la vida! Desapareces sin avisar y te olvidas de todo. Justo en este momento, cuando las cosas pueden torcerse un poco más. ¡Maldita sea, Rhian! ¿Acaso no te das cuenta de todo lo que se nos viene encima?

En lugar de responder a su hermano, Rhian Hoover se giró y se agarró a la barra de dominadas. Antes de levantar con el esfuerzo de sus brazos el peso del cuerpo, volvió a girarse y lo miró en silencio y, cuando volvió su atención a la barra, dijo con voz sombría:

—Los problemas únicamente los generas tú, Jack, con tu temerosa forma de ver la vida.

—Tenemos puntos de vista diferentes —respondió arrugando la nariz con disgusto, sintiendo cómo la ira le burbujeaba en el pecho.

Apretó la mano en un puño como si estuviera a punto de levantarlo. Después, soltando una respiración larga y sonora que le permitió tranquilizarse ligeramente, se rascó la cabeza aliviando su confusión.

—Esa es una lógica aplastante, Jack. Uno... —comenzó a contar con un brillo feroz en su mirada mientras sus orificios nasales se abrían a medida que su barbilla sobrepasaba la barra—, dos, tres...

Durante más de un cuarto de hora, ambos permanecieron en silencio, concentrados en sus ejercicios.

—Deberías controlar tus energías, Jack —sugirió Rhian algo más calmado, al observar la intensidad con la que su hermano pequeño hacía sus abdominales.

—Tengo que intentar reforzar el estómago —dijo con la respiración acelerada—. Últimamente, mi debilidad por el helado de chocolate me ha hecho engordar un poco.

—Eso me recuerda que hace más de una semana que no lo pruebo. ¿Te apuntas? —inquirió incitándolo a la tentación—. Un poco de chocolate te ayudará a endulzar tu agrio carácter.

A Jack se le hizo la boca agua.

—Tengo que controlarme —dijo en voz baja apretando con fuerza el estómago—. Todos tenemos unos gustos, unos estereotipos de belleza, unas zonas del cuerpo que nos gustan más que otras y sorprendentemente, mis abdominales se están resintiendo con el chocolate.

—Reconozco que esto —dijo señalando con admiración la torneada y cuadrículada silueta de sus abdominales—, es fruto de muchas horas de dedicación y de intenso ejercicio.

—Sé que el físico no es lo más importante, Rhian, pero al fin y al cabo, es una parte muy importante de nuestro medio de vida.

—Cierto.

—Pero...

—Estás acostumbrado a soluciones rápidas en la vida y el organismo tiene sus tiempos de adaptación, Jack. Lo que no puedes pretender es tener un cuerpo perfecto entrenando tan sólo una o dos veces por semana.

—Reconozco que me falta motivación.

—La mejor motivación que puedes tener presente cada día es la constancia. ¡Recuérdalo bien, Jack! Sólo la constancia permite al ser humano alcanzar todo aquello que se propone. Mientras buscas dónde se ha escondido la tuya, ¿por qué no me explicas qué es esto? —inquirió sacando el pliego de papel que había encontrado sobre su cama horas antes.

—Tu agenda para las próximas horas —rió mirando directamente a sus ojos azules. Una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios—. Yo estoy completito hasta mañana por la tarde. Nada más y nada menos que tres clientas... Una tras otra.

—¡Hombre codicioso!

Jack decidió subir por las escaleras.

—¿Por qué no coges el ascensor?

Jack miró a Rhian con disgusto y, antes de desaparecer del campo de visión de su mirada inquisidora, sonrió y respondió con sarcasmo:

—Porque me gusta hacer ejercicio.

Rhian alcanzó a Jack cuando éste se encontraba a tan sólo cinco peldaños del nivel de la planta baja. Sujetándolo por el hombro, le obligó a enfrentarse a él.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó con curiosidad señalando la expresión *servicio especial* subrayada con tinta roja en el papel.

—Ya te lo he dicho. Tu agenda para esta noche —dijo con evasivas.

—¡Jack! —rugió apretando los dientes.

—Tranquilo, hermanito, tranquilo —dijo palmeándole el hombro. Subió el segundo tramo de escaleras en tres zancadas y antes de refugiarse en la intimidad de su habitación, dijo—: Disfruta esta nueva experiencia.

—¡Jack!

—Oportunidades como estas no llegan todos los días...

Hacía fresco y la luna comenzaba a brillar en el horizonte, húmedo y sombrío, cuando Helen McLaferti salió por la puerta. Sólo un pálido resplandor a lo lejos, mezclando diversas tonalidades celestes, naranjas y amarillas, indicaba a través de la espesa neblina que el atardecer se hallaba próximo.

—¿Dónde se supone que vas a estas horas?

Entre la penumbra y la llama de un cigarro encendido, la tenue luz de la lámpara de su escritorio, en el interior de la casa, apenas revelaba la silueta de las manos de Greg apoyadas contra los brazos de la mecedora del porche.

—¿Desde cuándo te dedicas a espiarme? —inquirió ella con el corazón en un puño, ajustando la posición de sus gafas.

—No era mi intención asustarte.

Tras colocar el cigarro a medio consumir en el cenicero, Greg McLaferti se levantó y se acercó a su esposa.

—¿Qué haces? —inquirió Helen, asombrada al percibir la presión de las manos de él en torno a su cintura y después, sobre sus caderas.

Greg inspiró profundamente y el aroma de su perfume afrutado inundó sus fosas nasales.

—Simplemente me preocupo por mi mujer. Luces radiante... como siempre. Vamos a la cama... —sugirió por tercera vez aquel día rozándole el pómulo con sensualidad con el dorso de la mano. La humedad del momento hizo que ella lo notara frío—. Últimamente tú y yo no...

—Hoy no, Greg. He quedado con las chicas.

—¿Con Nicole?

—Sí, con Nicole. Y con Lorraine. Al parecer...

—¿Hoy no quiere decir que tal vez mañana sí? —le interrumpió. Reduciendo un poco más el espacio entre ambos, insistió—: ¿Un tal vez quizás?

—No, Greg. Hace tiempo que lo nuestro no funciona. El amor es fuerza, pasión, locura... decisión... —Carraspeó en un fútil intento de aclarar el nudo que se le había formado en la garganta y se le aguaron los ojos. Luego, dio un paso hacia atrás, ampliando la distancia entre ambos, antes de decir—: En nuestro caso todo eso hace mucho que no existe. Hace tiempo que nuestro matrimonio va a la deriva, Greg.

*¡Por fin!*

Por fin había encontrado la oportunidad de expresar con palabras todo aquello que le angustiaba. El peso del desamor se hizo instantáneamente más ligero; mucho más ligero...

—Helen, todos los matrimonios tienen problemas... y secretos... —balbució él—, y algunos no se deben descubrir.

—Greg, cuando la vida te manda mensajes que no entiendes, hay que esperar, esperar... y esperar... hasta que ella sola te lo explica todo con el tiempo y puedes comprender perfectamente lo que debes hacer con tu vida. Desgraciadamente para los dos, mi vida no está junto a ti.

—Creo que este final es lamentable —sentenció Greg McLaferti apartándose completamente de ella—. A veces siento que he fracasado en todo.

—¿Fracasado?

—¡Sí, fracasado! Dicen que no se está enamorado hasta que ese amor te juega una mala pasada...

—No voy a fingir una consternación que no siento, Greg. Las mejores cosas de mi vida me han sucedido cuando menos interés he puesto en ellas, y así, sin esperarlo, y como caído del cielo, me he dado cuenta de una cosa: ya no te quiero. Lo siento.

—No es necesario que lo sientas.

—¡Claro que no! Sólo es necesario cuando el sentimiento de culpa te embarga. Lamentablemente, yo no me siento así.

Bajó la mirada y se concentró en el perfil de sus zapatos.

—Helen, algunas veces pienso que eres de plomo derretido.

—Todos tenemos dentro un pozo lleno de basura. De vez en cuando hay que dar una cucharadita de verdad para después dar tres jarras de mentira.

—A veces es necesario echar el cubo al pozo para ver qué hay dentro. En este instante te relataría punto por punto todo, absolutamente todo lo que siento, pero...

—Amar no es solo un verbo, Greg —le interrumpió su mujer sin inflexión en la voz—. Hace tiempo que lo nuestro pasó a un nivel en el que ya sólo hay cariño. Nada más.

—¿Lo dices de verdad?

La pretensión de sonreír se esfumó de su rostro. Helen dudó si debía responder aquella pregunta. Finalmente habló:

—¡Sí! Nunca he estado más segura de ello.

—Una visión un tanto cínica viniendo de ti —dijo apoyándose en la barandilla con esa ridícula expresión de adoración que siempre había reservado sólo para ella. Aspiró hondo y la fría humedad le quemó por dentro.

—Quiero que sepas que no te tengo rencor, Greg. —Le rozó el hombro y él intentó apartarlo de su contacto—. Ambos sabíamos desde hace mucho tiempo que tarde o temprano esto iba a ocurrir.

Greg asintió lentamente, sin pestañear. Después, afirmó:

—Uno nunca piensa que pueda llegar el día. Todo hombre necesita de una buena mujer, porque incluso en el ajedrez, la dama es la que protege al rey.

—Greg —murmuró Helen con la voz rota rozándole el hombro con la mano. Él permaneció inmóvil cuando ella le acarició la mejilla. Un infinito silencio se apoderó del momento. Tras unos minutos muy difíciles para ambos, Helen McLaferti abrió la portezuela del monovolumen, encendió el motor y sugirió antes de dar marcha atrás—: Por favor, no te hagas más daño.

Asintió. No podía hacer otra cosa.

Greg se quedó quieto observando con cautela cómo aquella mujer alta, delgada y de cabello castaño claro, casi rubio, que vestía con elegancia un traje de chaqueta y pantalón, se alejaba de él.

Lentamente, la conciencia de lo que había pasado se fue desplomando...

Lentamente...

Muy lentamente...

Tan despacio que confiar en una reconciliación se fue tornando en una posibilidad insólita, agria, lamentable y amarga. Las lágrimas se le congelaron en los ojos.

Helen McLaferti se sintió libre, como si se hubiera desprendido de miles de kilos cuando la silueta de Greg se hizo cada vez más pequeña en el espejo retrovisor.

Pero la tensión acumulada durante aquella semana había hecho mella en ella, y finalmente, tras más de dos horas de conversaciones banales sobre temas tan variopintos como el tiempo o las últimas tendencias de maquillaje, aquellas cosas que con tanta gracia y simpatía eran naturales en ella —amabilidad, sonrisas y saber estar—, dieron paso a la desesperación.

—No entiendo por qué estás así de mustia, Helen. ¡Has hecho lo correcto! Llevas meses queriendo dar el paso y finalmente ha llegado el día. No hagas un castillo cuando en el camino sólo hay un par de pequeñas piedras.

Lorraine parloteaba sin parar, mientras que Nicole intentaba dar un punto de vista menos radical a la conversación.

—Lo hecho, hecho está. Han pasado dos horas. Te aseguro que cuando pasen tres, te dolerá un poco menos, cuando pasen cuatro ya ni te acordarás —sonrió Nicole observándola con sus ojos grandes y



almendrados a través de las espesas pestañas y al ver la expectación que estaba causando el hombre moreno, alto, delgado y de mirada castigadora que acababa de entrar por la puerta, giró la cabeza y suspirando acalorada, añadió—: Nos merecemos algo mejor.

Helen iba a responder cuando Lorraine la interrumpió:

—¿Cuándo fue la última vez que saliste con alguien?

—Hace mucho tiempo —contestó compungida.

—¿Cuánto? —quiso saber Nicole incapaz de no sonreír con sensualidad al hombre que se apoyaba en la barra.

Helen McLaferti suspiró y bajó la cabeza para mordisquear la pajita de su *Cosmopolitan*. Luego, se rebulló en el asiento.

—No sé... —respondió vagamente—. Puede que haga ya demasiado tiempo.

—Vamos a ver... ¿Hace más de tres años?

Nicole clavó sus ojos en los de Helen y leyó en ellos cierto temor. Se la notaba incómoda.

—Tal vez. Quizás cinco... —dijo a regañadientes.

—Ya —asintió—. En ese caso... me parece que esta es una situación idónea para retomar la conversación que mantuvimos hace unos meses. ¿Recuerdas que te conté que Lilianne contrató los servicios de...?

—¡Ni lo pienses, Nicole! —exclamó Helen—. Estoy desesperada, pero no a ese nivel.

—No digas tonterías, Helen —soltó Lorraine dando un sorbito a su cóctel—. Últimamente eso es lo que está de moda. La necesidad femenina existe, querida, y a determinada edad, los hombres no pueden garantizarnos experiencias satisfactorias como cuando tenían treinta años.

—Lorraine tiene razón —intervino Nicole—. No te voy a negar que yo también he recurrido a ese tipo de servicios en más de una ocasión. Desde que me separé de Harrison...

—Es una experiencia maravillosa —interrumpió Lorraine—. En el caso de Lilianne, es precisamente su marido el que contrata el servicio para que ella disfrute. Eso no quita que después, entre ellos, exista algo...

—No creo que Bradley tenga la capacidad de satisfacer a Lilianne —se mofó Nicole.

Ambas la miraron con estupefacción.

Golpeando repetidamente con las uñas el cristal de su copa, Helen McLaferti afirmó:

—Creo que a estas alturas de mi vida no me veo en una situación parecida.

—¡No sabes lo que te pierdes! Realmente, cuando pruebas a uno de esos hombres, la experiencia es tan... es tan... ¡Uff, me estoy acalorando! —exclamó divertida Nicole—. ¡No sé cómo explicarlo...!

—¿Excitante?

—¡Eso es!

Lorraine intervino entusiasmada:

—Creo que es muy positivo que este tipo de profesionales existan. El sexo está garantizado, cien por cien, y lo más importante de todo: proveen un servicio totalmente discreto y se adaptan a tus condiciones, a tu agenda... ¡a todo! ¡Créeme! Tu vida dará un giro de ciento ochenta grados cuando pruebes a un hombre de ese calibre. Te olvidarás por completo de Greg.

—Cuando pagas una buena suma por un hombre bien arreglado, con conversación, inteligente y elegante, y que encima va a hacerte disfrutar hasta el éxtasis, te aseguro que vale la pena cada centavo que pagas. Te lo aseguro —apuntó Nicole.

—Me estoy acalorando... —susurró Helen, abanicándose con la mano.

Acercándose a ella, Lorraine le indicó muy seria:

—Christopher —dijo refiriéndose a su marido—, me regala todos los meses una sesión de buen sexo, y no precisamente con él.

—Las relaciones no funcionan así —convino Helen McLaferti.

—Deberían hacerlo.

—Admítelo, Helen —intervino Nicole al escucharle—, una mujer siempre tiene que tener un plan B y no dinamitar con sus malas decisiones un posible feliz desenlace.

—Efectivamente. Pero con la B de BUENO, de BIEN diseñado.

Eso les hizo reír.

—Hoy por hoy no puedes hacer planes con tu vida amorosa, porque sencillamente no tienes vida amorosa —dijo Lorraine doblado una servilleta de papel—. Tú lo que necesitas en este momento es una estupenda y excitante vida sexual.

—Es muy doloroso ver cómo tu vida se derrumba por tercera vez... —susurró Helen algo pálida.

—No es la primera vez que tomas una decisión de este calibre —protestó Nicole. Se humedeció los labios antes de decir—: Deberías estar acostumbrada.

—Es más fácil acostumbrarse a cualquier otro problema que al final de un matrimonio al que te has entregado por completo —suspiró Helen McLaferti jugueteando distraída con la pajita—. No he querido nunca tanto a un hombre como a Greg. Ni siquiera al padre de Heather.

Lorraine se subió ligeramente la falda y cruzó las piernas. Luego, dijo:

—La derrota es difícil de asimilar porque el amor va tejiendo una red en la que al final, todos los que viven a tu alrededor se enredan.

—Querida, no permitas que tus heridas te transformen en alguien que no eres —sugirió Nicole señalándola con el dedo—. A ti no te lo permito, ¿me entiendes?

Cogiendo aire, Lorraine les recordó:

—El secreto para mantener una relación proviene de dos palabras: no mentir.

—Nunca he mentido a Greg —contestó Helen ofendida.

—Sí que lo has hecho —afirmó Nicole categóricamente desestabilizando los pensamientos de Helen—. Las experiencias sexuales son lo que tú haces de ellas, y precisamente, tú y Greg hace mucho que...

Lorraine y Nicole observaron la reacción de Helen. Finalmente, fue Lorraine la que con una increíble sonrisa señaló:

—Compartir la vida con un hombre al que no deseas sexualmente es otra forma de mentir, querida. Los hombres de nuestra generación ya comienzan a tener problemas con su virilidad, y nosotras todavía estamos en una edad en la que las necesidades existen. No te voy a negar que aprecio enormemente lo que hace Christopher por mí. Que todos los meses me ofrezca a otro hombre para que mis necesidades queden cubiertas es algo que me divierte, que me alegra, que me excita... y... he de reconocer que mucho.

»Hace tiempo, los dos construimos un muro muy alto, infranqueable, que ni él ni yo tenemos ganas de franquear. Ambos sabemos que no nos queremos. Incluso yo sé que él me es infiel. —Sonrió y apretó los labios con cierta nostalgia—. ¡Lo sé! Y desde hace mucho tiempo. Pero entre los dos hemos creado una especie de pacto que no podemos romper. En cambio, tú...

—Helen, créeme. —Ahora fue Nicole la que comenzó a hablar—. Vivir con plenitud el momento presente, se ha convertido en el signo de la felicidad.

—A eso es a lo que me refiero, Nicole —apuntó Lorraine y dirigiéndose después a Helen, añadió—: Permite que Greg se quedé ahí, en una parcela de tu recuerdo. Haz que se convierta en un fantasma, como si nunca hubiera existido, y déjate llevar.

—¿Y dónde queda el amor para ti? —Entornó los ojos unos instantes. Dejando inconcluso el discurso, suspiró al decir—: Cuando el sexo controla tu vida es un problema.

—Querida, lo peor es pasar por esta vida sintiendo cómo la insatisfacción es tu mejor compañía.

—Creo que el amor no existe en realidad —terció Nicole terminando el contenido de su copa—. Subestimas demasiado esa palabra.

—Una mujer se siente fea cuando no tiene a su lado al hombre adecuado. El amor es el muelle donde todo barco debe anclar.

—¿Has pensado alguna vez que tu muelle lleva meses dinamitado y se parece más a una escollera? —se mofó Lorraine.

—Helen, lo mejor está por llegar... ¡Créeme! —El ímpetu con el que Nicole le hablaba no terminaba de activar el resorte de su animosidad—. Pero no porque sea mejor, sino porque va ser nuevo. ¡Diferente!

—¡Ja! —sonrió Helen McLaferti con desgana. Ardía de rabia por lo que decían sus amigas.

—Entonces, ¿qué opinas? —inquirió Nicole concentrada en el hombre que, apoyado en la barra, la observaba desde el otro extremo del local—. ¿Te lo vas a pensar?

—Pensar es peligroso para cualquiera porque pone en entredicho las convicciones que tanto esfuerzo ha costado imponer para su propio beneficio —contestó Helen McLaferti sorprendiéndolas con su respuesta—. No siempre es bueno...

Pasados unos segundos, en los que el silencio entre las tres amigas se hizo imposible de sostener, intervino Lorraine:

—El único peligro de pensar es para el que se beneficia de la ignorancia y el control ajeno, y en este caso, tú y sólo tú —afirmó apuntándola con el dedo— vas a ser la que te vas a beneficiar de tu decisión. Helen, por favor, asúmelo. ¡Todos estos años has vivido en una mentira!

—Una mentira que ha puesto en jaque todas las verdades de tu vida —apostilló Nicole—. Por una vez en tu vida, déjate llevar. —Y guiñándole el ojo pícaramente, añadió—: Créeme cuando te digo que vale más actuar exponiéndose a arrepentirse de ello, que arrepentirse de no haber hecho nada. ¿Qué me dices?

Helen McLaferti suspiró y se encogió de hombros. Aquella velada estaba siendo más complicada de lo que esperaba.

—Cuando era niña soñaba con el día en que mi príncipe azul llegara a por mí.

—Cuando somos niñas —intervino Lorraine paseando la yema de su índice por el borde superior de la copa vacía— siempre imaginamos que todos los cuentos terminan con un final feliz, pero a medida que pasan los años la vida te devuelve otros colores y te confirma que todo no es de color de rosa.

—Y te enseña que los sueños no tienen fin —añadió Nicole levantándose de la silla, hipnotizada por aquellos sugerentes ojos verdes que la observaban desde la barra.

—Cierto —admitió Lorraine con complicidad.

—Inmortalizar los momentos felices de mi vida ha sido un sueño que por muchos años he perseguido. —Nicole se alisó las arrugas de la falda. Después, extrajo un pequeño estuche plateado con incrustaciones de *Swarovski* del bolso, lo abrió y, tras comprobar que su maquillaje estaba en perfecto estado, se pellizcó ligeramente los pómulos y dijo con sugerencia—: Hay días en los que, cuando una mujer quiere hacer eterna su felicidad, tiene que ser ella la que deje de lado la vergüenza y dé el paso decisivo con los hombres.

—¿Has visto cómo te mira aquel? —susurró Lorraine haciendo un pequeño gesto con la cabeza—. Te derrite con los ojos.

—Lo sé. —Pestañeó mientras se acariciaba las mejillas, aquellas en las que ya se iban marcando pequeñas huellas de la vida.

—¡Nicole! —exclamó Helen abrumada por la situación.

—Helen, las mujeres tenemos las mismas pulsiones, deseos, inquietudes e indecisiones que las de cualquier hombre. Cuando todo a tu alrededor empieza a ir más despacio, cuando llevas horas cruzando miradas fugaces, tímidas, penetrantes, acompañadas de pequeñas sonrisas ruborizadas, si al final no das el paso, toda la electricidad que ha inundado tu cuerpo durante todo el proceso y que ha avivado la llama incandescente que todas tenemos, se convierte en hielo. Y como comprenderás, yo sólo quiero el hielo

para las copas —sonrió.

Acto seguido, Helen McLaferti y Lorraine Carson vieron cómo Nicole Blatter se alejaba, bamboleando las caderas con sensualidad, y se acercaba al apuesto y seductor caballero que desplegaba todos sus encantos apoyado en el borde de la barra.

Al cabo de unos minutos, la conversación se volvió más íntima cuando Nicole comenzó a susurrar algo divertido en el oído de aquel, provocando su risa y un roce, para nada sutil, junto a su cadera.

—Nicole no pierde el tiempo —opinó Lorraine mirándola con impaciencia—. ¿Qué me dices, Helen? ¿Lo pensarás?

—¿Qué? —inquirió distraída. Una oleada de pensamientos confusos ocupaba su mente—. ¡Ah, sí! ¡Por supuesto! Lo pensaré.

Lorraine sonrió satisfecha antes de decir:

—¡Bien! Esa es la actitud previa ante un sí.

—A un tal vez, a un quizás. La tentación es considerable, pero...

—La mejor manera de librarse de la tentación es caer en ella. El único hombre que te puede hacer feliz en esta etapa de tu vida es aquel que te ofrezca su mano, te regale una sonrisa bella y sobre todo, satisfaga tus necesidades más primarias. —Helen McLaferti esbozó una sonrisa forzada—. ¡Te aseguro que no te arrepentirás!

—Si quieres que te diga la verdad, estoy harta de pesadillas, de... de amargarme la vida.

—Helen, tienes que darte cuenta de que hay más rosas en el jardín, incluso algunas sin espinas que hagan daño. Al contrario, disfrutarás de su olor, de su tacto, ¡oh, sí!, del sabor dulce de su rojo pasión...

—Shhhh... ¡Calla, Lorraine! Tú y tus metáforas —sonrió—. No sigas, por favor.

—Lamentablemente, muchas parejas como la mía siguen unidas solamente por costumbre y ahí es cuando hay que poner en marcha una solución rápida. Has estado ciega por algo que llamabas amor y sólo era cariño.

—Más bien desazón.

—Está claro que no tienes remedio, Helen.

—Si toca pecar... —contestó tímidamente, saboreando el exquisito y pícaro placer con el que sus pensamientos alimentaban, con cientos y cientos de tórridas imágenes, su cabeza—, pecaré.

Y con ese nuevo propósito, ambas abandonaron el local y desfilaron por el aparcamiento con determinación, dispuestas a comerse el mundo.

—Creo que te está sonando el móvil, Helen —apuntó Lorraine reduciendo la longitud de sus pasos.

—Te juro que no me atrevería a pronosticar lo que podría sacar de aquí en este momento —contestó Helen buscando el aparato en el interior de su bolso—. Si algún día me diera por hacer inventario de todo lo que llevo aquí dentro, necesitaría por lo menos cuarenta y ocho horas.

—Como poco —se mofó Lorraine—. Tu bolso ha de tener su propia flora y fauna autóctona. Me juego una copa a que cuando pongas en marcha el plan B, nada de lo que llevas ahí te va a ser útil.

—Eso ya lo veremos llegado el momento —contestó mientras rebuscaba con ahínco el incendiario y trepidante *run-run* del teléfono—. ¡Dios! ¿Dónde se habrá metido ese maldito cacharro?

El aparato ofreció dos nuevos tonos antes de quedarse completamente en silencio.

—¡Por fin! —gritó cuando dio con él. Luego, frunció los labios y revisó el registro de llamadas—. ¡Vaya! Era Greg.

—Olvídate de él, Helen, y concéntrate en tu plan B —le aconsejó Lorraine. Tras entregarle una pequeña tarjeta plateada con un número de teléfono impreso en letras azules, encendió el motor de su utilitario y, antes de fundirse en el tráfico nocturno de la gran ciudad, aseguró—: Mañana te llamo.

Una mujer aguardaba ante la puerta abierta de la *suite* 503 del *Radisson Martinique*. De mediana edad, con traje beige y el cabello rizado, miró a Rhian con desconfianza.

—La señora Vashow lo recibirá enseguida. Pase, por favor.

—¿Y usted es? —preguntó con curiosidad.

Aquellos ojos oscuros lo miraron como si la pregunta hubiera violado su intimidad. Sin responder, afirmó la mujer:

—Señor Hoover, siéntese, por favor. Avisaré a la señora Vashow de su llegada. Si me disculpa.

Rhian estudió la lujosa sobriedad de la habitación de paredes en color chocolate y suelos en brillante mármol blanco con pequeñas piezas negras colocadas en damero. La habitación era espaciosa, con dos amplios miradores.

Las mullidas colchas blancas contrarrestaban con los sillones de una intensa tapicería en color rojo. Sobre la mesa, una bandeja con lustrosos fresones y un par de botellas de *Moët Chandon*, indicaban los gustos exquisitos de la señora Vashow.

Sólo la luz de la luna iluminaba sutilmente la penumbra de la habitación cuando la luz artificial de las lámparas se apagó.

—Cierre los ojos y... desnúdese, por favor.

Rhian buscó el origen de aquellas palabras y tragó saliva. Su nuez se marcó en el cuello cuando unas suaves manos femeninas le cubrieron los ojos con un pañuelo de seda negro.

—Señora Vashow.

—Llámeme Tanya, por favor —le susurró al oído desde atrás. Su voz era serena y dulce. Su cuello olía a cerezas maduras—. Si quiere hacer eterna mi felicidad, sólo debe hacer lo que le pida...

—Por supuesto —contestó él con cierto nerviosismo. El corazón le palpitaba con urgencia en el pecho.

—Inmortalizaré este momento, señor Hoover.

—No quiero fotos —exigió apartando con amabilidad aquellas menudas manos que comenzaban a desabrochar los botones de su camisa.

—Tranquilo —dijo rozándole el bulto que permanecía latente entre sus piernas—. Me sentaré a su lado, le miraré fijamente y retrataré su imagen en mi corazón mientras usted termina de quitarse la ropa. ¿Le parece bien?

Rhian asintió.

—¿Hará lo que le pida?

Tanya Vashow se acercó a él y, empujándole delicadamente, le indicó que se sentara en el sofá.

—Sí —prometió él en un susurro.

La señora Vashow sonrió con suficiencia y le desabrochó delicadamente el pantalón. Rhian se incorporó ligeramente para dejar caer a sus pies la prenda, quedando únicamente en ropa interior.

—No se mueva —exigió ella ajustando nuevamente la suave seda sobre sus párpados cerrados—. Es preciso que no se mueva en este momento, señor Hoover.

Rhian ahuecó la espalda y Tanya Vashow colocó un par de cojines en sus lumbares.

—Mmm... ¡Perfecto! Acomódese, por favor. Le ruego que no se mueva a partir de ahora —susurró justo en el momento en el que ataba a la base de su pene unas suaves tiras de cuero y las entrelazaba hasta alcanzar la corona—. En unos minutos sentirá un cierto hormigueo en esta espectacular y exquisita parte de su cuerpo... ¡Oh, sí! Ya puedo apreciar cómo intenta luchar con las cintas de cuero... ¡Kirsten tenía razón! Tiene usted un precioso caramelito aquí abajo.

*Kirsten... Kirsten...*

*Aquel nombre era tan familiar...*

*¿Dónde lo había escuchado antes?*

Rhian permaneció inmóvil, concentrado en su respiración, tratando de aliviar la necesidad que bullía en su interior y que tan sólo podía satisfacer estando entre los brazos de Heather.

*Kirsten... Kirsten...*

*¡Maldita sea! ¿Quién era Kirsten?*

La mente de Rhian comenzó a funcionar a toda velocidad, repasando los nombres de todas y cada una de las mujeres con las que había compartido sexo en los últimos tres meses. Gisselle Weasley, Jodie Kelly, Isabella Tisdale, Lillianne...

*Mmm... ¿Cómo se apellidaba Lillianne?*

Doris Carter, Gina White, Nicole Blatter, Cristie Scott, Lorraine Carson, Glorya Glissom...

Rhian enumeró a todas y cada una de ellas, hasta que por fin, cuando la desesperación —unida a la excitación a la que le estaba sometiendo la señora Vashow—, alcanzó su punto más álgido, recordó a la senadora Felton.

Definitivamente, al listado le quedaba un larguísimo etcétera, pero la senadora Felton se había convertido en poco tiempo en una de sus incondicionales clientas. Tras su regreso de *San Petersburgo*, tres habían sido las citas que habían mantenido en tan escaso periodo de tiempo.

Las tiras de cuero se le clavaron en la delicada piel adormecida del pene al recordar cómo los ávidos labios carnosos de la senadora Felton habían degustado con exquisitez el sabroso elixir de su masculinidad.

—Tranquilícese, señor Hoover —exigió Tanya Vashow rozando su abdomen con el perfil de sus uñas—. No se esfuerce innecesariamente. Le aseguro que esta vez no logrará alcanzar la rigidez a la que está acostumbrado. Relájese y disfrute...

—Señora Vashow... yo...

Al cabo de unos minutos, el hormigueo inicial dio paso a una ligera, placentera y nada despreciable sensación de adormecimiento.

—Arggg... —gruñó sintiendo los albores de un orgasmo insatisfecho en su interior.

—Shhhh... —siseó Tanya Vashow acercándose a la vena que latía errática en su cuello mientras las yemas de sus dedos acariciaban la escasa piel que asomaba a través del cuero—. Joven, tranquilícese y disfrute...

Rhian se esforzó por controlar la erección que intentaba expandirse, sin éxito, más allá de sus ataduras. Un palpitante e intenso dolor se apoderó de su cabeza.

—Rhian, ¿le puedo llamar Rhian, verdad? —El asintió controlado la oleada de insatisfacción que crecía en su interior—. Dígame, ¿le gusta esto?

—Sí —musitó ahogadamente, sin creerse su propia mentira. Últimamente, sólo Heather Rothscill tenía la capacidad de hacerle disfrutar con plenitud del sexo.

Dejando caer el peso de todo su cuerpo sobre el de él, Tanya Vashow le susurró al oído:

—Esto puede convertirse en una hermosa realidad todos los días de su vida, Rhian. —Concentrándose nuevamente en la pulsión inerte y casi sin vida que perdía fuerza bajo las ataduras, preguntó—: ¿Le apetece?

—Puede llamarme cada vez que lo necesite —musitó él ahogadamente al percibir cómo la sangre comenzaba a inundar el cuerpo cavernoso y sin vida de su masculinidad. Un hormigueo electrizante se apoderó de su estómago. Apretó los dientes—. Arggg...

—¡Oh, sí! —paladeó—. Su placer es mi placer...

*Respira, respira, respira...*

Se concentró en eso: en respirar.

Por un momento, Rhian se preguntó si podía ver a través de la delgada tela que cubrían sus ojos.

El calor se disparó directamente por todo su cuerpo.

El cuero laceraba la piel, allá donde las cintas entorpecían el crecimiento prolongado de su longitud.

El deseo ardía en sus venas...

—Yo...

—Shhhh... relájese.

Estaba tan sensible...

Las caricias de aquella mujer lo endurecieron con una incómoda y voluminosa erección, hinchando sus venas, haciéndole jadear...

Aunque a esas alturas sólo Heather conseguía que él se abandonara a la obsesiva necesidad del placer, un tirón de deseo recorrió todo su cuerpo cuando Tanya Vashow acarició su erección con la suavidad de sus manos.

Definitivamente, cuando perdió el control, Rhian gruñó descontrolado sin ser capaz de fingir el orgasmo que, sofocado, ansioso, combativo y asustado, daba salida al deseo prohibido que guardaba en exclusiva para Heather Rothscill.

El sudor perlaba su frente y sus manos temblaban ligeramente cuando Tanya Vashow le retiró el pañuelo de los ojos y comenzó a deshacer el trenzado de las cintas.

Su miembro, ligeramente flácido al principio, no tardó en alcanzar la enormidad acostumbrada cuando ella masajeó toda su longitud con aceite corporal, hidratando la piel allí donde el cuero se había clavado durante más de treinta y cinco minutos de suplicio, lujuria y salacidad.

Justo antes de estallar por segunda vez, Tanya Vashow se apartó de él, como si la delicada y suave piel que envolvía su salvaje masculinidad le abrasara la mano.

—Gracias —susurró, mordiéndose ligeramente el labio inferior.

—¿Por qué? —inquirió Rhian Hoover con la respiración entrecortada percibiendo el cálido aliento de ella próximo a su cara. Tragó saliva en contra del torrente de excitación que le azotaba el pecho, las piernas, los brazos, el cuerpo entero... Después, alzó una ceja sugerentemente antes de volver a repetir—: ¿Por qué?

Ella se relajó y sonrió sutilmente.

Aunque se sentía viva, aquellos ojos azules brillantes le hacían sentirse insegura y tímida. Su calor se encendió de nuevo por toda la piel bajo aquella ardiente mirada.

—¿Le apetece uno? —preguntó sacando un cigarrillo de una pitillera plateada.

Rhian Hoover entornó los párpados, tratando de aclarar la neblina sexual de su mente. Finalmente, contestó, afinando los ojos:

—No fumo.

Su dura mandíbula se marcó bajo la suave piel sobre la que comenzaba a dibujarse la barba, en pequeñas sombras.

Tanya Vashow asintió, deleitándose en aquellos poderosos y musculados pectorales tatuados, en aquellos bíceps marcados, en el pequeño adorno dorado que perforaba su pezón...

Un furioso gruñido, totalmente alejado de los sensuales y femeninos gemidos, brotó de su garganta cuando él se acarició el pecho y la pieza dorada que perforaba el almendrado pezón se retorció entre sus dedos.

—Yo tampoco suelo hacerlo. Sólo en momentos especiales, claro está. De hecho odio el olor a tabaco.

Tanya Vashow parpadeó aturdida y sin saber qué contestar, se acarició lentamente mientras observaba cómo él se le acercaba. El deseo ardía en su interior.

—¿Le gusta lo que ve o simplemente está sorprendida? —inquirió Rhian colocándose los pantalones.

A ella, el cuerpo le tembló con renovada lujuria.

—Siento que todo ha ido demasiado rápido. —Los labios de Rhian se abandonaron a una venenosa carcajada—. Sólo hay que observar esa incómoda y creciente erección que presiona sus pantalones para darse cuenta de que no está satisfecho. En cuanto a mí...

Rhian entrecerró los párpados, pensativo.

—En estos momentos lo más importante para mí es saber si usted se siente satisfecha. Lo demás es circunstancial. —Sus ojos azules se clavaron nuevamente en los de ella—. ¿Ha cumplido sus deseos esta noche?

Tanya Vashow se encogió de hombros, asintió con la cabeza y se mordió los labios a la vez que apretaba las manos contra su estómago.

*Estaba excitada.*

*Muy excitada...*

Después, se acercó a él y dándole un ligero beso en el pecho para luego separarse con rapidez, dijo:

—Repetiremos esto, señor Hoover. —Sus pequeños pezones endurecidos le rozaron el pecho—. Sé que usted guarda muchos secretos y estoy dispuesta a descubrirlos todos.

—Estaré encantado de ayudarla, señora Vashow.

Contuvo el aliento cuando ella se acercó voluptuosamente a él con el deseo implícito y el brillo de la ambición inundando sus ojos verdes y comenzó a abrochar los botones de su camisa.

—Tanya, por favor —sugirió ella, acariciándole el mentón—. ¿Está usted seguro?

—Sí —musitó él dibujando una sonrisa insincera en los labios.

—Ya sabe que me gusta jugar...

Tanya Vashow elevó sus ojos verdes. Aquella mirada pertenecía a una mujer más insegura de lo que aparentaba.

—Lo sé —susurró ajustándose el nudo de la corbata.

—El viernes es mi cumpleaños.

Inspiró y sus turgentes pechos se elevaron rozando las pétreas cumbres con los botones de su camisa.

Con la lujuria dominando sus manos, comenzó a introducirlas a través de la bragueta en busca del palpitante y creciente miembro masculino.

—Señor Hoover, ¿conoce el *nantaimori*<sup>[10]</sup>?

Rhian entornó los ojos.

—Voy a tomar eso como un sí —susurró ella—. Quiero que usted sea mi vajilla personal.

Rhian se quedó paralizado y abrió los labios en un grito mudo cuando ella recorrió toda su longitud hasta la base y le acarició los testículos.

Su corazón dejó de latir durante un par de segundos. Una eternidad, cuando en realidad, ese músculo incansable había mantenido sus palpitaciones aceleradas durante dos horas.

—Recuerde —insistió apartándose abruptamente de él, provocando la contracción de sus pulmones por la incapacidad de encontrar el aire necesario para respirar—. Lo espero a las seis. No llegue tarde.

Rhian la miró con extravío y después de largo rato de estupefacta confrontación, sonrió.

Agradeciendo que la humedad de la noche le envolviera y extinguiera el delirio de su mal humor, abandonó el *Radisson Martinique*.

*¿Qué más?*

*¡Qué más!*

*¿Qué más le podía pasar?*

Se había repetido esa pregunta una y mil veces durante los últimos meses.

*¿Nantaimori?*

*¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar?*

Pegó la frente al cristal de su *Bugatti Veyron Grand Sport Vitesse Rembrandt* y cerró los ojos unos



minutos.

Por primera vez en mucho tiempo, se sentía defraudado con la vida; con *su* vida.

Inspiró con fuerza y apretó los puños sobre el volante hasta que le crujieron los nudillos. Después, comenzó a teclear rápidamente en el móvil:

*«Jack, recuérdame que te mate cuando llegue a casa»*

Jack tardó tan sólo un par de segundos en contestar.

*«Recuerda que lo de hoy sólo ha sido trabajo...»*

—Serás idiota —soltó entre dientes. Sacudió la cabeza y puso en orden sus ideas. Después, escribió:

*«¡¡¡Vete al cuerno, Jack!!! ¡¿Nantaimori?!»*

Esta vez, la réplica de Jack tardó un poco más en llegar:

*«Ja, ja, ja. Recuerda: TRA-BA-JO»*

Heather Rothscill llegó a su apartamento a la una de la madrugada. Estaba cansada. Muy cansada. Tenía los pies hinchados y, por primera vez en mucho tiempo, con el cambio de presión, se le habían taponado los oídos.

Tras dejar el bolso sobre la mesa, se quitó los zapatos, los tiró junto al sofá y caminó descalza hasta la cocina. Allí encontró a Carlota mordisqueando los restos de pizza del día anterior.

—Buenas noches, pequeña. ¡Cómo te has puesto!

La *Bichón Frisé* había dejado un reguero de huellas de tomate por toda la cocina. Tenía las patas manchadas.

—Espero que no hayas manchado la tapicería del sofá —bufó. Y al comprobar que la perrita la miraba directamente a los ojos esperando algo más, con las orejas y la cola levantadas en posición de alerta, continuó—: ¡No sé qué voy a hacer contigo, Carlota!

Malhumorada, Heather se volvió hacia el fregadero y humedeció un paño.

—¡Carlota! ¡Ven aquí! —le exigió sujetándola del lomo cuando la perrita trató de escapar. La sostuvo como si fuera una pluma y caminó con ella hasta el lavadero—. Vamos a limpiarte esas patas.

—Rrrr...

La tapicería del sofá estaba intacta, no así la pintura de la pared, justo a la altura de la chimenea, donde Carlota había plantado tres huellas coloradas, pringosas e imposibles de limpiar.

Heather Rothscill apretó los labios con frustración cuando comenzó a retirar los restos de tomate de la pared.

Con la inquietud alojada en la boca del estómago, se secó las manos en la camiseta cuando el teléfono comenzó a sonar.

—Hola.

—¡Ah! Greg, eres tú.

Se sentó en el suelo y estiró las piernas.

—¿Todo bien?

Sin percatarse de que aquellas palabras no eran otra cosa más que una mera formalidad, respondió con sorna:

—Sí, todo lo bien que se puede estar a la una y media de la madrugada cuando, tras un insoportable y turbulento día de trabajo, llegas a tu apartamento con los pies hinchados y encuentras que las huellas de tu perrita con sabor a salsa de tomate están decorando toda la pared. Por lo demás, Greg, todo perfecto.

—¿Otra vez? —preguntó al cabo de unos segundos.

Heather odiaba los silencios de Greg, esa forzada indefensión con la que acentuaba pedantemente cada una de sus palabras.

—Sí, Greg. ¡Otra vez! Y ya van dos en los últimos tres meses. —Cuando él se volvió a quedar en silencio, Heather no pudo resistir la tentación y finalmente, preguntó—: ¿Qué ocurre, Greg?

Durante más de diez minutos, Greg McLaferti deambuló por el salón con el teléfono pegado a la oreja. Respiraba acaloradamente cada vez que pronunciaba el nombre de su mujer, insistiendo lo enamorado que estaba de ella.

—¿Y mamá?

—No lo sé —respondió Greg, indicándole que hacía horas que se había marchado—. Todavía no ha dado señales de vida. Me dijo que había quedado con Lorraine y Nicole.

—En ese caso, no hay de qué preocuparse. Cuando están juntas no echan cuenta de la velocidad a la que corren las agujas del reloj.

Condenado por su propia preocupación y por el decreciente interés que demostraba Heather por la conversación, Greg se despidió cariñosamente.

—Descansa, Heather. No olvides que te quiero.

—Buenas noches, Greg —dijo ella antes de colgar.

Heather suspiró, encendió el televisor, se acercó a la ventana y se puso a contemplar las estrellas. El mensaje que acababa de recibir no daba lugar a malentendidos: La G, la R, la E y la G formaban un nombre más de la lista de exmaridos de su madre. Y ya iban tres.

A pesar de que la oscuridad y la niebla no abandonaban la noche, reconoció fácilmente la silueta de la letra M invertida de *Cassiopeia*, con sus cinco estrellas brillantes.

Apagó el televisor —llevaban más de cinco minutos anunciando un aparato de gimnasia—, cogió a Carlota en brazos y, tras buscar el teléfono móvil en el bolso, llamó a su madre.

Helen no tardó en responder.

—Mamá, ¿dónde estás?

—Voy conduciendo.

—Tenemos que hablar. Greg me acaba de llamar.

—Cariño, no te preocupes. Estoy bien.

Helen McLaferti frunció el ceño, miró implacable a través del espejo retrovisor y, antes de que su hija pudiera responder, endureció la voz y dijo:

—No te metas, Heather. Te lo pido por favor.

—Descuida mamá —soltó Heather para desesperación de su madre—. Eres lo suficientemente mayor como para saber lo que tienes que hacer con tu vida.

—Créeme cuando te digo que estoy bien, pequeña —mintió, sabiendo que si le decía a su hija lo contrario provocaría un cisma a la buena relación que mantenía con Greg—. Greg ha sido mi vida y lo he amado suficientemente para saber que ha llegado el momento de despedirme de él. No espero que me comprendas, Heather, pero sí te exijo que no me cuestiones.

Heather cerró los ojos. Odiaba esa forzada indefensión a la que le sometía constantemente su madre.

—Mañana hablamos, mamá —bostezó. Estaba agotada—. Es tarde y... necesito dormir.

Antes de acostarse, se acercó a la cocina, abrió la nevera y bebió agua.

Vio a Carlota adentrarse en el dormitorio cuando comenzó a apagar las luces. Luego, tras comprobar que todas las ventanas estaban cerradas y teclear la clave de la alarma, se desmaquilló, se lavó los dientes y se puso el camisón.

Cinco minutos después de envolverse con el edredón, sucumbió en un profundo y placentero sueño. Rhian Hoover era su protagonista estelar.

Aquella noche, en la soledad de su despacho, Rhian también estaba intranquilo. Por tercer día consecutivo, *Le Bain* estaba al completo. Varios cientos de personas bailaban en la pista al son de la balada de *Can't Get You Off My Mind*<sup>[11]</sup> de Lenny Kravitz.

—Esto es como una pesadilla, Jack. Jamás pensé que algo así pudiera pasar. Y menos aún, después de todo lo que estudiamos a nuestros clientes. ¿*Nantaimori*, Jack?! Pero, ¿cómo se te ha ocurrido pensar que yo...?

—La vida no es el maravilloso cuento de hadas que tú creías, Rhian.

—Escúchame, Jack —Se aflojó el nudo de la corbata y, apuntándole con el dedo, dijo—: Comprendo que cada uno es libre de hacer con su cuerpo lo que quiera. De hecho, nosotros lo hacemos, pero... ¡Maldita sea, Jack! ¿*Nantaimori*?!

—No veo cuál es el problema. —Jack Hoover apoyó el gemelo izquierdo sobre su rodilla derecha y jugueteó con los cordones de su zapato—. Hace años optaste por prestar tus huesos y tu carne a las mujeres. Míralo cómo una nueva forma de dar placer en la que tú no tienes que hacer otra cosa más que permanecer tumbado.

—¡Por Dios, Jack!

—Entiendo tu malestar, tu furia, tu rabia. Entiendo que en este momento lo único que te apetece es machacarme y hundirme por haber aceptado un trabajo como este. Pero también entiendo que eres una persona coherente, Rhian. Precisamente tú ya deberías saber que en la vida no hay nada fácil. Me lo repites cada día.

Un calor sobrecogedor envolvió a Rhian. Apretó los dientes, tensionó la espalda y después los puños, hasta que las fibras de sus músculos comenzaron a enviar palpitantes y dolorosas descargas a sus tendones, invitándole a parar.

—Cada uno es libre de hacer con su cuerpo lo que quiera —continuó Jack mientras tamborileaba distraídamente el brazo de la silla—. Entiendo que esto es como lo de prestar el coche: una decisión arriesgada y personal. Pero no olvides que para las mujeres tú y yo somos como un juguete sexual que no necesita pilas.

Jack mostró la hilera perfecta de dientes blancos al sonreír.

—Satisfacemos los deseos de las mujeres que contratan nuestros servicios y les ofrecemos placer, Jack —gruñó Rhian y, tratando de controlar su confusión, golpeó con el puño sobre la mesa, provocando que algunos documentos cayeran al suelo—. ¡Ya está!

Jack utilizó toda la templanza y parsimonia de su registro vocal para encauzar su argumento.

—Efectivamente —admitió—. Pero la señora Vashow tiene el deseo de comer *sushi* de atún y caviar de salmón sobre tu cuerpo y que tus músculos se conviertan en su vajilla personal. Al fin de cuentas, ¿qué más te da? Si lo que temes es que la comida te toque la piel, puedes estar tranquilo. ¡En peores circunstancias habrás estado!

—¡Ja!

—Te aseguro que todo se hace de forma muy higiénica. Françoise utilizará hojas de platanero o film transparente, si tú se lo pides.

Rhian se pasó la mano por la cabeza.

¿Quién era Françoise?

—Me da igual que la comida repose sobre una hoja de platanero o que me envuelvan en plástico, Jack. ¡Entiéndeme! No estoy entrenado para esto.

—Hermano, tómallo como un juego que nos va a reportar beneficios considerables. Toda práctica no contemplada en las dos horas y cuarto que dura el *nantaimori* se considerará un extra.

—¡Jack, no!

—¡Rhian, por favor! ¿No te das cuenta que la erótica de la comida puede ser estimulante y sugerente?

—¡Sí, claro —afirmó con sorna—, una experiencia de alto nivel!

—Tan sólo es un reto más en tu carrera en el que se mezclarán el erotismo de la desnudez, la exquisitez de los alimentos y la decoración fetichista de los tatuajes con la que adornas tu cuerpo. ¿Qué más puedes pedir?

Con una media sonrisa Rhian Hoover se pasó nuevamente la mano por su cortísimo pelo oscuro y abrió la puerta.

—¿A dónde vas a estas horas?

—A dar una vuelta —gritó, ajustándose el cinturón—. Necesito pensar.

—Precisamente la noche no está propia para andar por ahí. Hace un frío tremendo.

—En cambio... Yo siento un calor terrible —refunfuñó—. Volveré para el cierre.

Veinte minutos más tarde, en el extremo opuesto de la ciudad, la obsesiva insistencia con la que sus puños goleaban la puerta hizo despertar a Heather.

—Shhhh... ¡Calla! —La *Bichón Frisé* comenzó a ladrar—. ¡Tranquilízate, Carlota!

Heather ajustó la cadena de la puerta antes de abrir.

—Hola —saludó Rhian, oculto entre las sombras.

Los labios carnosos de él, ligeramente rosados y pálidos, se movieron imperceptiblemente al pronunciar aquel saludo en voz baja.

—¡Nos has asustado! —Heather inspiró aliviada al percibir la magnífica y sedosa mirada de un azul intenso de él. Mientras abría la puerta, se atrevió a preguntar—: ¿Qué haces aquí?

Sus párpados se desplegaron enérgicamente cuando él se acercó a ella y le besó sugerentemente detrás de la oreja.

La sangre se le reactivó y comenzó a circular a toda velocidad por sus venas, concentrando sus palpitaciones allí donde deseaba que él le besara, allí donde necesitaba que él le excitara, allí donde ella ansiaba ser penetrada.

—¡Umm! ¿Necesito una excusa para verte?

Ella negó con un ligero movimiento de cabeza y se encogió de hombros. Después, se humedeció los labios al percibir cómo la ceja derecha de él ascendía con insinuación.

Viendo que ella no daba una respuesta concreta, Rhian la envolvió con sus poderosas y anchas manos y, mostrando una lobuna y excitante sonrisa, le susurró junto a la boca:

—¿Es suficiente el deseo de besarte los labios?

El grueso, caldeado y varonil aliento de Rhian le recorrió el cuello.

Heather respondió con una sensual caída de pestañas tratando de corregir la necesidad de su cuerpo que comenzaba a humedecer entusiasmado, los enardecidos pliegues entre sus piernas.

—¿Tienes ganas de desentumecerte un poco, pequeña? —inquirió con voz recia, alzando la ceja con aquel particular y sugerente movimiento que la volvía loca.

—Yo...

La miró con una espectacular sonrisa, hechizándola con su magia y le acarició el mentón con el dorso de la mano.

La tensión, la rabia, la furiosa necesidad que crecía también en él, le hizo hinchar los pectorales al suspirar. En sus venas el corazón latía potente, aunque todavía lento y tranquilo.

—Mmm... —consiguió responder ella en un balbuceo mientras se frotaba los ojos.

No pensaba desaprovechar aquella oportunidad a pesar de que el angelito de alas blancas de su conciencia acababa de torcer el gesto y comenzaba a revolotear sobre su hombro, con los brazos extendidos, enumerándole un sin fin de razones por las que Rhian Hoover no debía pasar y por las que ella debía decir que no.

Finalmente, y antes de que el demonio rojo de cola larga y orejas puntiagudas pudiera clavarle su tridente detrás de la oreja, dijo desbancando los argumentos del angelito y saltándose directamente otras cuestiones de mayor importancia:

—Pasa.

Clavando la intensidad de sus ojos azules en su escote y con el fantasma de una sonrisa lobuna llegando a sus labios, él insistió, con los músculos enloquecidos y la paciencia a punto de resquebrajarse:

—¿Quieres?

Intuyendo las intenciones de él, Heather se retiró el flequillo de la cara y dijo:

—Lo estoy deseando.

Heather Rothscill examinó al hombre que ahora tenía de perfil. Sólo el sonido de sus respiraciones ahogadas rasgaba el silencio de la noche.

—A mí me encanta que lo desees, pequeña —musitó posando el pulgar en su yugular. Después, le mordió la punta de la nariz y descendió poco a poco hasta su escote, deleitándose en el olor afrutado de su perfume. Con la garganta un tanto reseca, añadió—: Tengo muchas cosas pendientes para hacer contigo y sólo haremos aquello que tú desees... y... en el momento en el que tú quieras. ¿Lo entiendes, princesa?

¡Wow!

¡Le encantaba ser su princesa!

Sí, sí...

¡¡¡Sííííí...!!!

—Prométeme que me harás disfrutar siempre —le suplicó en el momento justo en el que él comenzaba a pellizcar el terso pezón que se dibujaba a través de la seda del camisón.

—Soy un hombre de palabra...

—Que cumple los contratos, ¿verdad?

—Así es. Algo que, por cierto, tú no haces —dijo maliciosamente atrayéndola un poco más hacia él—. Acabas de incumplir una de las cláusulas más importantes.

Heather contrajo la pelvis mínimamente, lo suficiente como para albergar el abultado crecimiento de su virilidad.

—¿Y cuál se supone que es? —inquirió tratando de morder la tersa piel bronceada de su mandíbula.

Él sonrió con sugerencia.

Luego, recorrió con la lengua la marcada vena de la yugular y, aumentando la presión de sus labios, comenzó el ascenso hasta su oreja.

El pene comenzó a vibrarle dolorosamente, palpitando con insistencia, luchando con la ropa interior, alargándose hasta tropezar con el cinturón.

—Todavía no te he pedido que te enciendas para mí... y... y ya estás hirviendo —susurró.

Y sin dejarle decir nada más se abalanzó sobre ella y, agarrándola de las caderas, la ayudó a encajarse en su cintura mientras sus labios febriles comenzaban a degustar, con deleite, los turgentes senos que se dibujaban bajo el minúsculo camisón de seda blanca.

Aquella noche, devoraron sus cuerpos repetidas veces, primero en la cama, luego sobre el sofá, por último en la bañera...

Mientras descansaban desnudos sobre la alfombra de pelo blanco junto a la chimenea, Rhian preguntó:

—¿Por qué crees que quiero esto?

Heather abrió los ojos llenos de alguna emoción salvaje cuando las manos de él rozaron el monte de venus perfectamente depilado y sus dedos se adentraron ligeramente entre sus pliegues húmedos y caldeados.

Separando un poco más las rodillas para facilitar el acceso, ella murmuró sedosamente:

—¿No lo quieres?

El estómago se le contrajo cuando el pulgar de Rhian rozó el centro de su deseo y comenzó a excitarlo con movimientos circulares.

Rhian arrugó la frente y la observó cauteloso, estudiando su reacción mientras se bañaba en el verde cristalino de su mirada.

—Mmm... —cabeceó antes de sisear—: Tal vez...

Rhian sintió cómo el pánico subía por su garganta y trató de medir desesperadamente su reacción. No se acostumbraba a aquel tonto flirteo de ella, a aquella patente indecisión.

—Dímelo —insistió, mirándola como sólo él sabía hacerlo, sintiendo un turbador cosquilleo en el bajo vientre.

Rhian alteró la velocidad y la dulzura de aquellas caricias iniciales tan reverenciales, convirtiéndolas en profundas y voraces.

Heather se abrió un poco más a él, agradecida por aquella intensidad, percibiendo como el deseo recorría su sangre, desperezando cada músculo, cada nervio, cada tendón a su paso.

Un alarmante escalofrío le recorrió la espalda cuando, tras profundizar un poco más, él insistió de nuevo utilizando su tono de voz más seductor:

—¡Dímelo! Princesa, me vuelves loco... —suspiró con sensualidad, enloquecido de placer—. Algún día voy a darte todos los besos que ahora no te puedo dar.

—¡Rhian! —suplicó con un hilo de voz al punto del orgasmo.

—¡Dímelo!

A él le invadía una angustia atroz. Ella apenas podía responder.

—¡Rhi... Rhi... Rhiannnn! —jadeó con un silbido de aliento forzado y con el cuerpo rebosando excitación—. ¡Oh, Rhian!

Aquellos gritos salvajes eran su perdición y tensaban su más que poderosa erección.

Percibiendo cómo los pliegues de ella succionaban sus dedos hacia el interior de su húmeda y caldeada femineidad, él musitó:

—Eres... Eres tan hermosa, Heather...

Heather lo besó con abandono, sujetando firmemente su rostro con ambas manos, disfrutando aturdida de los coletazos de un más que profundo y ansiado clímax, mientras todo su cuerpo palpitaba acompasado con el ritmo acelerado de su corazón, sumido en una espiral de placer y angustia, de desesperación y necesidad. Las fuerzas comenzaron a flaquearle.

—Heather, abre los ojos —ordenó él con urgencia—. ¡Necesito verte! Necesito recrearme en el brillo que provocan mis caricias cada vez que te rozo, cada vez que te excito, cada vez que te hago el amor...

Ella parpadeó, batiendo sus largas pestañas cuales alas de mariposa, y le besó el mentón.

—Necesito... Necesito que sientas, que disfrutes, que anheles todo lo que tengo guardado para ti, que te sacies de mí hasta que tu mente te obligue a gritarme que ya no puedes soportarlo más... ¿Me entiendes?

—¡Ohh!

Se aferró fuertemente a sus brazos.

—Me comprometo a hacerte disfrutar incondicionalmente, pequeña. Créeme —hizo una pausa. Inspiró y se separó ligeramente de ella, rompiendo aquel precioso contacto que los había mantenido unidos durante un rato. Heather abrió completamente los ojos y miró aquellos insondables y congelados ojos azules con admiración—. Conmigo vas a sentir, a disfrutar, vas a comprender el verdadero significado de la pasión. ¿Lo entiendes, princesa? ¿Lo aceptas?

—Oh, Rhian —susurró y se movió para acercarse un poco más a él. Ronroneando, añadió—: Claro que lo comprendo. No hay otra cosa que desee más que...

—Dímelo, pequeña... —Se detuvo, incapaz de continuar. Con el rostro pálido, le exigió—: ¡Dímelo, por favor!

—Ya sabes lo difícil que es para mí mantenerme apartada de ti... —gimió acalorada—. No hay otra cosa que desee más que encenderme...

Colocó su índice en los febriles labios femeninos.

—Shhhh... —siseó y le plantó un suave beso en los labios donde su dedo acababa de estar—: No lo digas...

—¿Por qué? —jadeó.

—Porque sólo yo puedo pedir eso, princesa... sólo yo.

—¿Estás bien? —carraspeó ardientemente, besándole el cuerpo, abriendo sus dedos sobre los de ella y entrelazándolos más fuerte mientras sus labios acariciaban y bailaban sobre su seno.

El sol incidía directamente sobre su espalda, revitalizándole los músculos adormecidos.

—Más que bien. —Heather respiró hondo, estirando los brazos y después, arqueó la espalda—. ¿Qué hora es?

—Las nueve y media, dormilona.

Hacia horas que Rhian debía haberse marchado, pero el sueño, el cansancio y la necesidad le habían impedido abandonar la exquisita y caldeada piel arrebolada de aquellos tersos senos con los que había saciado su hambre durante las dos últimas horas. Jack, seguramente se mostraría impertinente cuando se encontrara con él.

—Estoy cansada —afirmó y tras morderle en el hombro, a la altura de la clavícula, besó las marcas que habían dejado sus dientes sobre sus tatuajes. Y con ojos chispeantes, añadió—: Mmm... Tengo hambre.

Él suspiró.

—Heather, dime qué quieres...

—Señor Hoover —anunció melosa tratando de acompasar su respiración. Las descargas eléctricas que se concentraban en torno a su sexo se extendieron por toda su piel—, le ruego me otorgue unos minutos de relax.

Se abanicó con una mano mientras intentaba serenarse. Él detuvo su incursión y la miró fijamente.

—Siempre recordaré el día que te vi desnuda.

—Fue el primero —afirmó ella con una pícara sonrisa dibujada en los labios.

—Me encantó rozarte entre los muslos de una forma muy efímera hasta que mis dedos se perdieron dentro de ti y tus gemidos se volvieron intensos... —le susurró al oído—, como si el mundo se hubiera parado y tú quisieras dar las últimas bocanadas a su ya casi anulada existencia. ¿Lo recuerdas, princesa?

—Síííí... —gimió percibiendo el dulce calor de sus labios en torno a su clítoris. Abrió las piernas y arqueó la espalda ofreciéndose a él otra vez.

*¡Cómo no recordarlo!*

—Te estremecías con cada roce de mis manos... te oí suplicar entre gemidos, casi sin aliento, para que no parara... Gritaste, enloqueciste y me enloqueciste a mí también, y casi sollozando de placer apretaste los muslos sujetando mi mano con fuerza, haciendo que mis dedos quedasen inmóviles en tu interior mientras saboreabas intensamente el orgasmo que te recorría de arriba abajo y te preparabas para el siguiente... ¡Oh, sí, pequeña...!

Heather sintió cómo los brazos de él tiraban de ella para apretarla contra su cuerpo musculoso. Agradeció cuando él le acarició la nuca y se rindió ante su calidez.

—Me volviste loco... Te has convertido en mi vicio particular... Sólo deseo hacerte disfrutar, robarte esos exquisitos y atribulados gemidos que brotan de tu garganta cada vez que te enciendes para mí y te dejas llevar por la tormenta de la pasión.

Él gimió, cerró los ojos y apretó la mandíbula hasta el punto del dolor para evitar empujar para arriba en el femenino calor abrasador en el que deseaba encajarse otra vez.

—Esa exquisita y delicada agonía a la que me sometes diariamente hace que no pueda hacer otra cosa más que pensar en ti —susurró dolorosamente cuando las palabras brotaron de su garganta sedienta—. Te deseo, pequeña.

»Cada minuto de mis días ansío tenerte entre mis brazos vibrando excitada por la temperatura de mis



labios. Sólo el exquisito manjar de tu humedad me alimenta. Torturas mi mente; algunas veces, incluso mi cuerpo —sonrió y después se mordió el labio superior al recordar cómo ella había aprovechado un momento de debilidad y se había abandonado al placer de su masculinidad.

»El aire no me llega a los pulmones cada vez que te ofreces a mí, que te enciendes para mí sin cuestionar nada... —suspiró—, sólo por el deseo irrefrenable que te persigue y por la necesidad natural de que te haga el amor... ¡Pequeña! Sólo de pensar que pueda llegar el día en el que mis caricias no te agraden o mis besos no te enciendan tanto como necesito, tanto como tú también necesitas, me angustia.

Heather percibió cómo los ojos de él se oscurecían ligeramente.

—Eso no va a suceder nunca —aseguró ella, besándole con ternura los labios.

—Nunca es una palabra muy...

—Shhhh... Calla, por favor —le exigió colocándole el índice en los labios. Él lo besó y permitió que lo introdujera en su boca, lubricándolo con su saliva. Después, permitió que ella paseara la humedad por su cuello, descendiendo hasta su abdomen—. Tengo una buena idea de lo que quieres...

—¿Sí? —preguntó él, sentándose al borde de la cama—. ¿Y qué se supone que es?

Una corriente sexual cargó el ambiente cuando ella levantó el mentón y lo contempló sin apartar la vista mientras le quitaba la toalla anudada en torno a la perfilada V de su más que perfecto y trabajado cinturón de Adonis.

—Déjame que te lo muestre —ronroneó ella descendiendo hasta que sus labios envolvieron la cumbre de su masculinidad.

Rhian se quedó petrificado cuando ella comenzó a lamerle en círculos con su lengua cálida y húmeda.

Apoyó la cabeza en la almohada y respiró hondo varias veces consecutivas.

No tenía nada que temer.

*¡Con ella no!*

Se rindió ante su fuerza y calidez y todo lo que vino después, se convirtió en dulce e inquietante, a la vez que silenciosa y placentera, agonía.

Rhian disfrutó del encuentro, concentrándose en las sensaciones, como si aquellos minutos fueran los únicos que le restaban de vida. Nada entre ellos era violento o incómodo.

*¡Nada!*

—Heather... por favor —jadeó ruidosamente poco después, al percibir la llegada del ansiado orgasmo recorriendo su longitud. Tomando las riendas de la situación, la abrazó y rodó sobre ella—. ¡Para! Me estás volviendo loco.

Heather sintió el agujoneo punzante en torno a su clítoris cuando él se colocó estratégicamente entre sus piernas, apuntándole con aquel flagrante dardo rosado.

—Ábrete, princesa —le exigió con la ferviente necesidad de cimbrear una y otra vez... y otra vez más en su interior—. Tan sólo un poco más... —sugirió saliendo unos centímetros antes de ensartarse completamente en ella, dilatando por completo los pliegues de su hendidura, aumentando en cada movimiento la profundidad de sus embestidas.

Sus pulmones se debilitaron azotados por la falta de resuello cuando ella le recibió con la delicadeza de la seda.

El tacto suave de su piel, el acople perfecto en torno a su pene, la contracción de sus músculos... motivaban su perversión.

*¡Iba a explotar!*

Calor... calor y más calor le transmitían las húmedas y lubricadas paredes interiores de ella acopladas a su extensa y poderosísima virilidad.

*Uno, dos, tres...*

—¡Oh, sí!

Heather sintió cómo aquel intruso de cuerpo cavenoso y enhiesto que la penetraba profundamente y golpeaba la parte inferior de su útero expandía las paredes de su vagina a medida que la erección se hacía más profunda y exigente.

*Siete, ocho, nueve...*

Rhian saqueó con ímpetu el cuerpo de Heather una y otra vez, una y otra vez... y otra vez... hasta que los adictivos y atolondrados gemidos de ella agujonearon sus oídos robándole un devastador y enloquecedor orgasmo.

Aquellos gemidos resecos le nublaron perversamente la mente alborotándole los pensamientos.

Un intenso ardor comenzó concentrarse en sus testículos cuando ella abrió un poco más las caderas y arqueó la espalda, recibéndolo empapada.

Roto de placer, tensó todos sus músculos y gruñó salvajemente cuando se empotró una última vez en ella y la llenó con el líquido templado y resbaladizo de la pasión.

Rhian cerró los ojos y se desplomó sobre el colchón, boqueando como un pez fuera del agua mientras sus pulmones trataban de robarle una mínima cantidad de aire al sexual y caldeado ambiente de la habitación.

El sudor le empapaba la frente, el pecho, la espalda... El corazón le bombeaba dolorosamente, golpeándole las costillas.

—Gracias... —susurró, casi sin resuello, perfilando los labios de ella con delicadeza.

Al cabo de unos minutos, cuando el corazón recuperó su ritmo normal, Heather se acercó a Rhian y, dibujando el perfil de su nuez con la uña, musitó solícita:

—Por favor, no vuelvas a marcharte sin decirme nada. Esta vez no...

Rhian Hoover contrajo el gesto cuando los labios de ella alimentaron la erección de aquel pequeño botón almendrado de su pectoral izquierdo, perforado con una pequeña pieza dorada.

—Si nunca me despido es porque nunca quiero marcharme, pequeña —dijo aletargado, vencido por el cansancio.

Cerró momentáneamente los ojos y, antes de que los músculos de sus párpados pudieran reaccionar, se quedó dormido.

Cinco minutos después, Heather también se durmió.

Despertó a eso de las once y media, con el musculado brazo tatuado de Rhian en torno a la cintura y la mano abierta, colocada estratégicamente sobre su nalga.

Carlota estaba acostada sobre la mesilla, junto a la lámpara, y levantó el hocico cuando ella se movió ligeramente tratando de liberarse de aquel pesado abrazo.

El día parecía haberse convertido en noche. El sol había desaparecido en el exterior. El cielo amenazaba tormenta.

Heather paseó las yemas de los dedos por los abdominales perfectos de Rhian, recreándose en el perfil de su rigidez, jugueteando con la profundidad de su ombligo. Deseaba con ansia que él le volviera a decir otra vez aquellas palabras mágicas que tanto le gustaban...

Rhian gimió entre sueños, justo cuando su miembro adormecido comenzaba a ensancharse y a agrandarse de nuevo levantando ligeramente la sábana que cubría sus piernas. A pesar de ello, Heather salió de la cama y, con piernas temblorosas, caminó hasta el cuarto de baño, bajo la atenta mirada de Carlota.

El agua templada de la ducha revitalizó sus músculos. El jabón, con su particular esencia a lavanda, desdibujó el característico olor a sexo que impregnaba sus poros desde hacía días.

Estaba agotada.

Un escalofrío le recorrió la espalda al observar ante el espejo lo dilatados que estaban sus pliegues.

—No te preocupes, princesa —susurró él accediendo por detrás al reflejo del espejo mientras sus manos rodeaban su cintura y se colocaban sobre sus muslos junto a la suave piel depilada de su monte de

Venus—. Todo volverá a su ser.

El cuerpo de Heather comenzó a vibrar por el contacto cuando él le mordió a la altura de la clavícula.

Él sonrió al espejo.

—No pares, por favor... —exigió ella observando a través de sus pestañas mojadas cómo sus dedos comenzaron a separar los hinchidos y carnosos pliegues rosados de su femineidad—. Ahora no.

Las rodillas dejaron de sostenerla cuando él la sujetó por el estómago sin dejar de bombear sus dedos en el interior de su vagina.

—¿Te gusta, princesa?

El susurro de él hizo que la saliva se le concentrara en la garganta cuando, infructuosamente, intentó contestar.

—No pares, por favor... por favor.

Pegó la frente al espejo y la frialdad mitigó sutilmente el sofocante calor que invadía todo su cuerpo.

—Estoy agotado, pequeña —anunció incómodo frenando su exploración—. Te prometo darle continuidad a lo de hoy. Recuerda que nuestro contrato es muy extenso.

Aquella azulada mirada enloquecida y lobuna quería decirle cientos de cosas.

—Ahora, si me lo permites, necesito una ducha.

Rhian le dio un cariñoso cachete en la nalga y, tras dejar correr el agua durante unos segundos, se metió bajo el chorro helador del agua fría.

Heather permaneció en su burbuja particular durante los más de quince minutos que él estuvo bajo el agua.

Se recreó en su cuerpo, en la escultura tatuada de su musculatura, en la longitud de su miembro...

Sintió la necesidad de convertirse en gota de agua para saborear la tibieza de aquella piel bronceada que con tanto esmero él se había hecho dibujar con varias tonalidades de dolorosa tinta indeleble.

*¡Oh, sí!*

Aquellas largas y musculadas piernas ocultaban mínimamente el dardo duro y enhiesto que tan gustosamente había devorado entre sus labios, que tan exquisitamente había perforado su femineidad, que tan placenteramente le había hecho gritar...

*¡Sí! ¡Sí!*

*¡Síííí...!*

La imaginación le arrastraba otra vez hacia las arenas movedizas del vicio, del placer...

Sólo el tormentoso e insistente zumbido del teléfono obligó a Heather a salir de su burbuja particular.

Ni el fuerte aire del exterior anunciando tormenta, ni los ladridos de Carlota demandando su atención, ni siquiera los pinchazos del tridente del demonio rojo de orejas puntiagudas y cola larga que agujijoneaba su cuello invitándole a entrar en la ducha, le impidieron soñar con el próximo encuentro.

Sin necesidad de tocarla, ni siquiera de mirarla, Rhian sabía que Heather había permanecido allí todo el tiempo, observándolo, devorándolo con aquellos ojos lujuriosos, hermosos y sexys que tanto morbo y placer le daba mirar.

La deseaba.

Deseaba que lo tocara, y a la vez, deseaba tocarla.

Se moría por sentir su placer, por sentir cómo se empapaba al imaginar, sólo imaginar, cómo él le iba a hacer disfrutar.

A pesar de que la ducha disfrazaba sus ojos, Rhian percibió los pechos erguidos de Heather, con sus duros pezones, reflejados en el alicatado mientras conversaba distraídamente por teléfono. El olor de su excitación se filtraba a través de la espesa lluvia fría que caía desde el techo.

Heather sintió cómo su mirada se volvía cada vez más borrosa cuando él se enjabonó lentamente el

abdomen, tocándose el duro pene.

Se recreó en su magnética, varonil y seductora virilidad, en la caliente erección que le golpeaba el ombligo, en sus nalgas apretadas, en la escultura de sus tatuados pectorales, incluso en el brillo de aquel pequeño y dorado *piercing* que perforaba eróticamente el almendrado pezón izquierdo...

Agradecido de que ella hubiera caído en el influjo de su propio juego, encendiéndose otra vez, aumentó la presión del agua.

—¿Ocurre algo? —le preguntó minutos después cuando, tras caminar desnudo por la habitación, se sentó en el filo de la cama esperando pacientemente a que ella terminara de hablar por teléfono.

Heather negó con la cabeza y se puso un pantalón.

—¿Te gusta que juegue contigo así?

—¿Cómo? —respondió sentándose a horcajadas sobre sus piernas, alucinada por la rápida recuperación de su virilidad que apuntaba como un mástil hacia arriba.

Rhian estrujó un pezón entre sus dedos y consiguió que se endureciera de inmediato.

—Levántate, Heather. No seas mala... —le susurró mordisqueándole la tersa piel dorada.

Heather tembló y asintió. Se levantó provocativamente, arrastrando los senos por el pecho de él. Tenía los pezones sensibles.

—El cielo está precioso —musitó distraído—. Me encantan los días de tormenta.

Rhian reptó por la cama ganando espacio y apoyó la cabeza en la almohada.

—No puedo decir lo mismo —sentenció ella abrochándose el sujetador—. No son buenos para volar.

—Siempre he deseado hacer el amor con una preciosa azafata de largas piernas como tú —bromeó.

Heather sonrió y se hizo una coleta alta.

—¡Wow! ¿Y qué más?

Rhian se encogió de hombros. No tenía la más mínima intención de darle muchos detalles. No en ese momento.

—Poco a poco lo irás descubriendo.

Ambos sonrieron y finalmente, cuando el silencio que se levantó entre ambos adquirió cierta peligrosidad, él puntualizó:

—Si tú quieres, claro.

*Quiero, quiero...*

*¡Quiero!* —quiso gritar ella.

—¿Quedamos esta noche?

En su rostro se veía el deseo.

—Sólo si me prometes una cosa.

Inspiró con fuerza y apretó los puños hasta que le crujieron los nudillos.

—Lo que quieras.

Mientras ella se enfundaba unos vaqueros desgastados de cintura baja, Rhian acomodó la cabeza sobre las palmas de las manos y se recreó en sus piernas de muslos bien definidos.

—Pequeña, ¿no pensarás que he acabado contigo, verdad?

Se movió inquieto sobre la cama percibiendo cómo el deseo comenzaba a cobrar vida de nuevo.

Ella negó con un sutil movimiento de cabeza.

—Sé que en estos momentos estás empapada... ¿Quieres que pierda la cabeza otra vez?

—Acercándose a ella terminó de abrocharle los botones de la camisa. Luego, percibiendo cómo ella apretaba las piernas tratando de controlar las palpitaciones que se concentraban en torno a sus pliegues, exclamó—: Nena, me vuelves loco.

—Siento que todo es perfecto cuando estoy contigo.

—En la vida hay dos opciones, pequeña: llorar las pérdidas o aprovecharse de las oportunidades. Y

tú, precisamente, has elegido la segunda opción.

Heather sintió cómo la excitación le abrasaba cuando él le besó castamente los labios. Sus ojos... su voz varonil... su olor...

*¡Oh, sí, aquel maravilloso olor dulzón que impregnaba todavía su piel!*

Todo él conseguía desestabilizarla en décimas de segundos.

—Afortunadamente.

Su aliento le golpeó en la cara.

—Princesa, he de dormir un poco... —sugirió tumbándose en la cama—. Entre otras muchas cosas...

Colocó los brazos en cruz con las palmas de las manos hacia arriba y abrió ligeramente las piernas como si estuviera tomando el sol en la playa.

*¡Diossssss!*

Rhian sonrió, disfrutando con la provocación...

Sólo hacía falta observar su reacción para determinar que, sin lugar a dudas, a ella le gustaba lo que le mostraba...

*Mmm...*

*Márchate, Heather...*

*¡MÁR-CHA-TE!* —le exigió su angelito cuando desvió los ojos para recrearse una vez más en aquella escultura humana, en aquel demoledor y abrumador atractivo masculino de pura testosterona en eferescencia.

Y por una vez, luchando con la coyuntura a la que le sometía la razón en una pugna constante con sus propios deseos, decidió no hacer oídos sordos a las palabras de su ángel de la guarda y salió de la habitación.

Se detuvo en seco, ojiplática al comprobar el desastre que imperaba en el salón: los *Calvin Klein* negros de Rhian estaban sobre una de las lámparas, la falda de su uniforme sobre la mesa, la camisa sobre la encimera de la isla, la de él, arrugada junto a la chimenea, el sujetador colgando del pomo de la puerta...

—Caray, me temo que esto está peor de lo que imaginaba —comentó, tratando de recuperar uno de los calcetines que tenía Carlota en el hocico.

La *Bichón Frisé* ladró un par de veces y después, atravesó la puerta acristalada y caminó insegura hasta el borde de la terraza.

*Piiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii...*

Al oír la voz de Aubrey reverberando a través del portero automático el corazón le bombeó con fuerza tras unos segundos de dolorosa y angustiosa paralización.

Aquel torbellino risueño, enfundado en un precioso vestido negro, descendió del ascensor, desplegó toda su jovialidad y le abrazó cariñosamente.

—Vaya, vaya, vaya. ¡Estás radiante!

Heather se atusó el flequillo.

—Gracias. Tú también —sonrió con ojos de asesina. De pronto, algo cruzó su mente: ¡Rhian!—. ¿Qué haces aquí?

—¡Vaya! Menuda manera de recibir a tu mejor amiga. Si lo sé, me hubiera quedado en la cama, que falta me hace. ¡Fíjate qué ojeras tengo! —exclamó Aubrey pellizcándose los pómulos ante el espejo. Luego, soltó el bolso en el sofá y se dirigió a la cocina—. ¿Tienes café? Muero por tomarme uno bien cargado.

Heather sonrió tímidamente y asintió, implorando para que el sueño de Rhian fuera largo y profundo.

—¿Se puede saber qué es todo este lío? —Heather se disponía a contestar cuando los restos de cordura que aún existían en su cerebro le hicieron cerrar la boca de golpe—. Desde que lo dejaste con



—Drew me ofrece cosas que...

—Similares a las de Zack. ¿Qué diferencia hay entre uno y otro?

Aubrey frunció el ceño, se quitó la chaqueta y se dejó caer en el sofá.

—Confía en mí.

—No confío ni en mis dientes porque a veces me muerden la lengua.

—¡Genial! Siempre tienes una respuesta para todo.

Se sirvió otra taza de café.

—Si la libertad significa algo, será sobre todo por el derecho a decir a los demás aquello que no quieren oír.

Heather abrió una alacena y cogió un vaso. Luego, lo llenó de agua y se lo bebió de un trago.

—Sé que no está bien visto y me apena hacer lo que hago, pero... no quiero dejar pasar este tren.

—¿Lo amas?

Aubrey permaneció en silencio unos segundos.

—¿Sinceramente?

—La sinceridad es una virtud —comentó Heather colocando el vaso vacío en el lavavajillas.

—Es indiscutible que lo quiero.

—Al igual que a Zackary.

Heather sonrió forzosamente y miró el reloj. La una y cuarenta y siete.

—Eso ha sido un golpe bajo, Heatty.

—Sólo te estoy mostrando las dos caras del papel. Cada una presenta un título diferente: Drew y Zackary. Y sólo uno de los dos puede compartir tu vida legalmente cuando estés segura de tu decisión.

Contrariada por aquella conversación, aunque intentando que no se le notase, Aubrey preguntó:

—¿Qué hago?

Heather miró disimuladamente hacia el pasillo. Rhian acababa de abrir la puerta de la habitación.

—Pensar, Aubrey, pensar. Y tomar una decisión acertada, en la que ninguno de los tres sufráis más de lo necesario.

—Creía que mi decisión era irrevocable pero...

—Tomar una decisión implica barajar todas las posibilidades. En tu caso, sólo habías analizado una de las dos caras del papel, la correspondiente a Drew.

Heather volvió a mirar el reloj. Las dos menos cinco.

—Drew me ofrece todo lo que Zackary no es capaz de darme —dijo retirándose el pelo de la cara.

—¿Y Drew te da *todo* lo que necesitas? *Todo* implica algo más que el sabroso placer del sexo.

La respuesta no tardó en llegar:

—¡No! Y por eso Zackary complementa todas las carencias que tiene Drew.

—¿Entonces? —inquirió encogiéndose de hombros—. Tú misma has dado con el *quid* de la cuestión.

Durante dos minutos, Aubrey permaneció en silencio.

Estaba debatiendo con su propia conciencia cuando, al tratar de coger el bolso, vio que al final del pasillo se dibujaba una poderosa y seductora silueta masculina saliendo del cuarto de baño.

—¡Wow! —exclamó observando cómo la penumbra se desvanecía en torno a aquellos músculos prominentes de piel tatuada—. ¿Has visto eso...?

Heather percibió cómo el rubor se apoderaba de sus mejillas. El corazón le martilló las costillas mermando la capacidad de sus pulmones.

—¡Debo de estar volviéndome loca, Heatty! ¿Cuándo pensabas contármelo?

—No sé a qué te refieres —balbuceó—. No hay nada que contar, Aubrey. ¡NA-DA!

—¿Hay un hombre desnudo en el pasillo y esperas que crea que eres inocente? —susurró sujetándole con sus dedos largos y fuertes cuando Heather se levantó del sofá. Frunciendo el ceño al ver cómo se colocaba en el hueco que separaba el salón de las habitaciones, preguntó—: ¿Qué haces?

—Alejarme de ti.

Mientras se debatía contra el poderoso deseo de contarle a Aubrey toda la verdad, Heather desvió los ojos hacia la suave y cremosa piel de la espalda de Rhian. El rubor se apoderó de sus mejillas cuando él se acercó a ella y le besó en el cuello, bajo la atenta mirada de Aubrey.

—Hola —saludó con un sutil movimiento de cejas.

—Ho... Ho... Hola.

Oculto en las sombras, besó los labios de Heather, excitando todas sus fibras. Acercando los labios a su oreja, susurró:

—Haz que se marche, princesa. Tengo ganas de ti...

Rhian abrió los ojos de par en par, y Heather olvidó al instante lo que quería decir.

—Enseguida...

Sintió la inmediata reacción de su cuerpo.

—¿Cuándo pensabas contármelo? —La pregunta de Aubrey llevaba implícita una más que estudiada regañina—. ¡Eres una caja de sorpresas, Heather!



—Has tardado demasiado, princesa. No sabes cuánto te he echado de menos.

Rhian se acercó a ella y la envolvió con sus poderosos brazos, rodeándole la cintura mientras sus labios comenzaban a dibujar pequeños círculos en forma de beso en su cuello.

—He tardado tan sólo cinco minutos.

—Mmm... lo suficiente como para que las ganas que tengo de hacerte el amor se hayan multiplicado por mil —le susurró. Tras apoyarla contra la pared, le obligó a levantar los brazos sobre la cabeza y le ayudó a quitarse la camisa. Los pezones se le marcaron bajo el finísimo encaje del sujetador—. ¿Quieres que siga?

Heather valoró la proposición y sin dudarlo, dijo que sí.

Rhian soltó una sonora carcajada ante su reacción.

—Hoy quiero que sea el día más feliz y placentero de tu vida, pequeña. ¿Tú lo quieres?

—Sí —musitó acalorada cuando él atrapó un pezón entre sus labios a través de las blondas del encaje.

Rhian comenzó con su particular juego de seducción y excitación. Todo al mismo tiempo.

Heather le permitió hacer.

No había otra cosa que deseara más que sentir los jugosos labios de él jugueteando con la carnosidad de las rosadas cimas crecientes de sus senos.

Aquella boca sugerente saboreó, degustó y libó, incluso, las gotas de sudor que comenzaban a humedecer su cuerpo.

El espejo reflejaba el erotismo que confería la escena, la escultural y torneada espalda tatuada de musculatura prominente de Rhian, sus nalgas apretadas, sus anchos y poderosos muslos de piel bronceada...

Ansiaba que él le hiciera el amor.

*¡Otra vez!*

Deseaba que él le exigiera que se encendiera, que desflorara cada uno de sus pliegues y que sus dedos se apretaran contra ellos, que su dardo enhiesto danzara, cimbreara y se exprimiera en su interior, descargando todo su poder y que su boca le robara los gritos desesperados y pasionales que ella tenía reservados sólo para él.

*Pero el momento no llegaba...*

Rhian, con su particular modo de controlar los tiempos, sostuvo sus manos sobre la cabeza, impidiendo que su cuerpo menudo y tembloroso se acercara a la febril y esperanzada tensión que le apuntaba como un dardo envenenado de pasión.

Un gemido brotó de la garanta de ella cuando él le desabrochó el sujetador y su barba incipiente, tan masculina, seductora y atractiva, comenzó a rozarle las delicadas crestas de sus senos.

—Rhian —suplicó implorando para que aumentara el ritmo de sus besos.

Parecía un gato hambriento tratando de no dejar escapar una sola gota de leche del plato.

Extendiendo una fina película de saliva en torno a la sima arrebolada de su pezón izquierdo, musitó:

—Pequeña, necesito una tregua. Esto acaba sólo de empezar...

—¿Siiiiii? —gimoteó al percibir cómo la humedad le recorría los pliegues y le empapaba los pantalones.

—Así es... No voy a dejar escapar cada una de las siete vidas que tienes, gatita.

—Júramelo —le exigió al percibir cómo el calor abrasador que la envolvía disminuía unos grados cuando él le soltó las manos y se apartó ligeramente de ella.

—Permíteme que te dé un consejo, Heather —musitó salivando esta vez su pezón derecho.

—¿Gratis? —resopló, percibiendo cómo le subía la tensión y se le cortaba la respiración.

Rhian alzó la ceja con sugerencia y, con una sensual sonrisa dibujada en los labios, avanzó unos pasos y le rozó las costillas con el dorso de la mano. Luego dijo:

—Yo nunca ofrezco algo a cambio de nada, pequeña.

Después, la miró con ojos lobunos, repasándola de arriba abajo como si quisiera desnudar sus pensamientos.

*¡Aquella mujer le volvía loco...!*

*¡¡Loco!!*

—¿Y...?

Heather se mordió el labio y a él le entraron unas ganas tremendas de acariciarlo con el dedo, de besarlo, de saborearlo...

—¿Tienes claro cuáles son tus necesidades, deseos y límites, pequeña?

—Perfectamente.

—No deberías ser tan impulsiva, princesa. Recuerda que siempre hay que tomarse unos segundos para meditar bien las respuestas. Quiero que pienses en ello y que aprendas lo que estás dispuesta a aceptar e identifiques cuándo decir *no*. ¿Me entiendes?

—Hay situaciones en las que es prácticamente imposible decir *no*... —dijo sofocada. Luego, se mordió el labio superior y puntualizó—: Sobre todo cuando priorizas aquello que deseas tanto...

—El sexo tiene muchos caminos, princesa.

Su mirada lujuriosa denotaba una extraña ternura que parecía dirigida a ella.

—Es un tanto adictivo.

—Y relajante... Y apasionante... —repitió él en un tono tan seductor como la mirada que le había lanzado unos instantes antes—. Es el tapiz de nuestra sociedad, Heather, el sonido de fondo de nuestras vidas.

—Contigo es una tentación constante.

Su mirada era de fuego puro.

Sentado en el filo de la cama, la observó a través del reflejo del espejo mientras componía el nudo de su corbata. La escena que ofrecía era, sin lugar a dudas, singular: hombre vestido, mujer desnuda, cuando minutos antes justamente había sido al revés. Tensando ligeramente la mandíbula, añadió con seriedad:

—Has conseguido salir de tu propia envoltura, pequeña, y lo mejor de todo es que te has dejado guiar.

Heather se apartó el flequillo de la frente con cierto nerviosismo. Aquel hombre era pura excitación.

—Lo importante cuando alguien se impone un reto, es ser realista y medir bien las fuerzas ya que existe la posibilidad de que esa persona acabe frustrada si no consigue alcanzar su propósito...

—Rhian, tú eres una espectacular caja de sorpresas. Contigo nunca podré sentirme frustrada.

Esta vez se dirigió a ella con tono autoritario:

—No quiero que confundas todo esto con una fantasía, Heather. Las fantasías no siempre tienen que cumplirse, pero los retos...

—Los retos no deberían circunscribirse a cosas demasiado concretas.

Él sonrió.

—Te prometo experiencias increíbles, pequeña.

—Siento que si pierdo esta oportunidad no podré recuperarla más tarde —susurró ella.

Como le temblaban las manos, las colocó sobre el regazo para que él no se diera cuenta de lo que le provocaban sus insinuaciones.

—Te prometo que nunca utilizaré la línea más corta y más recta para hacerte alcanzar el orgasmo,

princesa. Aunque te provoque cierta angustia, si tú me lo permites —dijo tratando de concentrar en sus ojos azules toda su capacidad de seducción— saldré de la zona de confort y jugaré contigo. Experimentaremos juntos cosas nuevas, versátiles, atrevidas... y sobre todo, pequeña, muy, muy placenteras... ¿Aceptas?

Heather percibió cómo el corazón le daba un vuelco en el pecho. El demonio rojo de cola larga de su conciencia dio un salto mortal sobre su hombro. Sus instintos más oscuros inclinaban la balanza hacia el lado del placer y no hacia el de la razón.

—Mmm... —ronroneó ajustando la posición de sus caderas sobre las de él mientras se colocaba estratégicamente sobre la palpitante y turgente masculinidad oculta bajo la cremallera.

—¿Aceptas? —inquirió de nuevo sujetándole de las muñecas.

—De acuerdo —dijo ella al final con una voz ronca que a él le excitó aún más por la rendición que oía en sus palabras.

—Perfecto. Ahora necesito que descanses, pequeña. Esta noche ha sido agotadora para ambos. —A su pesar, el cuerpo aún le ardía en deseo—. Prometo no decepcionarte. Pero todo será a su debido tiempo.

Apartó las manos de sus caderas y le ayudó a ponerse en pie. A ella le brillaban los ojos. Los suyos eran como los de un depredador.

—¿Esto es el postre?

—Esto sólo ha sido un pequeño aperitivo, princesa. Te recomiendo que descanses —le sugirió de nuevo antes de abandonar el apartamento.

Rhian Hoover parpadeó varias veces cuando se enfrentó al aire exterior. La sangre le hervía, desgarrándole la finísima pared de las venas. Su pulso estaba más acelerado de lo normal.

Hinchó el pecho y respiró hondo.

El aire frío alcanzó sus pulmones y lo mantuvo en su interior durante unos segundos, los suficientes como para sentir el latido errante de su corazón golpeando las costillas.

Aunque el sol se ponía temprano a aquellas alturas del otoño y la oscuridad pronto se apoderaría de la ciudad, la luz del atardecer todavía iluminaba las calles.

Rhian caminó con paso lento y despreocupado.

Un grupo de niños hurgaba entre las pilas de escombros en una obra cercana. La escena le retrotrajo a su infancia, aquel tiempo en el que Jack y él correteaban por el jardín con un desgastado balón de rugby, recreando las carreras de *Dave Duerson*, el mítico *safety*<sup>[13]</sup> de los *Bears* conocido por los duros golpes que propinaba a los jugadores rivales que se cruzaban en su camino, durante la *Super Bowl XX* de 1986.

Todo a su alrededor parecía haberse detenido. El sol, el tráfico, la vida...

*¡Su vida!*

Quizás fuera el exceso de testosterona que corría por sus venas o tan sólo la conciencia que martillaba sus pensamientos inundándolos con el recuerdo de aquella piel femenina arrebolada ante sus besos, pero la perspectiva de enfrentarse nuevamente a la vida era de todo menos reconfortante.

Con dedicación, paciencia y mucha inteligencia había logrado construir la situación perfecta con Heather.

Él, como mentor, se esforzaba para que ella descubriera y disfrutara del placer; ella, como pupila entregada, se encendía febrilmente aplicándose con ahínco a sus enseñanzas, ofreciéndole su exclusivo y extenso abanico de sensualidad, erotismo y sensibilidad.

La sangre le hervía en las venas y sus nudillos se habían vuelto blancos de tanto apretar los puños. El aire seguía sin llegar con facilidad a sus pulmones.

Confuso e incapaz de soportar más el recuerdo de los gritos alocados de Heather ahogándose en su garganta, aumentó el ritmo de sus pasos.

A las tres y cincuenta y siete de la tarde, cuando detuvo el motor de su *Bugatti Veyron Grand Sport Vitesse Rembrandt*, el caos se había apoderado de *Gloss*.

Cientos de cajas de cerveza recién distribuidas y apiladas en la pista central esperaban a ser colocadas en las neveras. Sobre la barra un reguero de vasos de tubo sucios y copas vacías, esperaban su turno en el lavavajillas. Algunos cristales rotos se acumulaban en el suelo. Varios cojines del *Front Row*<sup>[14]</sup> habían desaparecido.

Con la sensación de que un huracán acababa de pasar por el local arrasando con todo lo que se había encontrado a su paso, Rhian Hoover se dirigió a las escaleras y subió al primer piso. Dos técnicos de iluminación sustituían unos focos fundidos mientras un tercero colocaba varios *leds* de color anaranjado en el perfil de lo que, hasta hacía bien poco, había sido el segundo anfiteatro.

Después de subir varios tramos más de escaleras, Rhian se encerró en su despacho y encendió el hilo musical. *Heroes*, la pegadiza canción del sueco *Mans Zelterlöv*, le ayudó a olvidar a Heather durante unos minutos. Sus dedos comenzaron a tamborilear sobre el tablero del escritorio mientras leía varios mensajes atrasados en el móvil.

A eso de las cinco y veinte recibió la visita inesperada de Logan. El jefe de sala venía acompañado de un muchacho, de no más de veinte años, alto, rubio, delgado aunque bien formado, y con la ilusión dibujada en unos ojos grises profundos y misteriosos.

—Señor Hoover, disculpe que le moleste, pero... —Logan sonrió tímidamente—, me gustaría presentarle a mi sobrino.

Rhian se levantó de la mesa y le estrechó la mano al joven.

—Siéntese, Logan. La jornada de ayer tuvo que ser tremenda.

El joven se colocó junto a la puerta, tieso como una estaca y miró de soslayo a Rhian como si su vida dependiese de una palabra amable.

—No lo dude, señor. En los años que llevo a su servicio, nunca había tenido que lidiar con tantas personas...

—Diez, ¿me equivoco? —le interrumpió Rhian sonriendo pacientemente.

—Así es. El trece de diciembre hará diez años que comencé a trabajar con usted.

Rhian buscó en el cajón del escritorio y extrajo un pequeño cuaderno de notas.

—¡Cómo pasa el tiempo! Parece que fue ayer cuando nos conocimos. En su informe he podido observar que la de anoche fue una gran velada.

—¡Así es! Hemos superado las expectativas, señor Hoover.

—Su labor es encomiable, Logan.

—Gracias, señor Hoover —dijo frotándose las manos—. Como siempre, todo se desarrolló de acuerdo a sus exigencias.

—Ya sabe que la barra es el motor de cualquier establecimiento de hostelería y la venta de bebidas es la responsable de los beneficios directos.

—¡Sí! Anoche los muchachos no daban abasto para servir copas —dijo rascándose con sutileza la nuca—. Lo que ocurrió ayer podría ser perfectamente la consecuencia de la entrada en vigor de la ley seca. Fue como si el resto de locales de la ciudad se hubiera quedado sin existencias de bebidas alcohólicas.

Tras unos minutos de conversación, Rhian preguntó, observando cierto nerviosismo en las manos del joven que, con pose militar, permanecía junto a la puerta:

—¿Qué es concretamente en lo que le puedo ayudar, Logan?

—*Gloss* necesita algo más de personal y Scott necesita trabajar...

Rhian sopesó la información. Después de unos segundos de meditación, apoyó la espalda en su sillón, cruzó con lentitud una pierna sobre otra y, dirigiéndose al sobrino de Logan, concretó:

—¡Dime, muchacho! ¿Qué puedes ofrecer tú a este local?

El joven le miró a los ojos, dudando. Sus mejillas se pusieron coloradas de inmediato.

—Todo.

—Mmm... Esa palabra implica muchas cosas —sugirió Rhian. Después, enunció—: Un gran equipo de profesionales, cuyo reto principal es la excelencia, se encarga cada noche de que nuestras salas continúen siendo un referente cosmopolita entre las discotecas más prestigiosas del país. ¿Me sigues?

—Perfectamente —se atrevió a decir.

—La decadencia baila hasta el amanecer en las discotecas, Scott. Mis locales mezclan cada noche personajes de la alta sociedad con auténticos desconocidos. Son, en definitiva, una incubadora de amistades y relaciones sociales.

»*Gloss* y *Le Bain* nacieron con la convicción de convertirse en un referente del ocio nocturno. ¡Y lo hemos conseguido! Ambos locales cuentan con un interiorismo de lujo, una bodega con ediciones limitadas y marcas *premium* y un servicio personalizado de muy alta calidad.

»Tratamos de aunar vanguardia y exclusividad —puntualizó Rhian observando la reacción impasible del joven—. La expectación que se genera cada noche es tal que en más de una ocasión ha habido más de mil personas esperando fuera tratando de entrar cuando dentro tan sólo había unas trescientas. Sin ir más lejos, anoche esto fue un hervidero de almas. ¡Ya has escuchado a tu tío!

Asintió.

—Ofrezco calidad, y por consiguiente, exijo calidad a todos mis empleados. ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve señor. Cumpliré los veinte en febrero.

Rhian valoró el acierto en su suposición inicial.

—Mmm... Empezarás de camarero. Así reforzaremos el servicio de barra. ¿Le parece bien, Logan?

El jefe de sala movió la cabeza afirmativamente.

—Gracias —murmuró el joven.

—¿Puedes quitarte la camiseta? —Scott alzó las cejas, sorprendido, y miró a su tío. Logan asintió lentamente, sin pestañear—. Es una mera formalidad, muchacho. En este local un camarero dice mucho más que cualquier otro extraño sin tener que abrir la boca.

Se desvistió, mostrando unos músculos que a priori, parecían menos trabajados de lo que daba la sensación.

—¿Vas al gimnasio?

—De vez en cuando.

—Las mujeres reconocen a un hombre que se ejercita como un indicador de disciplina y autocontrol. A partir de hoy, tendrás que encontrar el tiempo suficiente para ir al gimnasio todos los días. Se tiene que convertir en una rutina permanente, muchacho. Tu trabajo implica ir sin camiseta y necesito que tu imagen sea perfecta.

—Lo hará, señor Hoover —aseguró el jefe de sala—. Yo mismo me encargaré de que no falle ni un solo día.

—¿Entendido? —inquirió Rhian esperando la respuesta del joven.

—Lo difícil siempre atrae, señor Hoover.

—Lo difícil suele coincidir con el desafío de enfrentarse cada noche a proposiciones que distan mucho de la labor de servir copas.

—Scott, recuerda que no estarás aquí para pasarlo bien, sino que tendrás que estar concentrado, trabajándote el puesto noche tras noche —intervino Logan—. Oportunidades como esta no se presentan todos los días. Espero que no me falles.

El aire estaba cargado de polvo y humedad cuando Rhian Hoover abandonó el local una hora después. Una telaraña de nubes grises surcaba con diligencia el horizonte, apagando la tarde, cuando el cielo cedió en un torrente de enormes gotas de lluvia que golpeaban —con la fuerza con la que un bate hace lo propio con una pelota de baseball— la carrocería de su *Bugatti Veyron Grand Sport Vitesse*

*Rembrandt.*

Abrió la puerta rápidamente cuando la cerradura cedió, lanzando la chaqueta arrugada del traje en el asiento del copiloto. La camisa empapada se adhirió a su torso, dibujando a través del algodón blanco la silueta oscura de sus tatuajes.

*Dancing in the rain*, la eurovisiva balada de la española *Ruth Lorenzo*, lo envolvió al instante. La canción precisa para un momento único como aquel.

*Luz, yo quiero ver luz.  
Poder pintar de color un nuevo amanecer.  
Vivir, amar, sentir y saber que hoy.  
Puede que no salga el sol.  
Aunque llueva, tú y yo sabremos bailar.  
Nadie nos puede parar.  
We are Dancing in the rain.  
Dancing in the rain.  
Keep on likes it's never ending,  
Keep on 'til the life of day  
Keep on dancing in the rain, the rain, the rain.  
Deja caer, deja la lluvia caer.  
The rain, the rain, the rain.*

El estribillo de la canción, lo único que lograba comprender, le acompañó durante todo el camino a casa.

*Dancing in the rain.*

El ruido de una puerta en el pasillo le sobresaltó cuando accedió a la cocina media hora después.

—¿Jack, eres tú?

Abrió el congelador y recuperó una tarrina de vainilla a medio consumir. El dulce sabor del helado le devolvió la tranquilidad que Heather le había robado.

—¡Jack!

—¡¿Qué?!

Rhian suspiró armándose de paciencia. Se metió la cuchara en la boca y volvió a abrir el congelador. En esos momentos, sólo el chocolate podría calmar a su hermano.

Jack apareció envuelto en una toalla. La intensa fragancia del perfume *Le Male* de *Jean Paul Gaultier* inundó la cocina.

—¿Un poco de helado, tal vez?

Rhian trató de sonar cordial. Sin lugar a dudas, Jack debía de estar enfadado.

Otra vez...

—Estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano por encontrar el botón de apagado a mi mal humor, Rhian.

—Lo siento, Jack. Debería haberte avisado. No volverá a ocurrir.

Jack suspiró profundamente. Abrió el cajón, cogió una cuchara y se sentó en un taburete. Se concentró en el chocolate helado que le ofrecía su hermano.

—Anoche llamó la secretaria de la senadora Felton. Quiere volver a verte.

—¡Vaya!

—Por su parte, la señora Glissom asegura que la tienes *muy* abandonada. Eso es lo que implica ir de flor en flor como las abejas —se mofó.

—Esa mujer sólo pretende desgranar el rosario completo de sus frustraciones sentimentales conmigo. La senadora Felton, en cambio, muestra mayor maestría y perspicacia.

—Atender bien a una clienta significa comprender sus sentimientos de mujer, así como sus deseos.

No lo olvides.

—La senadora Felton me considera el paliativo a esa soledad que ya no llena el que fuera su marido, ni sus hijos que ya no la necesitan, ni su rimbombante y exquisito mundo político y social.

—Reza un viejo refrán que la necesidad tiene cara de hereje.

—Y a ti, ¿cómo te va?

—No me puedo quejar. Estoy cansado. Muy cansado. Tengo agujetas en la tripa por el sobreesfuerzo de anoche —sonrió Jack.

—¿Otro encuentro con la señora Hawthorne?

Jack movió la cabeza afirmativamente.

—Todavía me duele el pecho al respirar.

—Tienes mucho que aprender, Jack —se mofó Rhian.

—Por mucho que la animo a entregarse por entero al placer, a la señora Hawthorne le cuesta mucho alcanzar el orgasmo. Y yo mientras tanto...

—Aguantando como es debido. Entiendo tu frustración.

—No pienso relacionarme con medio geriátrico borracho de insatisfacción sexual mucho más tiempo. Debemos buscar otro medio de vida más tranquilo, Rhian.

—¿Y por qué no podemos seguir como hasta ahora?

—Porque estoy cansado, hermano. Sacrificar todo en la vida por los demás no es altruista; es sacrificio.

Rhian sonrió imperturbable.

—Un sacrificio por el que recibes sustanciales cantidades de dinero que nos permiten moldear nuestro futuro a nuestro antojo. —Paladeó una nueva cucharada de vainilla y después añadió—: Todas las personas tienen su propio destino escrito, Jack. Y no todas deciden perseguirlo. Nosotros, en cambio... ¡Sí!

Jack sonrió cuando su hermano le apuntó con la cuchara vacía. Luego, asintió cuando le dijo:

—Tú siempre lo dices, Jack... Te guste o no ambos estamos metidos en esto.

—Rhian, ¿alguna vez has disfrutado del sexo?

Acababa de hacerlo hacía escasas horas... Heather Rothscill había sido la única mujer hasta el momento que lo había hecho delirar de placer, robando gemidos acalorados a su garganta, deshilachando la madeja de sentimientos que guardaba en las profundidades de su corazón.

*¿Se estaba enamorando?*

*¡No! El amor no tenía cabida para él en esos momentos.*

—Se te ha puesto esa cara de granuja de cuando te entregas a pensamientos maliciosos —apuntó Jack—. ¿En qué piensas?

Sus miradas se encontraron y por un instante Rhian se sintió tentado de contárselo todo. Lo habría hecho de haber sabido cómo empezar.

—Uno no sabe lo que es la sed hasta que bebe agua por primera vez, Jack —suspiró anhelando regresar a los brazos de Heather—. ¿Y tú, Jack?

—¿Contestas una pregunta con otra?

—Te repito: uno no sabe lo que es la sed hasta que bebe agua por primera vez. No creo que haya que ser muy astuto para comprender. ¿Has bebido tú agua alguna vez, Jack? —inquirió.

El menor de los Hoover alzó una ceja pensativo y se recolocó la toalla. Antes de que pudiera manifestarse, Rhian dijo:

—Siempre tan diplomático, Jack.

—En mi mundo la diplomacia no significa nada sin la presencia del carisma.

Estuvieron más de una hora hablando, hasta que ambos agotaron sus tarrinas de helado. Luego Jack se dirigió a su habitación, se vistió y se despidió de Rhian.

—Mamá acaba de llamarme. Dice que no consigue localizarte.

La palabra *mamá* le puso en tensión.

—Tengo el móvil apagado. ¿Qué quiere?

Jack frunció el ceño. Luego, dijo:

—Lo de siempre, hablar contigo.

—Mañana la llamaré.

—Dice que es urgente.

—Para ella todo es urgente. Sobre todo cuando llama reclamando dinero.

—Rhian, por favor...

—¡Qué!

—Hasta mañana.

—Adiós.

Rhian bajó al sótano y cogió las pesas. Permaneció inmóvil frente al espejo durante más de cinco minutos antes de que sus brazos comenzaran a levantar las mancuernas.

Después de treinta y cinco minutos de duro entrenamiento que le ayudaron a olvidar momentáneamente todos sus problemas, subió a la primera planta, se desnudó, cogió una toalla y se metió en la ducha. Su piel todavía mantenía el olor de aquella preciosa mujer que tantas horas de sueño le había robado.

Sólo pensar en ella hacía que su cuerpo se estremeciera por el placer anhelante de tenerla entre sus brazos, por la necesidad imperiosa de penetrar en su interior, por el deseo flagrante de atrapar los gemidos ahogados de su garganta con su propia boca y que sus labios hambrientos dibujaran el recorrido curvilíneo de su femineidad.

Su miembro viril rozó la parte baja de su ombligo cuando la esponja rozó allí donde le habían besado los labios de ella. Sin resuello, con el palpitante deseo prolongándose más y más, accionó el grifo de agua fría.

El estrés energético con el que respondió su organismo al impacto del frío le tranquilizó hasta que las púas heladas comenzaron a clavarse en su piel como alfileres, obligándolo a abandonar una práctica que en Japón, hace siglos que se utiliza.

La intensidad de sus ojos azules se volvió más oscura cuando, recreando las escenas de su próximo encuentro, abrió la caja dorada que guardaba en el cajón inferior de uno de los armarios del vestidor y extrajo un pequeño estuche plateado.

Lo depositó en la cama y encendió el teléfono móvil. Sin prestar atención a la señal indicativa de llamadas sin contestar, buscó el número de teléfono de Heather Rothscill y tecleó:

«¿Te apetece jugar?»

Los dedos temblorosos de Heather no atinaban a ordenar las letras de su respuesta:

«¿Cuánto me vas a hacer esperar?»

Al leer el mensaje, Rhian se miró en el espejo con una sonrisa triunfal y, contraviniendo a sus propios ideales de belleza, cogió una cuchilla de afeitar y definió el estilo de su nueva barba. El juego real acababa de comenzar.



—¿Cómo estás hoy?

—¡Tú qué crees! —contestó Helen McLaferti a Lorraine, ajustándose las gafas en el puente de la nariz—. La tos, el desamor y el dinero son cosas que no se pueden ocultar.

—No te entiendo, Helen —admitió Lorraine—. ¿Qué problema hay?

Helen puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—¿Has pensado en lo que estuvimos hablando anoche? —intervino Nicole.

—Mínimamente.

—¿Y?

—En principio, la respuesta es...

—Sí —resolvió Lorraine, expectante.

Helen suspiró y bajó la cabeza para mordisquear la pajita del Cosmopolitan. Sus ojos se estrecharon y lentamente negó con la cabeza. Luego, dijo:

—Tal vez.

—En este caso, Helen, los *tal vez* no sirven —resolvió Lorraine cruzando las piernas.

—Es normal que todavía tengas tus dudas. —Coqueteando con una sonrisa nerviosa con el camarero que les había entregado la carta con los menús, Nicole añadió—: Umm... es tan malditamente sexy, ¿verdad?

—¡Nicole! —espetó Lorraine—. Ahora no es el momento.

—La vida son momentos y hay que disfrutarlos, ¿no crees?

—Chicas, por favor... —entonó Helen—. ¡No es momento de pelear!

Nicole abrió la boca para discutir. Finalmente, sólo dijo:

—La envidia es la forma más sincera de admiración.

—Precisamente, como la vida no se mide en minutos sino en momentos, he pensado que...

La tensión del momento hizo que Lorraine y Nicole observaran a Helen con perplejidad mientras ella jugaba distraídamente con una patata.

Rompiendo el largo e incómodo silencio que se impuso entre ellas, Lorraine preguntó con una sutil sonrisa dibujada en sus labios:

—¿Y bien?

—¡Suéltalo ya, Helen! —exigió nerviosa Nicole.

—He decidido que... lo haré.

—¡Wow! Me alegro por ti, Helen —exclamó Nicole, consciente de lo importante que había sido aquel sí.

—No me lo esperaba... —añadió Lorraine humedeciéndose los labios—. Sinceramente, no te veía capaz.

Helen asintió y, cogiéndola de la mano, dijo, antes de pichar una patata cocida:

—Nunca me he sentido más segura de algo en toda mi vida.

Una hora más tarde, mientras Helen McLaferti tomaba una copa, observó con disimulo a Aubrey. Al cabo de unos segundos de profundo y misterioso silencio, inquirió:

—¿Estás bien?

—Sólo un poco cansada. ¿Y tú?

—Bien. —Helen McLaferti fue muy escueta en su respuesta. Respiró hondo antes de añadir—: Te agradezco que me permitas dormir aquí esta noche, Aubrey. No me apetece encontrarme con Greg.

—En mi casa siempre serás bienvenida, Helen.

Ambas asintieron con un gesto, pero sin añadir nada más.

En torno a las doce y media, Aubrey se quedó dormida en el sofá. Tres cuartos de hora más tarde, se despertó sobresaltada al percibir el roce de unos dedos acariciándole los labios. Asustada, se abrazó a un cojín, tratando de ajustar sus ojos a la oscuridad.

—¿Qué haces aquí? —inquirió abrumada cuando Zack la envolvió con su abrazo y devoró con intensidad sus labios.

—Tú me diste la llave... —ronroneó él besándole detrás de la oreja—. ¿No lo recuerdas?

—Umm...

—Eres increíble, Zack. Te he echado de menos.

—Y yo a ti... —admitió, desabrochándose el pantalón.

—¡Zack, para! —le exigió Aubrey con los ojos de par en par, estudiando la abultada carga que cascabeleaba entre sus piernas—. Helen está en la habitación de invitados.

Zackary la levantó con sus poderosos brazos y la llevó hasta la habitación. Con esa mirada maliciosa que iluminaba su rostro, arrastró la yema de su índice por el labio inferior de Aubrey y, manteniendo una pose muy sexy, sugirió:

—Desnúdate.

Impacientes, hicieron el amor. Ambos disfrutaron de sus cuerpos, de la dicha del reencuentro, besándose, acariciándose, ahogándose en el placer del contrario.

—A veces me pregunto de dónde te viene este lado tan meloso y travieso.

—Zackary, lo confieso: no me puedo resistir a tus caricias.

—Será que por debajo de tu piel se esconde una linda gatita dispuesta a erizarse y a sacar las uñas cada vez que te rozo aquí —posó los labios sobre uno de sus senos—, o aquí, o aquí...

Sus besos fueron descendiendo poco a poco hasta alcanzar los pliegues de su hendidura.

—Zackary... —ronroneó retorciéndose plácidamente—. Por favor...

—¿Estás bien?

—Estoy bien —entonó alzando las manos en gesto de rendición—. No te preocupes.

Zackary soltó una carcajada.

Aubrey sonrió al ver su deliciosa respuesta y, rodando sobre él, reptó por su torso musculado para mirarle a los ojos.

—Zack, no pienses que te vas a librar de mí tan fácilmente.

—No hay mayor aventura que vivir persiguiendo tus sueños, Aubrey.

—¿Yo soy tu sueño?

—Tal vez.

—¿Tal vez?

—Mmm...

—Un sueño no se hace realidad mágicamente: se necesita sudar, determinación y trabajo duro. —Rozándole con los nudillos las costillas, inquirió con sugerencia—: ¿Quieres sudar, Aubrey?

Aubrey percibió un escalofrío en la parte baja de la espalda.

—Para hacer los sueños realidad se necesita gran cantidad de determinación, dedicación, autodisciplina y esfuerzo. Te aseguro que yo tengo todo eso y mucho más, Zack.

—Apuntas alto.

—¡Siempre!

—Mientes.

Aubrey se apartó ligeramente y lo miró desconcertada. Luego dijo:

—No todas las mujeres tenemos el deseo subyacente de mentir, engañar, manipular o incluso aprovechar la debilidad de los hombres...

—Una mujer puede llegar a cualquier lugar si realmente lo desea, Aubrey —insinuó él

mordisqueándole el hombro—, gracias a sus encantos... ¿Quieres llegar hasta mí?

—Quiero —sentenció Aubrey acomodándose nuevamente entre sus brazos. Le besó en el cuello. Al tocar su piel con los labios, él inclinó la cabeza hacia atrás y le facilitó el acceso—. Quiero...

Aubrey recorrió impaciente cada porción de piel, aferrándose a cada pliegue, extendiendo un hilillo de saliva por el marcado esternón y más tarde, en torno a las dos prominentes almendras acarameladas de sus pectorales.

—Te he echado mucho de menos, Zack —dijo entre susurros a pesar de que aquella afirmación no era del todo cierta.

Aubrey cerró los ojos y su rostro se torció en una máscara de dolor.

*¿Qué pensaría Drew si supiera...?*

—No pares... —sugirió Zackary con incomodidad cuando ella modificó el ritmo de sus besos.

Aubrey frunció el ceño. Dándose la vuelta, se tumbó bocarriba.

—Zackary —musitó con exigencia—, hazme el amor como si me odiaras y bésame como si me extrañaras.

—Haré lo que tú quieras, nena, menos perder el tiempo.

Ambos se fundieron en un sólo beso, donde las palabras no hicieron falta, donde sólo el lenguaje del cuerpo a cuerpo transmitía los mensajes que el otro necesitaba.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él cuando, tras más de media hora de excitación, ella no alcanzaba el punto de satisfacción que él requería para continuar.

—Nada.

—No me mientas, Aubrey. No estás concentrada. ¿Es por Helen? Prometo ser discreto.

—No —susurró.

—¡Vaya! Esto no va bien, ¿verdad? —sugirió liberándola del peso de su cuerpo.

—Estoy cansada. Sólo eso —mintió—. Incluso en el placer, hay un punto de tedio algunas veces.

—Siento que pienses de esa manera. Precisamente ahora que lo estábamos pasando tan bien.

Aubrey sonrió mínimamente y se sentó en la cama con las piernas abiertas y las rodillas apuntando al techo.

—Eres insaciable, Zackary.

—¿Acaso tú no?

—No sé lo que me pasa esta noche.

Paseó una uña por su mentón y descendió hasta la tabla de su esternón.

—Tumbate Aubrey. Yo me encargaré de que te relajes. Ya sabes el poder que tienen mis labios en torno a tus pliegues —sugirió mientras su mano le acariciaba el Monte de Venus y uno de sus dedos se adentraba en su interior—. Mmm... estás caldeada, Aubrey. Concédeme tan sólo un par de minutos más y ya verás cómo todo cambia a mejor.

Su susurro fue cálido, lo suficiente como para que ella cediera de nuevo.

Lo que en principio iban a ser dos minutos, al final se convirtió en una hora.

Aubrey accedió a abrir las piernas un poco más y gritó descontrolada cuando Zackary dilató sus pliegues y se empaló en su interior.

—¡Ohh, Zack! —gritó cuando el comenzó a embestir repartiéndole dulces besos por todo el cuerpo.

*Uno, dos, tres...*

*Siete, ocho, nueve...*

Los jadeos de Aubrey encendieron aún más a Zackary.

—Me vuelve loco verte disfrutar, cariño —dijo él sin resuello cuando, tras hundirse con mayor profundidad en su interior, inundó su vagina con su humedad.

—No pareeeessss... —musitó Aubrey controlando la intensidad de sus gemidos—. ¡Ahh!

Poco después, exhaustos, ambos se quedaron dormidos.

A las tres de la madrugada, Zackary abrió los ojos a la intensa claridad del rayo que cubrió el cielo nocturno. El agua, densa y brillante como gelatina, golpeaba el cristal. Un trueno no muy lejano, seguido de otro rayo, quebró el silencio de la noche.

Zackary desenroscó el brazo con el que Aubrey se mantenía unida a su cuerpo y se dirigió a la cocina. Bebió un vaso de agua y abrió la nevera. Como siempre, Aubrey la tenía vacía.

Rebuscó en los cajones, consciente de que encontrar algo allí era más que imposible.

Después de más de cinco minutos de exploración, aceptó encantado el pequeño paquete de galletas que encontró en el cajón de las cacerolas.

Abrió el envoltorio y se metió una galleta en la boca.

—Mmm... reconozco que encontrarte así me sugiere mil perversiones, Zack.

Aubrey sonrió en la penumbra y le pellizcó el glúteo desnudo. Después, se acercó a él por delante y, de puntillas, acercó los dientes hasta la galleta que él mantenía sujeta entre los suyos y la rompió en dos pedazos.

—¿Contento? —preguntó con la boca llena.

—Sí. Te prometo que la próxima vez será diferente. Tenemos que repetirlo, nena.

—¿Habrá una próxima vez?

La oscuridad no impidió a Zackary ver la sombra de la duda en sus ojos. La lluvia golpeaba con insistencia los cristales.

—Tal vez.

Él elevó una ceja pensativo. Le cogió de la cintura, le apoyó contra la nevera y metió la lengua en su boca. Después de profundizar un poco, dijo, estrujándole las nalgas con sus poderosas manos:

—Esa galleta era mía.

—Shhhh... Recuerda que...

—¿Mmm?

—Helen —susurró encogiéndose de hombros.

—¡Esa galleta era mía! —exclamó con una sonrisa.

—¿Seguro? ¿Y qué me dices de ésta? —murmuró divertida sujetando la última galleta del paquete con los dientes.

—¡También! Aunque... prefiero esto. —Le besó un seno. Y acercándose al otro, entonó, repartiendo besos tiernos por su piel—: Y esto. Y esto...

—Mmm... ¿Sexo?

Sorprendida por la urgencia de sus palabras, Zackary sonrió y, apartándose ligeramente de ella, dejó a la vista su enorme erección.

—¿Por qué no? Ven —exigió, arrastrándola hasta la cama.

Electrizada, Aubrey jadeó cuando él la embistió implacable, profundamente, sin contemplaciones, hundiéndose una y otra vez, una y otra vez... y otra vez... y otra vez más... apretando sus pliegues con su dura erección hasta hacerla gritar.

Feliz al ver cómo ella se entregaba otra vez al placer, le sujetó el rostro y mirándola fijamente a través de la oscuridad de la noche, inquirió, justo cuando un nuevo relámpago iluminaba otra vez la habitación:

—¿Te gusta?

—Síííí... —jadeó.

—Prometo que volverás a ser toda mía, nena —murmuró.

Zackary se apartó ligeramente, extrayendo su virilidad de aquella cueva húmeda y caldeada que lo envolvía, y le tomó el pulso en la muñeca.

—¡Zack! —le reprendió malhumorada.

—Nena, aprender a saber esperar sin impaciencia es una virtud.

Respiró hondo tratando de controlar las palpitaciones de su pene que apuntaba hacia el techo.

—No me dejes así... —le suplicó.

—Es tarde —sugirió él—. Me tengo que ir.

—La vida no se mide en minutos, Zackary, sino en momentos —lloriqueó.

—Efectivamente. Hay personas que viven obsesionadas con el reloj, con los minutos y los segundos.

Yo no —puntualizó mientras dirigía sus pasos hacia el salón.

Aubrey lo siguió.

—Prométeme que volverás.

—Sólo si tú quieres que vuelva.

—Aubrey, ¿ocurre algo? —inquirió Helen McLaferti desde su habitación.

Aubrey permaneció en silencio.

—Todo bien, Helen. ¡Duérmete!

Zackary se agachó un momento y cogió los vaqueros del suelo. Aubrey se acercó a él y le envolvió cariñosamente entre sus brazos, desde atrás.

—Zackary yo... Lo siento.

Él permaneció pensativo, aguantando la proximidad de ella. Después, se giró, enfrentándose a aquel destello de fuego que se apreciaba en sus ojos grises.

—¿Qué ocurre, Aubrey? Da la sensación de que esto es una despedida en toda regla y no un hasta pronto como pretendía yo.

Sus grandes manos recorrieron el cuerpo de Aubrey. Sus labios bombearon un beso en la sien.

—Hazme un favor, Zack —solicitó abrazándole con ternura. Bajó la mirada—. Perdóname.

—¿Por qué? He de reconocer que ayer me extrañó tu actitud pero... Nena, eso no implica que tengas que pedir perdón. Todos los días no son iguales. Lo importante no es lo que ocurrió, sino lo que hicimos para solucionarlo.

—Zackary, yo...

—Aubrey, esta noche has estado insuperable.

—Hazme caso, Zack. Perdóname, ahora que puedes —musitó deshaciendo su abrazo cuando él trató de enfrentarse otra vez a su mirada.

Negándose a dejarla con aquella sensación, Zackary paseó su boca por el cuello de ella y susurró:

—Te aseguro que no tengo nada que perdonar.

Aubrey sonrió.

—Márchate, Zack. Hoy no soy la mejor compañía para ti.

—Eso no es lo que me decían tus piernas hace un momento.

Él tenía razón. Todavía estaba muy húmeda... y excitada...

Su cuerpo demandaba atenciones... y la tensión sexual que se respiraba en el ambiente la estaba matando.

Y el morbo al saber que Drew le había pedido matrimonio y que en ese preciso momento ella estaba desnuda ante otro hombre le caldeaba los pensamientos.

*Necesitaba pensar.*

*¡Claro que sí!*

*Pero también necesitaba disfrutar.*

Aquel hombre era delicioso, tentador, ardiente, seductor... Dejarlo escapar sería peor que dejar de respirar. Zackary tenía algo que la atraía como un imán. Por su parte, Drew, tenía una capacidad de seducción innata que la volvía loca.

*¿Quién en su sano juicio había impuesto que una mujer sólo podía acostarse con un hombre?*

*¡Quién!*

Concentrada en el presente y no en el mañana, Aubrey se abalanzó sobre Zackary devorando la

carnosidad de sus labios con la pasión de una tigresa, deslizando sin discreción las manos por su torso desnudo hasta localizar la cremallera bajo la que crecía un bulto ansioso y despreocupado que no tardó en emerger al exterior y hundirse entre sus pliegues, húmedos y caldeados.

Sin un ápice de piedad, ambos hicieron el amor otra vez hasta la extenuación.

Rhian Hoover aguardó en *Le Bain* hasta las cuatro de la madrugada. Indiferente al enjambre de personas que danzaban en la pista, durante toda la noche había tratado de concentrarse en cualquier cosa que no fuera ella: Heather Rothscill.

Al final, cansado de dar vueltas por el local, cuando a eso de las cinco la lluvia se convirtió en un sutil cuentagotas, y previendo que la noche estaba dando sus últimos coletazos, se despidió del personal y tras retirar la horquilla de su *Harley Davidson CVO Softail Deluxe*, se enfundó el casco, metió gas y los siete radios cromados a espejo de las ruedas comenzaron a girar enérgicamente.

Al igual que *Le Bain*, *Gloss* era un hervidero de almas. La música, con su hipnótico poder, hacía bailar a más de mil quinientas personas.

Cientos de luces de diversos colores iluminaban cenitalmente el antiguo proscenio.

Diez equilibristas, cinco mujeres y cinco hombres, se movían al ritmo de la música creando poses esculturales con sus cuerpos sobre las cabezas de los clientes.

Dos tragafuegos expiraban flagrantes haces de luz dorada a través de sus bocas al tiempo que el *DJ* levantaba las manos invitando al público a danzar con una nueva y rítmica canción.

Rhian atravesó la zona de reservados y se dirigió al final del pasillo. Los vidrios ahumados creaban sombras al otro lado insinuando cuerpos desnudos en actitud cariñosa, disfrutando de aquello para lo que él no veía el momento de practicar: sexo.

Aquello le recordó el estuche plateado que guardaba desde hacía horas en el bolsillo trasero del pantalón.

Lo cogió, lo sostuvo entre sus manos, incluso tuvo ganas de abrirlo, pero aquello era algo que sólo podía hacer en la intimidad.

Se fijó en el reflejo de un espejo. Aunque parecía el mismo de siempre, había algo en él diferente y precisamente no era el cambio de estilo con el que había adornado su cara. Sus ojos azules desprendían un brillo especial; su rostro con aquella barba reciente, una irreconocible tranquilidad.

—¿Desea algo, señor?

Rhian entornó los párpados y enfocó la mirada. Scott Gilchrist, con su pajarita al cuello y el torso desnudo, sujetaba una bandeja repleta de vasos y copas vacías.

—Buenas noches, Scott.

—¡Señor Hoover! Discúlpeme, no le había reconocido.

El joven equilibró la bandeja, se limpió la mano en el pantalón y la extendió con intención de estrecharla con Rhian.

—¿Cómo te va? —preguntó Rhian abstraído en sus propios pensamientos.

—Bien, señor —balbució roncamente.

—Zanahoria, miel y limón —apuntó Rhian aguantándole el apretón de manos.

—Disculpe, señor. —Aumentó su aire de turbación—. No comprendo lo que quiere decir.

—Debes suavizar la garganta con un preparado de zanahoria, miel y limón, muchacho. De lo contrario, el aire acondicionado hará que tu garganta se debilite y que enfermes cada dos por tres. Sólo hay que escucharte para saber que mañana no vas a ser capaz de hablar.

—Entiendo, señor Hoover —contestó con incredulidad y con la voz entrecortada—. Agradezco sus consejos.

—¿Todo bien, Scott?

—Sí, señor.

—¿Contento? —preguntó clavando ligeramente sus dedos en el hombro desnudo del joven.

—Sí.

—¿Has ido al gimnasio?

El joven bajó la mirada y se concentró en la punta de sus zapatos. Luego, aseguró:

—Empiezo mañana, señor.

Rhian asintió y abriendo sus enormes ojos azules de par en par, alzó la ceja exigente invitándolo a continuar con su labor. Antes de girarse, repitió:

—Recuérdalo, Scott: zanahoria, miel y limón.

Scott Gilchrist se tensó, colocó un par de vasos en el centro de la bandeja y cruzó diligente el pasillo.

El despacho devolvió a Rhian la tranquilidad a sus oídos. Si algo había que agradecer al señor Bruckner, el arquitecto, era que hubiese accedido a insonorizar la estancia.

Acalorado por la propia excitación que crecía entre sus piernas, abrió la nevera, cogió un botellín de agua y se lo bebió de un trago. El agua fría hizo que le picara la garganta. Sonrió, recordando la recomendación que minutos antes le había dado a Scott.

Durante más de media hora, la cabeza no paró de darle vueltas. En su mente fue recreando cada una de las normas, cada una de las escenas, cada una de las posturas que ansiaba practicar con Heather.

Suspiró.

Y el suspiro se convirtió casi en un gruñido cuando su excitación sucumbió en un orgasmo innecesario e imaginario.

Secando el fruto de sus pensamientos lujuriosos, observó el reloj. Marcaba las cinco y media de la madrugada. Luego, se concentró en la ingente cantidad de papeles que crecía, como las hojas de un árbol, sobre su mesa.

Punteó cada uno de los asientos del balance de la semana anterior, comprobándolos uno por uno con los extractos bancarios y las facturas recibidas de los proveedores.

Llevaba diez minutos con los papeles cuando el sonido sordo de unos nudillos golpeando al otro lado de la puerta le obligó a desviar su atención.

—Adelante.

Jack accedió inmediatamente. Llevaba la chaqueta del traje en la mano y la camisa abierta hasta la mitad del pecho. Unas ojeras marrones bordeaban sus ojos. Se veía cansado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Rhian con una dureza que indicó que no estaba de humor.

—¡Vaya! Yo también me alegro de verte, hermanito —se mofó, sentándose en uno de los sillones vacíos que había ante el escritorio—. Pasaba por aquí y... he dicho: ¡Vamos, Jack, vamos a importunar a Rhian!

—¡Déjate de tonterías, Jack! No estoy de humor.

—Algo habitual en ti.

Lo observó detenidamente y sonrió al fijarse en su barba.

—¿Cambio de *look*? Creía que odiabas la barba.

—Cállate Jack.

—Acaban de clausurar *Le Bain*.

—¡¿Qué?! —bramó golpeando la mesa con los puños cerrados.

—Tranquilízate, Rhian. McFarland está ya de camino.

—¿Qué ha pasado?

—Nos han denunciado por aglomeración y otras perturbaciones a la tranquilidad ciudadana.

—¡Maldita sea, Jack! No te puedo dejar sólo ni un segundo. ¿Qué ha pasado?

—Dos vehículos han chocado y se han llevado por delante a varios clientes.

—¡¿Qué?! —bramó.

—Al parecer, un tipo se ha distraído observando a una rubia y ha impactado el morro de su *Audi A7*



*Sportback* contra el *Mercedes Benz* de Gareth, el marido de Shirley. ¿Te acuerdas de ellos?

Rhian cerró los ojos, recordando lo exigente que podía ser Shirley Morgan en la cama, y movió la cabeza afirmativamente.

—¿Algún herido?

—Un hombre y una mujer que esperaban su turno para acceder al local han acabado en el suelo.

—¡Mierda!

Golpeó la mesa con el puño otra vez.

—Tranquilo, Rhian. No les ha ocurrido nada grave.

—Afortunadamente —suspiró.

—La mujer se ha lastimado la rodilla y al ver la sangre se ha puesto a llorar. —Rhian se mordió el labio inferior y cerró los ojos—. Te aseguro que ha sido un rasguño sin importancia.

—Lo suficiente como para que nos lluevan las demandas.

—El problema ha venido después, cuando alguien ha llamado a la policía.

Rhian resopló y se masajeó las sienes. Después, se levantó del asiento, paseó nervioso por la habitación y cogió otro botellín de agua.

—Esta situación no nos beneficia en absoluto, Jack.

—Lo sé —suspiró, aceptando la llamada que desde hacía unos segundos repiqueteaba en el teléfono—. ¡Ahá! ¡Ahá! Estupendo, haga el favor de acompañarlo.

Rhian alzó una ceja inquisitivamente, tamborileó los dedos con intranquilidad sobre el tablero de su escritorio y cruzó las piernas cuando Jack dio por finalizada la llamada.

—McFarland ya está aquí, Rhian.

—¡Bien! Espero que esto se pueda solucionar pronto.

Derek McFarland lucía imponente, con su traje sastre perfectamente planchado. El nudo *Ediety* de su corbata roja, con su característico trenzado en cascada similar a una cola de pescado, permanecía en su sitio, sin desviarse ni un milímetro.

Rhian se puso de pie y le ofreció la mano.

—Derek, gracias por venir.

Derek McFarland sintió un ligero hormigueo en torno a sus dedos cuando Rhian deshizo el apretón de manos.

—Admiro la facilidad y la rapidez con la que consigues el dinero, Hoover —anunció el abogado estudiando los ricos materiales de aquel despacho—. Cualquiera diría que te ha tocado la lotería.

—Si eso fuera cierto, no estaría aquí encerrado tratando de ordenar este desaguado. ¿Cómo está Amber?

Derek McFarland respiró hondo y forzando una sonrisa, dijo:

—Últimamente, mis noches ya no son lo que eran. Hoy hace una semana que se marchó de casa.

—Cogió la pitillera del bolsillo interior de su traje sastre y preguntó—: ¿Puedo?

Aunque el humo del tabaco le desagradaba, Rhian movió la cabeza afirmativamente.

Jack tomó la palabra para preguntar:

—¿Cuánto tiempo llevabas con ella?

—El suficiente como para que ahora sienta que he perdido algo que en estos momentos podría considerarse importante —contestó aspirando profundamente el humo de su cigarro.

—El amor es como una araña. Es capaz de tejer una tela muy espesa que te atrapa con sutileza hasta que te tiene cogido por las manos y por los pies y de la que es muy difícil escapar —apuntó Jack convencido. Miró a su hermano y después a Derek. Luego añadió—: Los hombres realmente formamos el sexo débil, en contra de lo que anuncian los sociólogos.

—Somos menos racionales que las mujeres —intervino Rhian. Cuando tenía una conversación pendiente, odiaba los preliminares absurdos como aquel.

—Nos movemos por instintos y muchas veces nos equivocamos —puntualizó McFarland.

Jack observó a Rhian unos segundos. Sus ojos azules habían perdido todo el brillo y se habían vuelto oscuros. Sin lugar a dudas, su hermano estaba preocupado.

—Actuamos como los animales, Derek. —Rhian dibujó el perfil sociológico de los hombres—. Nuestra mente funciona por impulsos.

—Yo no sé si a vosotros os ocurre lo mismo, pero en mi caso, el sexo es el motor de mi vida. Ahora, sin embargo...

—Ahora simplemente estás en una etapa complicada —sentenció Jack tomando la palabra.

Rhian cerró los ojos mínimamente y esbozó una sonrisa sutil. Luego, añadió:

—Parece mentira que todavía no os hayáis dado cuenta de algo. —Ambos le observaron expectantes—. El sexo sólo implica una cosa: disfrutar del placer de hacerlo.

—Esa frase me suena... —sugirió Jack entre risas.

Derek McFarland no comprendió el cruce de miradas que se creó entre los dos hermanos.

—Por eso pienso que no debería haber acelerado tanto la marcha de Heath... ¡Da igual! La cuestión es que hasta hace unos días lo tenía todo: a mi mujer, a mi amante..., incluso un perro que cuidar... Sin embargo, ahora...

—Ahora en cambio, lloras por las esquinas porque tu cama está vacía y fría —se mofó Jack—. La persona más valiosa no es aquella a quien amas más sino aquella que extrañas cuando no está.

—Ya.

Derek sopesó aquellas palabras.

*¿A cuál de las dos mujeres que habían compartido su vida recientemente echaba más de menos?*

*¿A Amber, la mujer sufridora con la que al finalizar su etapa en la universidad se había casado?*

*¿A Heather, la amante tierna y complaciente que le exigía fidelidad y el divorcio prometido que él nunca había aceptado solicitar?*

—McFarland, las mujeres son más sufridoras y racionales que nosotros y aunque tomar una decisión les duela, cuando determinan que quieren algo, lo llevan hasta el final porque previamente han valorado todas y cada una de las consecuencias a las que se van a tener que enfrentar *a posteriori*.

—Nunca he estado más de acuerdo contigo, Jack —anunció Rhian molesto.

Tras quince minutos más de desahogado diálogo, Rhian Hoover centró la conversación en lo que realmente le interesaba en aquel momento.

—Tienes que paralizar todo esto como sea, McFarland. *Le Bain* no puede estar cerrado ni un minuto más.

—Mi hermano tiene razón. —Rhian colocó las manos a la altura de la boca y agradeció en silencio el apoyo de Jack—. ¿Qué podemos hacer?

—El tema no es muy complicado, pero...

—¿Qué?

—¡Olvídalo! Trataré de acudir a la Gerencia de Urbanismo a media mañana para garantizar que el técnico municipal reciba el informe del precinto cautelar por parte de la policía.

—¡Perfecto!

—Intuyo que *Le Bain* no tiene ningún otro tipo de deficiencia que impida que el técnico se pronuncie en contra del trámite administrativo del precinto.

—¡Faltaría más! —exclamó Jack.

—Maldita sea, Derek. —Rhian apretó los dientes. Su mandíbula se puso en tensión al decir—: Sabes que todo está en regla.

—Limpiar este tipo de trapos sucios supone dinero, Rhian. ¿Eres consciente de ello?

—Perfectamente. —Rhian puso los ojos en blanco—. ¿De cuánto estamos hablando?

—No lo puedo determinar con precisión en este momento. —Derek McFarland desvió la mirada

hacia Jack—. Conociendo al técnico, os aseguro que la cantidad no será baja.

—Tienes carta blanca para lo que te haga falta, McFarland.

Esta vez fue Jack el que tomó el testigo de la conversación.

—Derek, escúchame —exigió Jack—: cada segundo cuenta. No podemos permitir que *Le Bain* esté cerrado mucho tiempo.

—En estos momentos estoy atado de pies y manos, Jack. Irremediablemente habrá que esperar unas horas hasta saber qué se puede hacer.

—Confío en ti, Derek —resopló Rhian, masajeándose las sienes con pequeños círculos—. No me falles.

—Haré todo lo que esté en mi mano—aseguró extendiéndole la mano.

Rhian sostuvo el apretón durante unos segundos, los suficientes como para que al abogado perdiera la sensibilidad en los dedos.

—Eso espero.

—Rhian, en cualquier otra circunstancia eso hubiera podido entenderse como una amenaza.

—Preferiría más que lo entendieras como una sugerencia.

—No se lo tengas en cuenta —intervino Jack palmeándole el hombro. Luego, tratando de desviar la conversación, dijo—: Ya sabes cómo es mi hermano. Por cierto, un día de estos tenemos que salir a correr.

—Me hace falta. La verdad es que sí. Hace una semana que no entreno. —Observó el reloj y resopló—: Pfff... he de irme. A las nueve tengo una cita con un cliente para ratificar una demanda por malversación de fondos y apropiación indebida de capitales contra uno de los socios de su empresa.

—Siempre metido en líos... —se mofó Jack acompañándolo hasta la puerta.

—Esos líos como tú los llamas son los que me llenan la cartera.

Una luz blanca y mortecina iluminaba todo el local cuando, a las siete menos cinco de la mañana, Rhian recorrió a toda velocidad las escaleras, sorteando almas danzantes borrachas de música y alcohol.

La lluvia había cesado. Los rayos del sol, debilitados por los macizos nubarrones que cubrían de gris el cielo, habían secado prácticamente el asfalto, dejando pequeños charcos aquí y allá.

Rhian respiró hondo, se colocó el casco y apretó gas a su *Harley Davidson CVO Softail Deluxe*, haciendo que el motor rugiera por encima del caos que comenzaba a colapsar el centro de la gran ciudad.

Después, sorteó varios vehículos en doble fila, frenó al observar el parpadear de la luz de intermitencia de un autobús que anunciaba su intención de retomar el carril central de circulación y entornó los párpados. Luego, enfocó la mirada y bajó la visera del casco cuando la *Harley Davidson CVO Softail Deluxe* aumentó de velocidad.

Sólo deseaba una cosa.

Y no era otra más que jugar...

Mmm...

¡Jugar, jugar y jugar!

Jugar con Heather a lo mejor que ambos sabían hacer: sexo.

Pero lo que tenía preparado para ella quedaba muy lejos de lo que habían disfrutado hasta el momento.

Anhelaba hacerle el amor, disfrutar de cada uno de sus pliegues, de cada porción de piel...

Deseaba que ella se ofreciera a él...

Necesitaba que Heather se encendiera acaloradamente y le entregara cada uno de aquellos ahogados y placenteros gemidos que brotaban de su garganta cuando él le hacía el amor.

¡Sí!

¡Lo ansiaba!

¡Lo deseaba!

Rhian Hoover percibió cómo la excitación se apoderaba de él al recordar aquellos pliegues rosados de carne trémula abriéndose ante su virilidad, apretándose contra la turgencia de su masculinidad mientras sus manos acariciaban la parte interna de aquellos muslos suaves al tacto e imprimían presión en la parte inferior de su espalda, ahondando más... un poco más...

El corazón comenzó a golpearle las costillas dolorosamente cuando, al percibir la vibración del móvil en el interior del bolsillo, su miembro creció un poco más.

Deteniéndose a unos cien metros de donde con toda seguridad Heather Rothscill estaría esperando impaciente su visita desde la noche anterior, desbloqueó el teléfono, abrió el mensaje y leyó:

«*Game Over*<sup>[15]</sup>»

Comenzó a reír a carcajadas y disfrutó de la sensación que el aire frío ejercía sobre su cara, arañándole la piel de las mejillas.

Tecleó rápidamente:

«*Mmm... ¿No te apetece jugar?*»

*Bip, bip.*

Esta vez fue la señal acústica la que le indicó la llegada de un nuevo mensaje.

«.....»

No llevaba texto. Tan sólo nueve puntos seguidos.

—Vaya.

Una perversa sonrisa se le extendió por la cara mientras sus dedos tecleaban impacientes un nuevo

mensaje:

«Repito: ¿quieres jugar? Yo SÍ.»

Heather observó el mensaje, pensando en la cantidad de cosas que le gustaría hacer. Después, desconectó el aparato.

—¿Tú te has visto?

Aubrey le observaba con intensidad desde la puerta de la cabina de mandos del *Boeing 737*.

—¿Qué?

—¿Dónde estabas? —inquirió Aubrey—. Llevas toda la mañana distraída. ¿Te ocurre algo?

—No.

—¿Quieres? —Aubrey le entregó a Heather una de las bolitas de chocolate que solía llevar en el bolso—. El chocolate es el mejor sustitutivo del sexo.

—¡Aubrey!

—¿Qué? ¿Acaso no estás así por el tipo ese?

Heather sintió cómo el rubor se apoderaba de sus mejillas.

—¡Tenemos que hablar, Heatty! —Heather torció el gesto y puso los ojos en blanco—. Perdón: Heather. Tienes que ponerme al día de todo.

—Todavía soy capaz de solicitar que me cambien el turno —bufó.

—No te da tiempo. El pasaje está a punto de acceder a la cabina. En quince minutos estaremos sobrevolando este cielo gris infernal. Sólo espero que no se ponga a llover otra vez. Ya sabes lo nervioso que se pone el pasaje los días de lluvia.

Aubrey cruzó el pasillo en dirección al *galley* de cola.

—¿Acaso no me crees capaz? —inquirió Heather con un tono de voz más alto de lo normal cuando Aubrey le sacó la lengua.

Martina Faz, la oficial de vuelo congoleña que se encontraba en la cabina de mandos junto al comandante Nicholas Bradshaw, desvió su atención del plan de vuelo y preguntó:

—¿Ocurre algo señorita Rothscill?

Heather se sintió abrumada y contestó un «no» silencioso, moviendo sutilmente la cabeza. Luego, musitó, antes de seguir los pasos de Aubrey:

—Lo siento, Martina.

Cuando Heather alcanzó el *galley*, Aubrey inquirió entre dientes:

—¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre gritar de esa manera? ¡Tu actitud nos va a meter en un lío, Heatty!

—¿Mi actitud?

—¡Sí, tu actitud, Heather, tu actitud!

—Hay días que me sacas de quicio, Aubrey.

—¿Sí? —Compuso una expresión sugerente y bajó el tono de voz—. Yo también te quiero, Heatty.

Le lanzó un beso, le sacó la lengua con picardía y se puso a comprobar el anclaje de los *trolley*.

—Heather —puntualizó—. Llámame Heather.

—Trato hecho. —Extendió la mano y cuando Heather se la iba a estrechar, Aubrey la retiró y dijo divertida—: Pero con una condición.

El silencio se hizo entre ambas. Al final, fue Heather la que tomó la palabra.

—¿Cuál?

—Que no termine el día sin que me hayas contado punto por punto cómo conociste al tipo que vi ayer en tu casa y sobre todo... mmm... cómo es en la cama. ¿Aceptas?

—Ya veremos.

—¡De eso nada! La respuesta es muy sencilla y muy simple.

—Tal vez.

Sus ojos delataban nerviosismo.

—Con un simple «sí» me basta, Heather. —Dio un paso hacia adelante—. ¿Tanto te cuesta?

—Algunas cosas es mejor dejarlas ocultas.

—De eso ni hablar. —Todos los músculos del cuerpo de Heather se tensaron—. Las amigas se cuentan todos sus secretos.

—¿Me estás chantajeando?

—No.

Aubrey hizo revolotear sus largas pestañas como alas de mariposa.

—Me gustaría odiarte por esto, Aubrey.

—Poco inteligente por tu parte —convino con picardía—. El odio es la venganza de un cobarde intimidado.

—Algunas veces sería mucho más fácil para mí si tuviera la capacidad de odiarte y alejarme de ti, pero no puedo.

—Porque soy tu mejor amiga, Heatty —se carcajeó—. Ya sabes que del odio al amor hay un paso.

—¡Sí! Y del amor al odio un instante. Prométeme que no vas a comentar esto con nadie —susurró Heather. Se colocó la chaqueta, se anudó el pañuelo al cuello y se enfundó los guantes de piel negra. Después, abrió la puerta del aseo y se atusó el flequillo ante el espejo—. De lo contrario...

—¿Sabes que la mejor fuente de información son las personas que han prometido no contar algo a otros? —inquirió Aubrey con suspicacia.

—Te lo digo muy en serio...

La saliva se le concentró en la garganta.

—Prometido. —Aubrey levantó la mano derecha y después se la colocó sobre el pecho, a la altura del corazón—. Seré discreta.

Patrick, el tercer auxiliar de vuelo, se aproximó a ellas.

—Chicas, el pasaje comenzará a embarcar en dos minutos. ¿Estáis listas?

Durante unos segundos, Aubrey y Patrick se miraron a los ojos con cierta tensión.

—Por supuesto —contestó con frialdad.

—¡Perfecto! —exclamó él abrochando el cierre de las cortinas del *galley*.

Patrick se giró, ofreciéndoles la silueta de su marcada espalda bajo el delicado algodón de la camisa blanca con adornos en gris de su uniforme y, con diligencia, se colocó delante de la puerta delantera del avión.

Heather dejó pasar un par de minutos antes de hablar.

—¿Qué os pasa?

—¡Nada!

—A mí no me engañas, Aubrey.

—Todo el mundo tiene sus pequeños secretos. Patrick es el mío.

Heather comenzó a elucubrar a toda velocidad.

—¿Patrick y tú...?

—¿Qué?

Aubrey le dio la espalda y se coló en el interior del cuarto de baño. Se enjuagó las lágrimas y se recolocó las pestañas ante el espejo como si la conversación no fuera con ella.

—Es difícil guardar un secreto cuando lo llevas escrito por todo el cuerpo.

—¿Crees que Patrick y yo...? —Aubrey se giró bruscamente y se golpeó el codo con la pared del habitáculo—. ¿Eres tú ahora la que exige información, Heather?

—Tú verás. Nadie reacciona de esta manera si no hay algo detrás. ¿Me equivoco?

—No —admitió.

Heather sostuvo la chaqueta del uniforme de Aubrey en la mano.

—Llevas el pañuelo torcido.

Aubrey se giró otra vez y se observó en el espejo.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? —preguntó metiendo el brazo derecho en la manga.

—¿Os habéis acostado alguna vez?

Aubrey mantuvo los ojos cerrados unos segundos mientras terminaba de colocarse la chaqueta.

Después, suspiró tratando de ordenar sus pensamientos.

—Sí —afirmó Heather adelantándose a la respuesta de Aubrey—. No me cabe la menor duda. Sólo hay que ver tu reacción para darse cuenta que Patrick y tú habéis tenido algo más que un simple hola y adiós en el trabajo.

Aubrey apretó los dientes y la mandíbula se le puso en tensión. Después, dijo:

—Te lo juro, Heather. Si estuviera en mi mano, saldría corriendo por esa puerta ahora mismo. No soporto tenerlo cerca respirando el mismo aire que yo.

—¿Por qué?

—¡¿Por qué?! —repitió—. Porque tuvo la desfachatez de casarse con Melissa cuando estaba conmigo y no fue capaz de decírmelo hasta tres meses después de la boda. ¿Te parece poco?

Los primeros pasajeros comenzaron a acceder a la nave, cargados con sus equipajes de mano. Heather acompañó a un par de gemelas de diez años hasta sus asientos, mientras su madre trataba de tranquilizar al bebé de pocas semanas que llevaba entre sus brazos. Su marido, a su espalda, arrastraba una pequeña maleta azul marino con una mano mientras que con la otra, buscaba en el interior de un bolso blanco con muñequitos en color verde una toallita húmeda con la que limpiar la tetina de un chupete.

—Permítame que le ayude, señor —le indicó Heather.

—Gracias. —Sonrió—. Viajar con niños es lo que tiene.

Veinte minutos después, Nicholas Bradshaw anunció a través de la frecuencia del avión:

—Tripulación de cabina cerramos puertas, armamos rampas y *cross-check*.

—¿Sabes? —inquirió Aubrey.

—¿Qué?

—Algunas veces eres odiosa. —Le entregó el material para la *demo de seguridad*.

Las turbinas de los motores del *Boeing 737* aumentaron de velocidad.

—Sabes que no.

—Lo de antes ha sido un golpe bajo.

—Buenos días, señoras y señores. En nombre de la compañía, el comandante Nicholas Bradshaw y toda la tripulación, les damos la bienvenida a bordo de este vuelo con destino a *Filadelfia* cuya duración estimada es de una hora y treinta minutos.

»Por motivos de seguridad, y para evitar interferencias con los sistemas del avión, los dispositivos electrónicos portátiles no podrán utilizarse durante las fases de despegue y aterrizaje. Los teléfonos móviles deberán permanecer desconectados desde el cierre de puertas hasta su apertura en el aeropuerto de destino. Por favor, comprueben que su mesa está plegada, el respaldo de su asiento totalmente vertical y su cinturón de seguridad abrochado. Les recordamos que no está permitido fumar a bordo. Muchas gracias y feliz vuelo.

El *Boeing 737* comenzó a desplazarse hacia la pista.

—Señoras y señores, les habla el sobrecargo.

Heather le guiñó un ojo a Patrick y levantó el pulgar indicándole que estaban preparadas.

—Cumpliendo normas de Aviación Civil vamos a efectuar una demostración sobre la localización y uso de Salidas de Emergencia, Chalecos Salvavidas, Máscaras de Oxígeno y Cinturones de Seguridad. Es importante que presten atención:

»Observen que hay cuatro puertas de salida y dos ventanillas de emergencia, una a cada lado del fuselaje, a la altura de las alas. Cada una de ellas está señalizada con la palabra SALIDA. En el lateral

inferior de las butacas hay unas luces que se iluminan en caso de emergencia, marcando las vías de evacuación.

Aubrey y Heather movieron las manos indicando la posición de las salidas y de las luces de emergencia.

Heather continuó representando los pasos de la *demo de seguridad* abstraída en sus propios pensamientos. Actuaba como una autómatas.

—[...] En ese caso, tire de la máscara, colóquela sobre la nariz y la boca y respire con normalidad.

¡Heather! ¡Espabila! —le exigió su ángel de la guarda cuando, concentrada en aquel cuerpo musculado y tatuado que le hacía hervir la sangre cada vez que le exigía que se encendiera para él, se le olvidó representar cómo debía colocarse la mascarilla en caso de despresurización de la cabina.

Los motores comenzaron a rugir preparándose para el despegue.

—Cada asiento dispone de un cinturón que se abrocha insertando la trabilla en su enganche correspondiente. Para soltarlo, simplemente levante la lengüeta del enganche. Como medida de precaución adicional, le recomendamos que permanezcan con el cinturón abrochado durante el vuelo. Muchas gracias por su atención y feliz vuelo.

La aeronave no tardó en arañar los nubarrones grises que amenazaban tormenta.

Las luces de neón que publicitaban cines, teatros, discotecas y centros comerciales se convirtieron en minúsculos puntos de luz, casi microscópicos al cabo de cinco minutos, atenuándose con las últimas estrellas.

Heather suspiró intranquila al percibir la mirada inquisitiva de Aubrey.

—¿Y bien?

—¿Qué?

—¿No vas a contarme nada?

El silencio se hizo entre ambas.

—Ahora no.

Heather Rothscill se desabrochó el cinturón de seguridad y se preparó un café.

—¿Quieres?

—No me vendría mal. —Aubrey se concentró en la revista que tenía en las manos—. ¡Wow! ¿Sabías que en un *spa* de Japón se puede nadar en café? Por un módico precio de 2.800 yenes, los bañistas pueden nadar también en una especie de sopa de fideos chinos. ¿Te lo puedes creer?

—No te veo yo en una situación parecida.

—¡Quién sabe! Puede ser estimulante... siempre y cuando lo hagas en compañía de... —tosió—, de... de un hombre. ¿No crees?

—Tal vez.

—Puede suponer una manera de pasar un rato divertido y de disfrutar del café y de los fideos de una manera más sugerente.

—Mmm...

Aubrey continuó hablando, tratando de encontrar la punta del hilo de la que poder tirar para que su amiga le diera algo de información sobre el hombre que había visto en su casa.

—Es un buen plan para pasar una noche muy erótica en compañía de un hombre. Uno del calibre del que comparte tu cama. —Elevó la ceja y se concentró en la reacción imperturbable de Heather—. ¿No crees?

Se hizo el silencio entre ambas.

—A veces las palabras no bastan para describir un sentimiento, Aubrey.

—Ten cuidado, Heatty. ¡Ops! Lo siento. —Sonrió. Después, preguntó—: ¿Quieres un consejo?

Heather se encogió de hombros. Si algo le apetecía en ese momento, no era escuchar a Aubrey. Echaba de menos a Rhian. Lo deseaba. Lo ansiaba. Anhelaba tenerlo entre sus brazos, soñaba con cada



una de aquellas caricias arreboladas que tanto le exigían. Necesitaba que le suplicara que se encendiera para él, que gritara para él, que incluso se entregara a él...

—El amor es incierto; nadie tiene una receta exacta que funcione para todos igual. No hagas caso a promesas que luego se puedan desvanecer como copos de nieve bajo el sol.

—Gracias —suspiró—. Ya que te has puesto en plan paternalista, ahora voy a ser yo la que te diga algo.

—¿Qué? —Aubrey la miró cariacontecida mientras cargaba los cajones del *trolley*—. ¿Meto más zumo de naranja?

Heather movió la cabeza afirmativamente. Luego, observando la reacción de Aubrey cuando Patrick accedió al *galley*, musitó:

—Deja de atormentarte buscando la pareja indicada...

—No sé ni siquiera si la habré encontrado alguna vez.

Desvió los ojos y se concentró en el anguloso mentón de Patrick.

—Preocúpate de ser tú la persona indicada primero, Aubrey.

—¿Todo bien? —inquirió Patrick bloqueando el pedal del *trolley*.

Heather y Aubrey se miraron. Después, los labios de Aubrey dibujaron una sonrisa falsa y dijo:

—¡Perfectamente! Preparadas para servir el desayuno.

—El pasajero 11 A tiene un menú especial.

—Así es. —Heather revisó la documentación—. Un menú sin gluten.

—Acabo de meterlo en el cajón inferior —intervino Aubrey. Se anudó el delantal a la cintura, se ajustó el pañuelo al cuello y colocó en el compartimento correspondiente de la bandeja superior una cafetera y una tetera—. ¿Lista?

Heather asintió. La banda sonora de *Lo que el viento se llevó* comenzó a sonar.

—Respira. —Aubrey suspiró acalorada—. No creo que sea para tanto.

Después de un pequeño silencio, Heather fue la primera en romperlo.

—¿Café, té, zumo?

—Respirar... respirar... respiro —bisbiseó Aubrey entre dientes—. Lo que ocurre es... que no lo soporto.

—Zumo, por favor —contestó la mujer que ocupaba el asiento junto al pasillo, en la fila treinta y siete.

—¿Hielo?

—No, gracias.

—Heather, la única cosa peor que un mentiroso es un mentiroso que también es hipócrita, ¿no crees?

—Aquí tiene, señora. —Dirigiéndose al grupo de pasajeros de la fila treinta y seis, Heather preguntó de nuevo—: ¿Café, té, zumo?

—Café.

Heather sonrió. Después, le guiñó un ojo a Aubrey, antes de decir:

—El tiempo cura todas las heridas, Aubrey. No le des tanta importancia a lo que pudo haber sido y no fue. Piensa que tú ahora estás con Drew. —Inclinándose ligeramente, dijo—: Su café, señor.

—¿Más azúcar? —inquirió Aubrey ante la exigencia de una señora que, junto a la ventanilla de la fila treinta y cinco, alzaba un sobrecito vacío tratando de llamar su atención—. Aquí tiene.

—¿Café, té, zumo?

—Lo que no nos mata no es lo que detiene los latidos del corazón, sino lo que nos impide vivir. ¡Uff! Heather, no tengo ni la energía ni la fuerza de voluntad para deshacerme de los recuerdos.

—Aubrey, cuando una persona te decepciona, aunque la perdones, nada vuelve a ser como antes —susurró. Y dirigiéndose a la pasajera de su derecha, dijo—: Por supuesto, señora. Me ha pedido un café con leche, ¿verdad?

—El problema del amor es que... es que hay siempre hombres de por medio.

—Alguien que no ha sentido las heridas del amor, no puede entender lo que escuecen las cicatrices

—aseguró Heather mientras servía otro café.

—¡Déjate de tonterías Heatty! Te hablo muy en serio.

Dirigiéndose al pasajero de su izquierda, Heather preguntó:

—¿Qué desea? ¿Más azúcar?

—¿Tiene zumo de tomate por casualidad?

—No señor, no me queda zumo de tomate. Si lo prefiere le puedo ofrecer zumo de naranja o de piña con uva.

—De naranja mejor.

—¿Hielo?

—Sí, por favor.

Aubrey tensó la espalda, desbloqueó el freno del *trolley* y aguardó a que su compañera diera tres pasos hacia atrás para empujarlo.

—He de reconocer que es difícil olvidar a alguien que te ha dado momentos buenos para recordar

—admitió Heather.

—¿Sigues queriéndolo?

—¿A quién?

—A Derek —suspiró Aubrey alzando una ceja.

Heather sopesó la pregunta y las posibles respuestas.

—Ya no. No puedo negar lo mucho que me dolió la ruptura, pero a día de hoy...

—A día de hoy has intentado olvidar al amor involucrándote con otra persona.

El avión les zarandeó repentinamente. Heather se sujetó en un reposacabezas.

—Si lo quieres ver de esa manera, la respuesta es sí.

Nicholas Bradshaw no tardó en dirigirse al pasaje.

—Señores pasajeros, vamos a atravesar un área de turbulencias. Permanezcan sentados en todo momento y mantengan el cinturón abrochado mientras los indicadores luminosos estén encendidos. Gracias.

Interrumpiendo la animada conversación, Patrick se acercó a Heather y preguntó:

—¿Os queda mucho? Amenaza de tormenta.

El tren central tocó pista y los motores redujeron poco a poco su potencia, disminuyendo la velocidad de la nave cuando el reloj marcaba las siete y cuarto de la tarde.

A las siete y veinticinco, Nicholas Bradshaw recibió por frecuencia de tierra la confirmación para proceder a la apertura de puertas de la aeronave.

Con la sensación de que aquel día los agentes de rampa encargados de la operativa de descarga de la bodega estaban tardando más de la cuenta, Heather se concentró en el papeleo.

—Estoy agotado —se quejó Patrick masajeándose las cervicales. El día había sido largo.

—Ya somos dos —suspiró Heather contando los minutos—. ¿Dónde se ha metido Aubrey?

—Aquí estoy —dijo saliendo del cuarto de baño. Con una mirada de desprecio dirigida a Patrick, preguntó justo cuando el personal de limpieza accedió a la cabina—: ¿Ya te vas?

—Sí —apuntó el sobrecargo—. Melissa me espera para cenar.

—Vaya...

—Patrick, espérame. Yo también me voy.

—¿Así? —Aubrey no se daba por vencida—. Heatty, ¿no se te olvida algo?

Heather sonrió y, mirándola, explicó:

—Tengo prisa.

—Ya.

Por su manera de mirarla, Aubrey no parecía contenta.

—Me lo prometiste, Heatty.

—¡Heather, por favor! —Se colocó la chaqueta del uniforme y se ajustó el pañuelo del cuello. Después, se puso los guantes de cuero negro y cogió a peso su pequeña maleta de ruedas—. Tienes razón...

—¡Claro que tengo razón! No te reconozco; no sé qué te dará ese tío pero...

Bajando la voz para que nadie los oyera, Heather respondió con una pícaro sonrisa en los labios:

—Placer...

Asombrada por la confesión, Aubrey soltó una carcajada y, sin querer abandonar el tema todavía, añadió:

—El sexo es... el sexo es una de las pocas facetas en las que el ser humano puede ser valiente, inteligente, arriesgado, audaz, generoso, comprensivo, amable, único y conecedor de lo que significa la vida, en el más amplio sentido del término. Así que... —suspiró acalorada—, disfruta cuanto puedas, Heatty.

Heather se encendió de pies a cabeza. Su rostro mantuvo el rubor durante más de cinco minutos.

—¿Estás bien? —le preguntó Patrick cuando llegaron a la parada de taxis.

El color rosado de las mejillas de Heather fue aumentando lentamente a medida que contemplaba la idea de volver a ser interrogada.

—Un poco cansada. No te preocupes —sugirió, tratando de quitar hierro al asunto—. Siento que Aubrey y tú...

Patrick le interrumpió.

—Déjalo, Heather. Eso es agua pasada.

—Lo siento, Patrick.

—Hay más rosas en el jardín, incluso algunas sin espinas que hagan daño. Con Melissa soy muy feliz.

Heather abrió la puerta trasera del taxi.

—¿Vienes? Podemos compartir gastos.

—No, gracias. Esta noche tengo cena en casa de los padres de Mel.

—Pásalo bien, Patrick.

—Es difícil después de un día tan intenso como el de hoy, pero haré lo que pueda. No te entretengo más. Espero que nos volvamos a ver pronto.

—Adiós, Patrick —se despidió Heather con una sonrisa amigable—. Saluda a Melissa de mi parte.

Ondas de energía le recorrieron sinuosamente el cuerpo, enredándose en el vértice que formaba el ángulo entre sus piernas, cuando la pantalla del teléfono móvil se iluminó mostrándole el nombre de Rhian.

Las manos le comenzaron a temblar.

*¡Contesta!* —le exigió el demonio rojo de cola larga y orejas puntiagudas dando saltos sobre su hombro izquierdo—. *¡Maldita sea!* *¡Contesta!*

—No puedo hablar —susurró al auricular.

Rhian suspiró aliviado al oír su voz. Respiró hondo antes de decir:

—Siento que no has comprendido bien las cláusulas de nuestro contrato, pequeña.

Heather Rothscill cerró los ojos.

*¡Maldita sea!*

*¿Otra vez el dichoso contrato?*

—Heather, el placer sexual viene de la sincronizada cooperación de las personas.

—Rhian...

—La piel es un lienzo lleno de posibilidades eróticas, pequeña. Es la primera zona de contacto físico con la pareja. Llevo horas deseando acariciarte, besarte...

—Querer a una persona no significa estar todo el día encima de ella, Rhian. Existen otras posturas...

Heather recorrió impaciente la silueta de su rodilla con una uña.

—¿Cuáles? —inquirió él con sensualidad.

Rhian Hoover se recostó en el sillón y colocó los pies sobre la mesa. Su pene, duro como una roca, ansiaba perforar la humedad femenina y desflorar el botón rosado que escondía entre sus pliegues.

—Rhian... por favor —suplicó ella, sintiendo las palpitaciones de su corazón concentradas en torno a su pelvis—. Ahora no puedo hablar...

El silencio se hizo entre ambos.

—Princesa, quiero que te enciendas para mí... ¿Sabes a lo que me refiero?

—Sí.

Su respuesta sonó casi como un gemido. Rhian sabía excitarla. Y ella quería excitarse... para él... sólo para él...

—¿Sientes cómo tu sexo comienza a temblar, pequeña?

Rhian parecía disfrutar del juego.

—Sí...

Heather cerró los ojos, concentrándose en la exquisita sensación que se estaba concentrando entre sus piernas.

—Te prometí que íbamos a tener nuevas experiencias... ¿Te apetece jugar? Creo que sí, pequeña. Al menos, eso es lo que me dijiste la última vez...

—Rhian... voy a colgar —insinuó.

Pero no lo hizo. Continuó con el auricular pegado a la oreja mientras el taxi adelantaba a otro vehículo y se dirigía hacia la ciudad.

—Algunas veces el amor te lleva a cometer locuras. —Rhian Hoover bajó el tono de voz y compuso una expresión sugerente ante el espejo—. ¿Adivinas cómo acabaría el cuento de hoy si lo hicieras?

Heather no contestó de inmediato. Finalmente, musitó:

—Dímelo tú.

—No quieras saberlo, pequeña... Menos aún en este momento cuando ansío tus gemidos más que el aire que respiro.

—Eso se lo dirás a todas.

El taxista desvió la mirada y sonrió a través del espejo retrovisor. Después, se concentró otra vez en la carretera.

—Eso sólo te lo digo a ti, pequeña. —Rhian se revolvió en el asiento y reajustó la posición de su miembro que se mantenía rígido como un bate de béisbol entre sus piernas—. Te propongo un reto, Heather. ¿Te apetece?

Lo que realmente deseaba era tenerlo entre sus brazos con su exigencia característica, con su rigurosa demanda de atención, con su inexorable tensión acoplada entre sus pliegues...

—Sí.

—Enciéndete... Esta noche jugaré contigo hasta que me supliques parar... ¿Te parece bien?

—¿Qué saco yo de todo esto?

—A mí...

El corazón de ella comenzó a latir sin control.

—Entonces... —tartamudeó Heather.

—¿Qué? —insistió él.

—Lo estoy deseando.

Rhian reclinó la cabeza hacia atrás y apretó la mandíbula al percibir tres o cuatro contracciones rítmicas muy potentes en los músculos de la base del pene junto al bajo vientre.

—Seguro que no tanto como yo... —susurró antes de colgar, percibiendo cómo su miembro cimbreaba descontrolado humedeciendo sus *Calvin Klein*.

A pesar de que la tarde estaba gris y las nubes luchaban con el viento, tratando de descargar agua, Rhian salió de casa y se puso a correr antes de que las endorfinas lo incitaran a quedarse dormido sobre el sillón. Necesitaba desconectar de su terrible realidad o se volvería loco.

La camiseta de los *Lakers*<sup>[16]</sup> se le pegó al pecho cuando apretó el paso. Un sudor frío, gélido, helador, comenzó a descender por su espalda.

Deseaba a Heather.

¡Sí! *La deseaba...*

Ansiaba desfogarse con ella, acariciarla, besarla, tocarla... rozar su piel allí donde ningún otro hombre lo había hecho obligándola a gritar de puro placer... ¡Oh, sí! Como un lobo hambriento, sus labios codiciaban saborear el dulce néctar de su femineidad, la tibia frescura de su acaloramiento, la cremosa excitación de sus besos...

Apretó el paso un poco más cuando la excitación se volvió a apoderar de su cuerpo, consciente de que para lubricar el cerebro sólo hacían falta unos complementos intangibles que todo ser humano tiene: imaginación, fantasía, deseo...

La noche estaba cerrada y oscura cuando dejó atrás la vorágine de la gran ciudad y las llantas de dieciocho pulgadas de un *SsangYong Rexton W*<sup>[17]</sup> color negro con los cristales tintados le bloquearon el paso.

—Suba —le exigió una voz femenina desde el interior del coche.

*Aquella voz...*

A través de la ventanilla entreabierta, Rhian volvió a escuchar la misma orden, aunque esta vez sonó mucho más exigente que la anterior.

—¡Suba!

Unos ojos brillantes le taladraron desde el interior del vehículo.

—¿Senadora Felton?

Tras cruzar una significativa mirada con uno de sus guardaespaldas, Kirsten Felton movió la cabeza afirmativamente.

—Suba —le exigió por tercera vez, paladeando cada una de las letras.

Rhian dudó.

—No es una sugerencia, señor Hoover —apuntó el hombre que estaba a su derecha, abriendo la puerta trasera del *SsangYong Rexton W*.

—En otro momento —suspiró Rhian—. Ahora tengo prisa.

Rhian dio un paso hacia atrás y tropezó con el guardaespaldas de la senadora Felton.

—Suba —exigió con ansiedad Kirsten Felton manteniendo su rostro oculto en la penumbra.

Rhian tragó saliva con nerviosismo y miró en derredor.

—Me excita su valentía, muchacho. —Kirsten Felton sonrió maliciosamente—. Mmm... ¡Suba!

—Señor Hoover, todo será mucho más fácil si no se hace de rogar —convino el guardaespaldas de la senadora observándolo con intensidad a través de sus gafas oscuras.

Rhian no supo bien qué decir. Invaso por malos presentimientos, accedió al vehículo. El guardaespaldas cerró la puerta.

—No sabía que fuera de los *Lakers* —admitió la senadora Felton rozándole el mentón con el perfil de una uña—. En realidad no sé muchas cosas de usted. Salvo...

Rhian advirtió que su corazón latía aceleradamente cuando el vehículo comenzó a rodar siguiendo las huellas que otros coches habían dejado en el asfalto.

—La información puede ser un arma de doble filo —concedió él fijándose en la pantalla opaca que los separaba de los asientos delanteros.

Kirsten Felton se puso a su lado y le acarició el pecho con sus uñas rojas como la sangre, dejando claro con sus ojos lascivos lo que quería hacer con él.

—Está sudando.

—Eso es lo que tiene el deporte.

Miró por la ventana y percibió la luz azul de la sirena de una ambulancia.

—Acomódese, Rhian. Puedo llamarle Rhian, ¿verdad? —inquirió, extrayendo una botella de agua de un pequeño compartimento—. ¡Sí! Creo que la última vez usted me concedió esa licencia. Póngase cómodo y relájese.

Él la observó con ojos serios y duros mientras el vehículo iba adquiriendo cada vez mayor velocidad. Al cabo de unos segundos, ella dijo:

—Gracias.

—¿Por qué?

Aquella situación lo asfixiaba. Miró la noche a través de la ventana.

—Por nada en especial. Simplemente por el placer de darle las gracias —sonrió ella. Luego añadió—: Agradezco que haya accedido a acompañarme.

—No, no lo hace —contestó él entre dientes—. Odio que me mientan. ¿Qué quiere?

—Quítese la ropa y tumbese —dijo dando instrucciones con una incomprensible lógica.

Rhian dudó un instante. Tras valorar las palabras con las que componer una pregunta coherente, inquirió:

—¿Y qué le dice que voy a hacerlo?

Kirsten Felton hizo un gesto con la mano antes de observar su reloj.

—Seré breve, señor Hoover. Creo que veinte de los grandes serán suficientes para hacerle cambiar de opinión.

La senadora Felton no hizo ningún amago de acercamiento. Abrió el bolso y le entregó un sobre. Luego, encendió un cigarro y aspiró hondo. El habitáculo pronto se inundó de humo.

—Soy yo el que pone las reglas del juego —espetó, indignado—. No lo olvide. La respuesta es no.

*¿Por qué se sentía tan tenso?*

Pensó en Heather, en lo mucho que la echaba de menos.

—¿No? —inquirió la senadora Felton, alzando las dos cejas.

—Tengo prisa —concretó él, consultando la hora en el móvil.

—Créame cuando le digo que esta noche entre mis planes no se contempla esa opción, Rhian.

Desnúdese —le exigió. Luego, acarició la suave piel tatuada de sus hombros desnudos y, al percibir un extraño hormigueo en las yemas, añadió—: Por favor.

Rhian negó con la cabeza.

—No lo haré.

—No esté usted tan seguro —contestó ella observándolo con una extraña mirada.

—¿Acaso eso es una amenaza?

—En absoluto. —Por la forma en la que lo dijo, Rhian pensó que lo estaba probando—. Sin embargo...

—Pare el coche.

—Admita que se ha convertido en una mala costumbre para mí, Rhian. —La senadora Felton se encogió de hombros y lo miró con ojos golosos—. No se esfuerce en imponer condiciones que sabe que no va a poder cumplir. No con una mujer como yo, que nunca permitiría que un hombre como usted se le escape sin haber disfrutado un poco...

Las manos de ella se colaron por el ancho cuello de la camiseta y le acariciaron suavemente los pectorales, que respondieron al estímulo endureciendo lentamente los pezones.

—Ya veo. ¿Qué saco yo de todo esto? —inquirió cuando ella se acercó peligrosamente a su entrepierna.

Rhian sintió que le explotaban las sienas.

—Veinte de los grandes —musitó la senadora Felton concentrándose en el lánguido miembro que comenzaba a crecer entre los torneados y bronceados muslos de él—. ¿Acaso no es suficiente?

Rhian estudió sus movimientos, esperando encontrar en ella algo que le hiciera desearla, algo que le ayudara a querer perderse en su cuerpo... pero no encontró nada que le invitara a adentrarse entre aquellas piernas largas de torneados y bronceados muslos. Sus labios no eran deseables. Sus senos no eran apetecibles...

El móvil comenzó a vibrar en el interior del brazalete deportivo que tenía sobre el bíceps izquierdo.

—No conteste —exigió Kirsten Felton.

—Puede ser importante.

—¿Qué puede haber más importante que este momento?

Rhian carraspeó y se revolvió en el asiento, tratando de apartar los ávidos labios de la senadora de su miembro.

—Senadora, por favor —le exigió sujetándola firmemente de los hombros.

Ella le miró fríamente a los ojos y con voz seria, afirmó:

—El placer sexual es una de las experiencias más gratificantes de la vida. Recuerde que en este momento soy yo la que marca los tiempos y pone las condiciones, señor Hoover.

Rhian apretó los dientes y cerró los ojos cuando la senadora Felton succionó su miembro y la carnosidad de su glándula le rozó la glotis. El teléfono móvil no paraba de vibrar, hormigueándole en el brazo.

—Esto no está bien... —intentó razonar al borde del orgasmo, mirándola con los labios rígidos y las mandíbulas apretadas. Percibiendo sus caricias en la parte interna de los muslos, carraspeó tratando de aclararse la voz—: Senadora, como en política, las prisas y la impaciencia no son las mejores aliadas para disfrutar de una bonita y placentera relación sexual. Todo conlleva su tiempo.

—Cuando se tiene un objetivo siempre hay que sacrificar algo por el camino, querido.

Arqueó la espalda y le acercó un seno a la boca. Rhian forzó una sonrisa.

—Esta contención no es típica de usted, Rhian. ¿Cuántos hombres desearían estar en su lugar al menos una vez en la vida?

Los ojos azules de Rhian la miraron adoptando una expresión crítica.

—Estoy cansado.

Cerró los ojos unos segundos y se concentró en la velocidad del coche.

—Mis veinte mil dólares no le permiten estar cansado.

—Se equivoca... ¡Ahh! —gimió cuando ella aumentó la intensidad de sus caricias.

—Señor Hoover, las personas que se tatúan tienen fama de ser reflexivas —dijo desviando la conversación—. ¿Le preocupa cómo se verán sus tatuajes en el futuro?

Rhian cerró los ojos deseando que la carretera dejara de moverse bajo sus pies.

—No.

—¿Y qué me dice de esto? —Jugueteó con la decoración de su pezón izquierdo—. Tengo entendido que el *piercing* del pezón comenzó como una costumbre de los soldados Centuriones romanos para sostener sus vestiduras.

—Así es —gimió cuando apretó el índice y el pulgar en torno a su glande rosado y creciente—. Mmm...

—Se dice que este tipo de perforación es extremadamente dolorosa.

—Eso es uno de los grandes mitos que existen —jadeó—. La realidad es que cada persona tiene su umbral de dolor y tolerancia.

Cerró los ojos y se abandonó momentáneamente al placer que aquellos dedos femeninos le proporcionaban.

—Ahh —suspiró otra vez.

Ella sonrió y musitó con voz sensual:

—Relájese. Está muy tenso...

Rhian abrió las piernas y se recostó en el asiento hasta que sus rodillas tropezaron con la mampara.

Durante casi una hora, aquella mujer jugueteó con su cuerpo, devastando las pocas energías que le quedaban.

—Senadora... —suplicó sintiéndose al borde del colapso—. Pa... par... paré... ¡Argg...!

Aquella relación fría e impersonal lo estaba matando. La situación le resultaba irreal y su cerebro se negaba a funcionar. Nunca antes se había sentido tan sucio como en aquel momento. ¡Nunca!

Jadeó.

El corazón golpeaba acaloradamente sus costillas. La tensión de la espalda hizo que los músculos se le agarrotaran, colapsando sus venas.

—¡Argg...!

—Shhhh...

—Pa... par... paré... —musitó abotargado, antes de explotar. Al inspirar, el aire le quemó los pulmones—. ¡Ahh...!

Apática, tras unos minutos de reflexión, Kirsten Felton rompió el silencio:

—No he podido resistir la tentación de...

—¿Disfrutar? —apuntó él alzando una ceja mientras se colocaba los pantalones.

Ella intentó hablar con sensatez.

—Considérela como una venganza personal, Rhian.

—Vaya. Creía que sus veinte mil le daban derecho a eso. Creía que lo había dejado usted muy claro.

—No me malinterprete... Lo que está destinado a suceder siempre encuentra una forma única, mágica y maravillosa para manifestarse... ¿No cree?

—Pare el coche, por favor.



Miró a través de la ventana con un extraño regusto en la garganta, ese que deja el odio a uno mismo.

—¿Cuándo podré verle otra vez?

Rhian no contestó.

—Su silencio me hace sentir culpable —afirmó ella. Luego encendió un cigarrillo y, sujetándole el mentón, le obligó a enfrentarse a su mirada—. Permítame que le mire a los ojos, Rhian. A veces lo único que llegamos a conocer por completo en las personas es su rostro. Siento que está dolido. ¿Decepcionado tal vez?

—No lo sé —dijo frunciendo el ceño—. Usted tiene sus propios métodos para localizarme.

—¡Vaya! Eso ha sido un dardo envenenado. Prefiero un instante de rechazo a una eternidad de incertidumbre...

—Supongo que lo peor es no saber qué decisión tomar —aseguró encogiéndose de hombros.

—Me decepciona, joven —admitió ella golpeando con los nudillos en la mampara de cristal. El vehículo redujo su marcha y se detuvo en el arcén.

—Algunas veces las decepciones son como una quemadura —concluyó él, agradecido cuando por fin pudo pisar tierra firme—. Duelen mucho al principio, pero al final, terminan cicatrizando como cualquier herida.

Luego, durante más de tres cuartos de hora, corrió agitado, pateando pesadamente el asfalto.

—¡Rhian! Firmamos mañana a las diez —La voz de Derek McFarland devolvió a Rhian Hoover a la realidad—. ¿Algún inconveniente?

—Te llamo en diez minutos —contestó, buscando su propio reflejo en el espejo. La barba perfectamente recortada comenzaba a dibujar unas ligeras sombras allí donde no había vello, proporcionándole un aspecto descuidado—. ¡Adiós!

Rhian se hundió en una butaca de cuero y se acomodó pasando una pierna sobre el brazo. Sentía las manos pesadas y temblorosas, como si la sangre no pudiera circular hasta ellas.

—¿Estás bien? —preguntó Jack con cara de preocupación al cabo de un cuarto de hora. Rhian negó con la cabeza, rodeándose con los brazos en un gesto protector. Sus bíceps estiraron los tatuajes de sus brazos—. ¿Por qué?

Pisando con la puntera contraria cada uno de los talones, se quitó las zapatillas de deporte.

—¿Por qué no?

Su mirada estaba cargada de dolor, indignación y arrepentimiento.

—Necesitas tener la cabeza despejada, Rhian. Mañana... mmm... no, hoy, dentro de un par de horas, te esperan dos reuniones importantes.

—Con Derek.

—Así es —asintió Jack—. Acaba de telefonarme.

—Y a mí —musitó—. He quedado en llamarle dentro de diez minutos.

—Han pasado más de veinte desde que se lo has dicho. ¿Qué te pasa?

Rhian estudió el reloj que había sobre la chimenea. Las diez y veintisiete de la noche.

—Estoy cansado —suspiró—. Física y psicológicamente. Parece que mil muros infranqueables se alzan a mis pies a cada paso que doy. Hoy sólo soy capaz de verme rodeado de ilusiones fatigadas y de emociones frustradas. ¡Nada más!

—Trabajas demasiado, Rhian. Ese tipo de cansancio no se pasa durmiendo. Alguna vez en la vida necesitarías sentir ese infinito cansancio que produce el no hacer nada. ¡Piénsalo!

—Pensar en estos momentos es precisamente lo que no puedo hacer, Jack. ¿No te das cuenta?

Señalando el sobre con billetes que había sobre la cama, Jack preguntó:

—¿Qué es esto?

—¿Tú qué crees? —contestó con sarcasmo, alzando una ceja de forma imperceptible.

—¿Una clienta?

Rhian asintió.

—¿Quién?

—La senadora Felton —bufó—. Un *SsangYong Rexton W* negro me ha interceptado cuando he salido a correr y dos tipos me han obligado a entrar en el coche. Lo que ha pasado dentro, te lo puedes imaginar.

Jack puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—No deberías permitir que tenga la satisfacción de saber que estás disponible para ella las veinticuatro horas del día.

—Tengo un gravísimo problema, Jack. Esa mujer es una maldita viciosa que no acepta un no por respuesta.

—Ella te desea y tú deseas su dinero.

—La mayoría de las veces las apariencias engañan y nos crean grandes problemas —admitió. Un escalofrío le recorrió la espalda—. La senadora Felton es uno de ellos.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, Jack, no lo sé —dijo quitándose la camiseta sudada de los *Lakers*—. Ahora mismo soy incapaz de pensar con claridad. Voy a darme una ducha.

Jack se sentó en un sillón y puso los pies sobre la cama.

—¡Maldita sea, Jack! ¡Pon los pies en el suelo!

Los ojos de Rhian taladraron los suyos.

—¿Dónde vas?

—Tengo una cita.

Se envolvió en una toalla y abrió el cajón de la ropa interior.

—Cancéla —exigió pulsando el ON del hilo musical. Comenzó a sonar la voz melodiosa de *Adele* interpretando su balada *Something Like You*, una de sus favoritas—. Tienes que telefonar a McFarland y...

—¿Quién te crees tú que eres para darme órdenes? —inquirió con desconcierto, propinándole un puñetazo en el hombro.

—Precisamente, la persona que te va a informar de... ¡Déjalo, Rhian! Escúchame bien...

—¡Dispara de una vez, Jack! Hoy no tengo ganas de tonterías.

—El señor DuCarter ha insistido en firmar esta noche.

—¿Esta noche?

Rhian pestañeó, cogió el teléfono móvil y comenzó a teclear con nerviosismo. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¡Sí! —exclamó Jack curvando la comisura de la boca mientras subía el volumen de la canción—. Perderemos cualquier opción de compra si no firmamos esta noche. ¿Lo entiendes?

Sorprendido, Rhian miró a Jack y adoptando un tono más suave, respondió:

—Sí.

—Necesito que hagas una cosa, Rhian.

—¡Qué pesadito estás esta noche! —suspiró, lanzando los *Calvin Klein* al cesto de la ropa sucia. Luego, abrió la mampara de cristal y accionó el grifo del agua caliente—. Dispara...

Acercándose a él, Jack le palmeó en el hombro.

—¿Has venido a enjabonarme la espalda? —preguntó Rhian, enfadado—. ¿Qué pasa? ¿Ya no puedo tener un poco de intimidad?

Jack sonrió y, golpeándole por segunda vez en el hombro, le sugirió:

—Relájate, porque nuestros problemas acaban de empezar.

Rhian Hoover se sentó en el banco de la ducha y apoyó la espalda sobre la fría superficie de mármol de la pared. El agua recorrió cada centímetro de piel, mientras un vapor humeante caldeaba la estancia y empañaba el espejo.

Media hora después, descendió con naturalidad la escalera. Con un brillo severo en los ojos, observó la imagen que le ofrecía el espejo.

El traje gris le quedaba como un guante y se ajustaba perfectamente como una segunda piel, marcando sutilmente los músculos sobre la delicada tela. La corbata, de un tono anaranjado, contrastaba con la intensidad de sus ojos azules. La barba, recién recortada, le daba un aire de seriedad.

—¡Wow! ¿Rhian? ¿Eres tú?

Cerró los ojos.

¿Qué más podía sucederle aquel día?

—¿Qué haces aquí? —inquirió, girando sobre sus talones. Su voz grave retumbó en el mármol de las paredes.

Hipnotizado por aquella voz rota, caminó con celeridad hasta el salón. Durante unos segundos, se enfrentó a unos ojos cansados y apagados. Luego, con tono ronco, exigió sujetando a Madeleine del brazo con firmeza:

—Márchate de mi casa... ma... mamá.

Sin darse por vencida, ella insistió:

—Hijo... si quieres tú y yo...

—Yo no quiero nada contigo —espetó entre dientes—. Salvo que salgas de esta casa.

Rhian observó la imperturbable reacción de su madre. En un tono de voz bajo e íntimo, añadió:

—Lárgate, por favor.

—¡Rhian!

—¡No vuelvas a poner los pies en esta casa! —bramó, arrastrándola hacia la puerta—. ¡Nunca!

Sus ojos azules se oscurecieron, adquiriendo una tonalidad cercana al negro.

—Rhian... yo...

—¡¿Cuánto?!

—¡Basta! —vociferó Jack desde el piso superior. Vestía de traje, al igual que Rhian—. ¿Se puede saber qué ocurre?

—¿Por qué está ella aquí? —rugió, con la mandíbula en tensión.

—Jack... —susurró Madeleine con los ojos anegados de lágrimas, buscando el apoyo que tanto necesitaba en los brazos de su hijo menor.

—¿Y por qué no?

—¡Maldita sea, Jack! —Apretó los puños y envaró la espalda—. Sabes que...

—Mamá necesita ayuda, Rhian. ¡Nuestra ayuda!

—¿Cuánto necesitas esta vez? —preguntó entre dientes—. ¡¿Cuánto?!

—Cincuenta —afirmó Jack.

—¡Ja! ¡Estás loco! —gritó—. ¡Estáis los dos locos!

Sujetándolo del brazo, lo arrastró hasta el comedor. Allí, sin la presencia de su madre, consiguió tranquilizarse mínimamente antes de exponer:

—Hace unas horas me he vendido por un puñado de dólares mientras mi mente se debatía entre la angustia y la necesidad... ¡Ha sido denigrante! ¿Sabes lo que tengo que soportar para ganar cincuenta mil, Jack? ¡¿Lo sabes?! —gritó, sintiendo cómo cada frase agriaba su carácter un poco más—. La vida tiene límites, Jack. ¡La dignidad es uno de ellos!

—Lo sé —dijo condescendiente. Aquello era terriblemente embarazoso para ambos—. Obedecer normas injustas es contrario a tu dignidad. ¡Lo sé! Deberías haber pensado en ello antes de...

Rhian se acercó a Jack y le agarró de la solapa. Arrepentido por su reacción, le dio la espalda.

—Sexo, fantasía... —vaciló, volviéndose de nuevo hacia su madre cuando le vino a la cabeza que ella estaba cerca—. Eso es a lo que nos dedicamos, Rhian. ¿Lo has olvidado?

—No, evidentemente.

—Tenía entendido que tú eras el que más claro lo tenía de los dos. —Alucinado al ver que su hermano titubeaba y se quedaba sin palabras, Jack añadió—: Mamá necesita ayuda.

—¡Bien! —aplaudió Rhian entrando en la cocina—. ¿Dónde demonios están las llaves del BMW?

—¿Te refieres a las del *MINI Roadster*<sup>[18]</sup>?

—¡El mismo!

—Tienen que estar ahí.

—¿Dónde? —bramó, revolviendo el cajón de las llaves.

—Déjame que mire —sugirió Jack. Con un tono tranquilizador, se atrevió a preguntar—: ¿Qué vamos a hacer con mamá?

—¡Ese no es mi problema! —exclamó con la mandíbula en tensión.

Rhian desvió la mirada unos segundos y observó a su madre. Estaba ebria. Los años se habían apoderado de ella, apergaminándole la piel de la cara. En su cabello, habían aparecido pequeños mechones blancos en la zona de las sienes. Sus ojos, carentes de brillo, se arrugaban en la comisura de

los párpados.

—Juraría haberlas dejado aquí la última vez —expuso Jack, extrayendo algunos llaveros.

Rhian suspiró. El corazón le iba a mil.

—¡Aquí están! —Jack levantó el juego de llaves plateadas y sonrió triunfal—. El que busca, encuentra un tesoro.

—¡Jack! —Madeleine trató de llamar la atención de su hijo menor.

—¿Qué ocurre mamá? —Se acercó a ella y le abrazó como a un bebé. Rhian tragó saliva con dificultad al observar la escena—. Te acompañaré a la habitación.

—¡Jack! —vociferó Rhian.

—Lo siento —murmuró el menor de los Hoover con los ojos tristes—. No puedo dejar a mamá en esta situación.

—¡Maldita sea, Jack, dime que has pensado bien lo que estás haciendo! El señor DuCarter nos espera. Tú mismo acabas de decir lo importante que es...

—La vida no sólo es trabajo, hermano.

Rodeó a su madre por la cintura y le ayudó a caminar.

—¡Jack! —espetó, apuntándole con el dedo antes de salir—. ¡No me hagas esto!

—Necesitas normalidad en tu vida, mamá —sugirió Jack. La sangre palpitaba acelerada en sus venas—. No puedes ahogar más tus problemas con...

—Normalidad es estar a tu lado, Jack —hipó Madeleine. Lo miró sonriente y cerró los ojos unos segundos antes de añadir—: Y... y con Rhian.

Jack miró hacia atrás y puso los ojos en blanco.

—A su manera, Rhian también te quiere, mamá.

—No lo creo.

—No tengas en cuenta su actitud —susurró él, acariciándole con las yemas de los dedos, con la suavidad de una pluma—. Hoy ha tenido un día muy complicado.

—¿Estás seguro? —lloriqueó.

—Completamente, mamá. Te acompañaré a la cama. Te aseguro que mañana verás todo de otro color.

Rhian presionó el botón de encendido automático del *BMW MINI Roadster*. Dos segundos después, detuvo el motor, cerró los ojos, se masajeó las sienes, apoyó la frente sobre el volante, y acto seguido, comenzó a golpearlo con los puños.

Después, subió las escaleras y recorrió el pasillo. Había luz bajo la puerta de uno de los dormitorios de invitados. Pasó por delante sin hacer ruido, incapaz de tener otro enfrentamiento con su hermano.

Luego, deshizo el camino, tomó un par de tarrinas de helado y se dirigió a la habitación donde estaba su madre. La observó. Después de unos minutos, se apoyó en la cómoda y se atrevió a preguntar:

—¿Un poco de helado?

—Gracias —sonrió Jack dibujando una mueca en los labios.

—¿Cómo puede haber llegado a caer tan bajo? —susurró con el corazón encogido.

—No lo sé —admitió, compungido—. Creo que hace años que no es feliz.

Jack apoyó la tarrina de chocolate en la mesilla y se aflojó el nudo de la corbata.

—Parece mentira, pero muchas veces nos olvidamos de que estamos vivos.

Rhian los observó desde la distancia.

—Mamá se olvidó de lo maravillosa que es la vida hace mucho tiempo, Rhian.

—Sí.

Cerró los ojos y suspiró profundamente. Su corazón se saltó unos pulsos.

—Pertenece a una sociedad en la que todos somos meros *zombis trabajadores*.

—A veces, nos olvidamos de vivir.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, por ejemplo, desde que hiciste el amor con una mujer sin recibir nada a cambio, salvo placer? No sé... —Jack se rascó la oreja, a la altura de la patilla. Luego, preguntó—: ¿Cuánto tiempo hace que no te enamoras? Yo no recuerdo la última vez que...

Rhian apretó el hombro de Jack antes de decir:

—La sociedad actual nos obliga a centrar todos nuestros esfuerzos en el trabajo.

—No, Rhian —suspiró concentrándose en el sueño intranquilo de Madeleine—. Lo que sucede es que la rutina hace que nos olvidemos de vivir la vida.

—¿Eres feliz, Jack?

—Creía serlo. Ahora me doy cuenta de que la felicidad es otra cosa. Puede que eso sea lo que le ha ocurrido a mamá.

Rhian Hoover cambió el peso del cuerpo al pie derecho y se cruzó de brazos.

—Hay que hablar las cosas por su nombre, Jack. Hace mucho tiempo que Madeleine creyó que el alcohol solucionaría todos sus problemas y... y no ha sido así.

—¿Desde cuándo no le llamas mamá?

—No lo sé. Hace mucho tiempo, quizás.

Jack frunció el ceño.

—Siento que no hemos sabido ayudarle.

—Siempre hemos respetado sus decisiones —contestó Rhian a la defensiva—. Llevo años diciéndote que el dinero no era la solución, Jack. Mamá siempre ha necesitado ayuda... Pero de otro tipo.

—Vete ya —sugirió Jack. Apretó los dientes y cerró los ojos—. McFarland debe estar desesperado.

Rhian estudió la esfera de su reloj.

—¿Estás seguro? —preguntó con inquietud.

—Según mis informaciones DuCarter es un hombre audaz que no suele jugar limpio.

—Rhian... —murmuró Madeleine en sueños.

—¡Maldita sea, Rhian! —Sus pupilas, oscuras y dilatadas, mostraban excitación—. ¡El tren de las oportunidades no tiene marcha atrás! ¡Lárgate si no quieres que...!

Rhian encendió el motor y pisó a fondo el acelerador del *BMW MINI Roadster* cinco minutos después. Luego, inspeccionó metódicamente cada frecuencia musical buscando la balada apropiada para relajarse. *Ashley Tisdale* con su mágico y sensual *We'll Be Together*<sup>[19]</sup> le recordó a Heather.

*Well be together, come whatever*

*Not just staring at the stars*

*Just remember that no one else can tell us who we are*

*Well be together, so don't ever stop listening to your heart*

*Cuz I cant turn mine up*

*Oooh oooh*

*Oooh*

*¡Dioss!*

*¡Cuánto la echaba de menos!*

Pensar en ella hacía que su cuerpo vibrase excitado ansiando tener entre sus labios aquellos pezones tostados y duros que tan febrilmente arañaban la piel tatuada de sus pectorales.

*Aquella mujer le volvía loco... loco por su más que desespera excitación.*

Pisó el acelerador y recorrió en un cuarto de hora una distancia que, de lo normal, le hubiera costado más de veinticinco minutos.

Mientras esperaba el ascensor, tamborileó sobre el acero inoxidable de la puerta y esperó impaciente la llegada de la cabina. En cuestión de un minuto revisó el reloj en diez ocasiones.

Derek McFarland vestía impecable, como de costumbre, con un traje sastre marrón de rayas

diplomáticas, una camisa beige y una corbata celeste anudada en el cuello con un perfectísimo nudo *Eldredge*.

Rhian se concentró en la forma tan estilosa en la que la seda salvaje del nudo hacía un efecto de trenzado en cascada similar a una cola de pescado.

—¿Todo bien, Rhian? —inquirió Derek McFarland a modo de saludo. Paseó en torno al escritorio y le estrechó la mano—. ¿Y Jack?

—Las cosas nunca acontecen como uno se espera.

—¡Vaya! Entonces... ¿no va a venir?

—No.

—Está bien. Siéntate —le indicó, señalando el sillón de cuero negro que había frente a la ventana.

—Bonito despacho.

—Sí —dijo sin valorar el comentario. Abrió un estuche de madera con incrustaciones en plata que había sobre una pequeña mesa de cristal y, mostrándole el contenido, preguntó—: ¿Te apetece?

—Gracias. No fumo.

—Haces bien —sonrió colocándose un cigarro entre los labios—. El tabaco es un vicio que te va matando poco a poco. ¿Te importa?

—Derek, estás en tu casa.

—Gracias. —Aspiró el humo del tabaco. Luego, justificando su extraña forma de actuar, le informó—: La nicotina es un estimulante que funciona distribuyendo dopamina, una sustancia química cerebral que produce sensación de placer.

Rhian se mantuvo en silencio, jugueteando con los botones de su chaqueta. Al cabo de unos minutos, miró distraídamente el reloj y viendo que ya eran las doce y cinco, comentó:

—Parece que el señor DuCarter se retrasa.

Poco después, se levantó del asiento, metió las manos en los bolsillos, tensionó la espalda y se puso a mirar por la ventana.

—Paciencia, Hoover, paciencia. —Los ojos de Rhian cambiaron de tonalidad y se volvieron oscuros cuando Derek le palmeó el hombro—. La puntualidad no es su fuerte. ¿Estás bien?

—Sólo estoy un poco cansado —admitió, forzando una sonrisa—. Nada más.

—¿Te puedo ofrecer algo para beber? ¿*Vodka*? ¿*Whisky* tal vez? —Derek McFarland abrió un par de puertas ocultas en la pared—. Creo que tú tienes que ser más de *whisky*. ¿Me equivoco?

Rhian no dijo nada.

—La *Biblia Mundial del Whisky 2015* coronó al *Sherry Cask 2013*, el *whisky* de una sola malta de la destilería japonesa *Yamazaki*, con noventa y siete puntos y medio sobre cien.

Cogió un par de vasos anchos, colocó dos terrones de hielo en cada uno y sirvió la bebida.

—¡Toma! No creo que hayas probado un *whisky* mejor que este. No te lo vas a creer pero... cuando salió a la venta en enero, este *whisky* se agotó en apenas unas horas.

—Gracias, Derek. Ya sabes que no suelo beber.

El abogado jugueteó con los hielos dentro del vaso.

—Con los años he aprendido que un negocio no se puede cerrar bien si no hay alcohol de por medio. ¿Qué hora es?

Rhian observó por enésima vez las manecillas de su reloj.

—Las doce y cuarto —suspiró—. No veo la hora de terminar.

—DuCarter es un hueso duro de roer.

Rhian esbozó una sonrisa artificial. Se mordió el labio inferior antes de dar un pequeño sorbo al vaso, por cortesía.

—¡Argg! —carraspeó cuando el alcohol le quemó la garganta—. Lo complicado no ha empezado todavía.

—Entiendo que tendréis que hacer obras.

Derek dio un sorbo a su whisky y después, encendió un nuevo cigarro.

—Sólo un tonto no invertiría en reformar el hotel —admitió Rhian—. ¿Has visto cómo están las habitaciones?

—¡Sí, esta mañana! Reconozco que ese hotel es un desastre. Las paredes tienen humedad, la madera está desportillada...

—Lo sé —suspiró Rhian con impaciencia, tamborileando sobre el cristal.

—Te lo juro, Hoover, no consentiría en pasar una noche en ese hotel ni por todo el oro del mundo.

Rhian sonrió. Después se acomodó en el sillón, apoyó relajadamente una pierna sobre la otra y se masajeó las sienas.

—Dentro de unos meses no pensarás lo mismo —ultimó Rhian alzando el vaso—. Te lo aseguro.



Heather se levantó de muy mal humor. Odiaba a Rhian. Y se odiaba a sí misma por haber creído sus palabras.

*¡Dioss!*

*¿Cómo podía ser tan ingenua?*

Se arrastró hasta el cuarto de baño y se observó en el espejo. El reflejo le mostró a una mujer que no conocía. Los ojos, enmarcados en unas profundas ojeras marrones, aún conservaban el perfilado del *eyeliner*. Los labios, que unas horas antes habían estado pintados en un suave tono rosa, parecían no tener vida.

*¿Por qué Rhian le había hecho aquello?*

*¿A qué estaba jugando?*

*Enciéndete... enciéndete para mí* —le había dicho él la tarde anterior...

Y como siempre, su cuerpo había reaccionado ante la petición de una manera extraña.

Aquellas palabras le volvían loca... ¡Loca de deseo! Sobre todo cuando iban acompañadas por aquella sonrisa juguetona y por el sutil, casi imperceptible, movimiento de su ceja derecha.

*Aquel hombre era increíble, tan excitante... tan exigente... tan... tan...*

*¡Uff!*

*Todo en él era sexo y pura dinamita.*

Un calor súbito le recorrió el cuello, reseándole la garganta, al recordar cómo las bronceadas manos de Rhian habían recorrido la cara interna de sus muslos, rozándole allí donde nadie se había atrevido a hacerlo antes.

Nunca sería capaz de olvidar aquello.

*¡Jamás!*

Rhian le había dado más placer que cualquier otro hombre con los que se había acostado.

Su cuerpo, su mente, sus tatuajes... incluso el *piercing* de su pectoral... todo él se había convertido en una droga difícil de olvidar.

Comenzó a respirar con intranquilidad.

*¿Por qué no sales corriendo ahora que estás a tiempo?* —le preguntó al reflejo del espejo y con una enorme sonrisa, le devolvió una negativa intranquila.

Abrió el grifo de agua caliente y se enjuagó la cara. Después se lavó los dientes, abrió un cajón, luego otro, y otro, hasta que encontró una goma para el pelo y se pudo hacer una coleta.

—Buenos días, pequeña —sonrió y se tocó alegremente el flequillo cuando Carlota se recostó sobre su pie izquierdo.

—Rrrr...

—Mmm... ¿Estás enfadada hoy? —preguntó con un tono de voz suave mientras le revolvía el flequillo—. Ya somos dos.

—Rrrr... Guau. ¡Guau!

—Shhhh... —siseó. Cogió en brazos a la *Bichón Frisé* y entró en la cocina—. Es muy temprano para hacer tanto ruido.

—Rrrrrrrrrrrrrrr... Guau. ¡Guau!

—No querrás que la señora Farinet nos regañe, ¿verdad?

Apenas conocía a Harriette Farinet, la anciana de ochenta y siete años que vivía en el apartamento

803, pero sabía por algunos vecinos de su mal carácter.

—Guau. ¡Guau!

Pasaban veinte minutos de las siete cuando Heather salió de la ducha. Carlota estaba tirada en la alfombra, jugando con una pelota.

Sin mirarla, se dirigió al armario, abrió el primer cajón, sacó un sencillo sujetador blanco con las bragas a juego y, tras coger la percha con el uniforme, dejó caer el albornoz blanco al suelo y comenzó a vestirse.

Aquel día iba a ser otro de tantos. Trabajo, trabajo y más trabajo. ¡Y lo peor de todo era que Rhian Hoover se había olvidado de ella por segunda vez!

Buscó las llaves. Después, relleno con pienso el recipiente de Carlota y, tras darse un último retoque en el flequillo ante el espejo, cogió el bolso, acarició la frente de Carlota y desapareció por la puerta.

El ascensor no funcionaba.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó, quitándose los zapatos, consciente de que debía de bajar a pie ocho plantas.

El cielo estaba teñido de tonalidades anaranjadas cuando salió a la calle. La luna aún se veía en el horizonte mostrando sus curvas a un sol que no terminaba de despertar. El viento le golpeó en la cara.

—Princesa, te he echado de menos...

La sensual y varonil voz de Rhian bloqueó sus pensamientos cuando, aterida de frío, trataba de colocarse los guantes.

—¿Qué haces aquí? —murmuró, mirando de reojo al portero.

*¡Dioss!*

*¡Qué guapo estaba con barba!*

—A esta hora, la luz es perfecta para mirarte.

—Lárgate, Rhian. —Y clavando sus ojos en él, le exigió—: ¡Ahora!

—Creo que eso será imposible —afirmó con las pulsaciones a mil mientras una erección crecía entre sus piernas.

—Por favor, Rhian, márchate... —dijo con un hilillo de voz.

Levantó la mano, tratando de parar un taxi.

Alzando con sugerencia su ceja izquierda, él inquirió:

—¿Estás segura?

Heather caminó en dirección contraria al tráfico.

—Sí —contestó, mirándole por encima del hombro.

Él la siguió, por detrás.

Al llegar al paso de peatones, le agarró de la mano y le obligó a enfrentarse a sus ojos.

—Pequeña, ¿quieres que me vaya? —Se acercó a ella y le acarició el mentón con las yemas de los dedos. El olor de su perfume le reactivó el cuerpo después de horas tediosas de negociación con el señor DuCarter—. ¿Estás segura?

*¿Lo estaba?*

Heather sintió cómo todo su cuerpo se contraía. El corazón comenzó a trotar mientras una caldeada humedad comenzaba a lubricar los pliegues entre sus piernas. Él le envolvió con sus brazos cuando comenzó a temblar.

—¿Dónde vas?

—Rhian, por favor, lárgate.

—¿Dónde vas? —Apretó la mandíbula y frunció el ceño con enfado. Y sin perder un segundo, añadió—: Tenemos que hablar.

—¡No!

—Heather... —siseó molesto.

—¡Lárgate!

—Pequeña... —Acarició sus labios pintados de rosa palo con el pulgar y la miró con ojos revoltosos—. Al natural eres mucho más bella.

Ella respondió a la defensiva, con la garganta seca:

—Exigencias de la compañía.

—No puedo obviar lo que siento por ti en estos momentos —le susurró él al oído, resbalando sus tiernos labios por el cuello.

—Una mujer puede ser tu princesa, tu amor, tu... tu todo, pero nunca tu juguete. ¿Entiendes?!

Poniéndole la mano en la boca, Rhian la hizo callar.

—Te equivocas, pequeña. —Aquella separación con la que Heather lo estaba martirizando hizo que su entrepierna creciera otra vez en décimas de segundo—. ¿Acaso no has entendido que realmente soy yo tu juguete particular?

Durante unos instante más, ambos se miraron. Y cuando él por fin la besó, Heather aflojó la tensión con la que lo había recibido.

—Te odio.

Su respiración profunda le acarició a él en la oreja.

—Y tú me enloqueces, me provocas, me desenfrenas... ¡Sí, pequeña! Me excitas por tu forma de mirar, por tu forma de reír, por la forma con la que exiges mis caricias, por la forma en la que te enciendes para mí... —Su barba, le arañó suavemente en el cuello cuando se acercó un poco más para preguntar—: ¿Lo entiendes?

Heather percibió cómo su cálido aliento acariciaba la piel de su rostro. El aroma de su perfume, una mezcla de jabón y *after shave*, inundó sus fosas nasales.

Apretó los puños, incapaz de decir nada, y en un arrebato de locura, lo besó con ardor y... pasión... Mucha pasión.

—Subamos —exigió él al ver que la necesidad que tenían ambos no podía calmarse en mitad de la calle.

—El ascensor está estropeado.

—Yo te subiré. —Sonrió abrazado aún a ella, elevándola un palmo del suelo.

—Tengo un vuelo dentro de hora y media.

—Hay tiempo.

Caminó veloz arrastrando su pequeña maleta.

—Estás loco.

—Por ti, pequeña.

Heather revisó el reloj. Las siete menos veinticinco de la mañana.

—¿Qué ocurre?

—Llego tarde. Debería estar ya en el aeropuerto.

—Échame a mí la culpa —sonrió. Y después, se acercó a ella, envolvió su cintura con sus brazos y le mordió el labio inferior—. ¿Lo harás?

—Tal vez... —sugirió sujetándole el mentón con las dos manos. Acariciando su barba, afirmó—: Me gusta.

—¿Sí? —Él alzó la ceja con sugerencia y sus ojos azules se volvieron lobunos—. Puedo asegurarte que disfrutarás con ella.

—Estoy deseándolo.

Le besó la barbilla y, guiñándole un ojo con suspicacia, le indicó:

—Yo te llevo.

Rhian detuvo el motor del *BMW MINI Roadster* cuando tan sólo faltaba un kilómetro para llegar al aeropuerto, junto a la carretera, sobre una pequeña explanada baldía llena de barro y maleza.

—¿Qué estás haciendo?

—Parar el motor.

—¿Por qué?

—Para asegurarme de que el coche no se mueva más de la cuenta. —Sonrió, estiró los brazos hasta colocar las manos sobre el volante y echó la cabeza hacia atrás—. ¿Lo has hecho alguna vez en un coche tan pequeño?

—¿Qué?

Rhian apoyó la mano derecha sobre la caja de cambios, levantó una ceja y sonrió ante la cara de asombro de Heather.

—¿Lo has hecho?

—Em... emm... ¡No! —balbució. Parecía ofendida—. Hay sitios mucho más cómodos... Por ejemplo la cama.

—La cama es para dormir, princesa —Arrastró el pulgar por su labio inferior y, acercándose a ella, lo mordió ligeramente y lo estiró con los dientes—. Tenemos exactamente cincuenta y siete minutos y treinta segundos... no, veintinueve, veintiocho, veintisiete... para nosotros. ¿Quieres probar?

Sus ojos azules brillaban excitados.

—La idea es muy tentadora, pero...

Se mordió el labio superior. La excitación de Rhian tomó forma bajo el pantalón.

—¿Qué? —preguntó él con voz tensa. Tenía el corazón revolucionado a mil—. Tú decides.

El sonido del móvil de Rhian quitó algo de tensión al momento.

—¿No vas a contestar?

—No.

—Puede ser importante.

—La única persona que me importa la tengo delante de mí.

*¡Wow! Aquello había sido una declaración de amor en toda regla.*

—¿Estás seguro?

—Sí. ¿Y tú?

Heather bajó los ojos y se concentró mínimamente en la pintura de sus uñas.

—Sí... —jadeó acalorada clavando los dedos en la tapicería cuando él coló la mano bajo su falda e imprimió cierta presión sobre su Monte de Venus.

—Mírame —exigió suavemente.

—¿Te apetece, pequeña? —susurró sin darse por vencido—. Puedo parar si tú quieres...

Heather cerró los ojos. Gimió.

—Mírame.

Le besó en los labios con auténtica posesión e introdujo la lengua un poco, lo justo para rozar la de ella y atrapar un gemido.

—Rhi... Rhian...

—Dime, pequeña —solicitó, excitado. Meció su cuerpo un poco, lo justo para que su mano pudiera encontrar más hueco entre sus piernas.

—¡Oh, sí...!

—¿Sigo? —inquirió masajeándole el clítoris mientras sus labios se apoderaban de uno de los dos tensos botones que, al contacto, crecían bajo el sujetador.

—Por favor.

—Te deseo tanto...

Rhian abrió un poco la ventana, lo justo para que el aire frío de la mañana se colara en el interior.

Heather percibió cómo se le encrespaban aún más los pezones cuando se quitó la camisa y él le desabrochó el sujetador.

—Ven aquí.

Le ayudó a colocarse a horcajadas sobre sus caderas.

Tras recostar el asiento y apoyar la espalda, Rhian se desabrochó el pantalón, sacó su miembro y sujetando el volante con ambas manos allí donde Heather tenía apoyadas las suyas, movió las caderas hacia arriba y, de una estocada, se ensartó entre sus pliegues robándole un sonoro y profundo gemido.

Besándole los senos, que cascabeleaban junto a su boca, y después los labios con auténtica posesión, introdujo su pene un poco más la segunda vez que movió embrutecido las caderas.

—Síííí... —jadeó ella tratando de liberar sus manos—. ¡Ahh!

Las ruedas del *BMW MINI Roadster* se hundieron un poco más en el barro.

—Te deseo —dijo él muerto de placer mientras sus labios absorbían el profundo gemido con un prolongado encuentro de labios.

Rhian comenzó a mover las caderas cada vez con más celeridad. Los pliegues de Heather se abrieron inflamados a su exigente virilidad, acoplándose a la dureza galopante de su miembro y succionándolo cada vez un poco más.

Enloquecido al sentir cómo el interior de ella se tensaba y palpitaba acogiendo su miembro, gruñó al atrapar un gemido mientras ella se apoyaba sobre su pecho para recibirlo mejor.

Rhian recorrió con las yemas de los dedos la espalda desnuda de Heather acercándose tímidamente al coxis.

Envolvió sus nalgas con ambas manos, anhelando el momento de profundizar allí donde ella no se hacía una idea que tanto él deseaba entrar...

Umm... Todo a su debido tiempo.

Tras varias embestidas electrizantes, Rhian percibió cómo a ella le sobrevenía el orgasmo cuando le mordió el hombro, a la altura de la clavícula.

Poco después, él explotó acaloradamente en su interior.

—¡Ahh...!

—¿Estás bien?

—Mmm... —gimió melosa.

Introduciéndose en ella unos centímetros, Rhian mantuvo viva la tensión de su pene durante más de diez minutos en los que ninguno de los dos se atrevió a hacer nada, salvo disfrutar de las caricias del otro.

En silencio, Rhian le acarició la espalda otra vez.

—¡Ahh...! —gimió ella cuando él le masajeó peligrosamente el trasero.

Sin querer mirarlo, Heather se dejó tocar, tratando de contabilizar la cantidad de latidos por segundo con los que el corazón de Rhian golpeaba sus propias costillas.

—¿Quieres que te enseñe algo?

—Sí.

—¿Estas segura? —inquirió él profundizando un poco más en su interior en un fútil intento por mantener su erección.

Ella hizo una caída de pestañas afirmativamente y se concentró en la pieza metálica que perforaba el almendrado pezón izquierdo de Rhian.

—Está bien. Pero debes mantener los ojos cerrados —susurró acaramelado. Envolvió su dedo índice con su propia saliva y comenzó a descender por su espalda—. ¿Tienes fronteras, Heather?

—¿A qué te refieres? —Buscó su mirada.

—¿Qué te he dicho, pequeña? —Fue exigente—. Cierra los ojos y... dime dónde te estoy tocando. ¿De acuerdo?

Asintió.

—¿Sientes esto?

Heather se concentró en el reguero de sensaciones que aún circundaban todo su cuerpo.

*¿Dónde tenía Rhian las manos?*

No lo podía determinar.

*¿Era su espalda tal vez?*

—Mmm...

—¿Lo sientes? Estoy seguro que sí, pequeña, aunque no sepas donde está mi dedo.

—¡Ahh! —jadeó. Reprimiendo un hondo suspiro, arqueó ligeramente la espalda y, concentrándose en aquella sensación tan placentera, susurró—: Es difícil averiguarlo cuando el roce es tan sutil.

Rhian sonrió gustoso.

—¿Sientes esto? —volvió a preguntar.

Un hormigueo eléctrico le recorrió la espina dorsal cuando Rhian rodeó por segunda vez sus nalgas con ambas manos y las abrió, colocando un dedo allí donde ella jamás hubiera podido imaginar...

—Sííí...

—¿Y esto?

Heather movió la cabeza afirmativamente y le mordisqueó el hombro cuando las caricias se volvieron un poco más profundas.

—Ohh...

—Tranquila, pequeña —susurró esbozando una sonrisa trivial. Después, le besó en el cuello, justo detrás de la oreja, y ella se dejó arrastrar con agrado—. Shhhh...

Dilatando mínimamente el estrecho orificio rectal, Rhian jugueteó con el dedo.

—Ahh... —Su cuerpo era un océano de sensaciones. Comenzó a respirar con dificultad—. Mmm...

¡Ohh...!

—¿Duele?

Ella se mordió el labio y arqueó la espalda.

—Noooooo... —gimoteó gratificada, dejándose caer con lividez sobre el torso tatuado de él—.

¡Ahh...!

Absorbiendo uno de sus jadeos con la boca, Rhian sugirió meloso:

—Debes tranquilizarte, princesa. Sólo estoy rozándote con la yema del dedo. Estás muy sensible.

—Si... si... sigueeeee... ¡Oh, sí...!

A través de las pestañas, vio cómo él salivaba sobre su propio dedo.

—Shhhh... Relájate. —Aquella voz tan varonil la excitaba, la incitaba, la estimulaba... En definitiva, era como un mantra para ella—. Nunca permitiría que nada te doliera. Recuerda que podemos parar en el momento que *tú* quieras. ¿Entendido?

La ausencia de respuesta hizo que a Rhian se le crisparan los nervios. Detuvo el ritmo de sus caderas y, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no correrse, inquirió de nuevo, pronunciando una por una las sílabas de la palabra:

—¿EN-TEN-DI-DO?

—Síííí...

—¡Perfecto! Así me gusta, princesa —concedió con voz suave.

—¡Ohh...!

—Respira —le sugirió, y al hacerlo, se ensartó otra vez en ella, con una estocada terrenal, ardorosa y exigente.

—¡Ohhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh...!

Heather se mordió el labio inferior ahogando un gemido, apretándose contra su pecho. A través de las pestañas, observó cómo él lubricaba uno de sus dedos con su propia saliva.

—Shhh... Respira —bisbiseó con un tono de voz seductor—. Piensa en algo frío, pequeña.

*¿Pensar?*

*¿Había dicho pensar?*

—¡Ahhhh...!

—Enseguida vas a sentir calor... mucho, mucho calor. El calor típico del más exquisito y puro placer. Tu cuerpo atesora un lugar oculto... justo aquí —indicó, colocando la yema del dedo en la posición correcta—, que yo voy a explorar. ¿De acuerdo? Recuerda que tú, sólo tú, tienes la última palabra.

—No pares, Rhian... —jadeó cayendo a plomo sobre su erección una y otra vez... y otra vez... y otra vez más.

Creyó volverse loco.

—Eso es... ¡Déjate llevar! No sabes cuánto te deseo, pequeña. ¿Sientes cómo todo mi cuerpo arde por ti? ¿Lo sientes, princesa?

—Sí... —gimió.

Arqueó la espalda, apoyándola contra el volante, cuando aquel dedo juguetón accedió ardentemente en la profunda y estrecha cavidad que atesoraban sus nalgas. Luego, se abrazó a su cuello, y sus senos cascabelearon exigentes, junto a su boca. Solícito, él los sometió con los dientes y los lamió con la rugosidad de la lengua, libando cada una de las gotas de sudor que aquellas dos rocas graníticas atesoraban en torno a las aureolas tostadas.

Rhian explotó, aliviando la tensión acumulada entre las piernas, cuando su autocontrol bajó todas las barreras y los gemidos de Heather se convirtieron en una tortura para él.

Con la respiración enloquecida, le besó las sienes, la apoyó contra su pecho, y le ayudó a calmarse, profiriéndole besos tiernos en la frente y suaves caricias a lo largo de la espalda.

Pasados cinco minutos en los que ninguno de los dos pudo decir nada, preguntó con los ojos todavía turbios de deseo:

—¿Estás bien, pequeña?

Medio dormida, Heather respondió:

—Sí.

Le besó el cabello.

—Estás comenzando a ser peligrosa. ¿Seguro que estás bien?

—Sí —repitió de nuevo, acariciándole el hombro con sus largas pestañas.

—Esto no ha hecho más que empezar, Heather. Si tú quieres —insinuó dándole un sensual y tierno beso en los labios—. ¿Quieres?

Sorprendida, lo miró con los ojos encendidos en deseo antes de decir:

—Tenemos un contrato que cumplir, ¿no?

—Vístete —sugirió besándole la punta de la nariz—. En diez minutos tienes que tomar un avión y... no quiero que pierdas tu puesto de trabajo por mi culpa.

—¿Te has visto? ¿Dónde estabas?

Heather contó mentalmente hasta diez. Esperó a que las manos le dejaran de temblar para decir:

—Siento llegar tarde.

—¿Tarde?

—Ya te he dicho que siento llegar tarde —contestó acalorada, con la respiración entrecortada por la carrera. Miró primero a Aubrey y después a Drew. Luego, compuso una mentira coherente—. No ha sonado el despertador. Debe ser la pila... Lo siento.

Aubrey se levantó con brío del asiento y renqueó impaciente por la sala de espera.

—Cuídame la maleta, por favor —solicitó Heather, entregándole el abrigo a Drew—. Tengo que ir al cuarto de baño.

—No tardes —exigió Drew.

Desesperada, Aubrey puso los ojos en blanco.

—Cinco minutos —apuntó Heather mostrándole los cinco dedos de la mano derecha—. Sólo cinco minutos...

Drew asintió.

—¡Heatty! —exclamó Aubrey con inquietud, retirándose el pelo de la cara—. Aligera o nos vamos sin ti.

Consciente de lo desagradable que le resultaba a Heather que la llamaran así, Drew se acercó a Aubrey y le golpeó ligeramente el hombro con el esternón, antes de reprocharle:

—¿No te aburres de estar siempre con lo mismo? Cualquier día...

—¡Cállate Drew! —Lo miró a través de las pestañas—. Esta mañana no estoy de humor.

—No decías lo mismo hace tres horas... —insinuó meloso envolviéndole la cintura con el brazo.

—La noche confunde a cualquiera. Sin embargo... cuando sale el sol, todo cambia.

—¿Sí? Suplicaré para que esa diablesa que llevas dentro venga a mi cama todas las noches cuando estemos casados...

Ella soltó una carcajada, apretó los dientes y replicó:

—Drew, por favor, nos están mirando.

—¿Y qué? Todos saben lo que hay entre tú y yo... A estas alturas no creo que nadie se escandalice por ver a una pareja enamorada. ¿No crees?

Aubrey levantó la mano para callarlo.

Ofendido por su reacción, Drew le dio la espalda y pulsó el botón de llamada del ascensor.

—Drew, lo siento —susurró, abrazándolo por detrás, al ver su cara de enfado—. Perdóname. No sé lo que me pasa. Últimamente tengo un humor de perros...

—Déjame en paz, Aubrey —exigió, ignorando el tono de súplica de su voz.

—¿Podemos hablar un momento?

Le acarició la nuca.

—No tengo nada que hablar contigo, Aubrey. Ahora no.

Por un momento, ella sintió el deseo de arrancarle la cabeza.

—Por favor... —Drew movió la cabeza con impaciencia cuando ella recorrió con el perfil de una uña la silueta de su mentón—. No te enfades. Hoy no es un buen día.

—No, no lo es. —Su tono era acusador—. Últimamente nunca lo es.

—La rara no soy yo, sino tú.

—No pretendo discutir contigo, Aubrey —anunció con cierta ansiedad mirándola de soslayo—. En



estos momentos no me siento con fuerzas para la guerra.

Aubrey palideció y se frotó las manos, mortificada. A pesar de lo mucho que le gustaba estar en el campo de batalla, odiaba discutir con Drew.

—¡Ya estoy aquí! —exclamó Heather. El corazón todavía le iba a mil, concentrando palpitaciones allí donde Rhian había tenido apoyados sus labios, allí donde sus dedos le habían acariciado... allí donde su cuerpo se había fundido con el suyo—. ¿Ocurre algo?

Incómoda con sus propios recuerdos, apretó ligeramente las piernas para controlar una nueva descarga.

—Emm... —balbució Aubrey, mientras Heather recuperaba la maleta y su abrigo. Sosteniendo la mirada de desasosiego de Drew, sentenció con rotundidad—: ¡No!

Tres cuartos de hora antes de que el avión aterrizase en el *Syracuse Hancock International Airport*, Drew abordó a Aubrey en el *galley* posterior.

—Lo siento. —Se acercó a ella y le besó apasionadamente, oculto tras las cortinillas—. No me gusta enfadarme contigo.

—Para Drew —le exigió sin ganas de apartarse de él—. Nos puede ver alguien.

—¡Qué más da!

Se acercó a ella y le acarició las mejillas con los nudillos. Después, apretó contra ella la creciente erección que ocultaba bajo los pantalones.

—Las diferencias asomarán una y otra vez cuando estemos casados como parte de la dinámica de estar en pareja. ¿Lo entiendes, Drew?

—Nadie dijo que el amor es un antídoto para evitar que la persona que amas a veces piense de manera diferente. Dime, cariño. ¿Qué te sucede?

—No lo sé.

—¿Por qué hemos discutido antes? —preguntó besándole el mentón mientras él le masajeaba las nalgas por encima de la falda.

—No lo sé —repitió—. El cuerpo me pedía discutir contigo. De vez en cuando es necesario liberar tensiones.

—Cariño, las discusiones en pareja son necesarias cuando hay algún tipo de desacuerdo lógico. —Le besó detrás de la oreja, con tiernos y delicados roces—. Sin embargo, lo de hoy...

—Perdóname, Drew. Tengo un mal día.

Aumentando la presión que sus anchas manos hacían en torno a sus caderas, sugirió:

—Te exijo que saques la bandera blanca, Aubrey —sonrió febril—. Si pudiera... si pudiera te desnudaría ahora mismo para que te rindieras a mis caricias cómo sólo tú sabes hacerlo.

—Puedo ser una mujer muy tozuda...

—Me encantan las mujeres que se hacen de rogar —susurró Drew, atrayéndola un poco más hacia él con una mano mientras la otra subía por la cara interna de sus muslos hasta llegar al centro de su deseo—. He perdido la cuenta de los minutos que han pasado desde que esta succulenta zona de tu cuerpo estuvo entre mis labios...

—Drew... por favor —gimió Aubrey cuando él retiró ligeramente el encaje de su ropa interior y le introdujo un dedo—. Aquí no... ¡Ahh...!

El ruido de los motores ocultó el prolongado gemido que brotó de su garganta.

—Estás empapada, Aubrey —aseguró con una amplia sonrisa saboreando la femenina humedad que se había quedado impregnada en su dedo—. Ardo en deseo de hacerte mía y deshacer la tensión que, irracionalmente, se ha creado entre los dos... ¿Dónde está Heather?

—Junto al *cockpit*, hojeando una revista.

—¿Qué te parece si tú y yo...? —Señaló la trampa de la bodega.

—Umm... tentador...

—¿Tú crees que...? —Aubrey levantó una ceja—. Sólo puedo pensar en lo mucho que me gustaría..., en lo mucho que me gustaría...

Tenía la garganta reseca.

El avión dio un bandazo.

—En lo mucho que te gustaría, ¿qué? —exigió acalorada apretándose contra la dureza que cargaba entre las piernas.

El avión dio un nuevo bandazo.

—Señores pasajeros, vamos a atravesar un área de turbulencias. Por favor, permanezcan sentados en todo momento. Asegúrense de que su cinturón de seguridad está abrochado. Gracias.

—¡Vaya!

Sus ojos se volvieron golosos.

—Tenemos vía libre, cariño —apuntó Drew desabrochándole dos botones de la camisa.

—No. —Estiró ligeramente de su corbata hacia atrás, obligándole a separarse de ella. Después le dio un azote en el trasero y, acercándose a su oreja, le dijo, encendiéndolo aún más—: Aunque ardo en deseos de hacerlo en estos momentos contigo... debemos esperar...

Se bajó la falda y se abrochó la camisa.

—¿Por qué me torturas de esta manera?

—Más espera... más ganas. El sexo no sólo es cantidad, Drew, también es calidad. Si quieres que mañana me derrita en la cama, asegúrate de no darme sólo unos cuantos besos y caricias, aprende a llegar más lejos... a estimular cada uno de mis sentidos... ¿Lo entiendes?

—¿Mañana? ¿Y por qué no esta noche?

—Tienes que aprender a controlar un poco tus energías —sonrió jovial. Se ajustó el nudo del pañuelo antes de decir—: Esta noche voy a salir. Considera la espera como una etapa del precalentamiento.

—¿Con quién?

—¡Qué más da! —dijo Aubrey a la defensiva. Descorrió las cortinas del *galley* y las ajustó con los clips—. ¿Qué importancia tiene eso ahora?

Drew se mordió el labio inferior e hizo una mueca con la nariz, abrió la puerta del aseo y se ajustó el nudo de la corbata ante el espejo. Después, respiró hondo, se atusó el flequillo y tras enjuagarse las manos, dijo:

—Creía que entre tú y yo ya no había secretos.

—Es tan sólo una cena de chicas —protestó Aubrey, angustiada.

Tras dos segundos de desconcierto, Drew se acercó a ella y le preguntó:

—¿Por qué no me dices las cosas?

—Márchate, Drew.

—Chicos, ¿qué os pasa? —preguntó Heather impresionada al comprobar la tensión que había entre ellos.

Drew, terriblemente enfadado otra vez, miró a Heather y después a Aubrey. Suavizando el tono, espetó:

—Si amarte implica hacer a un lado mi amor propio, puedo asegurarte, Aubrey, que mi vínculo contigo entonces es tóxico.

—El amor propio es el peor de los aduladores. —Casi gritó.

—Chicos, chicos... —Heather trató de calmar los ánimos—. ¿Se puede saber qué os pasa? ¡Estáis dando un espectáculo lamentable!

—Lo siento, Heather —se disculpó Drew avergonzado. Tenía la cara roja como un tomate—. Déjame pasar, por favor.

La rodeó y enfiló el pasillo hacia la parte delantera del avión.

—¿Cómo estás? —preguntó Heather a Aubrey al cabo de un par de minutos.

—Estupendamente —dijo, a pesar de que tenía los ojos aguados—. ¿No me ves?

Abrió una revista y se puso a hojear las páginas.

—¿Seguro?

—No hay necesidad alguna de mencionar este, digamos... —balbució— desafortunado incidente a nadie, ¿no te parece?

—¿De qué me estás hablando? —sonrió Heather, haciéndole ver que había olvidado todo.

—¿Te apetece una? —Heather le ofreció una bolita de cacao puro con envoltorio plateado, similar a las que Aubrey siempre solía llevar en el bolso—. Son el mejor remedio para dejar de llorar. Hace unos días me lo dijo una de mis amigas.

—¿Seguro que fue tu mejor amiga? —sonrió.

—¡Sí! —admitió Heather—. ¿Sabes una cosa, Aubrey? El verdadero éxito siempre nace de las cenizas de un error...

—¿Eso también te lo dijo tu mejor amiga?

—Mmm... algo parecido.

—Tu amiga es muy lista.

—Muy lista —sentenció Heather divertida.

—Esta relación está haciendo aguas desde el día en el que Drew me pidió matrimonio. Lo sé... Sin embargo, algo me dice que tengo que seguir manteniendo la llama encendida entre los dos.

—En esta vida hay que morir varias veces para después renacer. Y las crisis, aunque atemorizan, nos sirven para cancelar una época e inaugurar otra.

—No puedo dejarlo escapar, Heatty. ¡No puedo!

—¿Realmente lo amas?

Aubrey permaneció en silencio unos segundos.

—¿Quién dijo que querer, gustar y amar es lo mismo?

—La gente siempre piensa que lo más doloroso cuando termina una relación es perder a quien amas. En realidad, es mucho peor perderse uno a sí mismo en el proceso de amar a alguien demasiado, olvidándose de quién eres. ¿Es ese tu caso, Aubrey?

—No lo sé, Heatty, no lo sé...

—Heather —repuso.

—¡Qué más da! Me has entendido perfectamente —dijo esbozando una leve sonrisa.

—Lávate la cara —sugirió abriendo la puerta del aseo—. Maquíllate y haz que vuelva la Aubrey que yo conozco.

Aubrey sonrió, mostrando la perfección de sus dientes bajo unos labios perfilados y delineados de rosa, cuando Heather le entregó una bandeja con caramelos poco después.

—Tomaremos tierra en unos diez minutos.

—*Ahá* —musitó Aubrey distraída—. Espero que esta tarde me dé tiempo de pintarme las uñas. Las tengo destrozadas. ¿Ya has decidido el vestido que te vas a poner para la fiesta de esta noche?

—¿Fiesta?

Heather repasó mentalmente su agenda.

—No me lo puedo creer, Heatty —se quejó Aubrey. Heather se encogió de hombros—. ¿Lo has olvidado?

—No —mintió.

El avión comenzó a descender progresivamente.

—Si algo he aprendido en esta vida es que la mentira siempre se pone en contra de quien la inventa. No lo olvides.

Heather escuchó los pesados pasos de Drew golpeando el enmoquetado del pasillo.

—Perdóname, Aubrey. Tengo muchas cosas en la cabeza...

—Chicas, todo listo —anunció Drew tras depositar unos vasos vacíos en el contenedor de plásticos.

Aubrey le lanzó una mirada vacía. Heather cerró la boca—. ¿Preparadas para el aterrizaje?

—Totalmente —aseguró Aubrey con cierto aire de superioridad, colocándose un mechón de pelo tras la oreja—. Voy a hacer una segunda comprobación.

Drew hizo ademán de protestar cuando Aubrey le pisó el pie al pasar a su lado.

—Déjala —sugirió Heather—. Hoy tiene un mal día. ¿Estás bien?

—Todo lo bien que se puede estar cuando tu compañera de trabajo, que además es tu prometida, mantiene una discusión encarnizada con sus propios sentimientos.

—Se le pasará —admitió Heather dándole un par de golpecitos en el hombro—. Te lo aseguro.

—No lo creo.

Después de pensarlo unos instantes, Heather se atrevió a decir:

—Aunque no lo parezca, Aubrey es una romántica empedernida.

—Somos muy cabezotas los dos.

Heather se agarró al reposacabezas de uno de los últimos asientos cuando el aparato viró hacia la derecha y continuó el descenso.

—Me alegro. Al menos tenéis algo en común.

—A los hombres nos gustan los retos, las mujeres difíciles, pero llega un punto en el que deseamos sentir que...

Heather se adelantó, interrumpiendo su mensaje.

—A Aubrey no le gusta demostrar sus sentimientos porque teme que otras personas puedan aprovecharse de sus debilidades. Ese, precisamente, es su punto débil.

—La conoces bien.

—Aunque algunas veces me gustaría estrangularla con mis propias manos, he de reconocer que es mi mejor amiga. Es muy sensible, aunque no lo creas, y por eso intenta proteger su corazón.

Un poco retraído, pensativo y no demasiado conversador, Drew aseguró:

—Es muy caprichosa.

—Lo es. Y fantástica, divertida, ingeniosa... Y eso, precisamente, es lo que le hace especial.

Heather levantó los pulgares, respondiendo a la señal de los de Aubrey, desde el *galley* principal. Después, se sentó y se abrochó el cinturón.

—Cuando pienso que estoy haciendo progresos y que me tiene justo donde ella quiere... —protestó Drew.

—Sientes que te da una bofetada y tus sentimientos se hunden varios metros bajo tierra —le interrumpió Heather.

En el exterior, se desplegaron los *flaps*<sup>[20]</sup>.

—¡Pff! —resopló, tratando de aliviar la presión de los oídos—. Ni yo mismo hubiera sido capaz de describirlo tan bien.

—Las mujeres somos muy cíclicas y tendemos a apegarnos a ciertos sentimientos.

Drew la miró absorto. Heather sonrió al percibir la incertidumbre reflejada en sus ojos.

Los motores comenzaron a rugir estrepitosamente cuando el tren de aterrizaje tocó pista.

—Aubrey siempre ha temido que la persona que esté a su lado tenga el poder de generarle ciertos sentimientos.

—Yo sólo quiero hacerla feliz.

Heather abrió un par de veces la boca para aliviar el taponamiento de sus oídos. Luego, comentó:

—Quizás ella quiera ser feliz de otra manera.

—No te entiendo.

—Si estás dispuesto a amarla, Drew, no permitas que Aubrey pierda la alegría, la ilusión, la

satisfacción o la confianza que la caracterizan.

—Yo no quiero cambiar su forma de ser.

—¿Estás seguro?

Aquella pregunta le revolvió el estómago.

—¿Estás caliente?

La voz de Rhian al otro lado de la línea hizo que todo su cuerpo temblara. Su murmullo era peligrosamente provocador. Las rodillas se le convirtieron en gelatina, haciéndole tambalear sobre los tacones.

—Esta noche voy a hacerte el amor salvajemente, pequeña. —Rhian tragó saliva con dificultad. Tenía la garganta reseca—. Llevo toda la mañana contabilizando los minutos que faltan para las diez.

Heather suspiró profundamente. No deseaba otra cosa más que llegaran las diez. En ese momento, volvería a sentirse protegida entre los poderosos brazos de Rhian.

Disfrutaba hasta la extenuación de sus exigentes caricias y del exquisito y varonil sabor de su cuerpo cada vez que lo besaba.

Rhian se aclaró la voz antes de decir:

—Siento que el reloj ha hecho una conspiración contra mis deseos. Los minutos parecen horas cuando no estoy a tu lado, pequeña.

Heather notó la piel caliente. Las yemas de sus dedos aún guardaban el calor de Rhian. Se humedeció los labios y cerró los ojos unos segundos.

*Quería tocarlo.*

*¡Necesitaba tocarlo!*

Ansiaba posar las manos sobre su cuerpo, besar la piel tatuada de sus brazos, jugar con los dibujos tintados de sus pectorales y con la pequeña joya de su pezón...

—Estás caliente, pequeña —afirmó él—. Lo sé...

—Sí.

La tensión de la conversación la estaba sobrecargando. Sintió cómo su cuerpo se excitaba. ¡Totalmente!

—Caliente... muy caliente... Puedo sentirlo, pequeña. ¿Me equivoco?

*¡Claro que no se equivocaba!*

—Rhian, por favor... —Entornó los ojos.

*¡No!*

*No podía controlarse más...*

Apretó los muslos discretamente soportando una descarga eléctrica allí donde él había posado su mano antes de penetrarla hacía unas horas.

—Yo no estoy caliente, Heather —sonrió Rhian, enigmáticamente. Cruzó las piernas y las apoyó sobre la mesa. Después, cerró los ojos antes de decir—: Estoy ardiendo, pequeña... por ti...

Se le secó la garganta.

Heather abrió la puerta de la sala *vip* y se dirigió hacia los ascensores.

—Rhian, tengo que colgar. —Miró el reloj. La una menos cuarto—. Mi vuelo sale en media hora.

—Mmm... media hora es mucho tiempo, pequeña. Diez minutos son suficientes para oírte... emm... para mantener viva la llama que crece en tu interior. ¿No crees?

Rhian cogió una de las revistas que había amontonadas sobre la mesa y, sin mucho entusiasmo, comenzó a hojear una, pasando las páginas de forma distraída. Lo único que le interesaba era la conversación que mantenía con Heather.

—Voy a colgar. —No había otra cosa que a ella le doliera más—. Voy a entrar en el ascensor.

—¡No! —Su voz adquirió un tono más exigente—. Por favor, pequeña no cuelgues. ¿Estás sola?

—No —susurró. Aubrey caminaba a su izquierda, acelerada al igual que ella.

—Entiendo. ¿Puedes escaparte unos minutos? ¿Tal vez... emm... al cuarto de baño?

Iba a responderle que no, pero la forma en la que él se lo pedía le hizo contestar lo contrario. Tapó el micrófono del teléfono con la mano antes de decir:

—Aubrey, vuelvo enseguida.

—¿Ocurre algo? —oyó Rhian que preguntaba una voz femenina al otro lado de la línea.

—Emm... No. Nada importante.

Rhian sonrió. Heather parecía nerviosa.

—¿Seguro?

—Seguro. Es... —dudó—, es mamá. Ya sabes lo mal que lo está pasando con lo de su separación.

Rhian tomó nota del comentario.

—Ya.

—Te esperamos junto a la puerta de embarque, Heather —comentó Drew acercándose a ellas por detrás cuando el ascensor abrió sus puertas.

Rhian cerró la revista de golpe y la lanzó contra la pared. Se quitó la toalla mojada y buscó en el cajón ropa interior para comenzar a vestirse.

*¿Qué hacía Heather con otro hombre?*

Los celos lo encendieron, caldeando su mal humor. Un aliciente más para desnudarla cuando estuviera con ella y, desde luego, encenderla hasta hacerla suplicar; sólo y exclusivamente por él.

*Mmm... aquello podía ser sencillamente enloquecedor.*

—Esta noche tendré que castigarte, pequeña —aseguró revolviendo el cajón de los calcetines—. ¿Quién es ese?

Heather dudó un instante pero al final, preguntó:

—¿Quién?

—¡Ese! —exclamó Rhian entre dientes.

Sin lugar a dudas, estaba enfadado.

—¿Estás celoso?

*Por favor, no digas que sí. ¡No lo hagas!* —suplicó Heather para sí.

Rhian apretó la mandíbula otra vez antes de contestar:

—¿Tengo motivos para estarlo?

*¡Maldita sea!*

*¡Estaba celoso!*

*¡De Drew!*

—¿Tú qué crees? —preguntó él incapaz de expresar de otro modo su frustración.

Se paseó desnudo por el vestidor y se dejó caer en un sillón. Inspiró con brusquedad.

—No lo sé. Dímelo tú —exigió dolida. No le había llamado pequeña, ni princesa, incluso no había pronunciado su nombre.

—No son celos, pequeña, es rabia. Son ganas de protegerte de cualquiera que quiera alejarte de mí. ¿Entiendes?

—Rhian... —susurró Heather plenamente consciente de quién era el hombre que había al otro lado de la línea y cuáles sus condiciones—. Nadie pretende alejarme de ti.

—Una mujer segura es la inseguridad más grande de un hombre, pequeña.

*¡Sí!*

*¡Por fin le había llamado pequeña!*

—Rhian... —repitió ella de forma especial, como en un jadeo—. La inseguridad es un arma de doble filo. Puede convertirse en tu mayor enemigo.

Consciente de que entregarse a aquella conversación sólo podía implicar una cosa —perderla—, apuntó:

—Heather, me encanta cómo pronuncias mi nombre. —Su perdón estaba cargado de sinceridad—.

Lo siento, pequeña. Esta noche trataré de enmendar mi error. Te lo prometo

—¿Síííí...? —A él le derritió el entusiasmo de ella—. ¿Cómo, si se puede saber?

—Préstame atención, pequeña. —Su mente comenzó a trabajar a toda velocidad—. Esta noche te encenderás para mí... sólo como tú sabes. Deslizaré mi lengua por tu pecho y mordisquearé tus pezones hasta que se pongan duros como piedras.

Heather inspiró profundamente.

—¿Y qué más? —se atrevió a preguntar.

—Jadearás... ¡Te lo aseguro! Implorarás que te acaricie ahí donde sé que en estos momentos tus terminaciones nerviosas están concentrando todas tus palpitaciones. Pero no lo haré.

Heather tragó saliva con dificultad. Un hormigueo entre las piernas trataba de arrastrarla hacia un orgasmo repentino e inesperado. Corrió hasta el cuarto de baño y presionó el botón interior que bloqueaba la puerta.

—No lo haré —repitió él causándole estragos pues lo había dicho de una forma muy especial—. No hasta que te derritas completamente para mí, como un terrón de azúcar y te entregues completamente al juego que tengo preparado para ti. ¿Lo entiendes, pequeña?

—¡Oh, sí...! —tiritó con la espalda apoyada en la puerta. No veía el momento de que todo aquello ocurriera.

—Buscaré tu clítoris entre la humedad de tus pliegues y lo frotaré sin piedad. Y me colaré en ti... y dejaré que me envuelvas y yo resbalaré en tu interior... y dilataré poco a poco tus músculos hasta quedar enterrado entre tus piernas. Y jugaré contigo... ¡Oh, sí! Jugaré mucho contigo, Heather. ¿Lo entiendes, pequeña?

—Síííí...

Se mordió el labio ahogando un gemido.

—Porque has sido mala... —alegó él.

—Mmm...

—Porque hace unas horas me has dejado peor de lo que ya estaba...

—Pobrecito.

—Porque... —titubeó—, porque...

—Rhian, por favor... —exigió ella y, de forma inconsciente, separó descaradamente las piernas y comenzó a acariciarse, concentrada en su propio placer, mientras su garganta emitía pequeños gemidos.

Rhian apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y dio un par de bocanadas de aire.

Como si necesitara un punto de referencia tangible para convencerse de que no estaba soñando, clavó los dedos en la piel del reposabrazos y apretó las caderas, tratando de controlar la prolongada y tensa erección que crecía descontrolada entre sus piernas.

Extasiado, con los pensamientos desordenados, el corazón desbocado y la frente perlada de sudor, cerró los ojos y gruñó acalorado en el momento en el que su orgasmo sucumbió con una intensa y dilatada eyaculación.

—Vas a matarme, pequeña —susurró sudoroso y con la respiración errática antes de colgar.

Permaneció inmóvil durante más de diez minutos.

*Quería más.*

*¡Mucho más!*

*Necesitaba que ella disfrutara del placer... de su placer... y que éste fuera inolvidable.*

*¡Sí!*

Miró el reloj cuando faltaban cinco minutos para las dos y, sonriendo divertido, se enfrentó al espejo y se palmeó el rostro.

Aliviada la presión de sus testículos, se enfundó unos *Calvin Klein* negros, se colocó una camiseta,



un pantalón corto de deporte y, tras anudar los cordones de sus zapatillas, bajó al sótano.

Jack arqueó una ceja cuando lo vio entrar, pero no dijo nada. Mantuvo la concentración en su tercera serie de abdominales.

Rhian se cruzó de brazos y lo observó.

—No elevas suficientemente las piernas. El secreto para tener unos abdominales inferiores fuertes y definidos es mantener la tensión en los músculos tanto en la subida como en la bajada. Si sigues así, Jack, te dolerá la cadera, o la espalda, y no conseguirás nunca un buen resultado.

—Ya —dijo con la respiración entrecortada.

—No te olvides de entrenar los oblicuos y los superiores si quieres desarrollar bien tu musculatura abdominal.

—Sí —jadeó.

—Jack, reduce un poco la velocidad. De este modo eliminarás la inercia y conseguirás trabajar los músculos tanto al subir como al bajar.

Una hora más tarde cuando ambos danzaban por el rin en un pequeño combate cuerpo a cuerpo, Madeleine preguntó:

—¿Puedo pasar?

—Mamá, ¿qué haces aquí? —interpeló Jack masajeándose el hombro junto a las cuerdas donde Rhian lo había acorralado.

Con las energías en conflicto, Rhian mordisqueó los cordones y comenzó a quitarse los guantes de boxeo.

—Me preguntaba cuándo vais a comer. Son casi las cuatro de la tarde.

—Enseguida mamá —contestó Jack, pero se quedó donde estaba en lugar de ponerse en marcha inmediatamente—. Concédenos unos minutos.

Madeleine se acercó a él y le acarició el hombro.

—¿Estás bien?

—¡Perfectamente! —exclamó jovial tirándole los guantes a Rhian.

Apretando los dientes, Rhian espetó con evidenciado disgusto:

—En diez minutos te quiero en mi despacho, Jack.

—Rhian... —suplicó Madeleine compungida.

—Jack —dijo apuntándole con el dedo—. Arregla esto. ¡Ya!

—Rhian...

Subió las escaleras de dos en dos.

—Déjalo, mamá. —Jack Hoover hizo un gesto tranquilizador con las manos y ayudó a Madeleine a tomar asiento—. Rhian necesita algo más de tiempo.

—Jack... yo... —balbució Madeleine—. Yo...

—Shhhh... No llores, mamá. —Le acarició la mejilla sonrosada y le besó la frente—. ¿Has vuelto a beber?

—No.

—¿Seguro? —inquirió envolviéndola con el brazo.

—No he podido evitarlo, Jack —hipó abriendo los ojos de par en par—. Ha sido sólo un sorbito. De verdad. Estás sudando.

—Sí, mamá.

—Me encanta que me llames así —susurró, concentrada en el perfil descuidado de sus uñas. Después se miró en uno de los espejos de la pared y comenzó a atusarse el pelo—. Mamá... mamá... —repitió—. Qué bonita es esa palabra, ¿verdad, Jack?

—Mamá, mírame por favor —le exigió—. Aunque creas que es muy difícil, puedes superar tu adicción. ¡Créeme! Todo lo que necesitas es la voluntad de hacerlo.

Madeleine acarició el rostro de Jack con ternura y lo miró a los ojos. Luego, se acercó a las escaleras.

—Han sido sólo unos sorbitos. Nada más —aseguró y le tocó los labios con los pulgares—. Estoy bien.

—No, mamá. ¡No lo estás! —dijo elevando el tono de voz. Madeleine puso los ojos en blanco. Abrió un armario y comenzó a mover perchas—. Debes admitir que tienes un problema muy grave.

—Tal vez...

—¡Mamá! —Se plantó delante de ella para decírselo a la cara—. Tienes que reconocer que no estás bien.

En ese momento, el teléfono de Jack comenzó a sonar. No lo cogió, a pesar de la insistencia.

—Cariño, esa es una posición bastante egoísta.

—¡Pero real! —Puso el móvil en silencio—. No puedo ser un hipócrita y decirte que no pasa nada, cuando la realidad es bien distinta. ¡Entiéndelo!

Madeleine escuchó sus palabras y torció el gesto.

—Me recuerdas mucho a tu padre, Jack. Sincero, recto, simple, sin dobleces...

—Te lo ruego, mamá. No sigas por ahí —murmuró cerrando la puerta del armario y quedándose frente a él—. Recoge tus cosas.

Madeleine adoptó una expresión de extrañeza y se concentró en la manera en la que su pulsera daba vueltas en torno a su muñeca.

—Jack...

—No lo hagas más difícil, mamá. Recoge tus cosas —repitió retirando el brazo y la mano que su madre comenzaba a acariciar.

Jack subió corriendo las escaleras hasta su habitación, se desvistió rápidamente y se metió en la ducha.

Rhian apareció minutos después. Se sentó en la cama y lo observó mientras se afeitaba.

—¿Y bien?

Jack detuvo el rasurado a contrapelo de su mentón para enjuagar la cuchilla bajo el chorro de agua.

—He tenido días mejores.

—Pensé que no volvería a verla así.

Rhian Hoover se recostó sobre varios cojines, cerró los ojos y mantuvo la cabeza echada hacia atrás.

Jack meneó la cabeza y estiró el mentón.

—Todo está arreglado, Rhian.

—¿Seguro?

Jack se sintió un poco incómodo.

—Eso creo —dijo automáticamente. Se concentró en el perfil de sus patillas—. No esperes dócilmente a que mamá te dé una contundente bofetada en la mejilla, Rhian, como cuando eras pequeño. No lo va a hacer. Ya no. Está enferma.

—Lo sé. Hace años que lo sé. El problema es que ella no se ha dado cuenta todavía de lo mal que está.

—Siento que ha venido para aceptar lo que ocurrió.

—Sí —concedió mientras jugueteaba distraído con el cierre del estuche plateado que contenía el juguete con el que deseaba satisfacer a Heather.

—Tiene muchas preguntas sin responder. Y se ha encontrado con un muro.

Rhian se levantó como un resorte y se acercó al cuarto de baño. El olor a jabón inundaba el ambiente.

—¿Qué insinúas?

—¡Nada! Es evidente que no se lo estás poniendo fácil a mamá. —Cogió la toalla y se retiró los restos de jabón—. Repito: creo que ha venido para tratar de aceptar lo que ocurrió. Necesita que todos sus fantasmas se desvanezcan. No seas tan inflexible con ella, por favor.

Rhian pasó un rato sin contestar.

—Necesito que esta noche te encargues de todo, Jack —anunció desviando la conversación—. Tengo cosas importantes que hacer.

—Sin problemas.

—¡Vaya! —sonrió y, levantando una ceja con suspicacia, añadió—: Ha resultado más fácil de lo que me imaginaba.

Heather retorció con impaciencia las asas del bolso. Inexplicablemente, estaba nerviosa. El calor dominaba su cuerpo y la excitación, medianamente controlada durante el último vuelo, desbordaba toda su capacidad de concentración.

Rhian estaba en una situación similar. ¡Incluso peor! La opresión de sus *Calvin Klein* hacía que toda la sangre se le concentrara entre las piernas.

¡Dioss!

*Ansiaba volverla loca, aprisionarla entre sus piernas...*

¡Oh, sí... sí!

*¡Hacerla gritar era lo que más deseaba!*

Sujetó el volante del *Bugatti Veyron Grand Sport Vitesse Rembrandt* con ambas manos y aumentó las revoluciones del motor, tratando de adelantar a un camión.

La música envolvente de *Michael Bublé* con su *Always on my mind*<sup>[21]</sup> le embriagó al cabo de unos minutos. Pisó a fondo el acelerador y se fundió en el tráfico denso de la ciudad.

Sus pulmones dejaron de funcionar cuando Heather lo recibió minutos después, con una finísima camisa transparente de seda negra que insinuaba más que tapaba.

—¡Wow! —exclamó al percibir los pezones duros, como terrones de azúcar, dibujándose bajo la delicada seda negra. Casi se atraganta con su propia saliva al decir—: Estás preciosa, pequeña.

—¿No vas a pasar? —inquirió Heather acariciándole el mentón con la uña.

El apartamento estaba en penumbra, iluminado puntualmente aquí y allá con la luz de unas velas. Carlota dormitaba plácidamente sobre uno de los sillones.

—¿Qué es esto?

—¿Sorprendido? —sonrió, ayudándole a colocar las manos en torno a sus caderas.

—Me gusta más sorprender que ser sorprendido, pequeña. —Alzó la ceja con sugerencia. El azul de sus ojos hervía en deseo—. ¿Acaso estás buscando una alternativa a tu castigo?

—Tú no eres el único que sabe jugar, Rhian —musitó ella, mordiéndole el labio inferior. Y con una mirada incitadora, exigió con ardor—: Desnúdate, Rhian... La noche será larga.

Rhian se desabrochó los botones de la camisa sin impaciencia, mientras ella, situada a su espalda, hacía resbalar sus tiernos labios desde la nuca hasta los hombros siguiendo la estela de sus tatuajes.

—Alucinante —susurró Heather junto a su cuello.

—No te librarás de tu castigo tan fácilmente, pequeña.

Tenía la garganta reseca. Estaba duro como una roca. No veía el momento de hacerla suya... una y mil veces.

—Mmm... A su debido tiempo —sugirió apretando las caderas contra las suyas.

Rhian asintió y, con la respiración agitada, murmuró acalorado:

—No sé cuánto tiempo más voy a soportar esto...

—Prométeme que me darás mi tiempo.

Levantó una ceja, sonrió y, al recibir un apasionado beso en la nuez, se dejó caer sobre el sofá con la vista clavada en aquellos dos terrones tostados que le apuntaban y que ansiaba tener en la boca.

—Las promesas más fáciles de romper son las que hacemos en los momentos de debilidad, princesa.

Envolviéndola con sus brazos, se colocó sobre ella y la sostuvo firmemente contra su pecho mientras le besaba en la sien. Luego, le sujetó la cara y, observándola con ojos lobunos, se acercó a sus labios y los besó apasionadamente.

—Soy yo el que pone las reglas del juego, pequeña. ¿Lo entiendes?

Heather saboreó cada porción de piel bronceada y tatuada de sus pectorales antes de contestar:

—Perfectamente —dijo, dándole un cachete en el trasero, algo que a él, le puso incluso mucho más duro.

Después de unos cuantos besos y unos cuantos roces embriagadores, Heather le soltó y comenzó a bajarle la cremallera.

—¿Estás segura? —murmuró con voz ronca. El calor que sentía era tremendo.

Con delicadas carantoñas, Rhian comenzó a rozar sus labios con los de Heather, apartándose bruscamente cada vez que ella intentaba besarlos.

—Sí —contestó besándolo con sensualidad.

Rhian sonrió sobre su boca y, succionando su pezón izquierdo a través de la seda, susurró:

—Entonces, pequeña, te sugiero una cosa...

—¿Cuál?

Mordisqueando con sensualidad la punta dorada de las dos crestas hasta hacerla gemir, musitó él:

—Enciéndete para mí...

Excitado, Rhian besó cada porción de piel femenina durante más de media hora, centrándose allí donde su contacto hacía que Heather gimiera con mayor placer.

Acarició con impaciencia sus pliegues, separándolos con mimo, y presionó el clítoris con la yema del pulgar cuando Heather arqueó la espalda invitándole a entrar.

—¡Rhian! —exclamó retorciéndose sobre el sofá ante su avance.

Sedosa, estiró el brazo buscando la hebilla de su cinturón.

—Todavía no —gruñó, consciente de que la espera estaba siendo mucho más tortuosa para él—. Necesito que te enciendas un poco más, pequeña... Tan sólo un poco más...

*¡Dioss!*

*Adoraba que le dijera aquellas palabras.*

La tensión la hizo jadear sin control.

Cerró los ojos y arqueó la espalda, extasiada cuando él le besó salvajemente entre las piernas, robándole el aliento.

—Tan sólo un poco más... —oyó que decía él, insatisfecho—. Un poco más, pequeña... tan sólo un poco más...

Sudorosa, gimió descontrolada al recibir la sacudida electrizante de un orgasmo repentino.

—Por momentos así... vale la pena despertarse cada mañana. —Heather apoyó la cabeza sobre el hombro de Rhian, le acarició el costado y lanzó una sonrisa perezosa que a él le aceleró el pulso alocadamente—. ¿Estás bien?

Asintió adormecida, escuchando el latido de su corazón. Cerró los brazos alrededor de su cuerpo y se apretó con fuerza, concentrada en el sonido de su respiración.

—Pequeña, el sexo es como cocinar; todo el mundo puede hacerlo pero no cualquiera lo hace rico.

Heather tembló, como si tuviera frío, aunque aquello, en realidad, eran los últimos coletazos del orgasmo.

—Rhian... —musitó al cabo de unos minutos.

—Dime pequeña.

—Abrázame, por favor.

La gravedad de su tono le hizo sentir una gran ansiedad.

—¿Así?

La abrazó con fuerza, colocando una mano sobre su espalda y otra sobre sus nalgas, intoxicándola de nuevo.

—Sí —musitó, reajustándose a la dureza que comenzaba a rozarle, abriéndose camino entre sus piernas.

—Duerme un poco, pequeña. Descansa. Te prometo que esta noche no habrá tiempo para vacilaciones ni medias tintas. Esto no ha hecho más que empezar —aseveró sin dar más detalles.

—Umm...

—Shhhh...

Le acarició la espalda y coló sugerentemente los dedos entre sus nalgas.

—Umm... —asintió, todavía en una nube.

Las sensaciones de su cuerpo se multiplicaban por mil. Cerró los ojos y se concentró en disfrutar las tiernas caricias.

—Relájate —sugirió Rhian, hablando de una forma tierna, casi vulnerable. Ella sonrió con debilidad cuando percibió el roce de sus labios sobre el cuello. Un rubor adorable tiñó sus mejillas—. Podría dedicarme las veinticuatro horas del día a hacerte feliz, pequeña.

—Ahh...

Suspiró y sacudió la cabeza.

—Te has convertido en un vicio muy particular, Heather.

Rhian apretó los párpados y jadeó excitado. Su pene pedía a gritos algún tipo de caricia, un mínimo roce dentro de aquellas piernas torneadas de piel blanca.

Heather se inclinó y lo besó en la boca. Le pasó la lengua por los labios y luego, se los mordió con suavidad. La húmeda caricia de aquellos labios le causó una reacción en cadena que se llevó por delante hasta el más pequeño de sus pensamientos.

—Hazme el amor, Rhian —suplicó.

—Pequeña, todavía no —jadeó cuando los dedos de ella rozaron la turgencia de su masculinidad. Cerró los ojos con fuerza—. Ven.

—Por favor... —suspiró. La espera la estaba matando.

Rhian la tomó entre sus brazos como si fuera una pluma y sin dejar de besarla, la llevó hasta la cama. Al notar que las manos le temblaban tras unos momentos de caricias, se tumbó junto a ella y admitió con sensualidad:

—No te imaginas lo preciosa que estás en estos momentos.

Absorbió uno de sus pezones y lo mordisqueó entre los dientes, apretando mínimamente hasta que ella gritó excitada.

—¡Oh, síííí...!

—Estás muy sensible, pequeña. Casi no te he tocado y ya estás temblando extasiada. ¿Por qué me castigas de esta manera?

Heather se echó a reír, haciéndole cosquillas en el pecho con su aliento.

—Sorpréndeme...

Rhian la apretó contra sí, y con la mano libre le apartó el cabello del rostro y le acarició la mejilla.

—Todos los errores humanos son fruto de la impaciencia, pequeña. ¿Confías en mí?

Asintió.

Sus ojos desprendían un brillo especial. Gotas de sudor afloraban por todo su cuerpo. Sus pezones ardían en deseo por su boca.

Rhian se sentó desnudo en el borde de la cama y, sin apartar los ojos de Heather, susurró:

—Acércate y... enciéndete para mí otra vez.

La penetración fue lenta e impetuosa.

Por primera vez en mucho tiempo, Rhian sentía que no tenía prisa.

Deslizó toda la longitud de su erección muy despacio, muy despacio... Nunca había sentido nada tan intenso, tan complejo, tan sublime.

Heather agradeció el momento en el que Rhian comenzó a cimbraer las caderas, golpeando sutilmente las piernas contra los muslos y la dureza de su estómago contra las nalgas.

La temperatura de su cuerpo comenzó a subir unos grados cuando sus pulgares comenzaron a dibujar círculos entre sus nalgas, justo en el punto en el que esa misma mañana él le había rozado.

—¡Oh... sííí...!

—Eso es, pequeña —gruñó. Imprimió presión en sus costillas, obligándola a reajustar la posición de su espalda y mantenerla rígida contra su pecho. Después, le ayudó a girar la cabeza y le robó un beso compartido con un nuevo gemido—. Eso es, pequeña... Enciéndete otra vez...

—¡Ahhh!

Ese fue el momento preciso en el que Rhian aceleró el ritmo de sus caderas incrementando el sonido de sus cuerpos al chocar.

—Argg —gruñó él al percibir un calor abrasador a lo largo de la espina dorsal. Cimbrió las caderas, saqueando la sedosa y estrecha cavidad femenina, mientras los testículos se preparaban para la descarga.

—Rhi... Rhi... Rhian... —gritó Heather ahogadamente contrayendo los músculos de la vagina para succionar la enorme erección que, orgásmicamente, aleteaba en su interior a punto de estallar. Agotada, cerró los ojos y se apretó contra el duro pectoral mientras él imprimía un poco más de velocidad a sus movimientos, haciendo que el deseo palpitará por todo su cuerpo—. ¡Ohh, síííííííí...!

Tras unos minutos de relax en los que ninguno de los dos fue capaz hablar, Heather fue la primera en tomar la palabra.

—Eres increíble, Rhian.

Le besó la clavícula y recorrió con las yemas de los dedos la curva de su espalda. La piel estaba suave y tibia.

—Tú también estás increíble, pequeña —respondió él besándole con ternura un pezón. Su piel era pura seda... Carraspeó, y aclarándose la garganta, susurró—: Siempre estás... tan húmeda... y excitada para mí... Pequeña, mi cuerpo se descontrola cada vez que te enciendes para mí.

Rodaron sobre el colchón. Esta vez era ella la que estaba sobre él.

—Heather... —pronunciar su nombre le rascó la garganta—. Mi pequeña...

Heather Rothscill adoraba que él la refiriera de aquella manera.

Tras unos momentos de caricias, Rhian notó que las manos le temblaban otra vez.

—¿Estás bien?

Se puso tenso cuando ella comenzó a acariciarle el ombligo.

—Mmm... —Cerró los ojos—. Perfectamente. ¿Qué haces?

—¡Nada! —Se mordió el labio inferior con picardía mientras sus dedos recorrían la parte alta de sus muslos, a la altura de la entrepierna.

—¿A qué te refieres?

—No me has dejado tocarte en toda la noche.

—¿Estás segura? —inquirió él, alzando una ceja.

Ella movió la cabeza afirmativamente antes de decir:

—Tú también tienes necesidades.

La idea de hacerla suya otra vez le excitaba tanto...

—Tu placer es lo único que me importa, pequeña. No importa cuántas veces me quite las ganas de ti, siempre sé que tendré más al cabo de un rato.

El sudor le recorría la espalda cuando, tras media hora de torturada excitación, Heather se dobló y le exigió que la penetrara otra vez. Esta vez, la erección que cargaba él era sin precedentes. Ambos se abandonaron a una relación ardiente plagada de desenfreno.

—A veces al buen sexo se le puede añadir un poquito de picardía, ¿no te parece? —preguntó Rhian horas más tarde.

—¿Más? —contestó golosa con la cabeza en su hombro.

Rhian se mordió el labio inferior y la miró con ojos libidinosos, mostrándole el estuche plateado en cuyo interior se encontraba la pieza clave con la que sin duda Heather alcanzaría un nuevo nivel de excitación. Observó la reacción de su cara en el espejo.

—En el amor y el sexo, todo es un acuerdo, pequeña —aseguró él cuando ella abrió la tapa—. ¿Preparada?

El interior del estuche estaba revestido de rojo satén. En el centro, colocado milimétricamente en un pequeño hueco, había una pieza de cristal con tres esferas de diferentes tamaños.

—¿Qué es esto?

A Heather le excitó imaginar cómo se usaría aquello y sobretodo el hecho de que ninguna de sus amigas, ni siquiera Aubrey, le hubieran hablado jamás al respecto de aquel artículo.

—Un masajeador. —Heather frunció el ceño. Las manos comenzaron a temblarle. Desplegando su sonrisa más sensual y atractiva, él añadió—: Sirve para ayudar a la dilatación anal, pequeña, preparando el terreno para vivir la experiencia del disfrute que otorga esta práctica.

Heather abrió los ojos y sintiendo el aleteo incansable de Rhian entre sus piernas, comenzó a acariciar la transparencia de la pieza con las yemas de los dedos.

—La droga más fuerte que altera la mente es precisamente el sexo, pequeña. —Apoyó la cabeza en el antebrazo y se recostó sobre los almohadones, centrado en las reacciones de su rostro—. Desearía saber qué pasa en estos momentos por tu cabecita, princesa.

—Rhian, yo... —balbució—. ¿Qué te hace pensar que yo...?

—Princesa, ¿sientes mi corazón? —Estiró las piernas y sin dejar de mover rítmicamente las caderas, le ayudó a apoyar la oreja sobre su pecho. Sus latidos eran acelerados—. Me vuelves loco cada vez que te enciendes para mí, pequeña. ¿Lo sientes?

Ella parpadeó y sus pestañas rozaron la piel tatuada de sus pectorales.

—Sí, Rhian... lo siento... —jadeó al sentir el calor abrasador de sus labios en torno a su cuello. Aquel reguero de besos le nublabla los pensamientos.

—Para iniciarse en la estimulación anal, siempre es recomendable comenzar paulatinamente acostumbrando la zona, preparándola para algo mucho mejor... Creo que estás preparada para subir de nivel, ¿no crees?

Hervía en deseos de comenzar.

Heather tragó saliva y cerró los ojos dejándose llevar por las palabras y las caricias de él. Sentía la dureza de su estómago contra el suyo y la tersa piel de su duro pectoral rozándose con la turgencia de sus senos.

—Me encanta ver cómo te enciendes para mí, pequeña, y cuando cierras los ojos y te dejas llevar por la dulzura del placer travieso y retozón.

—Me gusta estar contigo, Rhian —susurró arqueando la espalda cuando el comenzó a acariciarle con la bola más pequeña, dilatando con pequeños círculos la entrada estrecha y profunda que se escondía entre sus nalgas—. ¡Oh, sííí...!

—Eso es, pequeña... ¡Déjate llevar! Enciéndete, Heather, enciéndete otra vez más... ¡Enriquécete con tu propio placer! —exigió acelerando el movimiento de caderas al mismo tiempo que introducía la segunda bola del juguete.

—Sííí... ¡Ahhhh...!

Su gemido se convirtió en un grito, descontrolado, desenfrenado, placentero.

Nunca antes había experimentado una sensación como aquella.

—Sííí... —vociferó con la respiración agitada cuando le sobrevino por fin el orgasmo y se dejó arrastrar hasta un profundo y reparador sueño apoyada sobre el duro pectoral de él.

Durmieron abrazados el resto de la noche.



Heather abrió los ojos, apartó el edredón, se acercó a Rhian y colocó los brazos alrededor de su cintura apoyándose en su espalda sin decir nada.

Él no se movió.

—¿Te encuentras bien? —inquirió robándole un beso.

Desencajado por la fuerza de aquel beso, Rhian tembló cuando ella murmuró apartándose el cabello del rostro:

—Ha sido... maravilloso. Tengo hambre. Vayamos a desayunar.

—Todo es mejorable, pequeña. ¿Dónde quieres ir?

La pregunta no descartaba nada de su característica sensualidad.

—Al séptimo cielo.

—Creo que las nubes hoy preparan tormenta —anunció él, divertido.

—¿Sí?

—¡Ahá!

—No me importaría mojarme siempre y cuando estuviera contigo. —Le pellizcó la nalga al tiempo que le mordía el labio inferior, estirándolo mínimamente—. Está muy guapo esta mañana, señor Hoover.

—Usted también, señorita Rothscill. Pletórica diría yo. —Le besó en el cuello. Luego comenzó a darle pequeños mordisquitos en el hombro descendiendo peligrosamente hasta uno de sus senos—. Su desnudez derriba con su calor los límites de mi autocontrol.

—*Marylin* dijo una vez que la sonrisa es el mejor maquillaje que una mujer puede llevar.

Se acercó un poco más a ella, como un gato al acecho.

—En su caso, señorita Rothscill, el color que da la lujuria a su piel es su mejor maquillaje.

Le abrió las piernas y le acarició la entrepierna. Volvía a estar húmeda para él. Sonrió.

—Rhian... —suspiró cuando él le rozó con delicadeza el botón que se escondía entre sus pliegues y que palpitaba acelerado—. Vayamos a desayunar...

La risa desapareció de su mirada.

—Tú eres lo único que sacia mi hambre, pequeña.

—Tengo hambre, Rhian —insistió Heather.

—Prométeme que regresaremos pronto.

—Sí —admitió sin ambages, recogiendo el pelo en una coleta alta. Después, abrió el armario y se enfundó en unos vaqueros desgastados.

—Prometo arrancártelos con los dientes.

—Eso está por ver.

—¿No me crees capaz?

Levantó la ceja izquierda con sugerencia mientras trataba de acomodar la dureza de su pene en el interior de sus *Calvin Klein*.

—No si yo no te lo permito —le retó ella, lanzándole la camisa a la cara—. ¡Vístete!

—Aclaremos este asunto, pequeña —dijo y, enfrentando sus ojos azules con los de ella y con la barbilla alzada en un gesto de firme decisión, aseguró—: Lo haré.

Heather sonrió, moviendo la cabeza de un lado a otro. Aquellas palabras encendieron el deseo otra vez en su cuerpo. Sus pliegues comenzaron a lubricarse bajo el vaquero.

Carlota ladró al otro lado de la puerta.

—¡Vístete!

Abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar.

Rhian alzó los hombros y acto seguido, se dirigió al cuarto de baño. Cinco minutos después, ambos salieron a la calle y el viento les azotó en la cara.

—¿Te apetece unos *pretzels*<sup>[22]</sup>?

—Preferiría algo más dulce, pequeña... —dijo envolviéndola con el brazo—. A ti, por ejemplo.

—Eso tendrá que esperar, Rhian.

—No sé si voy a ser capaz de aguantar, pequeña. Necesito sentir tus gemidos ahogándose en mi boca.

Colocó la mano sobre su cadera y, levantándole ligeramente el jersey, le acarició la tibia piel del costado. A ella, aquel roce tan sutil le generó quemaduras de tercer grado.

—En *La Colombe* hay un café *expresso* maravilloso —anunció Heather tratando de distraerle de sus pensamientos—. ¿Te gusta el café, Rhian?

—Me gustas tú, pequeña.

Heather percibió cómo sus yemas suaves reptaban por sus costillas bajo el jersey hasta rozar la carne trémula y turgente de su seno derecho.

—Para, por favor —suplicó, percibiendo cómo sus pezones se ponían duros y, tras morderse el labio superior, añadió—: No llevo ropa interior.

Él se paró en seco y, abrazándola poderosamente, percibió la dureza de sus pezones a través de las prendas.

—Pequeña, ¿por qué eres tan mala conmigo? —Sonrió con picardía—. ¿No es suficiente el castigo de la espera?

—Eres tú el que está perdiendo el tiempo, Rhian. Yo sólo quiero comer algo y volver a la cama. En cambio, tú...

—¿Yo?

Reanudaron el paso.

—Sí, tú —sonrió—. ¿Tan difícil es para ti mantener las manos quietas al menos durante cinco minutos?

—Un segundo es para mí una eternidad, pequeña —le susurró al oído—. La ausencia de contacto corporal puede aumentar el entusiasmo en una relación. Sin embargo, contigo es todo tan distinto...

—¿Lo es?

—Sí.

Su voz era ronca.

—Tengo hambre, Rhian. ¡Créeme!

—Yo también, pequeña. Hambre de ti... —El corazón comenzó a latirle con fuerza y, de manera inconsciente, se mordió el labio—. Ya te lo he dicho.

—Una cosa no es incompatible con la otra.

—A veces sí —susurró guiñándole el ojo pícaramente—. Este es, precisamente, el ejemplo más claro.

—Serán sólo unos minutos.

—Lo suficiente como para que me vuelva loco, princesa.

Heather se detuvo en seco y, apoyando las manos sobre la dureza de sus pectorales, se colocó de puntillas y, acercándose a su oreja derecha, susurró antes de morderle el lóbulo:

—Te recompensaré por esto, Rhian...

Sonrió cuando él acercó sus labios a su oreja y, haciendo una fuerte labor de contención, sugirió envolviéndola con su caldeado aliento:

—Para mí es suficiente que te enciendas como tú sabes y te limites a disfrutar, pequeña. ¿Lo harás?

—Ella no contestó de inmediato—. ¿Lo harás, pequeña?

Empezó a besarle el cuello e, introduciendo la mano a través de la cintura del pantalón, le envolvió una nalga justo cuando se disponían a atravesar las puertas acristaladas del local.

—Rhian... —se quejó.

Heather sacudió la cabeza y le brindó una mirada de agradecimiento cuando sus besos se detuvieron.

Estaba empapada... y muy excitada...

No sabía cuánto tiempo más iba a poder resistir sin devorar aquellos labios carnosos si él seguía actuando de aquella manera.

—¿Lo harás? —insistió él.

—Sólo si me dejas desayunar tranquila.

—Si por mí fuera, te hacía gritar aquí y ahora.

—Llamarían a la policía y te llevarían arrestado.

Con un brillo severo en los ojos, Rhian atravesó con naturalidad el local con la mano apoyada íntimamente en la cintura de Heather.

Un excitante estremecimiento había recorrido el cuerpo de ella en respuesta.

—Supuse que me llevarías a un lugar más íntimo —apuntó Rhian cuando se sentaron en una mesa al fondo del local.

—Lo que menos falta nos hace en estos momentos es intimidad, Rhian —se burló al tiempo que pasaba las hojas de la extensa carta de cafés—. ¿Qué vas a tomar?

—¿Y tú?

—Un *expresso*.

—¿Sabes que el café es un veneno lento?

Rhian puso atención en el aleteo de sus pestañas, en la elegante mano de largos dedos que descansaba sobre la madera y, sobre todo, en la estructura de aquellos pechos exuberantes que se asomaban a través del recatado, a la vez que atrayente, escote en V. Respiró hondo.

—Hace más de veinte años que bebo café y aquí sigo. —Heather se encogió de hombros y apoyó la carta sobre la mesa—. ¿Qué prefieres?

—Prefiero hacer el amor, pequeña —comentó moviéndose en su asiento al sentir una incómoda pesadez en la entrepierna. Ninguna otra mujer provocaba todo eso en él.

—¿Sabes que el amor es... que el amor es como un café a las ocho de la mañana de un lunes?

Rhian se puso en tensión y comenzó a jugar con el envoltorio vacío de un azucarillo que había sobre la mesa. Fijando sus ojos azules en el reloj que había colgado en la pared, junto al mostrador, anunció con una sonrisa picarona dibujada en los labios:

—Creo que hemos venido un poco tarde, pequeña. Hoy es viernes y... y si aquel reloj no está retrasado, son casi las diez. Yo no sé si el amor es como un café. Nunca me lo he planteado. En cambio...

—¿Qué?

Le acarició la oreja, junto a la patilla izquierda de su barba.

—Olvídalo.

Ella se puso a la defensiva. Todo su cuerpo estaba sumido en un intenso cosquilleo.

—¡Rhian!

El hermoso rostro de Heather estaba pálido y tenso.

—Heather —respondió él con un nudo en la garganta, tratando de seguirle el juego.

—¡Algunas veces eres... eres...!

Rhian enarcó una ceja de manera sugerente a lo que ella respondió con una mirada fulminante de auténtico desagrado que a él le hizo palidecer.

—¿Qué soy, pequeña? —inquirió con ese tono suave y de aparente seguridad que siempre utilizaba en sus preguntas. Luego, la besó y, antes de dirigirse al mostrador, susurró—: Tienes café en la mirada,

pequeña. Eso explica por qué me quitas el sueño.

—¡Tonterías!

—Te deseo, Heather. Quiero arrastrarte a la cama, hacerte sudar, temblar e incendiar tu cuerpo hasta poseerte... pero todo a su debido tiempo.

El aromático y varonil olor de su sexualidad se coló por sus fosas nasales, excitándola todavía más. Aquella deliciosa sensación era algo bienvenido y familiar, y mientras la mano de Rhian descendía con admiración por su cuello, Heather se dejó tentar por aquella conducta inmoral.

—Esperaré impaciente a que desayunes, pequeña. Come bien porque yo también tengo hambre... —Tragó saliva—. Hambre de ti...

Heather se quedó paralizada ante semejante afirmación. Todos los poros de su piel se pusieron en tensión. Rhian tenía la habilidad de incendiarla con sus palabras, como si todo su cuerpo fuera una tea.

La humedad se concentró entre sus piernas. Apretó los muslos y se mordió el labio inferior ahogando el gemido que, de manera inconsciente, brotaba de su garganta.

—No... ¡No! ¡No puedes hacer eso, pequeña! —exigió—. No desperdicies un manjar tan exquisito en un sitio tan frío y lúgubre como éste.

Rhian agachó la cabeza y le robó un intenso y largo beso, deslizando la lengua sobre la suya, encendiéndola un poco más. Al sentir la vibración del móvil contra su muslo, se levantó de su asiento y dijo:

—Vuelvo enseguida. —Se alejó unos pasos.

Heather, encendida de pies a cabeza, se concentró en la silueta de su espalda.

Durante un breve segundo, Rhian vaciló en contestar:

—¡Jack!

—¿Dónde estás?

—No es asunto tuyo.

—¿Dónde estás? —preguntó por segunda vez.

Rhian tensó la mandíbula y apretó los dientes antes de contestar:

—Desayunando. ¿Qué quieres, Jack?

Llamó la atención de la camarera con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Qué día es hoy, Rhian?

—No soy yo el que tiene que responder a eso, Jack —contestó sin ningún tipo de expresión—. Mira un calendario.

—¡Rhian!

Por la manera en la que Jack se dirigió a él, Rhian determinó que había problemas.

—Déjame pensar —sugirió, tratando de no echar más leña al fuego—. Mmm... Viernes. ¿Por qué?

—¿Qué va a tomar, señor? —inquirió la camarera abstraída en sus ojos azules.

—Un momento, Jack. Dos *expressos* y seis *pretzells*.

—¿Algo más?

Rhian movió el índice de su mano izquierda negativamente.

—¿*Pretzells*? ¿Café? ¿Desde cuándo tomas café, Rhian?

—Tengo apetito. —Su respuesta iba cargada de cierta ironía—. ¿Qué quieres, Jack?

—Tú verás.

—Me temo que no entiendo lo que quieres decir...

—Hoy es el día...

La garganta se le secó.

—¡Mierda! —Se pasó la mano por la cabeza y después por la barba. Comenzaba a picarle el cuello—. Lo había olvidado por completo, Jack.

—La secretaria de la señora Vashow ha llamado para adelantar la cita.

—¿A qué hora?

Rhian sonrió cuando Heather se encogió de hombros tratando de averiguar el motivo de su enfado.

—A las tres.

El corazón se le saltó un par de pulsos, de la impresión.

—¡Dios!

—Tienen que prepararte para la reunión, Rhian —comunicó Jack con seriedad—. Han transferido quince mil dólares por el tiempo extra.

—Ve tú, Jack —sugirió Rhian a Jack, mirando hacia el extremo opuesto del local. Heather estaba distraída revisando los mensajes de su teléfono móvil—. Hazme ese favor.

—Sabes que no es posible, hermanito. Te quieren a ti.

Rhian maldijo admitiendo cuánto se había complicado todo.

—No he nacido yo para el *nantaimori*, Jack —susurró ocultando sus labios tras la mano al tiempo que arrastraba la bandeja hasta un extremo de la barra sirviéndose del codo.

—Sólo es un ritual gastronómico, Rhian, más estético, culinario e insinuantemente erótico que abiertamente sexual.

—No estoy preparado para esto, Jack —repitió entre dientes—. La sumisión no es mi fuerte.

—Estás entrenado para soportar cualquier cosa, Rhian.

—¡Maldita sea, Jack, no me cabrees! Para soportar esta situación más que entrenamiento me haría falta una sedación con Propofol.

—¡No seas exagerado, Rhian! —Durante unos segundos, Jack sólo pudo oír la respiración agitada de Rhian, al otro lado de la línea—. Imagínate que estás tumbado en la playa tomando un mojito.

—¡Ja! No me gusta la playa —contestó Rhian con marcado disgusto.

—Tengo una reunión a las doce con McFarland. No quería que lo supieras todavía —admitió Jack con desgana—, pero ya nos han concedido el permiso. Ve pensando cuándo quieres hacer la inauguración del *OuterKnown*.

—Suena bien —vaciló por un instante, pero tenía que preguntarlo—: ¿Qué ocurriría si me niego a ir?

—¿Por qué ibas a hacerlo si ya te has comprometido? —Rhian permaneció en silencio—. El dinero nos hace falta ahora más que nunca.

—Lo sé.

—Puedes darle las gracias a todas las mujeres con las que te acuestas por su maravilloso buen gusto, porque sin ellas no podríamos hacer frente a todos los gastos que tenemos. ¡Conciénciate, Rhian! Poner en marcha un hotel de las características del *OuterKnown* no es lo mismo que un local nocturno como *Le Bain* o *Gloss*.

Rhian torció el gesto y esbozó una mueca de disgusto mientras mordisqueaba un *pretzell*. Por una vez, por una maldita vez, su hermano tenía razón.

—Nuestra vida es lo que es, Rhian. Decidimos dedicarnos al sexo, y el *nantaimori* lo tenemos que ver como una nueva forma de hacer nuestra labor. ¡Simplemente!

—¿Puedo decirte algo?

—Tú dirás —concedió Jack.

—Te odio.

Jack Hoover se carcajeó abiertamente. Luego, dijo antes de colgar:

—Hotel *Radisson Martinique*, habitación 503. Tres de la tarde.

Rhian permaneció inmóvil durante unos segundos observando la pantalla de su terminal.

¿*Nantaimori*?

¿*Cómo iba a ser capaz de...*?

El alma se le cayó a los pies y sintió como si se le hubieran paralizado todos los músculos. Comenzó a caminar con dificultad.

Sintió una intensa opresión en el pecho justo segundos antes de que la oscuridad lo envolviera todo.

—¿Dónde estoy?

Rhian Hoover abrió los ojos muy despacio en dos pequeñas líneas, enfrentándose a la intensa luz blanca que caía del techo.

—Shhhh... Tranquilo —susurró Heather. Acariciándole la suave piel del hombro con los dedos, sugirió—: Descansa.

Como en un acto involuntario, Heather pasó la yema del pulgar por su garganta subiendo a lo largo de la curva de la mandíbula hasta llegar a sus labios. El perfil de su barba comenzaba a desdibujarse allí donde horas antes había estado perfectamente recortada.

—Rhian... —suspiró Heather con preocupación cuando volvió a entornar los ojos—. ¿Qué te pasa?

—Señora Hoover —dijo una voz a su espalda—. Su marido ha sufrido un episodio de hipoglucemia. ¿Cuánto hace que no come?

¿Señora Hoover?

¿Marido?

¡Qué bien sonaba aquello!

—Emm... él no es mi... —balbució—. No lo sé.

—No se preocupe señora Hoover —dijo el médico—. Estamos intentando estabilizar sus niveles de azúcar en sangre.

—Su marido es un hombre fuerte —admitió la enfermera tratando de ajustar el tensiómetro al poderoso bíceps tatuado de Rhian—. Se pondrá bien enseguida.

—En unos minutos le extraeremos otra vez una muestra de sangre y habrá que esperar los resultados del laboratorio para saber si podemos darle el alta —indicó el facultativo—. Mientras tanto...

Rhian abrió los ojos mínimamente otra vez y preguntó con voz queda:

—¿Cuándo?

—Tranquilícese, señor Hoover. —Rhian parpadeó pesadamente mientras trataba de enfocar la mirada cuando la enfermera apoyó la mano sobre su hombro desnudo—. ¿Acaso no está bien atendido aquí? No mueva el brazo, por favor.

La enfermera ajustó con dificultad una goma en torno a su bíceps. Rápidamente, se le hincharon las venas.

—Señor Hoover, no se muevaaaaaa... —le indicó alargando excesivamente las palabras—. A veeeeerrrr...

Tentó la vena antes de clavar la aguja.

—Argg...

—¡Hombres! —exclamó dirigiendo una amigable sonrisa a Heather—. Tan fuertes para unas cosas y tan débiles para otras... No se queje tanto, señor Hoover. Es sólo un pinchacito de nada. ¿No me irá a decir que un hombre como usted tiene miedo a las agujas?

—Argg...

—Aguante un poco. Esto ya estááááááá... ¡Listo! —exclamó, extrayendo la aguja—. Como ve no ha sido para tanto.

Rhian tosió y se revolvió bajo las sábanas cuando la enfermera se marchó. Luego preguntó adormilado:

—¿Estás bien?

Heather sonrió forzosamente y se acercó a él. Le acarició el hombro y recorrió el perfil de sus tatuajes con dedos temblorosos.

*Quería llorar.*

*¡Necesitaba llorar!*

Nunca antes había sentido tanto miedo, ni siquiera aquella vez en la que el avión en el que viajaba tuvo que hacer un amerizaje en el *Pacífico*. De aquello hacía ya más de seis años.

—¿Seguro?

Heather no contestó de inmediato y mantuvo la concentración en el perfil de sus tatuajes.

—¿Qué te ocurre, princesa? Y no me digas que nada porque me estarías engañando.

Cuando Heather desvió la mirada, ocultando las lágrimas que comenzaron a resbalar por su rostro, Rhian sintió que se le congelaba la sangre en las venas. Tras un tenso silencio, insistió, acariciándole la espalda:

—Pequeña, dime algo, por favor. Estás temblando. Siento mucho...

En sus ojos azules se reflejaba el miedo.

Sorprendida al ver su cejo fruncido, Heather sonrió forzosamente y, acercándose más a él, susurró, acariciándole el mentón con manos temblorosas:

—No vuelvas a hacerme esto, Rhian.

Asintió y la estrujó entre sus brazos, robándole un beso. El electrocardiograma comenzó a pitar, marcando el ritmo acelerado de sus pulsaciones.

—Nunca podré perdonarme el sufrimiento que te he causado, pequeña. Lo siento.

Heather se sentó en el filo de la cama y miró con profundidad el azul intenso de sus ojos. Luego, le besó con ternura los labios y le abrazó con intensidad.

Necesitaba sentir la protección que le garantizaban los músculos fuertes de aquellos brazos y percibir la dureza de aquel pectoral de piel tintada y bronceada.

—Te prometo pequeña que esta noche te recompensaré —insinuó acariciándole tiernamente el pezón por encima del jersey.

—Para... —gimió excitada—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Deserte princesa... —Alzó la ceja con sugerencia, derritiéndola como siempre—. Ya lo sabes.

Heather cerró los ojos y se mordió el labio cuando él acarició, por segunda vez, los montículos marcados bajo el jersey.

—Esta noche tendré que concentrarme en solucionar este tema, princesa. Te excitas con suma facilidad.

—Eso será si yo te dejo —dijo besándole la punta de la nariz—. Recuerda que tienes que descansar.

—Me dejarás —aseguró convencido. Su voz acelerada y desesperada mostraba lo excitado que estaba—. Te desnudaré muy despacio y te encenderás para mí...

Heather asintió.

—Estoy tan duro... —Aceptando la invitación a acercarse un poco más a él, Heather atendió a lo que le decía dejando volar su imaginación—: No te imaginas las ganas que tengo de ti, pequeña.

La cogió entre sus brazos y metió la mano bajo el jersey, subiendo peligrosamente.

—Rhian...

Un calor abrasador le recorrió la espina dorsal.

—Podría... —gimió acalorado.

—¡Para si no quieres quemarte!

—Estoy duro como una roca, Heather. ¿Lo notas? —inquirió, dirigiendo su mano por debajo de las sábanas hasta su poderosa virilidad.

Con gesto simpático, Heather asintió.

Rhian dobló las rodillas y se movió en la cama, ahuecando la sábana.

—¿Estás nerviosa?

—Sí.



—No pares... —gruñó con su dulce y ronca voz masculina, relajando el cuerpo al sentir el calor tan familiar de su mano en su cintura.

Una mirada dolida le recorrió el rostro, oscureciendo el azul intenso de sus ojos, cuando ella concluyó la incursión bajo las sábanas y dijo:

—Señor Hoover, está enfermo y ésta no es precisamente la medicación que necesita en estos momentos.

Él frunció los labios con desaprobación y parpadeó un par de veces, con la consternación escrita en el rostro.

—Vaya. Creía que te importaba mi estado de salud...

Una sonrisa se extendió en su boca cuando ella trazó el perfil de una de las estrellas tatuadas sobre el pectoral.

—Vuelvo enseguida.

—¿Dónde vas?

La observó nervioso.

—Tengo hambre. —Agrandó los ojos y se acarició el estómago. Luego, añadió cariñosamente—: Señor Hoover, por su culpa estoy todavía en ayunas.

—¿Qué hora es?

—La una y cuarto.

El cuerpo de Rhian se puso en tensión. Agarró con fuerza la mano de Heather y contuvo las náuseas.

—¿Qué ocurre, Rhian?

—Ayúdame a levantarme.

—¿Estás loco?

—He de irme, pequeña. Tengo que resolver un asunto.

—¿Qué hay más importante que tu propia salud, Rhian? —preguntó desesperada cuando vio que se arrancaba la vía del brazo.

—¡Tú!

Aquello había sido un piropo en toda regla. Aun así...

—Relájate, Rhian.

Sonrió melosa y le ayudó a sentarse en el filo de la cama.

—Sólo lo consigo cuando estoy contigo, pequeña. ¿Dónde están mis pantalones?

Heather guardó la cartera en el bolso.

—En el armario.

—Lo suponía.

—Esto no está bien, Rhian. No puedo aceptarlo. Fíjate en tu brazo. ¡Estás sangrando!

Un rictus de desesperanza se dibujó en el rostro de Heather. Estiró la espalda y se envolvió con los brazos en un gesto de protección. Luego, negó con la cabeza.

—Ojalá supiera lo que te pasa o lo que estás pensando...

—No hace falta que te esfuerces demasiado, pequeña —dijo besándole la punta de la nariz—. Pienso en ti.

Sus ojos se oscurecieron con deseo.

—Ya.

—Fíjate el efecto que causas en mí —le indicó señalando la creciente erección bajo sus pantalones—. No veo el momento de hundirme otra vez en ti, princesa.

Heather sonrió. El placer tronaba con cada palabra de él.

—Estás loco, Rhian —bromeó a través de los dientes fuertemente apretados.

—Lo sé, pequeña, lo sé.... —Sus ojos centellearon cuando ella comenzó a abrocharle los botones de la camisa. Estaba arrugada—. Pero ya sabes por quién.

Quince minutos después, en el interior del taxi, Heather se atrevió a preguntar:

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? ¿Quieres?

Le ofreció un mentolado.

—No. ¿Por qué has hecho esto?

—Tu inocencia me desarma, pequeña. —Pasó el brazo por sus hombros y le ayudó a acercarse a él.

Le besó en la sien e inhaló el almizclado olor de su perfume—. Tengo cosas importantes que hacer.

—¿Qué hay más importante que tu propia salud?

El brazo de él la mantuvo anclada junto a su cuerpo, duro como el mármol.

—Sólo tú. Es obvio. Pero...

Acarició su cabello, suave, de un rico y brillante tono dorado y la observó divertido, excitado, anhelando hacerla gritar... Deseaba hacerle el amor. ¡Otra vez!

Habían pasado demasiadas horas desde la última vez que ella se había encendido para él y se había dejado arrastrar por la pasión y la lujuria de sus caricias y sus besos... Suspiró, tratando de controlar sus pensamientos. Su olor era extremadamente embriagador.

—¿Qué?

Su ingenuidad era cautivadora.

—Olvídalo, pequeña. Tengo que trabajar.

Al recordarlo, su rostro se cubrió de oscuridad.

—¿Es importante?

Rhian vaciló. Verdaderamente, no lo era. Sin embargo, había adquirido un compromiso y no podía faltar a su palabra. De lo contrario...

—Más o menos. Cuando tocamos fondo, lo único que podemos hacer es renacer de las cenizas como el *Ave Fénix* y demostrar al mundo lo mucho que valemos.

—Ya —suspiró, oculta debajo de su brazo.

—Prometo recompensarte, pequeña —aseguró Rhian, acariciándole el labio inferior con el pulgar.

—Sé que lo harás.

Cuando el taxi se detuvo junto al portal, él murmuró con voz baja y tranquila, enmascarando toda su decepción:

—Heather, tengo que irme. ¿Estás bien?

—Estoy bien —parpadeó un par de veces, sonando un poco apagada.

—Eso es lo que necesito saber. —Apretó los dientes—. Me gustaría quedarme, pequeña. Sin embargo...

—La idea es deprimente.

Una mirada dolida cruzó su rostro y le dieron ganas de lanzarse sobre ella, acunarla entre sus brazos, arrastrarla hasta el dormitorio y exigirle que se encendiera para él.

—No te tortures de esta manera, pequeña.

Cerró los ojos y la recordó con las pupilas dilatadas y los labios entreabiertos aullando de placer, sintiendo un sinfín de descargas eléctricas en torno a sus pliegues que le ofrecían sin descanso una exquisita humedad caldeada de gustosa y descarada femineidad.

*¡Cuánto deseaba excitarla con sus labios y tenerla entre sus piernas animándola a que se encendiese para él!*

—Espéreme —exigió Rhian al taxista ofreciéndole un billete—. Vuelvo en un par de minutos.

Ayudó a Heather a salir del vehículo y la acompañó hasta el ascensor. La besó y jugó con su lengua durante unos segundos, caldeándola hasta que sus pezones se pusieron duros y le rozaron el pecho.

—Siento dejarte así, princesa... —Tenía la garganta reseca—. Pero es la única forma de asegurarte que volveré a terminar lo que acabo de empezar contigo.

Miró las manecillas del reloj. Las tres menos veinticinco.

—En cuestión de media hora tengo una reunión muy importante. —No deseaba ir. Cerró los ojos y armándose de valor, dijo—: En estos momentos no me siento con fuerzas suficientes como para encerrarme contigo en el ascensor y hacerte gritar. ¿Lo entiendes?

Heather asintió.

*¡Oh, sí!*

*Aquello era lo que más le apetecía.*

Rhian respiraba con dificultad y apretaba su abultada pelvis contra la suya.

El corazón de ambos latía descontrolado.

—No puedo, pequeña... No puedo... No puedo... —Pronunciaba aquellas palabras como un mantra, tratando de convencerse a sí mismo. Luego, recorrió con los labios su cuello hasta las puntiagudas crestas que ya en ese momento rozaban sus palmas—. No puedo... aunque lo deseo fervientemente.

—Márchate Rhian... —sugirió Heather al percibir un húmedo cosquilleo entre sus piernas.

—No puedo... —gruñó él arrastrándola hasta el interior del ascensor mientras le devoraba con fiereza los labios y comenzaba a recorrerle el cuello con la carnosidad de sus labios febriles.

—Márchate... —jadeó ella sintiendo que le faltaba el aire cuando él le subió el jersey y sus senos quedaron al aire—. Márchate, Rhian.

El ascensor comenzó a moverse muy despacio.

Los ojos verdes de ella se iluminaron con obvio deleite cuando él pulsó el *stop* y el ascensor se detuvo. Estaban robándole tiempo al tiempo, apaciguando las ansias febriles de sus debilitados y ansiosos cuerpos.

—No puedo, pequeña... —gruñó cuando ella le desabrochó el pantalón y éste cayó al suelo. —. Mi papel es cuidar de tus necesidades, pequeña. Y yo... ¡Ahh! Yo... tú... yo... —vaciló desorientado cuando ella rozó la cara interna de sus muslos y se concentró en su erección—. Tú eres mi necesidad... ¿Lo dudas?

Heather arqueó la espalda y, tras cerrar los ojos, negó con la cabeza.

Con sensualidad, Rhian le desabrochó el pantalón.

—¿Sigo? —inquirió levantando la ceja sugerentemente. No deseaba otra cosa más que ella le dijera que sí.

Heather sonrió afirmativamente.

—Será algo rápido, pequeña. Te gustará. ¿Confías en mí?

Asintió.

—Buena chica.

Recorrió la suave piel de sus muslos.

—Rhian...

—No te muevas —exigió al tiempo que levantaba su cuerpo y lo colocaba sobre sus hombros inhalando el exquisito perfume de su sexo.

Sopló entre sus pliegues. El fresco aroma mentolado le erizó el clítoris que reaccionó de inmediato, tensándose para él.

—Eres mía, princesa... —gruñó, atrapando el tenso botón rosado oculto entre sus pliegues—. Mía... ¿Lo entiendes?

—¡Oh, Rhi...Rhiannnn!

La sensación era maravillosa.

La cabeza comenzó a darle vueltas hasta que, atraída por aquellos besos tiernos con sabor a menta, arqueó la espalda invitándole a seguir la incursión.

—Eso es, pequeña. ¡Enciéndete para mí una vez más! —exigió absorbiendo toda su humedad—. Mía... Mía...

—¡Sííííí...!

Se tomó unos minutos para saborearla. Después, recorrió con su lengua cada arruga y cada pliegue de su piel.

—Eres tan preciosa, pequeña, tan alucinante y exquisita... —musitó mordisqueándole los pezones para desviar su atención de la poderosa dureza que trataba de abrirse paso entre sus temblorosas piernas. Aquellos pliegues henchidos lo recibieron con gusto, absorbiendo toda su longitud.

—¿Te ha gustado, pequeña? —sus palabras le acariciaron el cuello a medida que él se deslizaba con ternura en su interior... una, dos, tres veces...—. Como ves siempre cumplo las cláusulas de nuestro contrato y te arrastro al placer de una forma diferente.

El cuerpo de Heather no tardó en exigir más... mucho más... obligándole a él a incrementar la velocidad.

—¡Oh, Rhi...Rhiannnn! ¡Sííííí...!

—¡Eso es, preciosa! —gruñó, atrapando uno de sus gemidos con la boca, forzando el ritmo de sus embestidas.

—¡Ahhhhhh...!

Temblando, Rhian dio una respiración profunda, rodeó la cintura de Heather con sus manos, acoplándose a la posición de aquellas suaves caderas y se concentró en sus movimientos.

Los ojos verdes de Heather estaban vidriosos y excitados; su espalda, curvada a la perfección, favorecía la penetración.

—¡Oh, Heather! Tienes una piel deliciosa... —le susurró al oído atrapando un tenso botón entre sus dedos.

Ella se retorció bajo su toque. Él continuó trabajando su pezón, arrastrándola hasta el orgasmo.

—¡Oh! ¡Ahhh! —gimió al percibir cómo uno de los dedos de él se deslizaba en su interior, ensanchando ligeramente sus pliegues y comenzaba a acariciarle el clítoris—. ¡Sííí... si... sigueeeeeee!

Arqueó la espalda un poco más, favoreciendo la incursión. Sin respiración, se apretó contra él, mareada, y le clavó las uñas en los hombros a la altura de las clavículas.

—¡Oh, sí! Eres como una gatita en celo, pequeña —ronroneó Rhian, besándole los labios—. ¡Qué sonido tan hermoso! Me encanta cuando gritas así. Grita, pequeña... ¡Grita! ¡Enciéndete para mí una vez más!

Con respiración laboriosa, Rhian apretó los dientes, movió las caderas certeramente y se dejó arrastrar por la pasión, desarmándola completamente.

—¡Eres exquisita, pequeña...! —exclamó sudoroso al cabo de unos segundos, enfrentándose a sus ojos cansados cuando, con un movimiento certero, se empaló en ella y explotó en su interior. Con las rodillas temblorosas, Rhian vertió todo su fervor en aquel acto tan íntimo. Cuando ella se dejó ir, él se acercó íntimamente a su oreja y le susurró con voz pesada—: Eso es, pequeña... disfruta... disfruta...

Sus ojos brillan con obvio deleite cuando cinco minutos después se recolocó el pantalón.

—¿Estás bien?

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás y la apoyó en el espejo. Cerró los ojos y se concentró en disfrutar los últimos coletazos de un segundo e inesperado orgasmo.

—¿Qué te ha parecido?

—¿Sinceramente?

Rhian asintió.

—Todo es mejorable —bromeó ella con picardía.

—La primera impresión no es siempre la mejor, pequeña.

—Ha sido maravilloso, Rhian. No te vayas... —suplicó cuando él le acarició los muslos, deleitándose en aquellos pliegues rosados y húmedos que pronto iban a estar ocultos por el vaquero.

—Es tarde, princesa. —Miró la esfera del reloj. Las manecillas marcaban las tres menos cinco—.

Por primera vez en mi vida, voy a llegar tarde.

El ascensor no tardó en ponerse en marcha.

—Prométeme que volverás —sugirió Heather con voz vacilante mirándose las manos.

—No hay otra cosa que desee más, pequeña.

—Mientes —señaló ella colocando un dedo sobre sus carnosos labios para callarlo.

—Tal vez... tal vez un poco.

Le guiñó un ojo y besó ligeramente sus labios; después sus parpados y finalmente un mechón de cabello.

Heather sonrió pícaramente y, aprovechándose del momento, le besó con toda la pasión que aún guardaba en su interior. Luego, cuando el ascensor se detuvo en la octava planta, ella salió y le permitió a él marchar.

—La diferencia entre gustar, querer y amar es la misma diferencia entre por ahora, por un tiempo y por siempre, querida.

—Lo sé, Helen. —Aubrey observó que su máscara de pestañas estuviera perfecta y se pellizcó los pómulos ante el espejo—. Sin embargo aún tengo dudas.

—Siempre las hay, incluso después de los años. Sin embargo, lo importante no son las dudas, Aubrey. La pregunta que tienes que hacerte es si quieres de verdad. Recuerda que querer implica mucho más que gustar.

—Tal vez tengas razón.

Helen McLaferti prosiguió:

—¿A quién quieres, a Zackary o a Drew? Hablo de querer de verdad...

—No lo sé... —admitió y puso los ojos en blanco—. Emm... puede que a los dos. Ambos son amantes maravillosos.

Helen cruzó una mirada divertida con Aubrey. Luego añadió:

—Cuando empezamos una relación, las mujeres aspiramos a tener cuidados y atención a diario, buscamos al candidato ideal que cumpla nuestras expectativas para formar una familia y una aceptación incondicional que casi nunca se cumple. —Aubrey asintió. Aquella conversación le estaba comenzando a poner nerviosa—. Necesitamos que los hombres sean capaces de entender lo que precisamos sin anunciarlo y eso no es fácil porque ellos no están preparados para entender nuestros mensajes subliminales.

—No me lo había planteado desde ese punto de vista, Helen. Yo sólo busco un buen amante. Nada más.

—La diferencia entre ser un amante y un excelente amante está en el conocimiento de que el hombre y la mujer son completamente diferentes, querida. —Helen acarició distraídamente el lomo de Carlota. La *Bichón Frisé* se revolvió sobre el brazo del sofá—. ¿Dónde se habrá metido mi hija? No quiero llegar tarde. ¡Dios! Hoy no, precisamente.

—¿Un poco más de vino? —le ofreció Aubrey, desviando el tema de conversación.

Helen McLaferti sonrió, la miró en silencio unos segundos y, acercándole la copa, dijo:

—Tengo que decirle a Heather que compre mejor vino. ¡Este es malísimo!

—Sí... —murmuró Aubrey asqueada.

—El mal gusto lo ha heredado de su padre.

—Sólo en temas de vinos —puntualizó—. Te aseguro que para otras cosas Heather tiene un gusto exquisito.

Helen McLaferti le sujetó la muñeca buscando cierta complicidad.

—¿A qué te refieres?

Aubrey sonrió con picardía.

—¡Olvídalo, Helen! —contestó Aubrey, suavizando la situación.

—¡Ya! No soporto cuando te pones misteriosa.

Aubrey soltó una carcajada y, abrazándola, le besó en la mejilla.

—¿Acaso pretendes que falte a mi palabra de honor?

—Algunas veces me gustaría tener unos años menos para que mi hija y tú me vierais como una amiga más —suspiró. Luego, se levantó con brío y, abriendo los brazos, se acercó a la puerta para recibir a Heather—: ¡Cariñooooo!

Carlota comenzó a ladrar. Saltó al suelo y correteó en busca de su dueña.

—Mamá, ¿estás bien? ¿Qué sucede? ¿Qué haces aquí? —preguntó Heather asustada. Y dirigiéndose a Aubrey añadió—: ¿Y tú?

Aubrey se acercó a ella y le ofreció una de las bolitas de cacao puro con envoltorio plateado que acostumbraba a llevar siempre en el bolso.

—Toma. Veo que tienes un mal día... ¿Dónde has estado metida? No me digas que tú y...

—¡Déjalo Aubrey! —exclamó Heather, lanzándole una mirada torva—. Te lo ruego...

—Hija —intervino Helen—. Últimamente estás siempre enfadada. ¿Acaso quieres morir joven?

—Mamá, no empieces tú también. Voy a darme una ducha.

—¡Arréglate, Heatty!

Heather frunció el ceño. Odiaba aquel diminutivo.

—Lo de Heatty, ¡omítelo! —exigió apuntando a Aubrey con el dedo—. Recuerda que no me gusta que me llames así, ¡¿vale?!

—Claro, Heatty —se mofó Aubrey otra vez.

—¡Arréglate, cariño! —insistió Helen dando pequeños sorbitos al vino.

*¡Faltaría más...!*

—¿Para qué?

Helen se ajustó las gafas en el puente de la nariz, encendió un pitillo y aspiró hondo.

—Cariño. —El humo le hizo toser—. Hoy es viernes. ¿No lo recuerdas?

—Sea lo que sea... ¡No voy a ir! ¿Desde cuándo fumas, mamá?

—Desde hace unos días —admitió aspirando profundamente—. Tendría que haber empezado antes.

—Estás loca. ¡Las dos estáis locas! —vociferó enfilando el pasillo hacia el cuarto de baño.

—Así es —apuntó Aubrey—. Pero somos las locas que más quieres en tu vida. Por cierto, la próxima vez que hagas la compra, esmérate un poco más en la elección del vino. —Heather giró sobre sus talones, entornó los ojos y la miró enfadada—. Este es muy malo.

—¡Vaya! —gritó, luchando con las mangas del jersey—. Entonces ya sabes lo que tienes que hacer la próxima vez. ¡No bebértelo!

—¿Estás bien, Heather? —preguntó Helen McLaferti por encima de sus gritos.

—Perfectamente —ultimó antes de cerrar la puerta del baño.

Su piel hervía acalorada allí donde Rhian le había besado...

—Mmm... —suspiró abrumada por las reacciones de su propio cuerpo al comprobar que no quedaba un centímetro de piel en el que él no hubiera depositado sus ardientes labios.

Encendió el grifo y el agua caliente comenzó a besarle la piel, robándole las tiernas caricias latentes que aún guardaba de él.

Concentrada en las exquisitas sensaciones que, con sutileza, aún palpitaban en algunas zonas de su cuerpo, se enjabonó el cabello, agradeciendo los elogios de aquel demonio de cola larga y orejas puntiagudas al que hacía días que no veía apoyado sobre su hombro izquierdo.

Al cabo de un par de minutos, Heather sonrió al escuchar los gritos de su ángel de la guarda:

*¡No, no, no...! ¡Y mil veces no! No pienses más en él...*

Al mismo tiempo, sentada en el sofá, Helen McLaferti protestaba mientras apagaba el cigarrillo a medio consumir en un cenicero:

—Cada día entiendo menos a mi hija. Siento que no está en su mejor momento.

Aubrey sonrió. Luego, como en un acto involuntario, dijo:

—Las apariencias engañan.

—¿Qué quieres decir?

Helen McLaferti se levantó otra vez del sofá y, a pesar de que el vino no le gustaba lo más mínimo, volvió a llenar las copas.

—Emm... déjalo Helen. Tu hija me mataría si...

—¿Si qué?

—Helen —susurró Aubrey—, prométeme que no vas a decir nada...

—No puedo decir nada si todavía no sé lo que pasa. ¡Me estás asustando!

—No hay motivo mamá —apuntó Heather desde el pasillo, envuelta en una toalla mientras peinaba las puntas de su melena—. Aubrey no te va a contar nada... porque no hay nada que contar.

Llevándose la mano al corazón, Aubrey dijo:

—Menudo susto me has dado, Heatty.

Apuró el vino de un trago y llenó la copa de nuevo.

—Tan sigilosa como su padre —resopló Helen acariciando la frente de Carlota. La *Bichón Frisé* se recostó sobre sus rodillas y entornó los ojos—. Cariño, ¿te queda mucho? Al final, vamos a llegar tarde.

Aubrey se acercó a la ventana. Unos nubarrones negros cubrían el cielo.

—Parece que se va a poner fea la tarde.

—Eso parece —apuntó Helen distraída encendiendo un nuevo cigarro. Aspiró hondo, dando una profunda bocanada antes de decir—: Fumar puede parecer simple, pero consiste en algo más que chupar el humo.

—Deberías dejarlo, Helen. No es propio de ti.

—No me disgusta hacerlo.

—Cuando te acostumbres te resultará más complicado dejarlo. ¡Créeme! Hace días leí que la naturaleza adictiva de la nicotina actúa sobre el cerebro regulando los sentimientos de placer y el deseo de consumir.

—Eso no pasará.

—Eso mismo dicen todos los que están enganchados, mamá.

—¡Yo no estoy enganchada! —exclamó ofendida aplastando el cigarro en el cenicero que ya contenía tres colillas—. Sólo estoy probando cómo sabe... durante unos días.

—Ya.

Heather se acercó a ella y se sentó a su lado.

—¿Cómo estás? ¿Has sabido algo de Greg?

Helen McLaferti frunció el ceño y se le formaron unas pequeñas arrugas en torno a los ojos. Luego, admitió con rotundidad:

—No.

—Deberías llamarlo —sugirió Aubrey—. Habéis convivido muchos años para que vuestra relación termine así.

—¿Así cómo?

—A la vista está, mamá —concluyó Heather con una mueca infantil. Helen frunció el ceño y algunas arrugas envolvieron sus ojos otra vez—. Vuelvo enseguida.

—Sí. Date prisa...

—Ambos os estáis haciendo daño con esta actitud —soltó Aubrey—. ¿Estás segura de lo que has hecho?

Helen soltó una carcajada. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo. Aubrey, encantada de verla tan entregada, no dejó de mirarla a los ojos ni un segundo.

—Nunca antes me he sentido tan segura como en este momento. Dejarlo es lo mejor que he podido hacer.

—Entiendo.

—Hace tiempo que Greg me decepcionó. —Aubrey sujetó su mano y se limitó a observarla, asombrada por su fortaleza—. No te equivoques. Jamás me ha sido infiel. Pero...

—Se terminó el amor.

Heather entró en el salón con los zapatos en la mano y se sentó en una silla para calzarse.



—Así es —afirmó encogiéndose de hombros—. Hace tiempo que me di cuenta de que entre ambos sólo existía cariño. ¡Nada más! Ninguno de los dos nos merecemos que el otro siga ahí por lástima.

—La lástima es el peor sentimiento que puedes despertar en una persona, mamá.

Aubrey asintió.

—Asumiré las consecuencias —suspiró—. ¿Sabéis una cosa? Las mujeres nos parecemos más de lo que creéis. A todas nos excitan los besos, las caricias, el sexo...

Heather sintió que la sangre se le congelaba en las venas.

—¡Mamá!

—¿Qué? —contestó molesta—. ¡Es cierto! Desgraciadamente, Greg está lejos de imaginarse que todo eso es esencial para nuestra relación.

—Lo siento, Helen —dijo Aubrey.

Sin prestar atención al comentario de Aubrey, Helen McLaferti continuó diciéndole a su hija:

—Las mujeres somos mucho más emocionales que los hombres, Heather. Necesitamos que nos calienten antes del sexo. ¿Acaso tú...?

—¡Mamá, estás...! —protestó—. Estás... ¡Las dos estáis...!

—¡Locas! —exclamó Aubrey entre risas dando palmaditas al aire.

—Tal vez, cariño —concedió Helen McLaferti—. Lástima que te hayas dado cuenta tan tarde.

—No tienes remedio, mamá. —Señalando a Aubrey, completó con brío—: ¡Tú tampoco!

—Lo sé.

—Y yo —resopló Helen antes de añadir—: Cariño, ¿qué te queda?

—Dadme unos minutos. Tengo que ver qué puedo hacer con estas ojeras.

Aubrey abrió el bolso y sacó un pequeño neceser.

—Acércate —le exigió estudiando los suaves ángulos de su rostro—. Con unos toquecitos muy sutiles estarás espectacular.

—¡Siempre tan exagerada!

—Y tú tan negativa como siempre —afirmó Helen McLaferti colocando las copas vacías en el fregadero—. ¿No pretenderás ir con la cara lavada?

—Heatty, el maquillaje es la carta de presentación de toda mujer; es lo que nos permite desarrollar una mejor imagen de nosotras mismas y... y... y sobre todo...

—¡Déjalo, Aubrey! No te esfuerces en convencerla. Heather no se parece en absoluto a mí. ¿Me prestas una barra de labios?

—Elige la que quieras.

Helen se pintó los labios frente al espejo. Luego, desapareció unos minutos.

—Maquillar el rostro no significa convertirlo en una máscara, Heather.

—Gracias por la información.

Aubrey sonrió forzosamente.

—Se busca resaltar toda la belleza que encierra. Tanto los colores como el estilo deben adaptarse al óvalo de la cara, a la configuración de los ojos, cejas, nariz y mentón...

—Me agota tu entusiasmo, Aubrey.

La rotundidad de su voz le confirmó a Aubrey que a Heather le pasaba algo.

—Y a mí tu negatividad. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Cariño, ¿dónde tienes el cubo del vidrio? —preguntó la señora McLaferti desde la cocina—. No doy con él.

—Siéntate aquí —ordenó Aubrey, señalando uno de los sillones que había junto a la ventana. Comenzó a estudiar las posibilidades—. Algún día tienes que explicarme el secreto para tener un cutis tan perfecto, Heatty. ¿Buen sexo, tal vez?

Encendida por su comentario Heather susurró:

—Eres... eres...

—Esa mejor amiga a la que todavía no le has contado nada.

Aubrey sonrió y asiéndola por la frente, le indicó que inclinara la cabeza hacia atrás. Revolvió el neceser y extrajo un pequeño estuche de maquillaje.

—¿Dónde me has dicho? —volvió a preguntar Helen.

Heather resopló. Cerró los ojos y respiró hondo antes de decir:

—En el lavadero, mamá, junto a la lavadora.

—Mmm... ojos en tono humo bien perfilados con el *eyeliner*, un par de capas de máscara de pestañas y unas pinceladas de maquillaje en los pómulos y los hombres caerán rendidos a tus pies esta noche. ¡Te lo garantizo, Heatty! A no ser que...

—¿Qué?!

Heather frunció el ceño.

—A no ser que sólo quieras estar espectacular para *tu hombre* —sonrió Aubrey. Y directamente, preguntó—: ¿Cómo es hacerlo con él?

—¡Aubrey!

—¿Qué pasa, chicas? ¿Estáis bien?

Al oír la voz de la señora McLaferti, ambas se tensaron.

—Sí, Helen, no te preocupes. A Heather no le gusta mucho el color de ojos que he elegido para ella —mintió Aubrey. Y retomando el hilo de la conversación, añadió en un tono mucho más íntimo—: ¿Cómo es el sexo con él, Heatty? ¿Puro, caliente, morboso?

Heather recordó la noche loca que había pasado con Rhian; también su último encuentro en el ascensor y, pensando que la exposición de los acontecimientos era innecesaria, afirmó:

—No te importa.

Aubrey asintió e, intentando saber algo más, murmuró:

—Sin lugar a dudas debe ser caliente, muy caliente... Ese hombre desprende fuego por los cuatro costados.

Heather sonrió y, tras mirar el efecto del maquillaje color humo en el espejo de pared, le guiñó un ojo con picardía, y volvió a inclinar la cabeza hacia atrás.

Aubrey dio un gran trago de vino y con complicidad, cuchicheó:

—Está como un tren... —Entornó los ojos y se mordió el labio superior—. No he dejado de soñar con esos tatuajes desde que los vi. ¡Ufff! ¡Me encantaría estar arropada entre esos brazos de acero...!

Aquellas palabras hicieron sonreír a Heather.

Le encantaba la personalidad de Aubrey, su decisión, su forma alocada y tan particular de ver y entender la vida... Si no supiera que era técnicamente imposible, pensaría que a Aubrey le gustaba Rhian.

—No lo dejes escapar, Heatty. —Heather resopló y Aubrey continuó—: Un hombre así no se encuentra todos los días. ¡Hazme caso! Hacéis una combinación perfecta. ¡No te muevas!

Heather resopló y finalmente hizo lo que le pedía, mientras Aubrey se concentraba en extender bien el maquillaje.

—Y tú, ¿no tienes nada que decir?

Aubrey, al oír eso, levantó una ceja, se retiró el pelo de la cara y contestó:

—Si te refieres a si me he acostado con alguno de mis hombres, la respuesta es sí.

—No lo dudaba —sonrió Heather—. Ese terreno lo tienes siempre muy bien cubierto. La cuestión es con cuál.

La risa cristalina de Aubrey asustó a Carlota que comenzó a ladrar sobresaltada, con el rabo apuntando hacia el techo y el cuerpo en tensión.

—Rrrr... ¡Guau, guau! Rrrr...

—¡Carlota, compórtate! —exigió Helen acariciándole la frente—. Ven aquí, preciosa.

Aubrey cerró los ojos antes de contestar:

—Con los dos...

—Tienes que decidirte por uno, Aubrey.

—¿Tú crees? —suspiró melancólica—. ¿Por qué? Cada uno me ofrece lo que el otro no me puede dar.

—Aubrey, te lo digo muy en serio: no quiero que sufras. Es más, no me gustaría que sufrieseis ninguno de los tres.

—Tranquila, todo está bajo control —aseguró Aubrey y, tratando de retomar el ritmo del maquillaje, le exigió—: ¡Cierra los ojos!

Guardaron silencio unos segundos, tan largos para ambas como tres horas.

—¿Os queda mucho? —resopló la señora McLaferti estudiando las manecillas del reloj—. Son casi las cinco.

—Terminamos enseguida, Helen. Estoy dando los últimos retoques.

—¿Has cambiado el agua de Carlota, mamá?

—¡Opss! Sabía que se me olvidaba algo.

Aubrey apoyó el neceser en las rodillas de Heather y comenzó a rebuscar algo. Al cabo de unos segundos de profundo y misterioso silencio, preguntó:

—Si te cuento un secreto, ¿lo guardarás? —Aubrey extendió la primera capa de máscara sobre las pestañas de Heather. Luego, entregándole el aplicador, dijo en tono de súplica—: Necesito que me lo prometas, Heatty. Es muy importante.

Heather parpadeó varias veces, ajustando la posición de sus pestañas con ayuda del cepillo.

—La verdad es que si continúas llamándome así me lo pensaré.

Aubrey dio un trago a su copa y, tratando de apaciguar las ganas que tenía de meterse con ella, dijo apartándole el flequillo de la frente:

—Hablo en serio, Heather. ¿Lo guardarás?

No comenzó a extender los polvos iluminadores sobre el rostro de Heather hasta escuchar la respuesta de ésta:

—Dispara de una vez.

—Pfff... —resopló—. No sé por dónde empezar.

Heather apoyó los codos sobre los brazos del sillón y cruzó las piernas.

—¿Tal vez por el principio?

—Tengo un problema Heather —susurró al ver que Helen se aproximaba a ellas. En un tono de voz bajo e íntimo, señaló—: Estoy... estoy embarazada.

—¡¿QUÉ?! ¿Estás segura?

Heather observó cómo a Aubrey se le escapaba toda la luz del rostro.

—Cien por cien. Me he hecho la prueba tres veces.

—Vaya,... la cosa se pone interesante.

—Interesantísimo —murmuró entre dientes.

Tratando de buscar las palabras adecuadas, Heather preguntó:

—¿De quién...? —preguntó telegráficamente.

—No lo sé —aseguró Aubrey, mordiéndose el labio inferior en un acto involuntario.

—¿De cuánto?

—Casi tres...

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Heather asintió.

—Me he quedado helada.

—Así llevo yo desde el lunes pasado.

—¿Has ido al...?

—Tengo cita el próximo martes.

El cerebro de Heather comenzó a reaccionar.

—¡Estás loca! —resopló interponiéndose en el recorrido que su mano derecha estaba haciendo en busca de la copa que minutos antes había colocado sobre la mesa—. ¡Esto no te conviene! ¿Se puede saber qué haces bebiendo vino?

—Llega tarde.

—Así es —admitió Rhian abriendo ligeramente los labios en una forzada sonrisa—. Lo siento.

—Umm... No mienta, señor Hoover. No lo siente.

—Señora Vashow, yo...

—Llámeme Tanya, por favor —le susurró al oído desde atrás. Su voz era serena y dulce. Su cuello olía a cerezas maduras como la vez anterior—. Recuerde, si quiere hacer eterna mi felicidad, sólo debe hacer lo que le pida...

Rhian no dijo nada. Entornó los ojos, ajustándolos a la oscuridad de la estancia. El corazón le palpitaba dolorosamente en el pecho. Tragó saliva con dificultad cuando ella paseó una uña por su nuez con un espasmódico y ágil movimiento.

—Mmm... esta barba descuidada me vuelve loca.

Tanya Vashow sonrió con suficiencia y le desabrochó delicadamente el pantalón. La prenda se deslizó rápidamente por sus piernas. Pronto ocurrió lo mismo con su ropa interior.

—¡Infartante!

Rhian entornó los ojos y se concentró en sus reacciones. Pronto, aquella mujer comenzó a acariciarle el pecho, concentrándose en la joya de su pezón.

—Mmm... Desnudarse es liberador, ¿no cree? —Se humedeció los labios y suspiró acalorada antes de decir—: He deseado este momento desde la última vez que nos vimos. Tantas horas de espera...

—Siempre existe en el mundo una persona que espera a otra.

—Señor Hoover, siempre tan filosófico —dijo, besándole a la altura del corazón—. Supongo que sabrá que las oportunidades son como los amaneceres; si uno espera demasiado las pierde. Yo no quiero perderle a usted.

—Siempre cumplo mis compromisos a rajatabla.

—¿Aunque llegue tarde?

—Sobre todo cuando llego tarde —aseguró Rhian, alzando sugerentemente su ceja izquierda.

Tanya Vashow paseó sus uñas por los pliegues de sus brazos.

—Acompáñeme. —Le ofreció la mano—. ¿Sabe una cosa, señor Hoover?

—Usted dirá.

—Los hombres de cuerpos musculosos, abdómenes marcados y mucha sensualidad me vuelven loca. —Sonrió apreciativamente y recorrió con suavidad el perfil de sus muslos con las yemas de los dedos—. Hombres que adoran el deporte como usted...

Rhian Hoover sonrió ligeramente al decir:

—El deporte delega en el cuerpo alguna de las virtudes más fuertes del alma: la energía, la audacia...

—La paciencia —le interrumpió ella.

—También —admitió él.

Tanya Vashow le acarició el mentón con el perfil de una uña.

—¿Es usted paciente, Rhian?

—¿Qué le hace pensar que no lo soy? —inquirió con sugerencia colocando las manos a la altura de sus caderas. La piel de ella estaba fría como un témpano. Su perfume a cerezas maduras inundaba toda la estancia.

Tanya Vashow sonrió y le envolvió el cuello con sus brazos. Luego, le mordió el mentón, justo donde instantes antes había apoyado una de sus uñas, y paseó la lengua por sus labios, humedeciéndoselos con

su propia saliva.

—Eres un hombre muy carismático, Rhian —dijo olvidándose de los formalismos—. Esa cualidad te diferencia de los demás y te hace especial. En los ojos están todas las verdades que la boca no puede decir y los tuyos cuentan muchas cosas, muchacho.

Rhian tosió ligeramente, lo suficiente como para tomar aire.

—El mundo está lleno de mentes cerriles, y le aseguro que, aunque trate de disimular, usted es consciente de que lo que le estoy diciendo es verdad —comentó la señora Vashow, recuperando un tono más formal—. ¿Me equivoco?

—No —atajó él, tratando de controlar un nuevo golpe de tos.

Tanya Vashow se mordió los labios y acariciándole la cintura, a la altura del pliegue inguinal, añadió:

—Señor Hoover, usted es una joya para cualquier mujer...

Rhian se mantuvo en silencio.

Al cabo de unos segundos de sensuales caricias y coqueteos, Tanya Vashow tomó las manos de Rhian y las mantuvo firmes junto a sus curvilíneas caderas. Luego, arrastrando con sensualidad las palabras, afirmó antes de morderle el mentón otra vez:

—El silencio libera a la mente de su jaula verbal, ¿no cree?

—Tal vez...

Rhian inclinó la cabeza hacia atrás, permitiéndole que le besara en el cuello, a la altura de la nuez y entornó los ojos, deseando que aquellos labios fueran los de Heather.

—¿Le gusta, señor Hoover?

—Umm... —gimió cuando ella acarició con suavidad la cara interna de sus muslos reactivando la electricidad en torno a su miembro.

—¿Confía en mí?

—Sí... —suspiró, interpretando su papel a la perfección—. ¡Ah!

—No mienta. —Le besó en el cuello. Luego comenzó a darle ligeros mordiscos en el hombro descendiendo peligrosamente hasta el almendrado y apetitoso botón perforado de su pectoral—. Usted confía sólo en sí mismo.

Rhian disfrutó cuando Tanya Vashow libó el tenso pezón y lo estiró mínimamente con los dientes. Aquella mujer era puro fuego, aunque comparándola con Heather, la señora Vashow era como la llama de una cerilla.

—¡Diosss! —suspiró excitado al recordarla.

*¡Cuánto la echaba de menos!*

—Tumbese en la cama y relájese. —Su intenso aroma a cerezas maduras lo embriagó—. Necesito disfrutar de este juguetito unos minutos.

Comenzó a acariciar su pene con las yemas de los dedos, dibujando pequeños círculos en torno a la base.

—¡Ahhh...!

*¿Por qué estaba tan sensible?*

—Shhhh... —Rhian entornó los ojos y suspiró agónicamente aliviándose mínimamente de la tensión que acumulaban los músculos de su espalda. Luego, se dejó atrapar por el placer que le proporcionaban aquellas manos—. Relájese...

Rhian se tumbó en la cama, apoyó la cabeza sobre las palmas y flexionó las rodillas. Luego, cuando los labios de la señora Vashow envolvieron sugerentemente la carnosidad de su masculinidad, cerró los ojos.

—¡Ahhh!

Un escalofrío electrizante le recorrió la espalda cuando Tanya Vashow succionó su pene y,

empleando el perfil afilado de sus dientes, lo recorrió desde la base hasta la punta.

—Shhhh... Shhhh...

—Mmm...

—¿Le gusta así?

—Síííí... —aulló dejándose hacer mientras ella se crecía agudizando su pericia, acelerando el ritmo en un fútil intento por subirle las pulsaciones que ya estaban a mil, ajustando la cadencia de sus juegos, frenando cuando creía que sus latidos no eran tan rítmicos y se descompasaban...—. ¡Ohhh!

Aquella mujer estaba robándole los orgasmos que guardaba para Heather.

—¡Dioss! —jadeó como si hubiera corrido a toda velocidad una maratón al percibir cómo se le escapaba el alma del cuerpo. Una sensación de desconcierto, como electricidad de bajo voltaje, se concentraba entre sus piernas.

¿Qué estaba haciendo?

—Relájese unos minutos, señor Hoover. Françoise está al llegar —anunció—. Tenemos que ultimar todavía algunos preparativos antes de que lleguen mis amigas. ¿Me ha entendido?

Estaba temblando.

—Mmm... —musitó, rodando sobre la cama.

Antes de perder momentáneamente la consciencia, alcanzó a oír:

—Cuando se recupere, dúchese con agua fría. —Rhian movió la cabeza afirmativamente—.

Recuérdelo, señor Hoover. Con agua fría. De esa forma bajará un poco la temperatura de su cuerpo y no se estropeará el *sushi*.

Sus palabras sonaban lejanas... muy lejanas para Rhian.

—Avisaré a Françoise para que prepare las cuerdas de cáñamo para el *shibari*<sup>[23]</sup>. Mis amigas agradecerán que se realcen sus curvas. ¡Le aseguro que se quedarán con la boca abierta!

Su respiración acelerada seguía ahogada en su cuello cuando se levantó de la cama diez minutos más tarde y caminó hasta el baño.

El espejo le ofreció una imagen lamentable, la de un hombre lleno de placer pero escaso amor, cariño, ternura... un hombre con el alma oscura y la mirada vacía.

—Si de verdad quieres dedicarte a esto, debes mantener tu conciencia aislada —le sugirió al reflejo que le ofrecía el espejo—. Así que...

—¿Así, qué? —inquirió una sonriente Tanya Vashow desde el umbral—. ¿Arrepentido?

Rhian giró sobre sus talones y le mostró su desnudez.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Mmm... la tentativa de la duda puede arrastrarnos hacia la locura, señor Hoover.

—Estoy bien, créame —mintió—. Mi trabajo consiste en vender placer y aquí me tiene. ¿Está usted bien?

—Soy débil. ¿Para qué negarlo? Me oculto detrás de una cara solitaria a la que le importa poco lo que digan los demás. Cuando estaba casada mi marido jugaba con mis sentimientos. Por eso he perdido los míos en cada cama en la que he estado. ¿Quiere acompañarme a la cama, Rhian? Sólo serán unos minutos... —sugirió acariciándole el cuello—. Si usted quiere, claro está.

—Señora Vashow, yo...

Le acarició los hombros desnudos.

—Entiendo. —Tanya Vashow arrugó los labios y estudiando la posición de sus cejas y la intensidad de sus ojos azules, dijo—: Otra vez será. Dúchese. Françoise está al caer.

—Agradecería un poco de intimidad.

—Su intimidad me pertenece a mí hasta las ocho y media —sonrió maliciosa—. ¡Dúchese!

Fustigado por su propia presión, Rhian agradeció cuando el agua helada le arañó la piel y le arrancó esa agria sensación que se le había instalado en la boca del estómago. Por primera vez en su vida, se

sentía terriblemente sucio.

Al salir de la ducha, Tanya Vashow acompañó a Rhian hasta una pequeña salita que olía a sándalo. Una suave música de fondo y una tenue luz envolvía una mesa con ruedas, en el centro, y otra más pequeña que contenía varias bandejas con comida, junto a la ventana.

—Espere aquí.

—Me gustaría secarme un poco —sugirió Rhian consciente del reguero de agua que había dejado en el suelo.

—No es necesario. Necesito que su piel esté bien hidratada.

Tanya Vashow tardó un par de minutos en regresar.

—Señor Hoover, le presento a Françoise.

—Hola —saludó ruborizado; aquella no era la mejor situación para las presentaciones.

—Le dejo en las mejores manos —afirmó la señora Vashow acariciándole el hombro. Y dirigiéndose a Françoise, añadió antes de abandonar la habitación—: Cuídemelo bien.

Como si estuviera acostumbrada a hacerlo todos los días, Françoise cubrió la mesa con un mantel blanco.

—¿Preparado? —A Rhian le hubiera gustado decir que no. Sin embargo, movió la cabeza afirmativamente—. Juraría que no ha hecho esto nunca antes. ¿Me equivoco?

—No —contestó él con sequedad sentándose en el filo de la mesa.

—Siempre hay una primera vez para todo. Relájese y límitese a disfrutar. —Rhian apretó los labios y forzó una sonrisa—. Confíe en mí. Cierre los ojos y respire hondo.

Tras frotar sus manos con aceite, Françoise comenzó a masajear sus pies.

—Siento tener las manos tan frías —indicó al ver cómo se le erizaba la piel—. Le aconsejo que se deje arrastrar por las sensaciones.

Tomándose su tiempo, contemplando como su cuerpo iba perdiendo tensión y se relajaba, Françoise comenzó a subir y a acariciarlo en sentido contrario a las agujas del reloj, ungiendo cada centímetro de piel con aceite aromático.

Rhian percibió que la sangre bombeaba con intensidad en sus venas. Agudizó el oído y se concentró en las sensaciones.

—¿Cómo se siente?

La pregunta de Françoise le devolvió a la realidad. Nunca antes nadie le había dado un masaje tan relajante como aquel.

—Bien —tosió. Su respiración era agitada.

—Voy a cubrirle los ojos, señor Hoover. —Excitado, suspiró cuando ella masajeó la cara interna de sus muslos—. Relájese... Enseguida procederé a colocarle el *shibari*.

La tensión de las cuerdas de cáñamo concentró estratégicamente la sangre allí donde su musculatura era más pronunciada.

Françoise recorrió los surcos que las cuerdas hacían sobre la piel tatuada de sus brazos y después se centró en la silueta de sus abdominales.

—Seguridad, virilidad, sensualidad... ¡Sí! ¡El resultado es perfecto! —exclamó Tanya Vashow cuando accedió a la habitación media hora después. Al pasar junto a Françoise, añadió—: ¡Espectacular!

—Muchas gracias, señora. En unos minutos comenzaré a colocar la comida.

—Perfecto. ¿Qué le queda?

—Sólo un poco más de tensión aquí.

Rhian apretó los dientes al sentir el frío contacto de aquellos dedos con el ardor de su virilidad. La sangre le bombeaba en las sienes, bajo la seda negra que cubría sus ojos.

—¡Ahh...!

Aquel día estaba siendo largo... muy largo...



—Vaya, tendré que probar con otra cosa —sugirió Françoise con picardía—. La señora Vashow lo ha dejado agotado.

El aceite comenzó a resbalar tímidamente por el interior de sus muslos cuando aquella mujer insensible comenzó a acariciarlo.

—¡Ahh...! —gruñó.

Al tensar la espalda, las cuerdas se le clavaron en la piel.

—¿Qué ocurre? —inquirió Tanya Vashow.

—No logro que su bandeja humana responda como es debido —admitió Françoise—. Las cuerdas se caerán si...

—Señor Hoover... no, no, no... esto no es lo que teníamos acordado... —El olor a cerezas maduras se mezcló con el del sándalo—. Usted vende placer, no lo olvide. No puedo consentir esta desgana... ¿Lo entiende?

—Tal vez deberíamos definir qué es el placer, porque pienso que aquí está la controversia —concedió él, concentrado en ofrecer una buena erección, tal y como requería la situación.

—Señor Hoover, cuando era muy joven solía fantasear activamente con un momento como este —sugirió Tanya Vashow acariciándole enérgicamente—. Espero que su actitud no haga que se malogre mi sueño.

—Esto es humillante —espetó Rhian entre dientes.

—Señor Hoover, en ese caso humíllese para mí y ofrézcame una buena erección. Mis amigas se lo agradecerán...

Tomó una porción de *teppanyaki*<sup>[24]</sup> de atún que Françoise acababa de colocarle a él sobre el cuello y lo mordisqueó ligeramente.

—Mmm... ¡Extraordinario! Me siento como la sexy arpía malvada de una película, tramando algo peligroso y desagradable cuando realmente mis impulsos son excitantes. —Tanya Vashow cogió una servilleta para limpiarse. Luego, admitió—: El deseo es, y siempre ha sido, una cosa muy mística, primitiva y apasionada para mí. Su cuerpo es sólo el medio para llegar a mi gratificación sexual. ¿Lo entiende, señor Hoover?

—Yo...

—Shhhh... —Tanya Vashow colocó un dedo sobre sus labios obligándole a permanecer en silencio—. No hace falta que me conteste. Recuerde que le he pagado muy bien y que hoy las normas las pongo yo.

—¿Os queréis dar prisa? —sugirió Helen McLaferti desde el salón. Al no recibir respuesta, inquirió preocupada—: ¿Se puede saber qué os pasa?

—Enseguida salimos, mamá —contestó Heather, sonándose la nariz. Aubrey y ella llevaban más de diez minutos encerradas en su habitación, llorando a moco tendido.

—Daos prisa. Las chicas tienen que estar desesperadas.

Secándose las lágrimas con un pañuelo, Aubrey apuntó:

—Nunca he visto a tu madre tan entusiasmada como hoy.

—Ni yo.

—Perdóname, Heather —lloriqueó Aubrey otra vez—. Tengo las hormonas un poco revueltas.

Tras un silencio en el que ambas se sumergieron en sus preocupaciones particulares, Heather se acercó al espejo y, al comprobar por enésima vez que su maquillaje estaba perfecto, propuso:

—Tienes tiempo para pensar bien lo que quieres hacer, Aubrey. Tomar una decisión como esa no es fácil. Quizás sea la más difícil de toda tu vida, así que, te lo ruego: no te precipites.

—Tengo que hacerlo cuanto antes, Heather. De lo contrario...

—De lo contrario serás una madre preciosa con una criatura hermosa dentro de unos meses.

Aubrey se puso de pie y se envolvió en su propio abrazo.

—Me he metido en un buen lío, ¿verdad? —preguntó descolocada. Heather quiso decirle que sí—. No sé... no sé si quiero ser madre aún.

Aubrey corrió a toda velocidad hasta el cuarto de baño y cerró la puerta de un portazo. Cinco minutos después, apareció con la frente algo mojada.

—¿Has vomitado?

—Sí. El vino no me ha sentado muy bien.

—Has sido una inconsciente, Aubrey. ¡En tu estado no puedes beber! —Tras soltar un gruñido de frustración, Heather la miró y susurró—: Lo siento. ¿Estás bien?

—He tenido momentos mejores —sollozó.

—Tienes que hablar con Drew. —Aubrey cerró los ojos ante esa afirmación—. Y con Zack.

Incómoda, Aubrey admitió:

—No estoy preparada, Heatty. No quiero perderlos.

Heather intentó encontrar una respuesta que no la enfadara. Finalmente, dijo:

—Es un riesgo que debes correr, Aubrey. De lo contrario...

En ese momento, Helen abrió la puerta. Aubrey, apesadumbrada, disimuló ante el espejo como si estuviera retocándose el maquillaje.

—¿Os queda mucho?

—Ya vamos, mamá.

Carlota entró en la habitación, se subió en la mesilla de noche y se enroscó en torno al pie de la lámpara.

—Hace más de media hora que tendríamos que haber salido —apuntó Helen apoyada en la puerta con el móvil en la mano—. La reunión de hoy será la que dé el pistoletazo oficioso a la temporada de cumpleaños y no quiero llegar tarde.

—Te aseguro que Lorraine y Nicole no permitirán que empiece la fiesta sin nosotras —indicó Aubrey recuperando su jovialidad habitual.

—No estés tan segura, querida... ¿Te encuentras bien? Estás un poco pálida.

—Perfectamente —mintió Aubrey.

Una vez fuera, el aire llenó sus pulmones y respiró con tranquilidad, recuperando el color de la cara.

—¿Dónde tienes el coche, mamá?

—Un poco más abajo —apuntó Helen señalando el final de la calle—. Últimamente el aparcamiento está fatal por esta zona. Deberías mudarte a las afueras.

—No lo hagas —exigió Aubrey—. No dudo que vivir lejos del centro tiene algunas ventajas, Helen, pero los aspectos positivos se quedan muy cortos si analizamos los problemas que se suscitan cuando tenemos que vivir tan alejados de los lugares donde se desarrolla nuestra vida.

—Como todo, ambas alternativas tienen ventajas y desventajas. Sin embargo, sigo pensando que a Heather le vendría mejor vivir más cerca del aeropuerto. ¡Os pasáis media vida volando y la otra mitad de taxi en taxi!

—Aun así no cambio el centro por nada, mamá.

—¡Ufff! Estos tacones me están matando —se quejó Aubrey sujetándose en una farola, tratando de disimular la pesadez de estómago y las náuseas.

—¿Estás bien? —inquirió Heather estudiando la palidez de su rostro.

La pregunta guardaba ciertos secretos que sólo conocían las dos.

—Sí.

Diez minutos más tarde, mientras esperaban la llegada del aparcacoches, Helen se retocó los labios.

—Ese color te queda muy bien, mamá.

Helen McLaferti asintió agradecida, se pellizcó ligeramente los pómulos y, tras retirarse un pelo que se había adherido a su máscara de pestañas, salió del vehículo.

Aquella mujer alta, delgada y de cabello castaño claro, casi rubio, que vestía un traje de chaqueta de *tweed* y pantalón beige, desplegó al caminar toda su elegancia.

—Fíjate, Heather. Tu madre parece una modelo.

—Sí —sonrió, observando la sensual danza de sus caderas—. Pocas cosas le dan tanta seguridad como un traje pantalón y unos altísimos tacones. No recuerdo haberla visto nunca caminando en plano.

—Ya sabes que a mí también me chiflan los tacones. Éstos, en cambio...

—Seguro que no tanto como a mi madre. Los zapatos son los reyes absolutos de su guardarropa. ¿Son nuevos?

Aubrey movió la cabeza afirmativamente.

—Un buen tacón estiliza la figura, te da confianza y hace que las piernas luzcan más largas —intervino la señora McLaferti—. Además, esconden una pasión desbocada, adictiva... casi... casi sexual.

—¡Helen! —Esta vez fue Aubrey la que puso el grito en el cielo—. No te imaginaba...

—¿Qué? ¿Acaso no me diréis que vosotras...?

—Mamá, por favor. ¡Vale ya!

—¡Uff! Sólo hay que ver lo que disfrutan los hombres cuando una se deja la blusa abierta y los tacones puestos durante la relación sexual. ¡Se vuelven locos!

—Eso es verdad —apostilló Aubrey. Y buscando la complicidad de Helen, añadió—: Usar tacones siempre es un arma infalible para atraer a los hombres.

—A mi edad, son ideales para mantener la fuerza y la contracción de los músculos del suelo pélvico.

—Mamá, la clase es muy instructiva, pero...

—¿Qué?!

—No es el momento —convino Heather.

Poco después, mientras aguardaban la llegada del ascensor, Aubrey se acercó a Heather por detrás y le preguntó:

—¿Nunca has hecho el amor con los zapatos puestos? A los hombres les encanta. Ningún otro complemento está revestido de tanto simbolismo como unos buenos tacones...

—¡Nooo! Emm... ¡Sííí! —El rubor se apoderó de su rostro—. ¡Aubrey!

Helen tosió divertida.

—Heather, ¿eres tú?

*Aquella voz...*

—Creo que se refieren a ti —siseó Aubrey esquivándola para acceder al habitáculo.

Heather apretó los ojos.

*¡No podía ser!*

*¿Qué más podía ocurrir aquel día?*

Las rodillas comenzaron a temblarle.

—¿Derek...? —pronunció con desgana, forzando una sonrisa.

Cuando se acercó a ella por detrás con las manos metidas en los bolsillos y su habitual gesto serio e inescrutable, el intenso aroma a limón de su perfume la envolvió al instante.

—¿Cómo estás, muñeca?

Su aliento junto a la oreja le erizó la piel del cuello.

—¿No vienes, querida? —inquirió Helen distraída cuando las puertas comenzaron a cerrarse—. ¡Heather!

—¡Vaya! Nos hemos quedado solos...

—¡Ahá!

—¿Esa era tu madre? —Derek McFarland le acarició los nudillos—. Os parecéis mucho.

Con un desprecio total en su rostro, Heather lo miró y contestó tajante con un escueto «sí».

—Me alegro de verte, Heather. Te he echado mucho de menos.

Ella no se sentía con fuerzas de decir lo mismo. Pulsó insistentemente el botón de llamada. Luego, cerró los ojos durante unos segundos.

—¿Tomamos una copa?

Un espasmo recorrió su espalda. Luego, buscando las palabras adecuadas, dijo:

—Tengo prisa, Derek. Tal vez otro día.

—Permíteme que insista, Heather —sugirió, observándola con su ardiente mirada—. Por los viejos tiempos.

Sorprendida por esa urgencia, sonrió tratando de enfrentarse a sus propios miedos. El sentimiento de culpa, ese que tanto daño le había hecho durante las últimas semanas, se apoderó de ella otra vez.

—Derek... yo... emm... me alegro de verte, pero...

—Heather... —Le acarició el mentón y la envolvió con su aliento—. Después de una larga temporada de sensaciones escondidas, cuando te he visto algo se ha movido dentro de mí y no sé si es amor, cariño o ternura... En mi corazón han brotado las emociones como si estuviera lleno de burbujas.

—Derek... —musitó acalorada tratando de controlar sus emociones. Sujetó el bolso con fuerza, tratando de controlar su temblor de manos—. No sigas, por favor.

El indicador de planta marcaba que el ascensor todavía no había llegado al tercer piso.

*¡Uff!*

*¿Por qué aquel dichoso aparato no se daba más prisa?*

—Desde que lo dejamos he intentado seguir mi camino, mirar hacia adelante, con un pie tras otro pero... Joder, nena, siento que he estado tan perdido durante todo este tiempo como mis...

Heather dio un paso hacia atrás, con intención de salir corriendo.

—Por favor, no te vayas. Cuando te he visto me he dicho: ¡Y por qué no! El camino de retorno se me antoja diferente... —Tomó un mechón de su cabello entre los dedos y se lo acercó a los labios—. Sólo te pido una oportunidad para estar otra vez juntos. Verte ha sido lo mejor que me ha podido pasar hoy. Mi amor... concédeme unos minutos para explicarme junto a una copa.

El demonio rojo de cola larga y orejas puntiagudas comenzó a clavarle el tridente en el cuello,

obligándola a reaccionar.

—Tengo prisa, Derek —aseguró Heather, revisando el reloj para dar mayor credibilidad a su argumento—. Lo siento.

La espera se le estaba haciendo eterna.

*¡Diosss!*

*¿Dónde estaba el ascensor?*

—Permíteme que insista, Heather —sugirió envolviéndole los hombros con ambas manos—. Este tiempo sin vernos me ha servido para darme cuenta de que aún siento algo por ti.

—Derek... —solicitó incómoda, apartándose de él cuando intentó besarle en el cuello, junto a la nuca—. Te lo ruego, no insistas.

—Mi amor, podemos iniciar una terapia de duelo para sellar el círculo que nunca supimos cerrar y que nos impide ser felices y comenzar algo nuevo, de cero...

Heather aguantó la respiración, tratando de controlar su malestar. Pensó en Rhian y valoró lo mucho que se enfadaría si viera a Derek rozándole los hombros desnudos.

*¿Quién le había mandado quitarse el abrigo?*

Miró fijamente sus ojos y los encontró vacíos. Luego, armándose de valor dijo:

—Creo que he llegado a un punto en el que sé lo que quiero, Derek. Y, no te molestes si te digo que precisamente, a ti ya no. Lo siento.

—¿Por qué?

—No merece la pena entrar en porqués innecesarios, Derek. Sólo servirían para hacernos más daño.

—Tal vez.

*Tres... Dos...*

El ascensor se detuvo en la segunda planta unos segundos.

*Dos plantas, Heather...*

*Tan sólo faltan dos plantas...*

*Uno...*

—Adiós, Derek.

El ascensor abrió las puertas otra vez.

—Heather... ¿estás segura de lo que vas a hacer?

—¡Sí!

Nunca antes lo había tenido más claro.

—Está bien —concedió él sin cambiar su habitual gesto serio mientras se desprendía de la chaqueta y se la colgaba del brazo—. Como quieras. Al verte he sentido la necesidad de ofrecerte las explicaciones que no tuve valor de darte hace unos días. Ha sido un impulso.

—Tú nunca has sido un hombre de impulsos Derek.

—Lo sé. Ahora me doy cuenta de que no ha sido buena idea. Espero que todo te vaya bien, Heather. Mil disculpas.

—Te lo agradezco, Derek pero... no las necesito. —Él dejó de respirar unos segundos al oír sus palabras. Y mientras las puertas del ascensor se cerraban aislándola de él, Heather añadió—: Ya no. ¡Adiós!

—¿Estás bien? —inquirió Aubrey con preocupación—. ¡Estás temblando!

—Perfectamente.

—Tu madre está muy preocupada.

—Ya lo veo —convino Heather saludando con un sutil cabeceo a Lorraine, que junto a Nicole, reía animosamente los chistes de su madre—. Estoy bien, Aubrey. No te preocupes.

—¿Seguro?

—Completamente —confirmó y tras buscar el teléfono en el bolso, salió al balcón y marcó el número de Rhian. Había conseguido aprendérselo de memoria.

—¿Y bien? —inquirió Aubrey cuando al cabo de unos minutos volvió a entrar.

Heather ajustó los ojos a la penumbra, a esa intrincada oscuridad ambiental que se había creado misteriosamente. Devolviéndole el testigo de la pregunta, susurró:

—¿Y bien qué?

—¿Has conseguido hablar con él?

—¿Con quién?

—¡Heather! —exclamó Aubrey abriendo los ojos de par en par. Sus ojos grises chispearon en la oscuridad—. Tú ya me entiendes.

—Aubr...

—Lo sé. —Aubrey hizo un gesto sobre sus labios como si estuviera cerrando un candado y lanzó la llave imaginaria al aire—. Mis labios están sellados.

Heather sonrió con sutileza. Luego, al observar que Nicole no dejaba de mirarla, susurró con disimulo:

—Estoy preocupada. No me coge el teléfono.

—Estará trabajando.

Heather se encogió de hombros y con un ligero «*Puede ser...*» dio por terminada la conversación.

Segundos después, Tanya Vashow alzó una burbujeante copa de *Moët Chandon*, demandando la atención de todas sus invitadas.

—Silencio, por favor. ¡Wow! —exclamó al ver cómo algunas de sus amigas la ignoraban—. Silencioooo...

—Shhhh... —siseó Lorraine, llamando la atención de Nicole que no paraba de carcajear.

—Perdón, perdón, perdón —se disculpó sintiendo cómo todos los ojos se clavaban en ella. Alisando disimuladamente las arrugas de su falda, repitió—: Perdón.

—¡Gracias! —exclamó Tanya Vashow rasgando el silencio con voz dulce y delicada—. ¡Ya estamos todas!

Tratando de localizar a su hija, Helen McLaferti exclamó dubitativa:

—¿Sí?!

Heather sonrió cuando su madre le lanzó un beso.

—Estoy muy agradecida de que estéis aquí —afirmó Tanya Vashow, humedeciéndose los labios con champán. Con un tono de voz debilitado, agregó—: Todas sabéis lo poco que me gusta cumplir años...

—Una mujer nunca debería superar los treinta —intervino Lorraine entre risas—. Todas pasamos por situaciones difíciles en la vida, ¿verdad, chicas?

—Eso es parte de nuestra existencia —apuntó Helen con seriedad atusándose las ondas del flequillo a la vez que repartía su mirada entre todas sus amigas.

—Querida, tienes razón. —Tanya Vashow entornó los ojos y meditó unos segundos. Luego,

añadió—: A partir de los treinta empiezan las temibles patas de gallo, la celulitis y las bolsas en los ojos, el pecho se cae...

—¡Ni me lo recuerdes! —le interrumpió Lorraine por segunda vez—. Dentro de quince días tengo que pasar por el quirófano.

—¿Qué vas a hacerte esta vez? —entonó Helen asombrada—. Hace menos de un mes que...

Lorraine dio un par de sorbitos a su copa de champán afirmando con tranquilidad:

—Una lipoescultura.

—¡Wow! Envidio tu valentía, Lorraine —afirmó Clarisse—. Yo me pongo cardíaca cada vez que tengo que inyectarme *Botox* en el entrecejo o toxina botulínica para disimular las arruguitas del contorno de los labios.

Tanya Vashow sonrió y, paseándose por la sala, afirmó:

—Desafortunadamente no podemos parar el tiempo, chicas. Cuando nos queramos dar cuenta aparecerán las temibles cuerdas de guitarra en el cuello que tanto cuestan disimular y eso será nuestra perdición.

—Por eso a mí nunca me veréis sin un collar de perlas o un cuello cisne —añadió Helen McLaferti entre risas guiñando un ojo a sus compañeras.

Heather analizó el comentario. Efectivamente, hacía años que no veía el cuello de su madre.

—Yo me niego a ir tapada como una momia —se mofó Nicole—. El escote es la mejor arma que tenemos las mujeres para atraer a los hombres...

—Sois muy exageradas —sugirió Aubrey aguantando la copa de champán en alto.

Retirándosela de la mano, Heather masculló entre dientes:

—No puedes beber.

—Se ha quedado corta —dijo Lorraine apurando la suya. Y, dirigiéndose a Aubrey y a Heather, añadió—: Aprovechad el momento ahora que sois jóvenes. Os aseguro que seréis hermosas toda la vida pero como la belleza de los treinta no hay otra.

Con su gracia y su picardía particular, Nicole espetó inmediatamente:

—Yo no estoy de acuerdo, Lorraine. La edad de una mujer no la marcan los años sino la forma de pensar, de ver y sentir. Créeme si te digo que, en esa línea, yo soy más joven que muchas chicas de veinte.

—Si sigues cumpliendo hacia atrás, cualquier día vas a ser más joven que mi nieta —se jactó Clarisse disimulando su cara colorada tras un cojín—. Por cierto, Sherlyn tiene seis años.

Todas se rieron a carcajadas.

Al cabo de unos segundos, Tanya Vashow anunció:

—Adoro tu optimismo Nicole pero vives en una realidad incierta.

—Tanya, todo depende del punto de vista y la filosofía con la que quieras vivir la vida. —Dio unos sorbitos a su copa de champán antes de decir—: ¡Créeme! ¿Qué es lo mejor que le puede pasar a una mujer como nosotras?

—Que nos hagan reír...

—Te equivocas, Lorraine —le corrigió Nicole—. Lo mejor para nosotras es que podamos conocer a un hombre que nos haga gritar y vibrar a cada minuto, que nos ahogue de placer hasta el punto de tener que gritar basta, basta... ¡BASTA!

—Vivir intensamente... a fin de cuentas —musitó Aubrey quien, por educación, había preferido no entrar en la conversación.

Heather sonrió cortada.

—No os lo he contado pero hace unos días conocí a un hombre que... ¡Uff! —Acalorada, Nicole se abanicó con la mano y, dirigiéndose a Helen y a Lorraine, preguntó—: ¿Os acordáis chicas?

Helen McLaferti asintió con la cabeza automáticamente.

—¡Sí! —exclamó Lorraine con los ojos en blanco.

—¿Cuándo fue la última vez que os ocurrió algo parecido a vosotras?

La pregunta estaba cargada de cierta maldad. Nicole Blatter miró primeramente a Lorraine, luego a Clarisse, y finalmente, cuando le iba a tocar a Tanya, ésta afirmó apurando su copa:

—Hace unos minutos.

—¡No puede ser! —exclamó Nicole divertida. Se atusó el flequillo. Luego, al comprobar que ninguna de las chicas decía nada, inquirió asombrada—: ¡¿Hace unos minutos?!

Tanya Vashow se sirvió otra copa de champán.

—Sí, eso ha dicho —apuntó Heather un poco asqueada por la conversación. Y dirigiéndose a Aubrey, espetó disimuladamente—: ¿Qué hacemos aquí?

—Divertirnos.

Clarisse, concentrada en el perfil de sus uñas, levantó la vista hacia las demás.

—¡Dios mío, Tanya! ¿Estás segura?

—Tanto como que tal día como hoy nací yo hace...

—Unos cuantos años —apostilló Helen McLaferti conocedora de lo mal que le sentaba a su amiga que se hablara de la edad.

Con una mirada implacable, Tanya Vashow cruzó las piernas y se recostó sobre el sofá.

—Eso es irrelevante en estos momentos, querida. ¿No crees? —Helen asintió—. Cada una de nosotras ha vivido historias diferentes. ¿Acaso tú...?

—¿Yo...? —Todas rieron—. ¡No!

—Entramos en terreno pantanoso —comentó Heather apurando su copa de champán.

Aubrey movió la cabeza afirmativamente.

—He de confirmaros que no ha sido la primera vez... —susurró la señora Vashow.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Helen con un inusitado movimiento de manos.

Heather se recolocó en el sofá y, analizando la situación, comentó con Aubrey:

—Esto se pone interesante.

—Sí —contestó Aubrey masajeándose ligeramente los pies hinchados—. Muy interesante, diría yo.

—Tanya acaba de dar en hueso.

En silencio, Tanya Vashow estudió la expresión sombría de los ojos de Helen durante unos segundos, sopesando la correcta composición de lo que quería decir:

—Helen, a ver cuándo te das un baño calentito y dejas que las sales disuelvan tus miedos... —Le guiñó un ojo con complicidad. Luego, retomó el hilo de la conversación, repitiendo las palabras que hacía unos minutos habían quedado suspendidas en el aire—: Como os iba diciendo, hace unos minutos...

—Cuenta, cuenta —exigió Nicole risueña.

Tanya Vashow frunció los labios y espetó con desaire:

—¿Puedo hablar de una vez?

Sin prestar atención a las palabras de Tanya, Nicole volvió a intervenir:

—Concluyendo: esperas que ese *affaire* se repita más veces. ¿No es así? ¡Qué envidia sana me das!

—Envidia, a fin de cuentas —pronunció Lorraine estirando las piernas.

—¡Así es! —concedió Tanya Vashow—. A lo largo de mi vida he gozado de experiencias que me han hecho sentir que no era merecedora de tener lo máximo. Hace unos días, sin embargo, comprendí que los homenajes no hay que esperarlos.

—¿No dirás que tú...? —preguntó Helen impresionada, llevándose las manos a la cabeza.

Nicole y Lorraine aplaudieron como dos colegialas.

—Al final se lía, ya verás tú —siseó Aubrey.

Tanya Vashow sonrió y se encogió de hombros. Luego, asintió antes de decir:

—¡Así es! Deberías probarlo Helen. Imagínate lo que es que un extraño toque tu cuerpo y te acaricie



muy íntimamente. Mmm...

—¡Estás loca! —exclamó exaltada, abanicándose con la mano—. ¡Uff!

—Eso digo yo... ¡Uff! Sólo de pensar que está ahí dentro completamente desnudo para nosotras...

¡Ayy —jadeó Tanya atusándose el flequillo—, me pone frenética! Disculpádmelos unos minutos...

—¡¡¡Quéééééé!!!

Todas gritaron exaltadas.

—¿No estarás diciendo que...? —inquirió Clarisse dando palmadas al aire.

—Síiiiiiiii —gritó una excitada Tanya Vashow dando pequeños saltitos sobre los tacones mientras sujetaba con fuerza el pomo de la puerta—. ¿Estáis preparadas?

Heather recompuso la forma de un cojín antes de colocárselo en los riñones. Luego, afirmó:

—A esta mujer se le ha ido la cabeza.

Mientras se sacaba los zapatos, Aubrey susurró distraídamente:

—Que no sirva de precedente, Heatty, pero llevas toda la razón.

—Siempre la tengo, aunque no lo parezca.

—¡Ja! Déjame que lo cuestione.

—¿Preparadas? —preguntó Tanya Vashow por segunda vez.

—Síiiiiiiii.

—Síiiiiiiiiiiiiiiiiiiii...

El griterío que había en el exterior despareció a Rhian, relajado tras el intenso y laborioso masaje de Françoise. El corazón se saltó unos pulsos y le golpeó insistentemente las costillas cuando la mesa comenzó a rodar por la habitación.

—No se mueva —le exigió Françoise en tono misterioso, tratando de reubicar algunas porciones de *sashimi*<sup>[25]</sup> sobre una de las estrellas tatuadas de su pectoral.

—¿Dónde vamos?

Llenó los pulmones de aire y el olor a cerezas maduras de Tanya Vashow le volvió a embriagar.

—El show va a comenzar, querido —susurró la señora Vashow pasando una uña por su mentón—. Le aseguro que mis amigas disfrutarán con su presencia.

Acariciándole ligeramente el hombro, Françoise le sugirió que se relajara.

—No es fácil —gruñó él cuando la rueda tropezó en el quicio de la puerta.

La cabeza le dio vueltas. Aquellos gritos excitados le perforaban los tímpanos.

—Cálmese, señor Hoover —sugirió Françoise cuando Rhian comenzó a hiperventilar—. Cálmese.

*¡No podía!*

Las cuerdas se le clavaban en el pecho, en los brazos, entre las piernas... Sentía la garganta reseca.

*Tranquilo Rhian. Respira...*

Su cabeza no paraba de dar vueltas mientras repetía aquellas palabras como un mantra.

¡Uffffff...!

*Respira...*

¡Uffffff...!

*Tranquilo Rhian. Respira...*

Françoise se acercó por última vez a su oreja y, elevando ligeramente la voz para hacerse entender por encima del griterío de las demás, le indicó solícita:

—Señor Hoover, concéntrese en las sensaciones de su propio cuerpo. ¡Hágame caso! Cuando se quiera dar cuenta, todo habrá terminado. —Con picardía, añadió—: Le aseguro que ha sido un placer trabajar con usted.

Algunos dedos no tardaron en rozarle la piel.

—¡Wow!

—Tanya... ¿No me digas qué...?

—¡Ahá!

—¡Con un profesor así... te aseguro que... que todas estudiaríamos anatomía! —exclamó Nicole aplaudiendo eufórica sentándose en uno de los sillones del salón.

—Creía que no existía el hombre perfecto... —entonó Clarisse cogiendo con los dedos un pedacito de atún—. ¡Me equivocaba!

Lorraine se acercó al muslo de Rhian, abrió la boca y casi sin rozar la tibia piel, absorbió acalorada una porción de *sushi*.

—Mmm... ¡Exquisito! Te superas cada año, Tanya.

Tanya Vashow asintió agradecida. Al observar que Helen tomaba un trozo de atún con los dedos, afirmó con picardía:

—La esencia de los alimentos se queda siempre en la superficie de la bandeja, querida.

Rhian Hoover percibió cómo alguien posaba unos carnosos labios a escasos milímetros de su nuez y succionaba unas bolitas de caviar. Acto seguido, otra mujer, un poco más abajo, hacía lo propio junto a su pezón derecho.

—Nunca había visto a un hombre tan tatuado como este... —admitió Clarisse, recorriendo uno de los hombros de Rhian.

—Sólo los hombres con tatuajes tienen un pasado interesante —apuntó Nicole, jugueteando con el metal que perforaba el pequeño botón almendrado de su pectoral izquierdo y lo mantenía erecto, rígido como una pequeña piedra—. Cada dibujo suele ser una decisión muy meditada. Son, en definitiva, como un diario de vida.

—¿Cómo sabes tú tanto de tatuajes? —inquirió Helen mordisqueando una porción de atún ahumado.

—He tenido la suerte de poder desnudar a muchos hombres —insinuó Nicole con una pícaro sonrisa dibujada en los labios.

Rhian suspiró. Nunca antes se había sentido tan humillado como en ese momento. Apretó los ojos y se concentró en respirar. Escuchar era lo peor que podía hacer...

—Yo nunca podría hacerme un tatuaje —comentó Lorraine dando un pequeño sorbo a su copa de champán—. Ni siquiera uno pequeño.

—Ni yo —afirmó Clarisse—. Tanto sufrimiento no está hecho para mí.

—La combinación de lo insoportable y la belleza tampoco se da en proporciones exactas... Mmm... Yo tengo un pequeño vicio por los hombres tatuados... precisamente por este hombre... —aseguró Tanya Vashow, recorriendo con la uña el perfil de un tatuaje—. ¡Fíjate qué hermosura!

—¡No me vas a convencer, Tanya! —le avisó Lorraine.

—No pretendo.

—Argg... —gruñó Rhian cuando una de aquellas mujeres le besó la palpitante y sedosa piel de la entrepierna, cubierta escasamente con algunas piezas de pescado aderezadas con salsa picante.

—Shhhh... —susurró Tanya Vashow, rozando estratégicamente con ardientes caricias allí donde sabía que las sensaciones le iban a resultar mucho más placenteras—, las bandejas no hablan.

—¡Wow! —vociferó Nicole—. Este hombre tiene un poder y un magnetismo sin igual. ¡Qué maravilla!

Con un pícaro suspiro, Tanya Vashow admitió:

—Ya sabes que a mí me gusta siempre comer bien. Por cierto, ¿dónde están...?

—Se han quedado fuera —apuntó Clarisse, refiriéndose a Heather y a Aubrey.

—¡Disfrutad! —sugirió la anfitriona—. Vuelvo enseguida.

Poco después, acercándose a Heather y a Aubrey por detrás, Tanya Vashow preguntó:

—Chicas, ¿a qué esperáis?

Heather se levantó al verla y le entregó un pequeño estuche dorado.

—Feliz cumpleaños, Tanya. Gracias por tu invitación.

—¡Oh, Heather! Muchas gracias. No te tenía que haber molestado.

—Es de parte de las dos —recalcó Aubrey con una sonrisa en los labios—. Espero que te guste.

—¿Seguro que estáis bien? Os noto distraídas. ¿Mal de amores quizás? —inquirió dirigiéndose a Heather—. Tu madre ya me ha dicho que...

Con una frágil sonrisa en los labios, Heather afirmó:

—Estamos bien, Tanya. No hay nada de lo que preocuparse.

—Querida, recuerda que las mujeres nos merecemos caminar sobre las nubes. Si tu hombre no puede conseguir eso, entonces no te merece. ¿Entendido?

—Sí —atajó Heather componiendo una forzada sonrisa.

—Bueno, bueno, bueno... ¡Eso ahora no importa! —exclamó Tanya—. Acompañadme. No puedo consentir que os perdáis el maravilloso festín que nos ha preparado Françoise.

—¿Vamos? —sugirió Aubrey colocándose los zapatos con dificultad. Cada vez tenía los pies más hinchados.

—No sé si me apetece...

—Te aseguro que lo vamos a pasar muy bien. Así que... ¡Vamos! ¡Anímate!

Heather caminó renqueando, como si estuviera arrastrando un gran peso. Cuando accedieron al saloncito contiguo, algo más pequeño que el anterior, Tanya exclamó eufórica:

—¡Ya estamos todas!

Olía a sándalo.

También a cerezas maduras, el aroma característico y pesado de la fragancia de la señora Vashow. Una suave música, dulce, casi empalagosa, repartía sus ondas por la sala.

Heather entornó los ojos, obligándolos a acomodarse a la falta de luz y observó la composición de la mesa con detenimiento.

Comenzó a temblar percibiendo las extenuadas palpitations de su corazón; el frío helado de la muerte le recorrió la espina dorsal paralizándole el funcionamiento de los pulmones.

—Rhian... —musitó confirmando que aquel cuerpo desnudo, cubierto estratégicamente con cuerdas de cáñamo y comida, era el de él.

Aubrey se acercó a ella y preguntó:

—¿Estás bien, Heather? —Estaba pálida como la cera.

Rhian se movió inquieto sobre la mesa y apretó los puños.

¡¡¡Heather!!!

—¡Vámonos! —exigió Aubrey estudiando con detenimiento la composición de la mesa. No había podido olvidar aquel cuerpo...

Resistiéndose, Heather permaneció en la misma posición, con la espalda en tensión.

—¿Qué ocurre? —inquirió Nicole extrañada mordisqueando una porción de *Teppanyaki*—. Mmm... se ha quedado frío.

Lorraine frunció los labios y se encogió de hombros. Luego, miró a Clarisse y después a Tanya.

—¡Heatty, vámonos!

—¡No! —vociferó Heather con las pupilas dilatadas. Su grito fue lapidario. Aferrándose al respaldo de un sillón, enderezó la espalda y sintiendo cómo la saliva se le concentraba en la garganta, miró a Aubrey con recelo y repitió, algo más calmada—: Estoy bien...

—Heather... —susurró Rhian, aturdido, forcejeando con las cuerdas. Comenzó a hiperventilar otra vez—. ¡Maldita sea! ¿Eres tú?

Heather Rothscill abrió la boca para gritar en respuesta, pero advirtió que se le habían bloqueado las cuerdas vocales. Al cabo de unos segundos, envaró la espalda, como si estuvieran clavándole un centenar de espinas, y confirmó sin inflexión:

—Sí.

Las lágrimas le hervían en los ojos.

Clarisse se atragantó con el champán y comenzó a toser cuando Heather se tropezó con ella.

—¡Vaya! —exclamó Aubrey al cerrar la puerta de la habitación en la que se había ocultado

Heather—. Siento mucho que...

—¡Cállate! —gritó Heather llorando desconsoladamente.

Acunándola entre sus brazos, Aubrey sólo pudo decir:

—Shhhh... Ya está, Heatty, ya está...

Cuando alguien, en el exterior, aporreó la puerta, Heather dio un respingo y comenzó a llorar otra vez.

*Pum, pum, pum...*

Ambas dieron un respingo ante la insistencia de aquellos golpes.

*Pum, pum, pum...*

*Pum, pum, pum...*

Abriendo los ojos de manera desorbitada, Aubrey preguntó:

—¡¿Qué hacemos?!

Consciente de que aquella insistencia no podría ser de otra persona más que de Rhian, Heather exigió:

—No abras.

—Heatty, voy a dejarle entrar —dijo acercándose a la puerta—. Esconder la cabeza no es la solución. Es mejor solucionar las cosas en caliente.

Rhian Hoover atravesó el umbral como un rayo, con una toalla anudada a la cintura. Su voz estaba cargada de tensión cuando comenzó a hablar:

—¡Heather!

—No es buen momento —afirmó Aubrey interponiéndose en su camino.

Rhian dio un paso adelante y, con una seguridad aplastante, exigió:

—Déjanos solos.

—Pequeña, tenemos que hablar.

Heather separó las manos de los ojos, lo justo para ver que Rhian estaba envuelto en una toalla. A pesar del dolor, sentía la necesidad de abrazarse a él y sentir la protección de aquellos músculos, la sensibilidad de aquellos labios, el amor que le transmitían sus besos...

—Olvídate que existo —exigió con la cabeza entre las piernas—. No quiero volver a verte...  
¡NUNCA!

*No lo decía en serio...*

Rhian Hoover se arrodilló ante ella y susurró, atragantándose al pronunciar la palabra *pequeña*:

—Déjame que te explique... pequ...

—No tengo tiempo de escucharte, Rhian —murmuró Heather con frialdad. Cogió el bolso y se puso en pie. La habitación le dio vueltas—. ¡Ya no!

Rhian le sujetó por la cintura, ayudándola a recuperar el equilibrio.

—Te odio... —susurró, advirtiendo que él tenía los ojos hinchados—. ¡Márchate!

—¿Estás segura? —inquirió, componiendo una mueca—. Nada me dolería más que separarme de ti.

*¿Lo estaba?*

*¡NO! No lo estaba...*

Aun así, contestó:

—¡Sí!

El corazón le iba a mil.

—El odio es sólo amor sin datos suficientes —suspiró él con el gesto torcido—. Heather, soy consciente que el arrepentimiento sólo sirve para limpiar la conciencia, no los actos, pero...

—Déjalo, Rhian —dijo con frialdad, rechinando los dientes mientras él continuaba escaneando su semblante con la intensidad de sus ojos azules—. No te esfuerces.

Aquel comentario sin argumento lo exasperó.

—Es triste sentir que una historia que comenzó llena de ilusión toca a su fin, Heather. —Observó su reflejo demacrado por la angustia y las lágrimas en el cristal—. ¡Créeme!

El colchón se hundió cuando él se sentó en la cama.

—Ya es tarde. —Aunque sus palabras parecían sinceras, se negaba a aceptarlas—. Rhian... Te lo suplico. ¡Márchate!

Rhian cruzó la habitación con la velocidad de una gacela y bloqueó el orificio del resbalón cuando Heather entró en el cuarto de baño. Con la respiración agitada, la espalda en tensión, el ceño fruncido y una más que acertada vergüenza, estudió sus movimientos durante unos segundos.

Percibiendo cómo una oleada de rubor ascendía por su cuello mientras ella miraba ceñuda hacia un punto lejano, negándose a encontrarse con el azul intenso, casi negro, de sus ojos, admitió con nerviosismo:

—A veces me pregunto qué hubiera sido de mí si no te hubiera conocido.

Heather no dijo nada. Se acercó al lavabo y se enjuagó las manos.

Al cabo de unos segundos de silencio dañino, él añadió:

—Nunca he pretendido hacerte daño, princesa. Esto es sólo trab...

—¡Yo no soy tu princesa! —vociferó ella lanzándole un rollo de papel higiénico a la cara, y luego otro—. ¿Lo entiendes?

Rhian se quedó tan sorprendido por aquella reacción que no supo qué decir de inmediato. Al cabo de unos segundos, tan largos como cien años, tensó el mentón y dijo sin inflexiones:

—No.

Hervía de rabia... y de deseo...

La sangre se espumaba en sus venas cada vez que ella se mordía los labios y le mostraba los dientes. Los ojos verdes de Heather, habitualmente luminosos, habían adquirido una tonalidad oscura, casi negra.

—Siento que te debo muchas explicaciones, pequeña, pero no sé por dónde empezar... —musitó, limpiándole con el pulgar una lágrima descontrolada que tenía sobre el labio.

—Déjame, Rhian... —sugirió Heather, retirando la mano. Cegada por la ira y la indefensión a la que se enfrentaban sus propios sentimientos, espetó, con la mandíbula en tensión y los dientes apretados—: ¡No se te ocurra tocarme!

Quería insultarle, gritarle, pegarle... Pero no podía. Su cercanía, su calor... su intenso calor debilitaba sus pensamientos y fundía todo el odio que, como una mancha de aceite, había envuelto su corazón.

—Nada me dolería más que verte salir por esa puerta —susurró Rhian con evidente incomodidad.

Heather lo miró de reajo y frunció el ceño en señal de protesta.

—¡Mírame! —exigió él con creciente agitación, sujetándola del brazo. Reduciendo la intensidad de su voz, musitó—: Mírame, por favor...

Ella lo miró con una, más que artificial, expresión serena y él le acarició el antebrazo.

—No me toques —espetó Heather Rothscill entre dientes.

—Muy bien —convino él vagamente, con voz suave. Sus oscuras cejas se unieron por encima de la nariz—. Como quieras...

—Y... y... —balbució furiosa, haciendo un pequeño mohín con los labios—. ¿Ahora qué? ¡QUÉ! ¡Dímelo, maldita sea, dímelo!

El tono agitado de su voz le taladró los tímpanos.

—Podemos retomarlo donde lo dejamos esta mañana y averiguarlo —sugirió él centrado en sus labios—, o...

Heather apreció que en el turgente labio inferior de Rhian había algo descaradamente sexual y no era otra cosa más que deseo.

—¿O...? —Aquella pregunta estaba cargada de muchos misterios.

Rhian la observó detenidamente durante un largo minuto. Luego, se acercó a ella y le besó con ternura, acariciándole el cuello con las yemas de los dedos.

Heather percibió cómo el calor se extendía por su cráneo.

—Rhian... para. —No lo hizo—. ¡Para!

Ella alzó el mentón y lo escrutó con ojos fríos, como si el fuego que comenzaba a crecer en su interior se hubiera extinguido de pronto.

—Como quieras —susurró él con la voz ronca.

Heather osciló un poco, lo suficiente como para tener que agarrarse al lavabo.

—Te odio, Rhian —insistió y se alejó unos centímetros de él—. No vuelvas a tocarme.

—Lo sé —anunció con aspereza apreciando el intenso aroma de su perfume. Aquel olor le inundó de sensaciones y recuerdos—. Y siento que sea así.

—¡Mientes!

Parpadeó antes de decir:

—Tal vez.

Rhian tensó la boca al mirar aquellos grandes y atormentados ojos verdes.

*¡Dioss!*

*¡Aquella mujer le volvía loco!*

—Eres... eres...

Rhian frunció el ceño y se mordió el labio.

—Un cerdo —dijo en tono gélido deteniendo su mirada en la tersa piel de su cuello donde la yugular bombeaba errática—. Lo sé, pequeña, lo sé. ¿Algo más?

Levantó la ceja con sugerencia, de esa forma tan sutil que tanto le gustaba a ella.

—¡Sí! ¡Me das asco! Y... y... no soy tu pequeña. ¡Recuérdalo!

—¿Eso es lo que piensas de mí realmente? —musitó Rhian acercando sus labios a los de ella. Deseaba besarla. Su respiración se volvió irregular—. ¿Estás segura?

—No tengo motivos para pensar lo contrario —se revolvió indignada. Abrió el grifo y se humedeció la frente—. Eres... eres...

—Pequeña, creo que tienes motivos mucho más creativos y convincentes, para no pensar así. ¡Opss, perdón! Ya no eres mi pequeña —sonrió acariciando la curva de su espalda—. Discúlpame.

Aquello había sido un golpe bajo.

—No te hagas el gracioso conmigo —exigió Heather lanzándole una mirada furibunda. Sin lugar a dudas Rhian estaba jugando con ella otra vez. Con un fuerte empujón, consiguió que él diera unos pasos atrás—. Consideraré tus palabras y... ¡Sí! ¡Me das asco!

Él se acercó con gesto amenazador y, atrayéndola hacia él, le acarició los labios con el pulgar. Sin soltarla, rozó la frente con la suya.

—Gracias.

Heather pensó en gritar y sin oponer resistencia, se dejó besar por aquellos labios dulces que tanto placer le daban. El corazón le iba a estallar...

—¿Por qué? —suspiró atolondrada por la situación.

Nunca le había besado así, con tanta ternura, con tanta determinación... y eso le gustó.

—Por decirme lo que piensas de mí —contestó Rhian y antes de que ella se diera cuenta, la estrechó de nuevo contra la piel tatuada de su granítico pectoral.

Apenas podía dejar de mirarla. Estaba preciosa. Su cuerpo se estremeció cuando ella le observó con sus ojos de gata y, haciendo fuerza con los codos para crear más espacio, espetó enloquecida:

—Aparta tus sucias manos de mí.

—¿En serio? —Heather parpadeó un par de veces, batiendo sus larguísimas pestañas—. Muy bien, pequeña. Tú lo has querido así.

Heather sintió cómo un frío gélido le recorría la espalda cuando Rhian redujo la presión de su abrazo protector. Comenzó a temblar y su angustia se desinfló un poco. Sólo un poco...

En ese momento, alguien golpeó la puerta de la habitación.

—¡¡Heather!! —Aquella parecía la voz de Aubrey, aunque no lo podía certificar al cien por cien—. ¡¡Heatheeeeerrrrr!!

—Deben estar preocupadas por ti —sugirió él con los ojos cargados por la decepción.

—Sí —advirtió ella, observando soslayadamente cómo él recolocaba el nudo de la toalla que lo cubría.

—¿Entonces? —Rhian se encogió de hombros y alzó una ceja—. Da la sensación de que esto es el final.

—Sí —afirmó Heather sin ambages con los ojos llenos de lágrimas—. Todo termina.

Sujetándole el óvalo de la cara con ambas manos, Rhian le acarició el mentón con los pulgares y, concentrado en la iridiscencia de sus ojos verdes, observó:

—Todavía estamos a tiempo de arreglar las cosas, pequeña.

—Estoy tan avergonzada... No sé cómo pude caer tan bajo contigo. —Heather dio un respingo cuando él levantó la mano y le acarició en el hombro—: ¡Déjame!

—Es difícil decir adiós a quien antes le decías quédate un rato más.

Rhian Hoover dio un paso al frente y no pudo evitar una sonrisa cuando ella no se movió.

—¡Suéltame! —musitó cuando él le tomó las manos—. Tú has sido el que se ha encargado de

escribir el final de nuestra historia, Rhian.

—¿Una historia? Pequeña, ¿eso es lo que era para ti lo nuestro? ¿Una historia? Creía que entre tú y yo había algo más...

—Sí —afirmó por tercera vez en cuestión de un minuto—. ¡Un contrato!

Rhian se pasó los dedos por el pelo. Aquello había sido un golpe bajo.

Durante un rato, los dos guardaron silencio. Pese a estar aturdida, Heather tuvo el valor de clavar una dura mirada en él al decir:

—He vaciado mi corazón y mi alma por ti, Rhian, y no te ha importado lo más mínimo.

Rhian se acercó y se inclinó un poco, lo suficiente para que sus rostros estuvieran al mismo nivel.

—Eso no es cierto, princesa.

—Dime Rhian. ¿Qué cláusula es la que dice que la fidelidad es la base en una relación de pareja?  
¡¿La tres, la siete... la mil veinticinco?!

Rhian le dio la espalda y se observó en el espejo. Aún conservaba algunas cuerdas de cáñamo alrededor de los bíceps. Humedeció una toalla y se limpió el cuello. Aquello hizo estremecer a Heather.

—Yo no cuestiono tu forma de ganarte la vida, Heather.

—No quiero escuchar más... ¡No quiero escuchar más! —Se llevó las manos a la boca antes de decir—: Adiós, Rhian.

No estaba dispuesta a...

*¡Dioss!*

*Había roto con Derek porque no estaba dispuesta a compartirlo con otra mujer.*

*¿Cómo iba a consentir que Rhian...?*

—Espero que algún día puedas entenderme, pequeña.

—La vida es más complicada de lo que parece —entonó Heather, estudiando por última vez la silueta de aquella espalda tatuada, de aquellos anchos brazos de fornidos músculos, de aquellas manos que tan maravillosamente habían acariciado sus pliegues—. No creo que tenga ganas ni tiempo de...

Percibiendo cómo la humedad se concentraba entre sus piernas, recogió el bolso y comenzó a caminar.

—Pequeña —murmuró Rhian sujetándole del antebrazo cuando ella abrió la puerta. Tenía el estómago encogido, pero no precisamente de hambre sino de nervios. Dio un par de bocanadas de aire, tratando de tranquilizarse antes de decir—: Espera, por favor... No te vayas.

Heather se paró en seco y sin ganas de mirar atrás, afirmó:

—Es tarde.

—Lo sé, pero... es muy importante que sepas algo más de mí...

—Oh, Dios... ¡No sé si quiero saber, Rhian! —Sus lágrimas laceraban la piel de sus mejillas—. No tengo fuerzas para sufrir más.

—Cinco minutos, pequeña —resopló—. No te pido más.

—Te concedo uno.

—¿Sólo? —preguntó meloso, acariciándole los hombros.

—Créeme si te digo que te he dado cincuenta y nueve segundos de más.

Advirtiendo el desafío y la irritación en sus ojos, él apartó precipitadamente la mirada y se concentró en el perfil de sus uñas. Tras unos segundos de silencio, el azul de sus ojos adquirió su intensidad habitual.

—En ese caso, no es cuestión de decepcionarte. ¡Escúchame, pequeña: TE-QUIE-RO!

*¡Dioss!*

*¡¿Había dicho que la quería?!*

Le temblaban las piernas, los brazos...

—¡Ja!



—Pequeña, me estoy volviendo loco... —carraspeó, aclarándose el nudo que se le había formado en la garganta—. Loco por ti...

—¿Has terminado? —preguntó Heather mirando el reloj—. Lo digo porque todavía te quedan cuarenta y siete segundos, cuarenta y seis, cuarenta y cinco...

—Sé que el dolor de la traición es insufrible.

*Aquello era cierto...*

*Aun así...*

—No sé si algún día tendrás la capacidad de perdonarme —suspiró—. Llevo años viviendo con fantasmas y tú has sido la única que me ha ayudado a alejarlos de mi vida.

—No entiendo qué tiene que ver una cosa con otra, Rhian —contestó Heather a la defensiva—. Treinta y cuatro, treinta y tres...

—Pequeña, tengo sólo un minuto para decirte todo lo que quiero —se quejó forzando una mueca—. Escúchame, por favor.

Heather asintió sin alterarse.

—Dispara de una vez —concedió mirando al techo—. Ya nada puede hacerme más daño. Veintinueve, veintiocho...

—Llevo años vendiendo mi cuerpo. —Al escuchar aquello, Heather se tensó. Sus ojos no aguantaban más lágrimas. Iba a responder cuando él añadió levantando los hombros—: ¡Sí! Lo reconozco. ¿Y qué?

*¿Cómo se atrevía a...?*

—Hay mujeres que prefieren pagar por una buena compañía sin comprometer su vida social. A veces, es porque quieren atención, otras porque llevan mucho estrés acumulado y necesitan soltar lastre y la mayoría porque necesitan experimentar algo nuevo y excitante.

Con el estómago revuelto, ella admitió:

—Es asqueroso.

—Lo es —concedió él con un suspiro—: Es una cuestión de diversión garantizada aparejada con profesionalismo y discreción.

—No quiero escuchar más, Rhian. —Cerró los ojos y le dio la espalda—. No puedo...

—Es sólo trabajo a cambio de...

—Dinero —musitó Heather Rothscill con el rostro rígido, observándolo con una mirada intimidatoria.

—Así es —manifestó él, feroz—: DI-NE-RO.

Durante unos minutos, ninguno de los dos se atrevió a decir nada. Finalmente, fue Heather la que retomó la conversación:

—¿Alguna vez has pensado en mí? Me refiero a cuando...

—Intento no hacerlo cuando estoy trabajando. No es sano —aseguró sentándose en el filo de la bañera y tras acariciar el mentón donde su barba ya comenzaba a crecer algo más despoblada, sugirió—: Tú me vuelves loco, pequeña. No podría soportarlo si no me concentrara en otra cosa que no seas tú.

—¡Ja!

—Guardo la intimidad de mis pensamientos para los momentos que compartimos juntos, pequeña.

—Te escucho y cada vez me das más asco. —Rhian recibió aquellas palabras con la indefensión de un puñetazo en la boca del estómago—. ¡No sé por qué hablo contigo!

—Princesa...

—Tengo que aprender a asumir la responsabilidad de la pérdida y alejarme de ti antes de que sea demasiado tarde, antes de que... —dudó— antes de que me hagas más daño.

Caminando en su dirección, él dijo:

—No me lo perdonaría nunca, pequeña.

—Ojalá no te hubiera conocido nunca. ¡Óyeme bien! ¡NUNCA! —espetó con rabia, molesta consigo

misma por su falta de convicción—. Nunca...

—Heather, esta situación está siendo para mí también más cruel de lo que te imaginas.

—Me has roto el corazón, Rhian —balbuceó Heather, sintiendo cómo las lágrimas le escocían en los ojos—. Me has destrozado el alma. ¿Lo entiendes? Te vendes por un puñado de...

Él dio un paso al frente y movió la cabeza afirmativamente.

—Por un puñado de dólares.

—¡No puedo compartirte con otras mujeres porque soy muy egoísta y te quiero solo para mí! ¿Lo entiendes, Rhian? —repitió Heather, buscando respuestas—. ¡Maldita sea, Rhian! ¡¿Lo entiendes?!

Atrapándola con sus labios mientras sus manos le sujetaban con fuerza la nuca, le exigió:

—Por favor, pequeña, no te vayas.

Una lágrima comenzó a resbalar por su mejilla.

—Déjame —le suplicó acongojada, deseando al mismo tiempo que él no la dejara escapar—. Déjame, Rhian... por favor...

—No te vayas... —sugirió él, profesándole besos tiernos junto a la oreja. Después de unos segundos, cuando los pezones de ella se endurecieron bajo el vestido y comenzaron a arañarle la piel, comenzó a descender por su cuello, incendiándola poquito a poco... muy poquito a poco—. Aún no... Me moriría si lo hicieras...

Percibiendo cómo se le erizaba la piel al contacto con la turgencia de sus labios, Heather estiró la mano y rozó el pomo de la puerta.

—Rhian... por favor... Te odio. ¿Tan difícil es que lo entiendas?

Embriagándola, incitándola, exigiéndole que se quedara, musitó junto a su mejilla:

—Sé que no quieres irte, pequeña. —Su aliento caldeado le rozó la cara—. Y sé que sólo me odias un poco.

Aquella afirmación era cierta.

—Rhian... —musitó advirtiendo que la opción de alejarse de él era lo peor que podía hacer. Besándolo con la fiereza de una leona, susurró por segunda vez, recreándose en la fuerza de su mirada—: Te odio...

*¿Lo odiaba?*

*¡Sí!*

Pero sobre la balanza, el deseo, la pasión y la necesidad de sentirse amada pesaban más que la amargura de la traición.

—Rhian... te odio... —repitió cuando la lengua de él rozó la suya, derribando el muro de pesados ladrillos que ella había construido entre ambos—. Te odio...

—No lo hagas... Odiar a alguien es odiarte a ti misma y tú no te mereces eso —susurró seductor.

Su aliento, tan tentador y varonil, envolvió los pensamientos de Heather.

—Por favor...

—Princesa, perdóname...

Heather apoyó la cabeza sobre su duro pectoral y apretó los ojos, tratando de ordenar sus ideas.

Derritiendo todos sus temores con un prolongado y caldeado beso, sensual, erótico y apasionado, Rhian susurró, junto a su boca:

—Pequeña... Mi pequeña...

—¿Mmm...?

—¿Alguna vez has pensado cuánto amor siento por ti? —Heather se acomodó entre sus poderosos brazos y lloró desconsolada, derramando todas sus lágrimas—. Nunca podré recompensarte por el sufrimiento de esta tarde. Perdóname, pequeña, perdóname...

Heather se dejó arrastrar por el deseo de tenerlo cerca...

*¡Oh, sííí!*

Íntimamente cerca.

—Mmm... La venganza se sirve en plato frío —susurró ella envolviendo su oreja con su aliento—, porque es el manjar más sabroso que se condimenta en el infierno.

Analizando si el vestido se levantaría tan fácilmente como parecía para poder acariciarle los muslos, Rhian tosió cuando pudo tragar saliva otra vez. Los brazos le dolían por la presión de las cuerdas que todavía envolvían sus bíceps.

—La venganza es un placer que dura sólo un día —se atrevió a decir percibiendo cómo su interior hervía descontrolado cada vez que ella le daba un beso—. Aguardo el castigo con ansias, pequeña.

Un ardor profundo se acomodó entre sus piernas.

—Rhian... —jadeó.

—Dime pequeña.

Apoyó las manos en sus costillas.

—Prométeme que me amarás siempre.

—Lo he hecho desde el primer día —confirmó—. Prometo conquistarte todos los días de mi vida... de nuestra vida...

—Dímelo Rhian... te lo suplico —exigió soltándole la toalla de la cintura. Él levantó la ceja con sugerencia y le miró con el azul intenso como el mar infinito de sus ojos—. ¡Por favor, Rhian...! Te odio... te quiero... por favor... ¡Dímelo!

—¿Qué? —inquirió coqueto rozándole la nariz con la suya, percibiendo cómo ella se caldeaba cada vez más con aquel juego—. ¿Qué quieres, princesa?

—Rhian... te lo suplico... —jadeó clavándole los dientes en el hombro cuando él rozó la cara interna de sus muslos con una caricia muy sutil—. Ahh...

—Esas palabras pertenecen a una sola mujer —gruñó acalorado, percibiendo la tensión en la entrepierna. Aquel juego ardoroso estaba mermando sus energías hasta el punto de la agonía—. ¿Es usted quizás esa mujer, señorita Rothscill?

—¡Ahá! —asintió masajeándole los riñones, dejando atrás las tristezas, los odios y los rencores—. Dímelo...

—Entonces... —gruñó él, acomodándola en torno a su virilidad—. ¡Ahh!

—¿Si? —inquirió Heather con la respiración errática al sentir la dureza de su pectoral aplastando energicamente las crestas de sus senos. Las sedosas paredes de su vagina se contrajeron gustosas y comenzaron a lubricar sus movimientos febriles—. Dime... ¡Ahhh! Dímelo...

Estaba caliente, receptiva y deseosa cuando él le acarició nuevamente la cara interna de los muslos y abrió sus pliegues, acomodándolos a su erección.

—¡Ahhhhhh! —Su gemido fue ahogado, profundo, silencioso—. Dímelo, Rhian... ¡Dímelo!

Dolor, tensión, calor, mucho calor... mucho calor...

—Todavía no... —Le acarició el cuello, justo detrás de la oreja, los pómulos, los párpados, los dedos... Con besos tiernos, deshizo la tensión de aquellos duros terrones de azúcar que encumbraban la turgencia de sus senos. Embrutecido, gruñó cuando ella le acarició íntimamente—: ¡Ohhhhh...!

Debilitada por su propio placer y aturdida por los gritos que llegaban desde el exterior, lloriqueó:

—Te odio, Rhian... ¡Ahh!

Incapaz de aguantar un segundo más los gemidos ahogados que brotaban de su garganta, Rhian entornó los ojos, besó con ternura los labios de Heather y comenzó a mover las caderas, sintiendo la envoltura de su femineidad en torno a su erección.

—¡Ohh... Rhian! —suplicó Heather—. Dímelo...

—Todavía es pronto... pequeña —protestó él con la mirada endurecida, sintiendo la estrechez de sus pliegues lacerándole cruelmente la piel de su dardo—. ¡Arggg!

—¡Rhi... Rhiannnn! ¡Ahhhhhhhhhh!

Le acarició las costillas, exigiéndole algo más de velocidad y aisló la mente de los gritos que llegaban desde la habitación.

—Pequeña... Si sigues respirando así vas a hiperventilar.

El corazón le bombeaba enloquecido.

—¡Ahhhhhhh!

Aquella situación lo estaba destrozando...

Cerró los ojos.

Con la respiración entrecortada y un sudor frío recorriéndole la espalda, Heather comenzó a convulsionar excitada. Al cabo de unos segundos, percibiendo cómo el placer tomaba su cuerpo, suplicó con amargura:

—Dímelo Rhian... —Sólo aquellas palabras podían borrar el dolor de su corazón—. ¡Dímelo!

—Perdóname... —susurró Rhian, pellizcando deliciosamente uno de sus pezones—. Perdóname, pequeña.

Heather le mordió el mentón. Después el labio. Su cuerpo temblaba excitado, caldeado, extasiado, febril...

—Dímelo Rhian... por favor... dímelo —exigió cuando su pene comenzó a bombear despacio, rápido, despacio, rápido, acoplándose a la perfección de sus pliegues—. ¡Ahhhhhhh!

Rhian jadeó acaloradamente y, acercándose a su oreja para que su aliento la envolviera y terminara de derretir los muros que se habían levantado entre ambos, susurró:

—Encién... Enciéndete para mí, pequeña...

Cimbreó las caderas.

*Uno, dos, tres...*

—¡Ohhhh, Rhi... Rhian! —exigió, clavándole las uñas a la altura de los riñones cuando él profundizó completamente—. Repítelo... ¡Ahh! Repítelo...

—Enciéndete para mí... —musitó con la respiración agitada, consciente de que para ella, aquellas mágicas palabras borraban todo el pasado y forjaban los más bellos recuerdos de un nuevo comienzo—. Enciéndete para mí, pequeña... Ahora y siempre.

# Agradecimientos

Quiero agradecer...

Al equipo de RedApple Ediciones por haber confiado en mí y, especialmente, el apoyo y los inestimables consejos de Tara, mi editora, que me ha acompañado en todo momento para que la novela *Enciéndete para mí* sea una realidad y a Shia Wechsler, por la magnífica portada.

A mi madre, por estar siempre presente en cada paso que doy, por inculcarme su pasión por los libros, por su lealtad, su cariño y amor incondicional.

A mi padre, por su sabiduría, por sus consejos, por su aplomo, su saber estar y por su habitual «*Todo llega*». ¡Cuánta verdad esconden esas palabras!

A mi hermana, mi *cómplice*... Decir que la adoro, es poco.

A mi cuñado, simplemente por querer a mi hermana y haber creado con ella una maravillosa familia.

A mis amigos, a los de verdad, esos que a pesar de la distancia, siempre están ahí.

A mis lectores, porque sin vuestro apoyo, mis novelas no tendrían sentido.

A todos esas mentes prodigiosas que comparten sus historias y sus diseños en RedApple Ediciones y que siempre están ahí, ofreciéndote desinteresadamente sus consejos, otorgándote su amistad a través de las redes y apoyándote cuando, como es normal en todo mortal, te sobreviene la angustia, la desesperación o la nostalgia.

A mis musas, porque sin ellas, nada de lo que escribo tendría sentido.

A todas y a todos los que habéis compartido conmigo buenos y malos momentos...

## MIL GRACIAS

---

<sup>[1]</sup> *Galley*: parte del avión donde se preparan las comidas, están los hornos y las cafeteras...

<sup>[2]</sup> *Trolley*: carrito que utiliza la tripulación de cabina para suministrar al pasaje las bebidas, comidas, etc. durante el vuelo.

<sup>[3]</sup> *Cockpit*: Cabina de vuelo de los pilotos.

<sup>[4]</sup> *Bentley Continental GTC*: Modelo de coche descapotable de alta gama que combina, de la forma más precisa, el estilo con la potencia.

<sup>[5]</sup> *Banco Scott*: Aparato de gimnasia que inmoviliza el cuerpo a excepción de los brazos. El ejercicio consiste en elevar las mancuernas con las manos, de manera que las palmas miren hacia arriba, estirando y flexionando los codos de manera repetitiva. Ese ejercicio permite trabajar los bíceps braquiales, los braquioradiales, los músculos flexores de la muñeca y los deltoides frontales.

<sup>[6]</sup> *Bugatti Veyron Grand Sport Vitesse Rembrandt*: modelo de coche descapotable de lujo.

<sup>[7]</sup> *Touchdown*: Forma básica de anotación en el fútbol americano y canadiense, donde el jugador que acarrea el balón cruza el plano de la zona de anotación; o cuando un receptor captura el pase en la zona de anotación. Un touchdown otorga 6 puntos y la oportunidad de un punto extra o una conversión de dos puntos.

<sup>[8]</sup> *I Don't Want To Miss A Thing*: No quiero extrañar nada.

<sup>[9]</sup> *Finger*: Pasarela de acceso a la aeronave o puente móvil, generalmente cubierto, que se extiende desde la puerta de embarque de la terminal del aeropuerto hasta la puerta de la aeronave, permitiendo el acceso sin necesidad de descender a la plataforma rodada del aeropuerto.

<sup>[10]</sup> *Nantaimori*: degustación de comida japonesa servida sobre el cuerpo desnudo de un hombre, de manera que éste hace de vajilla.

- [11] *Can't Get You Off My Mind*: No puedo quitarte de mi mente.
- [12] *Backgammon*: juego de mesa para dos jugadores que aúna el azar con profundos conocimientos estratégicos. El objetivo es conseguir sacar las 15 fichas del tablero antes que el jugador rival.
- [13] *Safety*: Última línea de defensa en el fútbol americano.
- [14] *Front Row*: Zona Vip.
- [15] *Game Over*: Expresión que utilizan los juegos electrónicos para indicar que la partida ha finalizado.
- [16] *Lakers*: Los Ángeles Lakers es un equipo de baloncesto profesional de la NBA, con sede en Los Ángeles, California.
- [17] *SsangYong Rexton W*: modelo de vehículo de la marca *SsangYong Motor*.
- [18] *MINI Roadster*: vehículo descapotable de pequeño tamaño de la marca BMW.
- [19] *We'll Be Together*: Estaremos juntos.
- [20] *Flaps*: superficies que se encuentran en las alas, en la parte más cercana al fuselaje y que permiten, al ser desplegadas, aumentar la sustentación del avión. Así se consigue reducir la velocidad del avión para realizar las maniobras de despegue y aterrizaje.
- [21] *Always on my mind*: Siempre en mi mente.
- [22] *Pretzel*: Tipo de galleta o bollo horneado y retorcido en forma de lazo con un sabor ligeramente salado.
- [23] *Shibari*: estilo japonés de *bondage* que implica atar al hombre —o la mujer— siguiendo ciertos principios técnicos y estéticos empleando cuerdas de fibras naturales, generalmente de cáñamo.
- [24] *Teppanyaki*: atún asado sobre plancha de hierro.
- [25] *Sashimi*: plato japonés de origen coreano que consiste principalmente en mariscos o pescado crudos, cortados finamente, aunque no tanto como un carpaccio.